

HENRY ADAMS

Democracia

Edición de Javier Alcoriza



CATEDRA
LETRAS UNIVERSALES

HENRY ADAMS

Democracia

Edición de Javier Alcoriza
Traducción de Javier Alcoriza

CÁTEDRA

Índice

INTRODUCCIÓN

Contra la política de la desesperación

ESTA EDICIÓN

BIBLIOGRAFÍA

DEMOCRACIA

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Conclusión

CRÉDITOS

INTRODUCCIÓN



Henry Adams (1885), fotografía de William Notman. Harvard University Archives. Recuperado de Wikimedia Commons.

CONTRA LA POLÍTICA DE LA DESESPERACIÓN

This, this is our land, this is our people,
This that is neither a land nor a race...
ARCHIBALD MACLEISH

D*emocracy: An American Novel (Democracia: una novela americana)* (1880) es una de las dos novelas escritas por Henry Adams. La otra, titulada *Esther: A Novel (Esther: una novela)*, apareció en 1884, con el seudónimo de Frances Snow Compton¹. Un motivo, más allá de la broma de su secreto, por el que Adams no se reveló como autor tuvo que ver con su reputación como hombre de letras. A la postre, la fama de Adams no derivaría de esas novelas, sino de su monumental trabajo como historiador y de las dos grandes obras que forman un díptico demostrativo de su teoría de la historia, *Mont Saint Michel and Chartres (Mont Saint Michel y Chartres)* y *La educación de Henry Adams*².

Nacido en el seno de la renombrada familia bostoniana, Henry fue nieto y biznieto de presidentes de los Estados Unidos (John Adams y John Quincy Adams), y manifestó en su autobiografía una profunda admiración por su padre, Charles Francis Adams³. El peso de la responsabilidad era muy grande y, desde sus primeras contribuciones periódicas, quedó canalizado en la escritura. Henry Adams había recibido una educación política y literaria, cuyo fruto serían sus grandes obras históricas y, en especial, la que consideró su testamento, *La educación de Henry Adams*⁴. Las novelas podían leerse como un pasatiempo, un juego en el que liberarse del dictado de los hechos. Ahora bien, los hechos no serían más que el punto de partida para el historiador. Era preciso hacerlos hablar, presentarlos de modo que la narración tuviera un propósito, y así está concebida la escritura de Adams, incluida la autobiográfica, que no es la historia de su vida, sino de su educación, una búsqueda jalonada de sucesivos «fracasos»⁵.

Resulta interesante, por tanto, no forzar la contraposición entre las novelas y las obras históricas de Adams, sino apuntar más bien las coincidencias con el fin de descubrir la unidad o «especialidad» de estilo que hay en todas sus páginas. Esa unidad se hace visible cuando el propio Adams se refiere al proceso de cristalización en que culmina su escritura, tras haber utilizado la pluma para «tantear» el terreno⁶. Escribir, más que escribir historia o novelas o autobiografía, era lo que resultaba el principal desafío, ya que la forma de la escritura debía aclimatarse a su materia, la cual resultaba tan nueva para él como para otros creadores de su generación⁷.

Hablar de *La educación* como experimento literario no queda lejos de hablar de los Estados Unidos como experimento político. Adams, como todos los miembros de la generación crecida entre 1820 y 1870, asistió a la Guerra Civil, en la que no intervino, como el episodio que transformó la democracia americana. La pérdida de inocencia que comportó, sancionada por Lincoln como un nuevo nacimiento de la libertad, haría de Adams el espectador de, por así decirlo, un mundo nuevo en el Nuevo Mundo, un país donde los ideales resultaron duramente puestos a prueba por la realidad⁸. La visión de los acontecimientos en América, y en el mundo en general, para el cosmopolita Henry Adams, haría de él un hombre desencantado, o un pesimista, tal como reconoció, pero, por extraño que resulte, con un trasfondo de fe: fe en que, al menos, lo escrito dejara constancia de su voluntad de no dejarse arrastrar por la corriente de los tiempos⁹.



Ante la sacristía en la abadía de Wenlock, Inglaterra (1873), fotografía desconocida. La segunda por la derecha es Marian (Clover) Adams; los demás son lady Pollington, lady Eleanor Leigh Cunliffe, Charles Milnes Gaskell, Henry Adams, sir Robert Alfred Cunliffe y lord Pollington. Cortesía de la Massachusetts Historical Society.

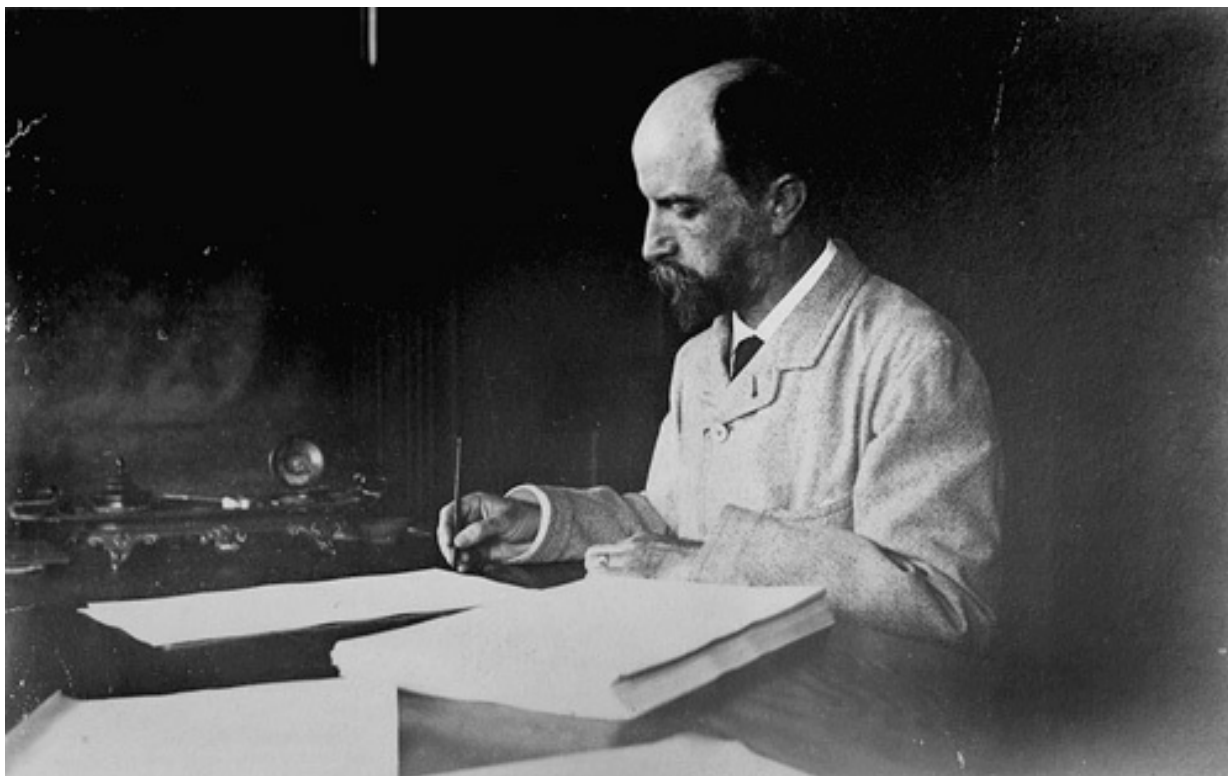
¿Y qué advertencia quedaba registrada en las páginas de Adams? Que el tipo debía ser más fuerte que el individuo, que los ideales no eran negociables, y que las grandes conquistas de la humanidad, forjadas con deliberación, han apuntado siempre a lo que está más allá de ella. Esa trascendencia, en sentido religioso, habría inspirado a los constructores de las grandes catedrales medievales y, en sentido político, habría tomado cuerpo en la Constitución americana como letra del espíritu de la democracia, la única dirección que valía la pena tomar en la sociedad moderna¹⁰.

Un afán de impersonalidad domina las aspiraciones de Henry Adams como escritor, así como la dogmática conducta de la señora Lee, protagonista de *Democracia*. Ese distanciamiento le facilitaría el uso de la tercera persona en *La educación de Henry Adams* y podía apreciarse como una variante de la

necesidad de tomarse a sí mismo como garantía de sinceridad de la experiencia, según se había hecho constar, filosóficamente, en la primera página de *Walden*, de Thoreau. Adams podía recomendar el tipo del estadista íntegro que representaba Albert Gallatin, cuya biografía compuso poco antes de escribir *Democracia*, como contrapunto del individuo que sería Rattcliffe, el senador corrupto de su novela. Así, el compromiso con la escritura fijó a su vez el tipo del historiador al que respondería Adams a lo largo de su carrera, en la cual la ficción supuso un curioso desvío. Con todo, las novelas no dejarían de responder a las preguntas sobre la deriva de América cuando tenía lugar la postergación de los ideales que habían caracterizado su origen y refundación¹¹.

La diversión que podía permitirse Adams, que alcanza la desmitificación de George Washington en el capítulo de la visita que los personajes hacen a Mount Vernon, no llegaría, sin embargo, a la demolición de los ideales, sino al convencimiento de que la fe en ellos había pasado a ser, en el país de la democracia, un asunto minoritario entre los políticos. Cómo conjugar los procedimientos mayoritarios con la preservación de la virtud había sido la preocupación de James Madison, el padre de la Constitución, el cual, con su rara mezcla de «cualidades radicales y conservadoras», no se había hecho ilusiones sobre la naturaleza humana en los argumentos dirigidos a sus conciudadanos. De ahí la importancia de ser fieles a lo escrito en la Constitución y no convertirla, por mera conveniencia, en «papel mojado»¹².

Henry Adams había declarado que ninguna nación en la historia había extraído de la experiencia acumulada de siglos «un sistema más fuerte, más elástico, más tenaz y más lleno de vida e instinto consciente que el nuestro». Más adelante, como historiador de las administraciones republicanas, señalaría que el poder había convertido a Jefferson en un gobernante más «despótico» que cualquiera de sus antecesores federalistas. Y en *La educación* llegaría a escribir que la generación de Lincoln se había educado a costa de «un millón de vidas». Adams se presentaba como un vigilante de la moralidad política tanto en su *History* como en su novela, *Democracia*¹³.



Henry Adams en su estudio, escribiendo, con chaqueta clara (1883). Fotografía de Marian Hooper Adams. Cortesía de la Massachusetts Historical Society.

Esa vigilancia provenía de una educación política y literaria que hundía sus raíces en la tradición puritana del siglo XVII, por más que al escritor le gustara figurarse que era un hombre del siglo XVIII nacido equivocadamente en el XIX¹⁴. Pero no hay que olvidar que el puritanismo había nutrido desde sus orígenes la experiencia política americana, hasta el punto de que, desaparecidas sus formas tradicionales, perviviría como una especie de «metafísica de la promesa». La conciencia del «maniquí» americano no se había agotado en sus ropajes históricos, ya fuera el del puritano, el revolucionario o el romántico, por mencionar algunos, sino que seguía planteando un desafío que apuntaba a las condiciones mismas de la existencia en un mundo sin obligaciones con el pasado, en que el ser humano debía responder solo, como afirmaba Emerson, a la necesidad de confiar en sí mismo¹⁵. Podría decirse que esa era la antigua lección que debía recordar la señora Lee tras su búsqueda de lo que significaba el PODER. La «democracia de la vida» es la frase con la que el narrador de *Democracia* trataría de redimir a su personaje del fracaso al que le empujaba una defectuosa visión

de sí misma. La señora Lee había tolerado, por una desesperación inconfesada, aquello que desaprobaba profundamente¹⁶.

Adams anotaría en *La educación* que la comparación de Ulysses S. Grant con George Washington como presidente bastaba para refutar la teoría de la evolución. Ironías aparte, la época de la Reconstrucción traía consigo un nuevo escenario más apropiado, literariamente hablando, para la sátira que para la historia. Que «el sueño americano» no nacía de los ideales constitucionales, sino de su codicioso desprendimiento, era algo que podíamos tener claro incluso antes de leer *La edad dorada*, la novela de Mark Twain y Charles Dudley Warner, donde las expectativas de un rápido enriquecimiento son tan aberrantes como para cegar a los personajes de principio a fin, y donde la corrupción senatorial está radiografiada más prolijamente que en la figura de Ratcliffe¹⁷. No es probable que Adams conociera la novela de Twain, pero su lectura ayuda a concebir un contexto de desencanto generalizado, y la severa especulación en *La edad dorada* sobre la diferencia entre lo real y lo novelesco puede dar pie a señalar un contexto mayor que la escritura de ambas obras comparte en relación con la cuestión de la identidad americana¹⁸. La respuesta ética a esa cuestión quedaba, en *La edad dorada*, en manos de Philip Sterling, el joven que acaba renunciando al sueño de esta «edad sobredorada», mientras que en *Democracia* su protagonista advierte que es la principal culpable del embrollo en que se ve metida¹⁹.

Ese contexto mayor es el que también comparte *Democracia* con *El punto de vista*, el relato de Henry James, uno de cuyos personajes, Marcellus Cockerel, está moldeado según el carácter de la esposa de Henry Adams, Marian («Clover»), que también es un modelo para la señora Lee²⁰. En el intercambio epistolar de James, el independiente Cockerel establece el criterio por el cual acabamos juzgando a los demás corresponsales, sobre todo a la señora Church y su hija Aurora, las mujeres que, tras una larga estancia en Europa, regresan a América en busca de un futuro matrimonial para la más joven. Por supuesto, el escritor no desaprovecha la ocasión de retratar a otros tipos, como el inglés Edward Antrobus o la solterona señorita Sturdy (trasunto de Henry Adams), para completar el contraste de visiones sobre lo que significa América, pero es la disposición de Cockerel la que

resulta profética incluso para las europeizadas americanas²¹.

El alcance de la diferencia tal vez resulte mayor si tenemos en cuenta *El americano*, la novela de James que acentúa aún más la tensión entre el Viejo y el Nuevo Mundo al hacer que su protagonista se enamore de una mujer perteneciente a la rancia aristocracia francesa, la cual sucumbe, al fin, a las exigencias de su familia por encima de las promesas de felicidad que le hace Christopher Newman²². También ahí, como en *Democracia*, hay una carta que contiene el secreto capaz de cambiar el curso de los acontecimientos; y aunque la historia depare distinto final a su revelación, tanto la señora Lee como Newman se acusan antes a sí mismos que a los agentes de su desgracia. El carácter americano quiere bastarse a sí mismo para dar razón de su fortuna: la «vasta y soleada inmunidad a la necesidad de albergar secreto alguno» suena como la declaración de independencia que subyace en estas historias, donde el aparente desvalimiento encierra una fuerza por descubrir, susceptible de adoptar expresiones literarias tan diversas como las novelas de Henry James, la filosofía de Emerson y la autobiografía de Adams.



Vista del Adams Memorial, Rock Creek Cemetery, Washington, D. C. (circa 1933). Cortesía de la Library of Congress Prints and Photographs Division Washington, D. C. 20540 USA.

Es también la fuerza que anima famosamente la voz de los narradores en los cuentos de Melville, en que la imaginación domina la realidad como causa maravillosamente diferida de los acontecimientos, en que la felicidad y la desgracia quedan comprendidas, dentro de la mente que describe a sus personajes, como secuencias que solo trascendemos por alusiones (o como diría Emerson, por *indirections*). Así, la preocupación por decir la verdad en «este mundo de mentiras» ganaría peso en la trayectoria del autor de *Moby Dick*, con un estilo «calculado directamente para engañar —engañar egregiamente— al consumidor superficial de páginas»²³.

Cómo dar cuenta de toda la cultura antigua, clásica y sagrada, con la naturaleza como trasfondo apropiado de la vida, sin defraudar la esperanza que significaba América para la humanidad, habría sido ya el especial desafío de los hombres representativos del «Renacimiento americano», que prestaron atención a su relación con el público en el acto mismo de la escritura. La dificultad para Adams aún sería notoria, ya que sus exigencias morales le apartaron de la complacencia en la fuerza y los triunfos de la civilización americana que fascinaron a su hermano Brooks, y le llevarían a hacer circular sus obras en ediciones privadas o, como en *Democracia*, escondido tras el anonimato.

Burlarse de un mundo de mentiras, por cierto, es lo que habría hecho Mark Twain con sus sátiras, pero ni siquiera el «Lincoln de nuestra literatura» pudo escapar a la presión que las letras europeas ejercían sobre las americanas desde el esplendor conocido por el romance de Walter Scott (el nombre del barco naufragado que encuentran en su deriva Huckleberry y Jim)²⁴. *Las aventuras de Huckleberry Finn*, escrito casi veinte años después de la Guerra Civil, sería un libro mucho más difícil de leer que *Tom Sawyer*, ya que las aventuras de Huck desembocaban en una parodia tan divertida como moralmente comprometedora de los romances, en que estaba en juego la libertad de un esclavo que, conforme sabía Tom, era libre por anticipado. La novela podía leerse como otra prueba de la dificultad de decir la verdad — tal como le ocurría a Huck— en este mundo ridículamente atroz, salvo elevando la mentira a la cualidad del arte de modo similar a como se han

pronunciado las palabras sagradas²⁵.



Detalle de la escultura de Augustus St. Gaudens, Adams Memorial, Rock Creek Cemetery, Washington, D. C. (2010). Fotografía de Rebeca Romero Escrivá.

En el caso de *Democracia*, la exotérica novela de Adams, su autor podía permitirse decir la verdad sobre sí mismo o sobre la sociedad, mediante el recurso de un *roman à clef*, con una libertad mucho mayor de la que le permitían la historia, limitada a los documentos y los hechos, o la escritura

autobiográfica, que era, según señalaba, esotérica. La inteligencia de Adams y la lealtad de John Hay serían, por fin, los restos del naufragio que asomarían en las páginas de *Imperio*, de Gore Vidal, una novela que sigue demasiado claramente la pista de *Democracia* para no resultar decepcionante incluso por su desmesura²⁶. Con todo, Gore Vidal sigue los pasos de esta tradición «política y literaria» al novelar los momentos fundamentales de la democracia americana y devolver a la imaginación lo que estamos acostumbrados a buscar en la historia. Y no es menos cierto, a mi juicio, que toda la distancia que pueda haber entre sus novelas históricas y los romances de Walter Scott sería la que separa, proporcionalmente, la ética literaria de la generación de Henry Adams de la de nuestros días.

¹ En ambas novelas las mujeres protagonistas declaran su independencia frente a sus pretendientes masculinos, el senador Silas P. Ratcliffe y el clérigo Stephen Hazard, de *Democracia* y *Esther*, respectivamente. El caso de Esther es más crítico que el de la señora Lee, ya que está enamorada de Hazard, que encarna el discurso religioso del cristianismo, desde su primera afirmación cartesiana —*the supreme I am*— hasta la última apuesta pascaliana. Véase Michael Colacurcio, «Democracy and Esther: Henry Adams's Flirtation with Pragmatism», en *A Political Companion to Henry Adams*, ed. de N. F. Taylor, Lexington, The University Press of Kentucky, 2010, pág. 73. En *Democracia*, lejos de la búsqueda de valores absolutos de la señora Lee, Nathan Gore se refiere pragmáticamente a la democracia como un experimento (véase *infra*, cap. IV). Según Colacurcio, «*Democracia* dramatiza el flirteo de Adams con la moralidad de la política de la Reconstrucción». Aunque para Henry Adams la integridad privada y el poder público parecían incompatibles, sus antecedentes familiares demostraban lo contrario. La falta de fe en Esther, cuyo problema es, en efecto, la voluntad de creer, hace imposible su unión con Hazard, el cual, según la queja de ella, apela antes a su debilidad [de Esther] que a su fuerza. El «paganismo» de Esther se manifiesta al contemplar las cataratas de Niágara. Véase *Esther* en Henry Adams, *Novels. Mont Saint Michel. The Education*, ed. de E. Samuels y J. N. Samuels, Nueva York, The Library of America, 1983, págs. 314 y 331.

² Para los motivos del anonimato puede verse Ernest Samuels, *Henry Adams. The Middle Years*, Cambridge (Mass.), The Belknap Press of Harvard University Press, 1985, pág. 69. Adams no temió tanto la impopularidad como que, según explicó su editor, Henry Holt, «ciertos personajes están cuidadosamente trazados según personas vivas prominentes que eran amigos suyos, a algunas de las cuales se había referido de manera humorística e irónica». *Democracia* era un *roman à clef* (véase la nota sobre la edición). La gran obra histórica de Adams es *History of the United States during the administrations of Thomas Jefferson and James Madison*. A grandes rasgos, las otras dos obras mencionadas, *Mont Saint Michel* y *La educación de Henry Adams*, pueden considerarse también relatos históricos deliberadamente contrapuestos, con las perspectivas de la unidad y la multiplicidad, según decía su autor, y centrados, respectivamente, en los lenguajes de la religión y el arte y de la política y la ciencia. Véase el «Prefacio del editor» a Henry Adams, *La educación de Henry Adams*, trad. de J. Alcoriza y A. Lastra, Barcelona, Alba, 2001.

3 En *La educación de Henry Adams* habla de su padre, Charles Francis Adams, como «la única inteligencia perfectamente equilibrada que había dado el nombre de la familia», que constituyó, por su «aplomo mental», la mayor parte de su educación (págs. 68-69): «La memoria de Charles Francis Adams apenas superaba la normal; su inteligencia no era osada como la de su abuelo [John Adams] o infatigable como la de su padre [John Quincy Adams], ni imaginativa o retórica, menos aún matemática; pero funcionaba con singular perfección, con admirable disciplina y un dominio instintivo de la forma. En su rango era un modelo». El senador James G. Blaine, retratado en el senador Ratcliffe de *Democracia*, impidió la nominación de C. F. Adams como candidato a la presidencia.

4 La obra había aparecido en una edición privada en 1907. Adams envió un ejemplar a varios lectores para su corrección. A su amigo Charles Milnes Gaskell (véase el retrato de grupo) le escribió: «Te he enviado el libro que te había anunciado como mi última voluntad y testamento, para que quites lo que encuentres objetable y me lo devuelvas... Como la obra se debe por completo a la piedad por mi padre y por John Hay (y el resto se añade para hacer masa), soy indiferente respecto a lo que haya de eliminarse, y casi por igual a lo que quede. Como mi experiencia me lleva a pensar que nadie se preocupa o sabe lo que se imprime y se dice, y que el público de la historia y la literatura se ha reducido a un grupo de supervivientes que no superan las mil personas en el mundo entero, tengo esperanzas de que perdure una especie de arte literario o esotérico, el más libre y feliz para el sentido de lo privado y el *abandon*. Por tanto, no me detengo ante ninguna aparente *naiveté*» (*Letters of Henry Adams [1892-1918]*, ed. de W. C. Ford, Boston y Nueva York, Houghton Mifflin Co., 1969, pág. 476). En la carta que acompañaba a sus memorias, *Notas de un hijo y hermano*, Henry James le escribió a Adams: «Por supuesto, somos los únicos supervivientes; por supuesto, el pasado que fue nuestras vidas está en el fondo de un abismo, si el abismo *tiene* fondo» (Henry James, *Hawthorne y otros ensayos de apreciación*, trad. de J. Alcoriza y A. Lastra, Murcia, Leserwelt, 2000, pág. 161).

5 A diferencia de James, que denostaba «la fatal futilidad del Hecho», Adams «incurrió permanentemente en la herejía de que, si algo en el universo era irreal, era él mismo y no las apariencias; el poeta y no el banquero; su propio pensamiento, no el objeto que lo movía». Cf. Robert R. Sayre, *The Examined Self. Benjamin Franklin, Henry Adams, Henry James, Madison*, The University of Wisconsin Press, 1988, pág. 71, con *La educación de Henry Adams*, pág. 103. Más allá de esa admisión, el guía del arte medieval declaraba en *Mont Saint Michel y Chartres* su consigna magistral: «Para nosotros la poesía es historia, y los hechos son falsos» (Henry Adams, *Novels. Mont Saint Michel. The Education*, pág. 549).

6 Henry Adams, *La educación de Henry Adams*, págs. 402-403: «El secreto de la educación se escondía en algún lugar detrás de la ignorancia, y Adams lo tanteaba tan débilmente como siempre. En tales laberintos, un bastón es una fuerza casi tan necesaria como las piernas; la pluma se convierte en una suerte de perro de ciego, que evita que caigamos en la cuneta. La pluma trabaja sola y funciona como una mano, modelando el material plástico una y otra vez hasta lograr la forma que le conviene. La forma no es arbitraria, sino que es una especie de desarrollo semejante a la cristalización, como bien saben los artistas; a menudo el lápiz o la pluma se adentran por senderos laterales e informes, pierden su orientación, se detienen o se estancan. Entonces han de volver tras su pista y recuperar, si pueden, su línea de fuerza». Al respecto, véase el capítulo «Estética dinámica» en mi libro *Látigos de escorpiones. Sobre el arte de la interpretación*, La Laguna, Sociedad Latina de Comunicación Social, 2015. El propósito de «recuperar la línea de fuerza» entronca con la vieja consigna puritana del *plain style*, no ajeno al «arte literario o esotérico» de Adams. Véase Perry Miller, *Nature's Nation*, Cambridge (Mass.), The Belknap Press of Harvard University Press, 1974, pág. 233: «Lo que eventualmente aclara la literatura puritana es que, aunque a través de ella las verdades se vuelven supremamente manifiestas

precisamente porque no se visten con un lenguaje florido, hay ciertos aspectos de la verdad que no tienen que decirse en absoluto».

7 El subtítulo de *Democracia* es «una novela americana», una denominación curiosamente problemática. La «novela» podía entenderse como una forma literaria que liquidaba los términos planteados por las generaciones anteriores a la de Adams, en especial la del *American Renaissance*, que había cultivado el romance para ensalzar la escena de la naturaleza frente a la corrupta civilización del Viejo Mundo. La misma filosofía de Emerson y Thoreau señalaría, por otra parte, los límites de ese esquematismo. Su profesor de retórica en Harvard, T. E. Channing, les advertía que aunque el romance no queda atrapado en la cotidianeidad, «tampoco se pierde en vanas ilusiones». Walter Scott, que acudía al «gran libro de la naturaleza», como heredero de la fuerza shakespeariana, había sido el modelo de Fenimore Cooper, el autor que hizo «despertar» a Herman Melville. La oscilación entre el romance, más imaginativo, y la novela, circunscrita a cuestiones sociales, es visible en la trayectoria del autor de *Moby Dick*. Por supuesto, con «otros creadores» nos referimos a Henry James, D. H. Howells y, de manera señalada, como veremos después, Mark Twain. En su respuesta a Walter Besant sobre el arte de la ficción, James trataba de difuminar en beneficio propio las diferencias entre novela y romance. Con todo, la distancia entre los libros leídos y los libros escritos por la generación de Adams ilustra la dificultad de acomodar la forma a la materia de su obra, que tiene que ver, positivamente, con el núcleo de inestabilidad y ejemplaridad propio del «carácter americano», cuyas conquistas pertenecen al futuro de los ideales antes que al pasado de las realizaciones humanas. Véase *La educación de Henry Adams*, pág. 79: «En materia de felicidad, las horas más felices de la educación del muchacho las pasó en verano tumbado sobre un mohoso montón de documentos del Congreso, en la vieja granja de Quincy, leyendo *Quentin Durward*, *Ivanhoe* y *El talismán*, haciendo incursiones en el jardín para comer melocotones y peras. En líneas generales, entonces lo aprendió casi todo». Sobre la doble victoria, «artística y patriótica», que supuso aclimatar el romance en América, véase «The Romance and the Novel», de Perry Miller, en *Nature's Nation*.

8 Siempre ha de tenerse en cuenta el capítulo sobre los ideales americanos situado al frente de la *History of the United States during the Administrations of Thomas Jefferson* (Nueva York, The Library of America, 1986). Adams afirma que en América, *a new experiment*, el instinto de actividad se hizo hereditario. Apuntaba proféticamente: «Si la teoría era sólida, cuando llegara el día de la competencia, Europa habría de elegir entre las instituciones americanas y chinas, pues no había camino intermedio: se convertiría en una democracia confederada o en un naufragio». En lo que respecta a cierta lectura de *Democracia*, ténganse en cuenta estas palabras (pág. 118): «Los poetas no se fijaron en que, a pesar del demócrata práctico, el mundo que habitaba podría dar lugar a la conducta más esperanzadora de la humanidad». Adams sentenciaba (pág. 120): «De todos los problemas históricos, la naturaleza del carácter nacional es el más difícil y el más importante».

9 En octubre de 1894 escribía a Gaskell: «Soy un anarquista en política y un impresionista en arte, así como un simbolista en literatura. No porque entienda lo que estos términos significan, sino porque los tomo como meros sinónimos de pesimista» (*Letters of Henry Adams [1892-1918]*, pág. 57).

10 Respecto a la precedencia del tipo sobre el individuo, véanse las palabras de Adams tras la publicación de *William Wetmore Story and His Friends*, de Henry James: «La dolorosa verdad es que toda mi generación de Nueva Inglaterra, en el medio siglo de 1820 a 1870, fue en realidad una sola mente y naturaleza; lo individual era una faceta de Boston. Nos conocíamos hasta la última terminación nerviosa y temíamos el mutuo conocimiento. Nos mirábamos unos a otros como microscopios. No había absolutamente nada en nosotros que no entendiéramos con solo mirarnos a los ojos. Ni siquiera

había diferencia en la hondura, porque la Universidad de Harvard y el unitarismo nos devolvían a la superficie. No sabíamos nada —¡no, realmente nada!— del mundo. No puede exagerarse la profundidad de la ignorancia de Story al convertirse en escultor, o Sumner en estadista o Emerson en filósofo» (*Letters of Henry Adams [1892-1918]*, pág. 414). Respecto al arte medieval, Adams comenzó el estudio de la arquitectura gótica de Normandía en 1895 junto a Henry y Anna Cabot Lodge (pág. 79): «Estoy seguro de que en el siglo XI la mayor parte de mí era normanda... y de que por algún motivo no compartí el movimiento actual del mundo. Volver ahora a las viejas asociaciones me parece tan fácil como beber champán. Todo es natural, razonable, completo y satisfactorio. Coutances y St. Michel no muestran extravagancia ni falta de sentido práctico. Conocían su fuerza a la perfección, la medían hasta el menor detalle, daban al ideal cuanto tenían derecho a esperar de él y miraban lo real con la cabeza fría». Véase el vínculo del medievalismo de Adams con su americanismo en la confidencia a su hermano Brooks (págs. 80-85): «Rara vez he sentido a Nueva Inglaterra en la cima de su poder ideal tal como se me ha aparecido, beatificada y glorificada, en la catedral de Coutances. Desde entonces nuestros ancestros han decaído sin cesar hasta que casi hemos tocado fondo. Han perdido su religión, su arte y su gusto militar. Ahora no pueden comprender el significado de lo que hicieron en Mont St. Michel. Solo han mantenido las cualidades más útiles, con un instinto torpe que evoca asociaciones muertas. Así llegamos a Boston... La última catedral del siglo XIII intentó unir deliberadamente las artes y las ciencias al servicio de Dios. Fue una Exposición de Chicago en beneficio de Dios... fue la mayor creación única del hombre... el resultado está más allá de lo que podría suponer un animal tan mezquino como el hombre». Por su parte, el idealismo democrático tenía una base tan sólida como la proporcionada por el discurso inaugural de Jefferson, donde se afirmaba que, en la sociedad americana, cada diferencia de opinión no era una diferencia de principio: «Estos principios forman la brillante constelación que nos ha precedido y que ha guiado nuestros pasos a través de una era de evolución y reforma» (*History of the United States during the Administrations of Thomas Jefferson*, págs. 333-335).

[11](#) Véase *Letters of Henry Adams (1858-1891)*, ed. de W. C. Ford, Boston y Nueva York, Houghton Mifflin Co., 1969, pág. 278: «Nuestro objetivo es claro. Queremos quebrar la organización de los partidos, que son la fuente de la peor corrupción». Así se expresaba Adams en la época en que, tras pronunciar una conferencia sobre los primitivos derechos de las mujeres en el Lowell Institute, dimitió su cargo de profesor de historia en Harvard para trabajar con el legado de Albert Gallatin, el distinguido colaborador de Jefferson y Madison que «convirtió la derrota del idealismo republicano en un triunfo de la integridad personal» (véase George Hochfield, *Henry Adams. An introduction and Interpretation*, Nueva York, Barnes & Noble, Inc., 1962, pág. 22). En 1879 aparecieron *The Life of Albert Gallatin (Vida de Albert Gallatin)* y *The Writings of Albert Gallatin (Escritos de Albert Gallatin)*.

[12](#) La frase aparece al final del capítulo sobre «Dificultades constitucionales» en *History of the United States during the Administrations of Thomas Jefferson*. La crítica alcanza a Jefferson por el episodio de la compra de Luisiana: «Jefferson insistió en obligar al Congreso a aceptar una decisión del ejecutivo que iba más allá de la Constitución». Adams recordaba que si la Constitución era incompleta o absurda, no el gobierno, sino el pueblo de los Estados que la había forjado era la única autoridad apropiada para corregirla. El propio Jefferson, en su correspondencia, se refería a «nuestra especial seguridad en la posesión de una Constitución escrita» (Thomas Jefferson, *Autobiografía y otros escritos*, trad. de A. Escotado y M. Sáenz, Madrid, Tecnos, 1987, pág. 611). Sobre este tema puede verse mi libro *La experiencia política americana. Un ensayo sobre Henry Adams*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2005.

[13](#) Henry Adams, *La educación de Henry Adams*, págs. 144-145: «Lincoln, Seward, Sumner y los demás no podían ayudar al joven que buscaba educación; sabían menos que él; en seis semanas todos

aprenderían cuáles eran sus obligaciones gracias a la sublevación de personas como él, y su educación costaría un millón de vidas y diez mil millones de dólares, más o menos, al Norte y al Sur, antes de que el país pudiera recobrar su equilibrio y su movimiento».

[14](#) La tendencia al anacronismo era una forma de liberar la imaginación de sus ataduras históricas. Véase *La educación de Henry Adams*, pág. 67: «Su educación había quedado sesgada sin remedio en la dirección de la política puritana. Entre él y su patriota abuelo a la misma edad, las condiciones apenas habían cambiado. El sello de 1848 [año de la muerte de J. Q. Adams] fue casi tan indeleble como el sello de 1776... los hombres cuyas vidas comenzaron a declinar entre 1856 y 1900 tuvieron, antes que nada, que librarse de él y aceptar el sello que correspondía a su época. En esto consistía su educación».

[15](#) Perry Miller, *Nature's Nation*, pág. 13: «Aquel que se esfuerce por fijar la personalidad de América en un patrón eterno, inalterable, no solo no comprende nada de cómo se crea una personalidad, sino que apenas comprende cómo ha progresado esta nación... se engaña si supone que la explicación para América ha de encontrarse en las condiciones de la existencia de América antes que de la existencia misma. Un hombre es sus decisiones, y el gran carácter único de esta nación es solo que aquí el registro de la decisión consciente [en el puritano Winthrop, el revolucionario Madison o el romántico Cooper] es más preciso, más abierto y más explícito que en la mayoría de los países».

[16](#) La interpretación más generosa con la novela, y la más acertada, a mi juicio, contra el aparente pesimismo reflejado en su conclusión, es la de Denise Dutton en «Henry Adams's *Democracy*: Novel Sources of Democratic Virtues». La lectura de Dutton pone el foco sobre los personajes secundarios, Carrington y Sybil, y señala la insuficiencia moral tanto del senador Ratcliffe como de la señora Lee, cuya búsqueda del poder se relaciona con el hecho de ser víctima del *ennui*. La «salvación» de la señora Lee sería una consecuencia de la amistad entre John Carrington —el hombre de la «constante responsabilidad y la esperanza diferida»— y la «transparente» Sybil, lo que desplaza significativamente la fuente de la virtud democrática de la política a la sociedad. Con esa perspectiva, la frecuente identificación de Adams con la señora Lee, antes que con el narrador, habría perjudicado terriblemente la lectura de la novela: «Con Sybil y Carrington... Adams nos ofrece modelos de cómo hombres y mujeres ordinarios podrían redimir la democracia de su corrupción en manos de intereses materiales, políticos ambiciosos y dogmáticos pretenciosos». Como moraleja de la historia, Dutton afirma: «Al subrayar los vicios del idealismo de principios de la señora Lee, las virtudes de la política práctica de Ratcliffe y las intuiciones perceptivas del sentido común de Sybil y Carrington y el poder efectivo de su simpatía y compasión, Adams llama nuestra atención sobre las falsas dicotomías y nos empuja a trascenderlas... La novela de Adams compromete al lector en el complejo tipo de juicios que recomienda la novela como parte integral de la ciudadanía democrática». Para las citas, véase *A Political Companion to Henry Adams*, págs. 85 y 106.

[17](#) La persecución del sueño dorado, que encarna el coronel Sellers, llega a justificar la corrupción política, que encarna el senador Dilworthy: «Bueno —vaciló el coronel—, me temo que algunos de ellos efectivamente se dejan sobornar... sí, me temo que así es... pero como me dijo el senador Dilworthy en persona, eso es un pecado; está muy mal, es una vergüenza. «¡El Cielo me libre de una acusación semejante!», dijo el senador. Y no obstante, si se piensa bien, es innegable que tendríamos que prescindir de los servicios de algunos de nuestros hombres más capaces, sí señor, si el país se opusiera a... al soborno. Es una palabra dura. A mí no me gusta emplearla». La venalidad de Dilworthy, que se destapa al final de la novela, no queda castigada. Véase Mark Twain y Charles Dudley Warner, *La edad dorada*, trad. de H. Silva, Tenerife, Baile del Sol, 2007, pág. 297.

[18](#) Mark Twain y Charles Dudley Warner, *La edad dorada*, pág. 482.

[19](#) La protagonista femenina de *La edad dorada*, víctima final de sus pasiones, había sucumbido antes a la tentación del poder (pág. 286): «Laura estaba en excelentes términos con muchísimos miembros del Congreso, y en ciertos medios existía la sospecha subyacente de que pertenecía a esa detestada clase conocida por los *lobbyists* [cabilderos]; pero, ¿qué mujer bella podía sustraerse a las murmuraciones en una ciudad como aquella?». Como contrapunto, la reivindicación de la fuerza femenina frente a la debilidad de los hombres queda retratada en los notables intercambios de Philip con las hermanas Bolton (véanse las págs. 177, 402, 418-420). En uno de ellos, Alice le advierte que las jóvenes no quieren un cambio de sexo, sino «sólo un cambio en el otro sexo».

[20](#) Robert R. Sayre, *The Examined Self. Benjamin Franklin, Henry Adams, Henry James*, págs. 55 y ss.

[21](#) Henry James, *El punto de vista*, trad. de E. Schoo, Madrid, La Compañía de los Libros, 2010. Mi conclusión es que, contra el título, queda en entredicho toda subjetividad que no esté a la altura de lo que manifiesta Cockerel en su carta desde California. Ofrezco a continuación extractos ilustrativos (págs 87-98): «Mi viaje alrededor del mundo fue muy deliberado. Sabía que uno debe ver las cosas por sí mismo y que tendría la eternidad, por así decirlo, para descansar. Viajé enérgicamente: fui a todas partes y vi todo... el resultado de todo esto es que me he liberado de una superstición... esta superstición consiste en que no hay salvación fuera de Europa. Nuestra salvación está aquí, si tenemos ojos para verla, e incluye también la salvación de Europa; esto es, si Europa ha de ser salvada, cosa que dudo... no tengo una misión, no quiero predicar: simplemente, llegué a un estado mental, me saqué de encima a Europa. No sabes cuánto simplifica las cosas, ni cuán feliz me hace... sencillamente, tenemos que vivir nuestra propia vida, y el resto se dará por añadidura... la vastedad y frescura de este mundo americano, la gran escala y el amplio ritmo de nuestro desarrollo, el sentido común y el buen natural de nuestra gente, me consuela de la carencia de catedrales y Tizianos... Sí, nosotros estamos más cerca de la realidad, más cerca de lo que ellos lograrán estar. Las cuestiones del futuro son cuestiones sociales... una vez que uno siente, estando aquí, que los grandes problemas del futuro son sociales, que una poderosa marea está arrastrando al mundo a la democracia y que este país es el mayor escenario en que ese drama pueda ser representado, los temas de moda de Europa parecen mezquinos y parroquiales... por otra parte, es imposible tomar a un norteamericano por sorpresa: se avergüenza de confesar que carece del ingenio para hacer algo que otro hombre ha tenido el ingenio de pensar... Si esta eficiencia general, junto con el amor al conocimiento, no es la verdadera esencia de una civilización elevada, no sé qué es una civilización elevada... y hay un cierto vigoroso tipo de norteamericano «práctico» (se lo encuentra preferentemente en el Oeste), que no fanfarronea como yo (yo no soy práctico), sino que, calladamente, siente que lleva el futuro en sus entrañas: un tipo al que admiro más que a cualquier otro que haya conocido en tus países predilectos... El pueblo es aquí más consciente de las cosas: inventa, acciona, responde por sí mismo, no estás atado (hablo de cuestiones sociales) por la autoridad y la jerarquía... Washington es el lugar más divertido, y por lo menos aquí, en la sede del gobierno, uno no está hipergobernado. En realidad, no hay gobierno alguno de que hablar, y eso parece demasiado bueno para ser verdad. El primer día en que estuve aquí fui al Capitolio, y me llevó tiempo entender que tenía tanto derecho a estar allí como cualquiera, y que todo este monumento magnífico (de paso: es magnífico) es realmente de mi propiedad... Claro que soy un yanqui vociferante, pero uno debe esgrimir un gran pincel para copiar a un gran mundo».

[22](#) Henry James, *El americano*, trad. de C. Montolío, Barcelona, Debolsillo, 2003. En términos estéticos, el internacional James parece un grado por encima del carácter americano que retrata en Newman, aunque con reservas (véase, por ejemplo, lo destacado en la cita siguiente). A Newman lo

conocemos en el Louvre, pero el personaje es más prometedor que cualquiera de los cuadros que contempla (págs. 11-12): «El observador perspicaz que hemos estado imaginando podría perfectamente haber apreciado su expresividad y *aun así haber sido incapaz de describirla...* era sobre todo la mirada de nuestro amigo la que contaba su historia; una mirada en la que inocencia y experiencia se fundían de modo singular. Estaba llena de señales contradictorias; y aunque bajo ningún concepto era el astro ardiente de un héroe novelesco, se podía encontrar en ella casi todo lo que se buscara. Fría y aun así amistosa, franca pero cauta, astuta pero crédula, positiva pero escéptica, segura pero tímida, en extremo inteligente y en extremo jovial, había algo vagamente desafiante en sus concesiones y algo profundamente tranquilizador en su reserva... A pesar de estar lánguidamente repantigado y un tanto perplejo ante la cuestión estética... la perspectiva de conocerle resulta bastante prometedora. Firmeza, salud, jocosidad y prosperidad parecen estar a su alcance; es a todas luces un hombre práctico; pero las ideas, en su caso, tienen imprecisos y misteriosos confines *que invitan a la imaginación a activarse en beneficio propio*». Hay ciertos paralelismos entre el punto de vista del narrador y el de Henry Adams, tanto en *Democracia* como en *La educación*. Véase la manera en que describe, en esta última, a los jóvenes de la promoción de 1858 como «una típica colección de jóvenes de Nueva Inglaterra, silenciosamente penetrantes y agresivamente corrientes; exentos de mezquindades, celos, intrigas, entusiasmos y pasiones; no excepcionalmente rápidos, ni conscientemente escépticos; singularmente indiferentes al alarde, al artificio y a la expresión florida, pero tampoco hostiles a ellos cuando los divertían; desconfiados respecto a sí mismos, pero poco dispuestos a confiar en nadie más; sin mucho humor para sí mismos, pero completamente dispuestos a disfrutar del humor de los demás; negativos hasta tal punto que a la larga se volvían positivos y triunfantes. Nada severos en sus modales o juicios, bastante liberales e imparciales, eran todavía, en bloque, los más formidables críticos que uno querría encontrarse durante una larga vida expuesta a la crítica. Nunca halagaban a nadie, casi nunca alababan; libres de vanidad, no eran intolerantes con ella; pero eran la objetividad en sí misma; su actitud era una ley de la naturaleza; su juicio, inapelable, no era un acto de inteligencia o emoción o voluntad, sino una especie de gravitación» (págs. 96-97). Respecto a Augustus St. Gaudens, el escultor a quien encargó la figura para la tumba de su esposa en Rock Creek (véanse las fotografías), Adams anotaría (pág. 400): «En cierta ocasión, St. Gaudens le llevó [a Adams] a Amiens para ver la catedral. Hasta que no empezaron a examinar las esculturas del pórtico occidental no se le ocurrió a Adams que, para sus propósitos, St. Gaudens tenía más interés para él, sobre el terreno, que la propia catedral».

[23](#) Obviar ese «egregio engaño» puede llevar a asociar precipitadamente la huida de la señora Lee — leída como un anticipo escalofriante del suicidio de su esposa — con el autoexilio temporal de Adams, y a creer que el autor comparte la desesperación por la democracia que le asociaría con la clase de los «patricios» de Nueva Inglaterra (véase Robert Dawidoff, *The Gentleel Tradition and the Sacred Rage. High Cultura vs Democracy in Adams, James and Santayana*, Chapel Hill y Londres, The University of North Carolina Press, 1992). La crítica se ha servido de la distinción de Melville, por cierto, para contraponer *Mardi*, su obra de lectura más difícil, a la autobiográfica *Redburn*, pero un examen atento de la historia de su primer viaje nos presenta una conciencia plena de la dificultad de abarcar los temas — la economía, la superficialidad de la experiencia, la piedad de la escritura, la orfandad existencial, la fraternidad racial, la infamia del mal — que constituyen el bagaje del escritor americano.

[24](#) Perry Miller, *Nature's Nation*, pág. 271: «Al final de *Huck*, Mark Twain estaba matando el dragón que le había hechizado desde el amanecer de su conciencia, el romance».

[25](#) Mark Twain, *Las aventuras de Huckleberry Finn*, trad. de A. Lázaro Ros, Barcelona, Ramón Sopena, 1972, pág. 243: «Veo que no estás acostumbrado a mentir», le espeta un personaje de la novela a Huck, tan acostumbrado a ello, en realidad, que llega a declarar (pág. 266): «Yo había comprobado

que la Providencia ponía siempre en mi boca las palabras convenientes cuando la dejaba hacer a ella». Al respecto, véanse también las págs. 119, 120, 228, 266, 280. El narrador es un entretenido falsificador de historias, cuya ascendencia evangélica no ignoraría Mark Twain: «Proponed en vuestros corazones no pensar antes cómo habéis de responder en vuestra defensa; porque yo os daré palabra y sabiduría, la cual no podrán resistir ni contradecir todos los que se opongan» (Lucas 21, 14-15). Por supuesto, la cuestión de la identidad fluctuante también resulta crucialmente divertida (pág. 271): «¡Tan grande era mi gozo por haber descubierto quién era yo!».

[26](#) Gore Vidal, *Imperio*, trad. de Á. Pérez y J. M. Álvarez Flórez, Barcelona, Edhasa, 1988, pág. 105: «Había sin embargo algo que era muchísimo mejor que un simple cargo, y Caroline había tenido una vislumbre de ello... era, simplemente, verdadero poder»; pág. 143: «Tengo una sensación como de que me hubiera creado usted, como una segunda señora Lightfoot Lee, y luego me dejara a medio capítulo». La novela es profundamente elegíaca, no solo por las referencias a Lincoln: «A Caroline [Henry Adams] le pareció infinitamente viejo; sin embargo, paradójicamente, nunca envejecía. Se hacía más él mismo, simplemente: la encarnación final de la república americana originaria» (pág. 468).

ESTA EDICIÓN

Democracia se publicó anónimamente en marzo de 1880 (*Democracy: An American Novel*, Boston, Henry Holt and Co.). Para la traducción hemos seguido el texto de esa primera edición, recogido por Ernest Samuels y Jayne F. Samuels en *Novels. Mont Saint Michel. The Education*, Nueva York, The Library of America, 1983. Como la obra mostraba un conocimiento directo de ciertas personalidades de Washington, tratar de identificar al novelista se convirtió en un juego para el público. Aunque a menudo fue atribuida a los «Cinco Corazones» —el grupo de amigos íntimos formado por Adams y John Hay, junto a sus esposas y Clarence King—, solo una reseñadora inglesa acertó con el nombre de su autor.

Como señalamos en la Introducción, *Democracia* es un *roman à clef*. El personaje de Ratcliffe está basado en el senador James G. Blaine, un enemigo de las ideas reformistas de Adams que se vio envuelto en un famoso escándalo de corrupción. Nathan Gore tiene rasgos de John Lothrop Motley, embajador en Londres destituido por Grant «porque se hacía la raya en medio». Tras el presidente y su esposa aparecen Lincoln, Grant, Hayes y sus familias. La señora Lee y Sybil Ross responden a las vecinas de Adams en Beverly Farms, la señora Bigelow Lawrence y su hermana, Fanny Chapman, respectivamente, aunque el carácter de Madeleine presenta rasgos del propio Adams y de su esposa Marian. Emily Beale, hija del general Bale, se reconoció en la pizpireta Victoria Dare. El cínico barón Jacobi tiene el carácter de Grégoire Aristarchi Bey, embajador turco en Washington desde 1873. Para John Carrington, Adams se inspiró en el senador Lucius Q. Lamar, «uno de los hombres más tranquilos, razonables y amables de la Unión en los Estados Unidos, y poco común por su encanto social», según se dice en *La educación*. En Hartbeest Schneidekoupon se adivina al abogado neoyorquino Perry Belmont, vinculado a la familia Rothschild.

La identidad del autor de *Democracia* fue dada correctamente en *A Manual of American Literature*, publicado por Tauchnitz, pero Henry Holt no

dio el nombre de Adams en la portada hasta la reimpresión de la novela en 1925. Samuels, en su biografía canónica, señala que la novela —todo un «simposio» sobre el gobierno democrático— recoge ideas expresadas por Adams en su discurso de graduación en Harvard, veinte años atrás, y anticipa otras de *La educación de Henry Adams*. En el terreno de las influencias literarias, *Democracia* contenía ecos de las novelas políticas de Disraeli y Trollope y, singularmente, de *La feria de las vanidades*, como se hace evidente en el capítulo IX. Henry James, con su insaciable agudeza, la elogió diciendo que era «lo bastante buena como para lamentar que no fuera mejor».

Quiero agradecer a mi esposa Rebeca, una vez más, su colaboración para llevar a buen fin este trabajo. Hay aciertos de estilo debidos a sugerencias tuyas, que se han hecho visibles también en las fotografías que acompañan a la edición. Todas las notas son aclaraciones del traductor.

BIBLIOGRAFÍA

PRINCIPALES EDICIONES DE LA OBRA DE HENRY ADAMS

Novels. Mont Saint Michel. The Education, ed. de E. Samuels y J. N. Samuels, Nueva York, The Library of America, 1983.

History of the United States during the Administrations of Thomas Jefferson, Nueva York, The Library of America, 1986.

History of the United States during the Administrations of James Madison, Nueva York, The Library of America, 1986.

CORRESPONDENCIA

Letters of Henry Adams (1858-1891), ed. de W. C. Ford, Boston y Nueva York, Houghton Mifflin Co., 1969.

Letters of Henry Adams (1892-1918), ed. de W. C. Ford, Boston y Nueva York, Houghton Mifflin Co., 1969.

TRADUCCIONES

La dinamo y la Virgen, trad. de P. S. Derrick y J. López Gavilán, León, Universidad de León, 1996.

La educación de Henry Adams, trad. de J. Alcoriza y A. Lastra, Barcelona, Alba, 2001.

ESTUDIOS

A Political Companion to Henry Adams, ed. de N. F. Taylor, Lexington, The University Press of Kentucky, 2010.

ALCORIZA, Javier, *La experiencia política americana. Un ensayo sobre Henry*

- Adams, Madrid, Biblioteca Nueva, 2005.
- «Estética dinámica», en *Látigos de escorpiones. Sobre el arte de la interpretación*, La Laguna, Sociedad Latina de Comunicación Social, 2015.
- BLACKMUR, Richard P., *Henry Adams*, Nueva York, Da Capo Press, 1980.
- BOVÉ, Paul, «Anarchy and Perfection: Henry Adams, Intelligence, and America», en *America's Modernisms: Revaluating the Canon: Essays in Honor of Joseph Riddel*, ed. de K. Lindberg y J. G. Kronic, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1996.
- CONDER, John C., *A Formula of his Own: Henry Adams's Literary Experiment*, Chicago, University of Chicago Press, 1970.
- Critical Essays on Henry Adams*, ed. de E. N. Harbert, Boston, G. K. Hall, 1981.
- DAWIDOFF, Robert, *The Gentleel Tradition and the Sacred Rage. High Culture vs Democracy in Adams, James and Santayana*, Chapel Hill y Londres, University of North Carolina Press, 1992.
- DECKER, George, *The Literary Vocation of Henry Adams*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1990.
- HOCHFIELD, George, *Henry Adams. An Introduction and Interpretation*, Nueva York, Barnes & Noble, Inc., 1962.
- JORDY, William H., *Henry Adams: Scientific Historian*, New Haven, Yale University Press, 1963.
- LEVENSON, J. C., *The Mind and Art of Henry Adams*, Boston, Houghton Mifflin, 1957.
- MILLER, Perry, *Nature's Nation*, Cambridge (Mass.), The Belknap Press of Harvard University Press, 1974.
- New Essays on The Education of Henry Adams*, ed. de J. C. Rowe, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.
- ROWE, John Carlos, «Henry Adams», en *Historia de la literatura norteamericana*, trad. de M. Coy, Madrid, Cátedra, 1991.
- SAMUELS, Ernest, *The Young Henry Adams*, Cambridge (Mass.), The Belknap Press of Harvard University Press, 1948.
- *Henry Adams. The Middle Years*, Cambridge (Mass.), The Belknap Press of Harvard University Press, 1985.
- *Henry Adams. The Major Phase*, Cambridge (Mass.), The Belknap Press of Harvard University Press, 1964.

- SAYRE, Robert R., *The Examined Self. Benjamin Franklin, Henry Adams, Henry James*, Madison, University of Wisconsin Press, 1988.
- WAGNER, Vern, *The Suspension of Henry Adams. A Study in Manner and Matter*, Detroit, Wayne State University Press, 1969.
- WOLFE, Patrick, «The Revealing Fiction of Henry Adams», en *New England Quarterly*, 49, núm. 3, septiembre de 1976.
- YOUNG, James P., *Henry Adams: The Historian as Political Theorist*, Lawrence, University Press of Kansas, 2001.
- ZWERDLING, Alex, *Improvised Europeans: American Literary Expatriates and the Siege of London*, Nueva York, Basic, 1998.

DEMOCRACIA

CAPÍTULO I

POR razones que muchas personas consideraron ridículas, la señora Lightfoot decidió pasar el invierno en Washington. Tenía una salud excelente, pero dijo que el clima la beneficiaría. En Nueva York tenía montones de amigos, pero de repente quiso ver de nuevo al pequeño grupo de los que vivían en el Potomac. Solo a los más íntimos confesó sinceramente que la torturaba el *ennui*. Desde la muerte de su esposo, hacía cinco años, había perdido el gusto por la sociedad de Nueva York; no había sentido interés alguno por el precio de las acciones, y muy poco por los hombres que negociaban con ellas; se había vuelto seria. ¿De qué valía todo esto, este desierto de hombres y mujeres tan monótono como las casas de piedra marrón en que vivían? En su desesperación había recurrido a medidas desesperadas. Había leído filosofía en el original alemán y, cuanto más leía, más la desanimaba que tanta cultura no llevara a nada —a nada—. Después de hablar de Herbert Spencer toda una velada con un muy literario y trascendental comisionista, no podía ver que hubiera empleado mejor su tiempo que en aquellos días que había pasado flirteando con un accionista muy agradable; de hecho, había una evidencia en sentido contrario, porque el flirteo podía llevar a algo —de hecho, había llevado al matrimonio—, mientras que la filosofía no podía llevar a nada; a lo sumo, a otra velada del mismo tipo, porque los filósofos trascendentales son en su mayoría ancianos, por lo general casados y, si se dedican a los negocios, capaces en parte de adormecerse al anochecer. Sin embargo, la señora Lee hizo lo posible por dar un giro práctico a su estudio. Se sumió en la filantropía, visitó prisiones, inspeccionó hospitales, leyó libros de pauperismo y crimen, se saturó con las estadísticas del vicio hasta que su mente casi perdió de vista la virtud. Al final se rebeló contra ella y llegó al límite de su fuerza. Este sendero tampoco parecía llevar a ningún sitio. Declaró que había perdido el sentido del deber y que, en lo que se refería a ella, todos los pobres y criminales de Nueva York

podían en adelante medrar majestuosos y manejar los ferrocarriles del continente. ¿Por qué debía importarle? ¿Qué suponía la ciudad para ella? No podía descubrir nada en ella que pareciera pedir la salvación. ¿Qué daba peculiar santidad a los números? ¿Por qué un millón de personas, que se parecían entre sí, era más interesante que una sola? ¿Qué aspiración podía ayudar a poner en la mente de este gran monstruo armado que le hiciera merecer su amor o respeto? ¿La religión? Mil poderosas iglesias trataban de hacerlo lo mejor posible y no podía ver la oportunidad para una nueva fe de la que ella fuera a ser la inspirada profetisa. ¿La ambición? ¿Los altos ideales populares? ¿La pasión por lo elevado y puro? Las palabras mismas la irritaban. ¿No la devoraba a ella la ambición, y no estaba comiéndose ahora su corazón por no descubrir un objeto digno de sacrificio?

¿Era la ambición —la auténtica ambición— o era mera inquietud la que volvía a la señora Lightfoot tan desabrida con Nueva York y Filadelfia, Baltimore y Boston, con la vida americana, en general, y toda vida en particular? ¿Qué quería? No posición social, porque era una eminentemente respetable filadelfiana de nacimiento; su padre, un famoso clérigo; y su esposo había sido igualmente irreprochable, un descendiente de una rama de los Lee de Virginia que habían derivado hasta Nueva York en busca de fortuna, y la habían encontrado, lo bastante para retener allí al joven. Su viuda tenía su propio lugar en la sociedad que nadie disputaba. Aunque no más brillante que sus vecinas, el mundo persistía en clasificarla entre las mujeres inteligentes. Tenía riqueza, o al menos la suficiente para lograr todo lo que el dinero puede proporcionar de placentero a una mujer sensata en una ciudad americana. Tenía su casa y su coche, vestía bien; su mesa, surtida, y su mobiliario no iba a la zaga del último modelo del arte decorativo. Había viajado por Europa y, tras varias visitas, al cabo de algunos años había vuelto a casa, trayendo en una mano, por así decirlo, un paisaje verde grisáceo, un muy grato espécimen de Corot, en la otra unas balas de alfombras y tapices persas y sirios, porcelana y bronce japoneses. Con esto declaró a Europa agotada y confesó francamente que era americana hasta las uñas. No sabía ni le importaba mucho si era mejor vivir en América o Europa, no sentía un violento amor por ninguna y no hacía objeción alguna a abusar de ambas, pero pretendía conseguir cuanto la vida americana tuviera que ofrecer, bueno

o malo, y beberlo hasta las heces, decidida por completo a tener lo que hubiera en ella y a manufacturar todo lo que pudiera sacar de ella. Decía: «Sé que América produce petróleo y cerdos, los he visto en los vapores, y me han dicho que produce plata y oro. Suficiente para que cualquier mujer elija».

Sí, como se ha dicho, la primera experiencia de la señora Lee no fue un éxito. Pronto declaró que Nueva York podía representar el petróleo o los cerdos, pero el oro de la vida no iba a ser descubierto allí por sus ojos. Allí solo había bastante variedad; variedad de personas, ocupaciones, propósitos y pensamientos, pero todo esto, tras crecer hasta cierto punto, se quedaba corto. No habían descubierto nada para levantarlo. Conocía, de manera más o menos íntima, a una docena de hombres cuyas fortunas oscilaban entre uno y cuarenta millones. ¿Qué hacían con su dinero? ¿Qué podían hacer con él que fuera diferente de lo que otros hombres hacían? A la postre, es absurdo gastar más dinero del que basta para satisfacer las propias necesidades; es vulgar vivir en dos casas en la misma calle y conducir seis caballos en fila. Con todo, tras apartar cierta cantidad suficiente para esas necesidades, ¿qué había que hacer con el resto? Dejar que se acumulara era reconocer el propio fracaso; la gran queja de la señora Lee era que se acumulaba sin cambiar o mejorar la cualidad de sus propietarios. Destinarlo a la caridad y obras públicas era sin duda digno de alabanza, pero ¿era juicioso? La señora Lee había leído suficiente economía política e informes sobre la pobreza para estar casi convencida de que la obra pública debía ser deuda pública, y de que los grandes benefactores causan también perjuicio. Y aun suponiendo que lo gastara en esos objetivos, ¿cómo podía hacer nada más que incrementar y perpetuar ese mismo tipo de naturaleza humana que era su gran queja? Sus amigos de Nueva York no podían responder a esta pregunta salvo recayendo en sus lugares comunes nativos, que ella pisoteaba infatigablemente, afirmando que, por mucho que admirara el genio del famoso viajero, el señor Gulliver, nunca había sido capaz, desde que enviudara, de aceptar la doctrina Brobdingnagiana de que quien ha hecho crecer dos hojas de hierba donde antes solo crecía una merecía mayor reconocimiento de la humanidad que toda la raza de los políticos. No habría criticado al filósofo que hubiera exigido que la hierba fuera de mejor calidad, «pero —decía— no puedo sinceramente fingir que me agradaría ver a dos hombres de Nueva York en

lugar de uno. La idea es demasiado ridícula, más de uno y medio sería fatal para mí».

Luego venían sus amigos de Boston, que le sugerían que lo que necesitaba era precisamente la educación superior; debía lanzarse a una cruzada de universidades y escuelas de arte. La señora Lee se volvía a ellos con una dulce sonrisa. Decía: «¿Sabéis que ya tenemos en Nueva York la universidad más rica de América y que su único inconveniente ha sido siempre que no puede conseguir eruditos ni siquiera pagando por ellos? ¿Queréis que salga a las calles y aborde a los muchachos? Si los paganos rehúsan ser convertidos, ¿podéis darme el poder de la hoguera y la espada para obligarlos a entrar? Suponed que pudierais. Suponed que desfilo con todos los muchachos por la Quinta Avenida hasta la universidad y que se les enseña de manera apropiada griego y latín, literatura inglesa, ética y filosofía alemana. ¿Entonces qué? Vosotros lo hacéis en Boston. Ahora decidme, honestamente, qué sale de todo ello. Supongo que tendréis allí una sociedad brillante: numerosos poetas, eruditos, filósofos, estadistas, yendo por Beacon Street arriba y abajo. Vuestras veladas deben ser chispeantes. Vuestra prensa debe brillar. ¿Cómo es que nosotros, los neoyorquinos, no hemos oído nada? No frecuentamos mucho vuestra sociedad, pero cuando lo hacemos no parece que sea mucho mejor que la nuestra. Sois como el resto de nosotros. Crecéis seis pulgadas y luego paráis. ¿Por qué no hay nadie que crezca como un árbol y dé sombra?».

El ciudadano corriente de Nueva York, aunque no dejara de estar habituado a este trato desdeñoso por parte de sus líderes, reaccionaba a su manera ciega y tópica. Decía: «¿Qué quiere esta mujer? ¿Le da vueltas la cabeza con las Tullerías y la casa Marlborough? ¿Se cree hecha para un trono? ¿Por qué no sermonea sobre los derechos de las mujeres? ¿Por qué no se dedica al teatro? Si no puede contentarse como otras personas, ¿qué necesidad tiene de insultarnos solo porque no se siente más alta que nosotros? ¿Qué espera lograr de su lengua afilada? En todo caso, ¿qué sabe ella?».

La señora Lee, por cierto, sabía muy poco. Había leído de manera voraz y promiscua sobre muchos asuntos. Ruskin y Taine habían danzado alegremente en su cabeza, de la mano de Darwin y Stuart Mill, de Gustave Droz y Algernon Swinburne. Incluso había trabajado sobre la literatura de su país. Tal vez era la única mujer de Nueva York que sabía algo de historia

americana. Es cierto que no podía repetir la lista de presidentes por orden, pero sabía que la Constitución dividía el gobierno en ejecutivo, legislativo y judicial; sabía que el presidente, el portavoz y el presidente del tribunal supremo eran personajes importantes, e instintivamente se preguntaba si no podrían resolver su problema; si no eran los árboles de sombra que ella veía en sus sueños.

Aquí, pues, estaba la explicación de su inquietud, descontento, ambición —llamadla como queráis—. Se sentía como el pasajero en un vapor oceánico cuya mente no descansa hasta que ha estado en la sala de máquinas y hablado con el ingeniero. Quería ver con sus propios ojos la acción de las fuerzas primarias, tocar con sus propias manos la sólida maquinaria de la sociedad, medir con su propia mente la capacidad del poder motor. Se inclinaba a alcanzar el corazón del gran misterio americano de la democracia y el gobierno. Poco le importaba dónde pudiera llevarle su búsqueda, porque no daba un valor extravagante a la vida, habiendo agotado ya, como decía, al menos dos vidas, y habiéndose endurecido en el proceso hasta la insensibilidad. Decía: «Cuando se pierde a un marido y a un bebé y se conserva el valor y la razón, una debe haberse vuelto muy dura o muy blanda. Ahora soy puro acero. Golpead mi corazón con un martinete y os devolveré el golpe».

Tal vez, tras agotar el mundo político, podría hacer algún intento de nuevo en otro lugar; no sabía dónde podría ir o qué debería hacer, pero por el momento quería ver qué diversión podía haber en la política. Sus amigos le preguntaban qué tipo de diversión esperaba descubrir entre la iletrada horda de gente ordinaria que en Washington representaba a electores tan deprimentes que, comparados con ellos, Nueva York era una nueva Jerusalén y Broad Street una floresta de Academia. Respondió que si la sociedad de Washington resultaba tan mala, ella habría ganado cuanto quería, porque sería un placer regresar —precisamente el sentimiento que anhelaba—. Al pensarlo, sin embargo, fruncía el ceño con la idea de buscar hombres. Lo que deseaba ver, pensaba, era el choque de intereses, los intereses de cuarenta millones de personas y todo un continente centrados en Washington, guiados, limitados, controlados, o ilimitados e incontrolables, por hombres de factura ordinaria; las tremendas fuerzas del gobierno y la maquinaria de la sociedad

en funcionamiento. Lo que quería era el PODER.

Tal vez la fuerza de la máquina se confundiera un poco en su mente con la del maquinista, el poder con los hombres que lo ejercían. Tal vez el interés humano de la política fuera al fin lo que realmente la atraía y, por mucho que lo negara, la pasión de ejercer el poder por sí misma pudiera desconcertar y extraviar a una mujer que había agotado todos los recursos femeninos corrientes. Pero ¿por qué especular sobre sus motivos? La escena estaba ante ella, se alzaba el telón, los actores se disponían a entrar; solo tenía que moverse silenciosa entre los figurantes y ver cómo se interpretaba la obra y se producían los efectos escénicos, cómo vociferaban los grandes actores trágicos y maldecía el regidor de escena.

CAPÍTULO II

EL uno de diciembre, la señora Lee cogió el tren a Washington, y antes de las cinco en punto de la tarde entraba en su casa recién alquilada de Lafayette Square. Se encogió de hombros con una expresión mezclada de desdén y pena por la curiosa barbarie de las cortinas y el papel de las paredes, y los dos días siguientes se ocupó en luchar a vida o muerte para hacerse con el dominio de su entorno. En esta terrible contienda el interior de la condenada casa sufrió como si hubiera en ella un demonio; ni una silla ni un espejo ni una alfombra quedaron intactos y, en medio de la peor confusión, la nueva dueña se sentó, tranquila, como la estatua de Andrew Jackson en la plaza bajo su mirada, y emitió órdenes con tanta decisión como aquel héroe nunca mostrara. Hacia el final del segundo día, la victoria coronó su frente. Una nueva época, una más noble concepción del deber y la existencia había amanecido sobre aquella ignorante y pagana residencia. La riqueza de Siria y Persia se derramó sobre las melancólicas alfombras Wilton; cometas bordadas y oro tejido de Japón y Teherán pendían y cubrían toda triste cortina; una extraña mezcolanza de bocetos, pinturas, abanicos, tapices y porcelana quedó colgada, clavada, sujeta o fijada en la pared; al fin, el altar doméstico, el místico paisaje de Corot, ocupó su lugar sobre la chimenea y entonces todo quedó completo. El sol poniente penetró suavemente por las ventanas y reinó la paz en la casa redimida y en el corazón de su dueña.

—Creo que así bastará, Sybil —dijo, examinando la escena.

—Debe bastar —replicó Sybil—. No te queda ni un plato ni un abanico ni un pañuelo de colores. Si has de cubrir algo más, tendrás que salir y comprar alguna de esas bandanas de las viejas negras. ¿De qué *servirá*? ¿Crees que a algún ser humano en Washington le gustará? Pensarán que has perdido el juicio.

—Existe el respeto por una misma —respondió su hermana con calma.

Sybil —la señorita Sybil Rose— era la hermana de Madeleine Lee. El más

agudo psicólogo no podría haber detectado un solo rasgo o cualidad que tuvieran en común, y por esa razón eran devotas amigas. Madeleine tenía treinta años, Sybil veinticuatro. Madeleine era indescriptible. Sybil era transparente. Madeleine era de altura media, con una graciosa figura, una cabeza bien amueblada y suficiente cabello castaño dorado para enmarcar una cara de expresión variada. Sus ojos nunca tenían dos horas seguidas el mismo matiz, pero eran más a menudo azules que grises. Las personas que envidiaban su sonrisa decían que cultivaba el sentido del humor para enseñar los dientes. Tal vez tuvieran razón, pero no hay duda de que su hábito de hablar gesticulando nunca se habría desarrollado a menos que hubiera sabido que sus manos no solo eran hermosas, sino expresivas. Se vestía con tanta destreza como las mujeres de Nueva York, pero con los años comenzó a mostrar síntomas de peligrosa falta de convención. Se le había oído expresar alguna malvada opinión sobre sus compatriotas que ciegamente caían ante el becerro de oro del señor Worth, y aun había lidiado alguna severa batalla, mientras duró, con una de sus amigas mejor vestidas que había sido invitada —y había ido— a una de las veladas de té del señor Worth. El secreto era que la señora Lee tenía tendencias artísticas y, a menos que se frenaran a tiempo, no se sabía cuál podría ser la consecuencia. Pero hasta entonces no habían hecho daño alguno; de hecho, más bien coadyuvaban a darle ese tipo de atmósfera que pertenece solo a ciertas mujeres, tan indescriptible como un arrebol, tan impalpable como la niebla del veranillo de San Martín, e inexistente salvo para las personas que sentían antes que razonaban. Sybil no lo tenía en absoluto. La imaginación renunciaba a todo intento de remontarse donde llegara. Rara vez ha pisado este planeta una joven más directa, descarada, alegre, simpática, superficial, generosa, duramente práctica. No había espacio en su mente para lápidas ni guías; no podría haber vivido en el pasado o el futuro si sus días hubieran transcurrido en iglesias y sus noches en tumbas. «Gracias a Dios no era inteligente, como Madeleine». Madeleine no era miembro ortodoxo de la Iglesia. Los sermones la aburrían y los clérigos no dejaban de irritar todo nervio de su excitable sistema. Sybil era una sencilla y devota adoradora del altar ritual; se inclinaba humildemente ante los Padres Paulinos. Cuando iba a un baile, siempre tenía la mejor pareja del salón, y la aceptaba del modo más natural, pero luego siempre rezaba por

tenerla; de algún modo fortalecía su fe. Su hermana nunca se cuidó de reírse al respecto o de atacar sus opiniones religiosas. Decía: «Ya tendrá tiempo de olvidar la religión cuando esta le falle». Respecto a la asistencia regular a la iglesia, Madeleine era capaz de reconciliar sus hábitos sin molestia. Durante años no había entrado en una; decía que le inspiraba sentimientos poco cristianos, pero la calidad de voz de Sybil era excelente, bien educada y cultivada: Madeleine insistía en que debía cantar en el coro y, con esta pequeña maniobra, la divergencia de sus caminos resultaba menos evidente. Madeleine no cantaba y, por tanto, no podía ir a la iglesia con Sybil. Esta ultrajante falacia parecía responder perfectamente a su propósito, y Sybil la aceptaba de buena fe como un justo principio operativo que se explicaba a sí mismo.

Madeleine tenía gustos sobrios. No gastaba dinero. No hacía ostentación alguna. Caminaba antes que conducía, y no llevaba diamantes ni brocados. Pero la impresión general que causaba tenía que ver, sin embargo, con el lujo. Por otro lado, su hermana tenía vestidos traídos de París y los vestía junto a sus ornamentos de acuerdo con todas las fórmulas; era bondadosamente correcta, y colocaba en torno a sus blancos hombros torneados cualquier peso que el autócrata parisino quisiera poner sobre ellos. Madeleine nunca interfería y siempre pagaba las facturas.

Antes de que pasaran diez días en Washington, ocuparon gentilmente su lugar y fueron llevadas sin esfuerzo a la corriente de la vida social. La sociedad era amable; no había razón alguna para que fuera de otro modo. La señora Lee y su hermana no tenían enemigos, no ejercían cargo alguno e hicieron cuanto estuvo en su mano para hacerse populares. Sybil no había pasado veranos en New Port e inviernos en Nueva York en vano, y ni su cara ni su figura ni su voz ni su manera de bailar necesitaban disculpa alguna. La política no era su punto fuerte. Una vez fue inducida a ir al Capitolio y sentarse diez minutos en la galería del Senado. Nadie supo nunca cuáles fueron sus impresiones; con tacto femenino, logró no traicionarse. Pero, en verdad, su noción de los cuerpos legislativos era vaga, flotaba entre su experiencia en la iglesia y en la ópera, de modo que la idea de una actuación de cierto tipo nunca salió de su cabeza. A su juicio, el Senado era un lugar donde la gente iba a pronunciar discursos, y asumió con ingenuidad que los

discursos eran útiles y tenían un propósito, pero, como no le interesaron, ya no volvió allí. Esta es una concepción muy común del Congreso; muchos congresistas la comparten.

Su hermana era más paciente y osada. Fue al Capitolio casi cada día durante al menos dos semanas. Al final de ese período, su interés comenzó a decaer y prefirió leer los debates cada mañana en el *Diario de sesiones del Congreso*. Al parecerle una tarea laboriosa y no siempre instructiva, comenzó a saltarse las partes aburridas y, a falta de toda cuestión excitante, al fin se resignó a saltárselo todo. Sin embargo, aún tenía energía para visitar la galería del Senado en ocasiones, cuando le decían que un espléndido orador iba a hablar de alguna cuestión de gran interés para su país. Escuchaba con una pequeña disposición a admirar, si podía, y siempre que podía admiraba. No decía nada, pero escuchaba con agudeza. Quería saber cómo funcionaba la maquinaria del gobierno y cuál era la calidad de los hombres que la controlaban. Uno a uno los pasaba por sus crisoles y los probaba con ácidos y fuego. Unos pocos sobrevivían a sus pruebas y salían vivos, aunque más o menos desfigurados, donde había descubierto impurezas. Entre todos, solo uno retuvo bajo este proceso suficiente carácter para interesarla.

En estas primeras visitas al Congreso, la señora Lee gozó a veces de la compañía de John Carrington, un abogado de Washington de unos cuarenta años que, por ser virginiano y lejano pariente de su esposo, se hizo llamar primo y adoptó un tono de relativa intimidad que la señora Lee aceptó, porque Carrington era un hombre que le gustaba y porque la vida le había tratado con dureza. Era de aquella desgraciada generación del Sur que había comenzado su existencia con la guerra civil y tal vez fuera más desgraciado porque, como la mayoría de los educados virginianos del Washington de la vieja escuela, había visto desde el principio que, cualquiera que fuera el resultado de la guerra, Virginia y él debían arruinarse. A los veintidós había entrado en el ejército rebelde como soldado y llevado su mosquete modestamente durante una o dos campañas, después de lo cual había ascendido lentamente al rango de capitán veterano en su regimiento y acabado su servicio en la plantilla de un general de división, haciendo siempre bastante escrupulosamente lo que consideraba que era su deber, y nunca con entusiasmo. Cuando los ejércitos rebeldes se rindieron, cabalgó

hasta su plantación familiar —algo relativamente fácil, ya que estaba solo a pocas millas del Appomatox— y comenzó de inmediato a estudiar derecho. Luego, dejando que su madre y hermanas hicieran lo que pudieran con la agotada plantación, había comenzado a ejercer como abogado en Washington, confiando así en mantenerlas a ellas y a sí mismo. Hasta cierto punto, había empezado a tener éxito tras una temporada y, por vez primera, el futuro no le parecía por completo oscuro. La casa de la señora Lee era un oasis para él y se encontró, para su sorpresa, casi alegre en su compañía. La alegría era de una especie muy tranquila, y Sybil, aunque amistosa con él, declaró que era ciertamente aburrido; pero este aburrimiento tenía cierta fascinación para Madeleine, la cual, habiendo catado muchos más tipos de la vida que Sybil, había aprendido a valorar ciertas delicadezas de la edad y el sabor que se perdían en paladares más jóvenes y groseros. Hablaba bastante despacio y casi con esfuerzo, pero tenía algo de la dignidad —otros la llamaban rigidez— de la vieja escuela de Virginia, y veinte años de constante responsabilidad y esperanza diferida habían añadido un toque de esmero que lindaba con la tristeza. Lo atractivo en él era que nunca hablaba o parecía pensar en sí mismo. La señora Lee confiaba en él por instinto. Decía: «¡Es todo un tipo! Es mi idea de George Washington a los treinta».

Una mañana de diciembre, Carrington entró en el vestíbulo de la señora Lee hacia el mediodía y le preguntó si le importaba acompañarle al Capitolio.

—Tendrá la oportunidad de escuchar hoy el que puede ser el último gran discurso de nuestro mayor estadista —dijo—. Debería venir.

—¿Se refiere a un espécimen espléndido de nuestro raro material nativo, señor? —preguntó ella, que acababa de leer a Dickens y su famoso cuadro del sentido de Estado americano.

—Precisamente —dijo Carrington—, el Gigante de la Pradera de Peonia, el Hijo Favorito de Illinois, el hombre que estuvo a tres votos de conseguir la nominación del partido para la presidencia la semana pasada, y que solo fue derrotado porque diez pequeños intrigantes son más agudos que uno grande. El honorable Silas P. Ratcliffe, senador por Illinois; aún buscará la presidencia.

—¿Qué significa la P? —preguntó Sybil.

—No recuerdo haber oído su segundo nombre —dijo Carrington—. Tal

vez sea Peonia o Pradera. No podría decirlo.

—¿No es el hombre cuya apariencia tanto me impresionó cuando estuvimos la semana pasada en el Senado? ¿Un hombre grande, pesado, de seis pies de alto, muy senatorial y digno, con una cabeza enorme y rasgos bastante agraciados? —preguntó la señora Lee.

—Desde luego, el mismo al que oyó hablar —respondió Carrington—. Es el escollo del nuevo presidente, que no va a tener paz a menos que llegue a un acuerdo con Rattclife. Así que todos piensan que el Gigante de la Pradera de Peonia será elegido para el Departamento de Estado o del Tesoro. Si ha de elegir, será el Tesoro. Es un desesperado jefe político, y necesitará la protección de la próxima convención nacional.

La señora Lee disfrutó oyendo el debate y Carrington disfrutó de sentarse a su lado e intercambiar comentarios simultáneos con ella sobre los discursos y los oradores.

—¿Conoce usted al senador? —preguntó ella.

—He actuado varias veces como abogado ante sus comités. Es un excelente presidente, siempre atento y, por lo general, educado.

—¿Dónde nació?

—La familia es de Nueva Inglaterra, y respetable, según creo. Me parece que llegó de algún lugar del Valle de Connecticut, pero no sé si Vermont, New Hampshire o Massachusetts.

—¿Es un hombre formado?

—Ha recibido una educación clásica en una de las universidades del país. Sospecho que tiene toda la educación que le conviene, pero fue al Oeste muy pronto tras dejar la universidad y, siendo allí joven y recién llegado al estercolero de la abolición, se lanzó al movimiento antiesclavista en Illinois y, tras una larga lucha, llegó a la cresta de la ola. Ahora no haría lo mismo.

—¿Por qué?

—Se ha hecho mayor, más experimentado, y no es tan sabio. Además, ya no puede esperar. ¿Puede ver sus ojos desde aquí? Yo los llamo ojos yanquis.

—No insulte a los yanquis —dijo la señora Lee—, yo misma soy medio yanqui.

—¿Es ese un insulto? ¿Quiere decir que niega que tengan ojos?

—Concedo que algunos puedan tenerlos, pero los virginianos no son

jueces justos de su expresión.

—Ojos fríos —continuó—, de acero gris, más bien pequeños, no desagradables por el buen humor, de pasión diabólica, pero peores cuando un poco suspicaces. Entonces te contemplan como si fueras una serpiente de cascabel, para acabar contigo si hace falta.

—¿No mira a la cara?

—Sí, pero no como si le gustara. Sus ojos solo parecen plantearse el posible uso que puedan hacer de uno. ¡Ah!, el vicepresidente le ha dado la palabra, ahora lo veremos. ¿No tiene una voz dura? Como sus ojos. Duros modales, como su voz. Duro por completo.

—¡Qué lástima que sea tan temiblemente senatorial! —dijo la señora Lee—, de lo contrario lo admiraría.

—Ahora se pone manos a la obra —continuó Carrington—. Vea cómo elude las cuestiones espinosas. ¡Menuda cosa es ser un yanqui! ¡Qué genio tiene el tipo para liderar un partido! ¿Ve lo bien que se hace todo? El nuevo presidente, halagado y reconciliado, el partido unido y con una fuerte dirección. Y ahora veremos cómo el presidente trata con él. Diez a uno por Ratcliffe. Venga, ahí está ese estúpido asno de Missouri. Vámonos.

Mientras bajaban las escaleras y entraban en la Avenida, la señora Lee se volvió hacia Carrington como si hubiera estado reflexionando mucho y al fin tomado una decisión.

—Señor Carrington —dijo ella—, quiero conocer al senador Ratcliffe.

—Le conocerá mañana por la noche —respondió Carrington—, en su cena senatorial.

El senador por Nueva York, el honorable Schuyler Clinton, era un antiguo admirador de la señora Lee, y su esposa era prima suya, más o menos lejana. Habían perdido tiempo en honrar la carta de presentación que ella les había dejado, y la invitaron a su hermana y a ella a una cena solemne, tan imponente como lo requería la dignidad política. El señor Carrington, como pariente, formaba parte del grupo. Era casi el único entre las veinte personas a la mesa que no tenía cargo alguno, ni título ni electorado. El senador Clinton recibió a la señora Lee y a su hermana con tierno entusiasmo, porque eran especímenes atractivos de sus electores. Estrechó sus manos y, evidentemente, solo con esfuerzo evitó abrazarlas, porque el senador sentía

predilección por las mujeres bonitas y había cortejado a toda muchacha con aires de belleza que había aparecido en el Estado de Nueva York durante medio siglo. Al mismo tiempo, susurró una disculpa en su oído: lamentaba mucho que se viera obligado a renunciar al placer de acompañarla a la cena. Washington era la única ciudad de América donde podía ocurrir esto, pero era un hecho que aquí las damas daban gran importancia a la etiqueta; por otra parte, tenía el triste consuelo de salir ganando, ya que se la había asignado a lord Skye, el embajador británico, «un hombre de lo más agradable, y no casado, como sucede en mi desgraciado caso»; por otro lado, «me he atrevido a ponerla junto al senador Ratcliffe, de Illinois, cuyo admirable discurso la vi escuchar ayer con tan arrebatada atención. He pensado que le gustaría conocerle. ¿Tengo razón?». Madeleine le aseguró que había adivinado sus más íntimos deseos, y el senador se volvió incluso con más cálido afecto a su hermana: «En cuanto a usted, mi querida, mi muy querida Sybil, ¿qué puedo hacer para que la cena le resulte agradable? Si doy a su hermana una corona, solo siento no tener una diadema para usted, pero he hecho cuanto ha estado en mi mano. La acompañará el primer secretario de la embajada rusa, el conde Popoff, que es un joven encantador, mi querida Sybil, y al otro lado le he puesto al ayudante del secretario de Estado, a quien ya conoce». Y así, tras el debido retraso, el grupo se sentó a la mesa, y la señora Lee descubrió que los ojos grises del senador Ratcliffe se posaban en su rostro por un momento mientras se sentaban.

Lord Skye era muy agradable y, en cualquier otro momento de su vida, a la señora Lee nada le hubiera gustado más que hablar con él del principio al final de la cena. Alto, delgado, calvo, torpe y tartamudeante, con su elaborado tartamudeo británico siempre que le convenía usarlo, era un agudo observador con un ingenio que solía ocultar, un humorista satisfecho de reír en silencio de su propio humor, un diplomático que usaba la máscara de la franqueza con gran efecto. Lord Skye era uno de los hombres más populares de Washington; todo el mundo sabía que era un crítico despiadado de los modales americanos, pero tenía el arte de combinar el ridículo con el buen humor, y era tanto más popular por ello. Admiraba por completo a las mujeres americanas, salvo sus voces, y en ocasiones ni siquiera se privaba de burlarse un poco de las peculiaridades nacionales de sus propias

compatriotas: una prueba segura de halago a sus primas americanas. Alegrementemente se hubiera dedicado a la señora Lee, pero la civilidad decente requería que prestara atención a su anfitriona, y era un diplomático demasiado bueno para no mostrarse atento con la esposa de un senador, cuando ese senador era el presidente del comité de relaciones exteriores.

En el momento en que volvió la cabeza, la señora Lee se enfrentó a su Gigante de Peonia, que estaba entonces devorando su pescado y deseando comprender por qué el embajador británico no llevaba guantes, mientras que él había sacrificado sus convicciones por llevar el más grande y blanco par de cabritillo francés que podía comprarse con dinero en la Avenida de Pensilvania. Había cierto toque de mortificación en la idea de que no estaba en absoluto a sus anchas entre gente a la moda, y en ese instante sintió que la verdadera felicidad estaba solo en encontrarse entre los más sencillos y honrados hijos e hijas del terruño. Ciertos celos secretos del embajador británico están siempre ocultos en el pecho de todo senador americano, si es verdaderamente democrático, porque la democracia, comprendida debidamente, es el gobierno del pueblo, por el pueblo, para el beneficio de los senadores, y siempre hay el peligro de que el embajador británico pueda no comprender debidamente este principio político. Lord Skye había corrido el riesgo de cometer dos errores: el de ofender al senador por Nueva York abandonando a su esposa y el de ofender al senador por Illinois acaparando la atención de la señora Lee. Un joven inglés habría cometido ambos, pero lord Skye había estudiado la Constitución americana. La esposa del senador por Nueva York lo consideraba ahora de lo más agradable, y en el mismo momento el senador por Illinois tuvo la convicción de que, al fin y al cabo, la verdadera dignidad no estaba en peligro de abandono ni siquiera en círculos frívolos y a la moda. Un senador americano representa un Estado soberano, y el gran Estado de Illinois es tan grande como Inglaterra —con la conveniente omisión de Gales, Escocia, Irlanda, Canadá, India, Australia y otros pocos continentes e islas—; en breve, resultaba del todo claro que lord Skye no era formidable para él, ni siquiera en el trato ligero. ¿Acaso no había dicho la misma señora Lee que no había posición igual a la de un senador americano?

Diez minutos bastaron para que la señora Lee tuviera a este devoto estadista a sus pies. No había estudiado el Senado sin propósito. Había leído,

con instinto infalible, una característica de todos los senadores, una sed insaciable e incontrovertible por el halago, generada por tragos diarios de amigos o clientes políticos, convertidos luego en necesarios como un licor y tragados con la pesada sonrisa del contento inefable. Una mirada singular en el rostro del señor Ratcliffe demostró a Madeleine que no debía asustarse por halagarle demasiado groseramente; su propia dignidad, no la de él, era el único límite para el uso de este cebo femenino.

Se mostró ante él con aparente sencillez y gravedad, un tranquilo reposo de modales y una evidente conciencia de su propia fuerza, lo que significaba que era de lo más peligrosa.

—Oí su discurso ayer, señor Ratcliffe. Estoy muy contenta de tener la oportunidad de decirle la gran impresión que me causó. Me pareció magistral. ¿No cree que ha tenido un gran efecto?

—Se lo agradezco, querida, confío en que ayude a unir al partido, pero hasta ahora no hemos tenido tiempo de medir su resultado. Esto requerirá varios días.

El senador dijo esto a su manera senatorial, elaborada, condescendiente y un poco en guardia. La señora Lee, volviéndose hacia él como si fuera un valioso amigo y mirándole profundamente a los ojos, dijo:

—¿Sabe que todos me han dicho que debería impresionarme la decadencia de la habilidad política en Washington? No lo he creído y, desde que he oído su discurso, estoy segura de que están equivocados. ¿Piensa usted que hay menos habilidad en el Congreso de la que solía haber?

—Bueno, querida, es difícil responder a esa pregunta. El gobierno no es tan fácil ahora como lo fue al principio. Hay diferentes costumbres. Hay muchos hombres de gran habilidad en la vida pública, muchos más de los que solía haber, y la crítica es más aguda y abundante.

—¿Tengo razón al pensar que se parece usted mucho a Daniel Webster en su manera de hablar? ¿No es cierto que son del mismo vecindario?

La señora Lee había tocado el punto débil de Ratcliffe; el perfil de su cabeza tenía, de hecho, cierta semejanza con el de Webster, y él se enorgullecía de ello, así como de una relación lejana con el comentarista de la Constitución. Comenzó a creer que la señora Lee era una persona muy inteligente. Su modesta admisión de la semejanza le dio a ella la oportunidad

de hablar de la oratoria de Webster, y la conversación discurrió pronto hasta una discusión de los méritos de Clay y Calhoun. El senador descubrió que su acompañante —una mujer neoyorquina a la moda, exquisitamente vestida, y con una voz y modales seductoramente suaves y gentiles— había leído los discursos de Webster y Calhoun. A ella no le pareció necesario decirle que había persuadido al honrado Carrington de que le llevara los volúmenes y le marcara los pasajes dignos de ser leídos, pero se preocupó por dirigir la conversación y criticó con cierta destreza y más humor los puntos débiles de la oratoria websteriana, diciendo entre risas y mirándole a sus complacidos ojos:

—Puede que mi juicio no valga mucho, senador, pero me parece que nuestros padres tenían un alto concepto de sí mismos y, mientras no me contradiga, seguiré pensando que el pasaje de su discurso de ayer que empezaba con «nuestra fuerza reside en esta masa retorcida y embrollada de principios aislados, el cabello del soñoliento gigante del partido», tiene tanto el lenguaje como la imaginería propios de Webster.

El senador por Illinois se lanzó hacia esta vistosa mosca como un enorme salmón de doscientas libras; su blanco chaleco produjo un suave reflejo plateado cuando lentamente salió a la superficie y mordió el anzuelo. Ni siquiera se zambulló, no hizo ni un esfuerzo perceptible para soltarse de la lengüeta, sino que, flotando gentilmente a sus pies, permitió ser arrastrado con mucho gusto. Solo los miserables casuistas preguntarán si esto era juego limpio por parte de Madeleine; si un halago tan grosero no le costó a su conciencia punzada alguna y si hay mujer que pueda ser culpable de tan desvergonzada falsedad sin humillarse. Ella, sin embargo, despreciaba la idea de falsedad. Se habría defendido diciendo que no había alabado tanto a Ratcliffe como despreciado a Webster, y que era sincera, en su opinión, sobre la oratoria americana pasada de moda. Pero no podría negar que había permitido deliberadamente al senador extraer conclusiones muy diferentes de las suyas. No podría negar que había querido halagarle hasta el punto necesario a su propósito y que estaba satisfecha con su éxito. Antes de levantarse de la mesa, el senador se había desencorvado por completo, hablaba de manera natural, astuta y desenvuelta, le había contado historias de Illinois, había hablado con extraña libertad de su situación política y

expresado el deseo de visitar a la señora Lee, si es que podía esperar encontrarla en casa.

—Estoy siempre en casa los domingos por la tarde —dijo ella.

A sus ojos, Ratcliffe era el sumo sacerdote de la política americana; tenía a su cargo el significado de los misterios, la clave de los jeroglíficos políticos. A través de él esperaba sondear las profundidades del sentido de Estado y extraer de su lecho legamoso esa perla que buscaba: la misteriosa gema que debe ocultarse en algún lugar de la política. Quería comprender a este hombre, darle la vuelta por completo, experimentar con él y usarlo como hacen los jóvenes fisiólogos con las ranas y las cometas. Hubiera algo bueno o malo en él, quería descubrir su significado.

Ratcliffe era un viudo del Oeste de cincuenta años; su residencia en Washington eran unas lúgubres habitaciones en una casa de huéspedes, amuebladas solo con documentos públicos, y animadas por políticos y pretendientes del Oeste. En verano se retiraba a una solitaria casa de madera, blanca, con persianas verdes, rodeada de unos pocos pies de hierba asilvestrada y una valla blanca; su interior era aún más sombrío, con estufas de hierro, manteles de hule, fríos muros blancos y un enorme grabado de Abraham Lincoln en el salón; ¡todo en Peonia, Illinois! ¿Podían ser iguales estos dos combatientes? ¿Qué esperaría él? ¿Cuál sería el riesgo para ella? A pesar de todo, Madeleine Lee debía medir sus fuerzas con el señor Silas P. Ratcliffe.

CAPÍTULO III

LA señora Lee pronto se hizo popular. Su salón fue un lugar predilecto de ciertos hombres y mujeres que tenían el arte de encontrar a su dueña en casa, un arte que no parecía al alcance de todos. Carrington era capaz de estar allí más a menudo que ningún otro, así que se le miraba casi como a uno más de la familia, y si Madeleine quería un libro de la biblioteca o un hombre más para la cena, era casi seguro que Carrington traería el uno o al otro. El viejo barón Jacobi, el embajador búlgaro, se enamoró locamente de ambas hermanas, como solía pasarle con toda mujer bonita y de figura elegante. Era un *roué* parisino ingenioso, cínico, en quiebra, mantenido en Washington por sus deudas y su salario, siempre gruñendo porque no había ópera, y que desaparecía misteriosamente por sus visitas a Nueva York; era un devorador voraz de literatura francesa y alemana, en especial de novelas, un hombre que parecía haber conocido a todo personaje de nota o notorio del siglo, y cuya mente era una revista de información entretenida, un excelente crítico musical, al que no asustaba criticar el canto de Sybil, un conocedor de las baratijas, que se reía del despliegue de probabilidades y fines de Madeleine y que, en ocasiones, le traía un plato persa o una pieza de bordado, que, según decía, era buena y le daría crédito. Este viejo pecador creía en todo lo que era perverso y malvado, pero aceptaba los prejuicios de la sociedad anglosajona y era demasiado inteligente para imponer sus opiniones a los demás. Se habría casado con ambas hermanas a la vez más a gusto que con una sola, pero decía emocionado: «Si tuviera cuarenta años menos, *mademoiselle*, no cantarías para mí con tanta calma». Su amigo Popoff, un ruso inteligente, vivaz, con rasgos muy calmucos, susceptible como una muchacha y apasionado de la música, se inclinaba sobre el piano de Sybil durante horas, traía aires rusos que le ensañaba a cantar y, a decir verdad, aburría a Madeleine desesperadamente, porque asumía interpretar la parte de dueña junto a su joven hermana.

Un visitante muy diferente era el señor C. C. French, un joven miembro del Congreso por Connecticut, que aspiraba a interpretar el papel del caballero educado en la política y a purificar el tono público. Tenía principios reformistas y unos modales desafortunadamente vanidosos; era bastante rico, bastante inteligente, bastante bien educado, bastante honrado y bastante vulgar. Su lealtad se dividía entre la señora Lee y su hermana, a la que irritaba llamándola «señorita Sybil» con protectora familiaridad. Su fuerte en particular era lo que se llamaba «discreteo», y sus intentos juguetones pero infructuosos por mostrarse agudo impacientaban a la señora Lee. Cuando su humor era solemne, hablaba como si practicara ante el público de un debate universitario, y con un efecto aún peor sobre la paciencia; pero, con todo, resultaba útil, siempre burbujeante con los últimos chismes políticos y profundamente interesado en el destino de los intereses partidistas.

Otro tipo de persona por completo diferente era el señor Hartbeest Schneidekoupon, ciudadano de Filadelfia, aunque residente habitual en Nueva York, donde había caído víctima de los encantos de Sybil, y que se esforzaba por conquistar su joven afecto enseñándole los misterios de la moneda de curso de legal y la protección, asuntos a los que se dedicaba. Para promover estos dos intereses y vigilar la riqueza de la señorita Ross, hacía visitas periódicas a Washington, donde se encerraba con miembros de comités y daba cenas caras para los miembros del Congreso. El señor Schneidekoupon era rico, de unos treinta años, alto y delgado, con ojos brillantes y rostro suave, modales elaborados y muy locuaz. Tenía la reputación de llevar a cabo rápidos asaltos intelectuales, en parte para divertirse y en parte para sorprender a sus acompañantes. Unas veces era artístico y disertaba científicamente sobre sus propias pinturas; otras era literario y escribía un libro sobre el «sustento noble» con un propósito humanitario; otras veces se dedicaba al deporte, saltaba obstáculos, jugaba al polo y conducía un coche de cuatro caballos. Su última ocupación había sido fundar en Filadelfia la *Protective Review*, un periódico sobre los intereses de la industria americana que editaba él mismo, como trampolín para el Congreso, el gabinete y la presidencia. Por aquel entonces había comprado un yate, y sus amigos burlones hicieron notables apuestas sobre si lograría hundir antes su revista o su yate, pero, a pesar de todas sus excentricidades,

era un tipo amable y excelente, y traía a la señora Lee las sencillas efusiones del *amateur* político.

Un tipo de carácter mucho más elevado era el señor Nathan Gore, de Massachusetts, un hombre apuesto de barba gris, nariz recta, puntiaguda, y mirada fina, penetrante. En su juventud había sido un poeta exitoso, cuyas sátiras habían hecho ruido en su día y aún se recordaban por la agudeza e ingenio de unos pocos versos; luego había sido un estudiante aplicado en Europa durante muchos años, hasta que su famosa *Historia de España en América* le colocó al instante a la cabeza de los historiadores americanos y le convirtió en embajador en Madrid, donde permaneció cuatro años a su entera satisfacción, siendo este el punto más cercano a una patente de nobleza y a una pensión gubernamental que puede alcanzar el ciudadano americano. Un cambio de la administración le había reducido de nuevo a la vida privada y, tras algunos años de retiro, ahora estaba en Washington, a la espera de recuperar su antigua misión. Todo presidente cree respetable tener al menos un hombre literario a su servicio, y las perspectivas del señor Gore eran buenas para obtener este objetivo, pues tenía el apoyo activo de una mayoría de los delegados de Massachusetts. Era abominable, colosalmente egoísta y no poco vanidoso, pero astuto. Sabía cómo retener su lengua, podía halagar diestramente y había aprendido a evitar la sátira. Solo en confidencia y entre amigos hablaría libremente, pero la señora Lee aún no estaba en esos términos con él.

Estos eran todos hombres, y no faltaban mujeres en el salón de la señora Lee, pero, a la postre, ellas son capaces de describirse a sí mismas mejor de lo que pueda hacerlo ningún pobre novelista.

Por lo general, discurrían juntas dos corrientes de conversación: una alrededor de Sybil, la otra en torno a Madeleine.

—Señorita Ross —dijo el conde Popoff, en compañía de un joven y apuesto extranjero—, me permito presentarle a mi amigo el conde Orsini, secretario de la embajada italiana. ¿Se quedará en casa esta tarde? El conde Orsini también canta.

—Estamos encantadas de ver al conde Orsini. Menos mal que ha llegado tarde, porque acabo de volver de mis visitas a los miembros del gabinete. ¡Resultan tan peculiares! Me he estado riendo una hora entera.

—¿Le parecen divertidas esas visitas? —preguntó Popoff con tono serio y diplomático.

—¡Claro que sí! Sabes, Madeleine, he ido con Julia Schneidekoupon; los Schneidekoupon descienden de los reyes de Israel, y son más orgullosos que Salomón en su gloria. Imagina lo que siento al oír esta conversación cuando entramos en casa de alguna temible mujer de Dios sabe dónde: «¿Cuál es el nombre de su familia, querida?». «Mi nombre es Schneidekoupon», responde Julia, muy erguida. «Puede que conozca a sus amigos». «No lo creo», dice Julia con severidad. «¡Vaya! No recuerdo haber oído nunca el nombre. Pero supongo que está bien. Me gusta conocer a las visitas». Estaba casi histérica al salir a la calle, pero a Julia no le ha parecido nada gracioso.

El conde Orsini no estaba seguro de entender la broma, así que solo sonrió de manera apropiada, mostrando su dentadura. Nada iguala a un secretario de la embajada italiana a los veinticinco en cuanto a sencilla e infantil vanidad y timidez. Sin embargo, consciente de que el efecto de su belleza personal tal vez disminuyera al seguir callado, se aventuró a murmurar al instante:

—¿No les parece muy extraña la sociedad en América?

—¡Sociedad! —rio Sybil con alegre desdén—. No hay serpientes en América, no más que en Noruega.

—¡Serpientes, *mademoiselle!* —repitió Orsini con la dudosa expresión del que no está seguro de arriesgarse a caminar sobre una fina capa de hielo y decide pisar suavemente—. ¡Serpientes! Más bien las llamaría palomas.

Una amable risa de Sybil fortaleció su convicción de que había gastado una broma en esta lengua desconocida. Su rostro brilló, su confianza volvió, y una o dos veces se repitió: «No serpientes, ¡serían palomas!».

Pero el oído sensible de la señora Lee había captado la observación de Sybil y detectado en ella cierto tono condescendiente que no le agradaba. Los rostros impasibles de estos blandos y jóvenes secretarios de embajada parecían considerar muy natural la idea de que no había sociedad excepto en el Viejo Mundo. La señora Lee irrumpió en la conversación con un énfasis que agitó el palomar:

—¿Sociedad en América? Desde luego que la hay, y muy buena, pero tiene un código propio, y los recién llegados rara vez lo entienden. Se lo diré, señor Orsini, y nunca correrá el peligro de equivocarse. La «sociedad» en

América quiere decir todas las mujeres honradas, agradables y afables, y todos los hombres buenos, valientes y modestos entre el Atlántico y el Pacífico. Cada uno de ellos tiene el paso franco en todo pueblo y ciudad, «solo bueno para esta generación», y de cada uno depende usar ese paso o no, según sea adecuado a su fantasía. Para esta regla *no* hay excepciones, y los que dicen «Abraham es nuestro padre» nutrirán ese humor que es la materia prima de nuestro país.

Los jóvenes alarmados, que no comprendían en absoluto el significado de esta demostración, miraron con una débil intención aquiescente, mientras la señora Lee sujetaba las pinzas del azucarero en el momento de poner un terrón en su taza, inconsciente del ligero absurdo del gesto, mientras Sybil miraba asombrada, porque no era frecuente que su hermana ondeara las barras y estrellas de manera tan enérgica. Cualesquiera que pudieran ser sus críticas silenciosas, sin embargo, la señora Lee estaba demasiado seria como para ser consciente de ellas o, en efecto, para que no le importara más que lo que decía. Hubo una pausa cuando llegó al final de su discurso, y luego el hilo de la charla se retomó de nuevo donde había quedado la incipiente burla de Sybil.

Entró Carrington.

—¿Qué ha estado haciendo en el Capitolio? —preguntó Madeleine.

—¡Cabildeando! —fue la respuesta, dada en el tono semiserio del humor de Carrington.

—¡Tan pronto, con un Congreso de solo dos días! —exclamó la señora Lee.

—Querida —respondió Carrington con su más silenciosa malicia—, los congresistas son como pájaros del aire, que solo se cazan con los primeros gusanos.

—Buenas tardes, señora Lee. Señorita Sybil, ¿qué tal está hoy? ¿De cuál de estos caballeros devora el corazón?

Este era el estilo refinado del señor French, al permitirse lo que le agradaba llamar «frivolidades». También él venía del Capitolio y había entrado por una taza de té y un poco de compañía. Sybil puso una cara que expresaba claramente el deseo de infligir al señor French algún penoso agravio personal, pero fingió no oírle. Aquel se sentó junto a Madeleine y

preguntó:

—¿Ha visto hoy a Ratcliffe?

—Sí —dijo Madeleine—, estuvo aquí la tarde pasada con el señor Carrington y uno o dos más.

—¿Habló de política?

—Ni una palabra. Sobre todo hablamos de libros.

—¡Libros! ¿Qué sabe él de libros?

—Debe preguntarle.

—Bueno, esta es la situación más ridícula en la que nos encontramos. Nadie sabe nada del nuevo presidente. Podría jurar que todos andan a oscuras. Ratcliffe dice que sabe tan poco como los demás, pero no puede ser cierto; es un político demasiado avezado para no llevar antenas en la mano. Hoy mismo uno de los mensajeros del Senado le dijo a mi colega Cutter que había llevado una carta suya a Sam Grimes, de North Bend, quien, como todo el mundo sabe, pertenece al grupo particular del presidente. ¡Vaya, señor Schneidekoupon! ¿Cuándo ha llegado?

—Gracias. Esta mañana —respondió el señor Schneidekoupon nada más entrar en la habitación—. Encantado de verla de nuevo, señora Lee. ¿Qué les parece Washington a usted y a su hermana? ¿Sabe que he traído a Julia de visita? He pensado que la encontraría aquí.

—Acaba de marcharse. Ha estado toda la tarde haciendo visitas con Sybil. Dice que la quiere aquí para cabildear en beneficio suyo, señor Schneidekoupon. ¿Es cierto?

—También yo lo hago —respondió riendo—, pero su preciosa utilidad es escasa. Así que he venido a reclutarla en el servicio.

—¡A mí!

—Sí. Ya sabe que todos esperamos que el senador Ratcliffe sea secretario del Tesoro, y es muy importante para nosotros que se mantenga firme en la cuestión del curso legal y la tarifa. De modo que he venido a establecer relaciones más estrechas con él, tal como dicen los diplomáticos. Quiero que cene conmigo en Welckley, pero como sé que rehúye la política, he pensado que mi única oportunidad era una cena con las damas, así que he traído a Julia. Intentaré lograr el apoyo de la señora Schuyler Clinton, y dependo de su hermana y de usted para ayudar a Julia.

—¡Yo en una cena de cabildeo! ¿Es eso apropiado?

—¿Por qué no? Elegiré a los invitados.

—Nunca he oído nada igual, pero puede ser divertido. Sybil no debe ir, pero yo podría hacerlo.

—Disculpe, pero Julia depende de la señorita Ross, y no se sentará a la mesa sin ella.

—Bien —asintió la señora Lee, vacilante—, tal vez si consigue el apoyo de la señora Clinton, y si su hermana está allí... ¿Y quién más?

—Elija usted a los acompañantes.

—No conozco a nadie.

—Oh sí, aquí está French, no muy proclive a la tarifa, pero bueno para lo que necesitamos ahora. Luego podemos invitar al señor Gore. También ha de afilar su hachuela, y nos alegrará que nos ayude a afilar las nuestras. Solo necesitamos a uno o dos más, y yo llevaré a otro hombre para completar el grupo.

—Pídaselo al portavoz. Quiero conocerle.

—Lo haré, y a Carrington, y a mi senador por Pensilvania. Así estará bien. Recuerde, en Welckley, el sábado a las siete.

Mientras, Sybil había estado al piano. Tras haber cantado un rato, se invitó a Orsini a ocupar su lugar y mostrar que era posible cantar sin insultar el sentido de la propia belleza. El barón Jacobi entró y los criticó a los dos. La pequeña señorita Dare —conocida habitualmente entre sus amigos masculinos como la pequeña Daredevil—²⁷, que siempre andaba absorta en flirteos con el secretario de la embajada, entró sin saber que Popoff estaba presente y se retiró con él a una esquina, mientras Orsini y Jacobi acosaban a la pobre Sybil y lidiaban entre sí en el piano; nadie prestaba mucha atención a ningún comentario cuando, al fin, la señora Lee los sacó a todos del salón diciendo: «Somos gente muy callada, y cenamos a las seis y media».

El senador Ratcliffe no había dejado de hacer su visita dominical a la señora Lee. Tal vez no sea estrictamente correcto decir que habían hablado de libros aquella tarde, pero, sea cual fuere la conversación, había confirmado la admiración del señor Ratcliffe por la señora Lee, la cual, sin pretenderlo, había interpretado un papel más peligroso que si hubiera sido la más cumplida de las coquetas. Nada podía ser más fascinante para el hastiado

político en su soledad que el descanso del salón de la señora Lee, y cuando Sybil cantó uno o dos sencillos aires —dijo que se trataba de himnos extranjeros, pues el senador era ortodoxo, o así se lo consideraba—, el corazón del señor Ratcliffe se volvió hacia la encantadora muchacha con las sensaciones de un padre o incluso de un hermano mayor.

Sus hermanos senadores comenzaron a observar muy pronto que el Gigante de la Pradera había adquirido el tic de mirar hacia la galería de las damas. Un día, el señor Jonathan Andrews, corresponsal especial del neoyorquino *Sidereal System*, un medio muy afín, se aproximó al senador Schuyler Clinton con gesto de perplejidad.

—¿Puede decirme —dijo— qué le ocurre a Silas P. Ratcliffe? Hace un momento estaba hablando con él en su escaño de un tema muy importante, sobre el que debo enviar sus opiniones a Nueva York esta noche, cuando en medio de una oración se paró en seco, levantó la vista sin mirarme y abandonó la cámara, y ahora le veo en la galería hablando con una dama que no conozco.

El senador Clinton se ajustó lentamente sus gafas doradas y miró hacia el lugar indicado: «Ah, la señora Lightfoot Lee. Yo mismo tengo algo que decirle», y dando la espalda al corresponsal especial saltó con agilidad juvenil tras los pasos del senador por Illinois.

—¡Diablos! —farfulló el señor Andrews—, ¿qué les pasa a estos viejos locos?

Y con un murmullo aún menos audible, mientras miraba hacia la señora Lee, en íntima conversación con Ratcliffe:

—¿No haría mejor en escribir sobre esto?

Cuando el joven señor Schneidekoupon llamó al senador Ratcliffe para invitarle a la cena en Welckley, encontró a aquel caballero agobiado de trabajo, según confesó, y muy poco dispuesto a conversar. ¡No, ahora no podía salir a cenar! En las actuales circunstancias de los asuntos públicos le parecía imposible dedicar tiempo a esas diversiones. Lamentaba declinar la cortesía del señor Schneidekoupon, pero había motivos imperativos por los que debía abstenerse, por el momento, de entretenimientos sociales; había hecho una o dos excepciones a esta norma, y solo por la apremiante solicitud de su viejo amigo el senador Clinton, y en una ocasión muy especial.

El señor Schneidekoupon se sintió muy vejado, más aún, dijo, porque había querido pedirles al señor y a la señora Clinton que formaran parte del grupo, así como a una dama muy encantadora a la que se veía muy poco en sociedad, pero que casi había consentido en venir.

—¿De quién se trata?

—Una tal señora Lightfoot Lee, de Nueva York. Probablemente no la conozca lo bastante para admirarla como yo, pero creo que es la mujer más inteligente que he conocido.

Los fríos ojos del senador se posaron un instante sobre el rostro abierto del joven con una peculiar expresión de desconfianza. Entonces dijo solemnemente, con su más profundo tono senatorial:

—Mi querido amigo, a mi edad, los hombres tienen otras cosas en que ocuparse que con mujeres, por inteligentes que puedan ser. ¿Quién más acudirá a su fiesta?

El señor Schneidekoupon nombró su lista.

—¿El sábado a las siete, dice?

—El sábado a las siete.

—Temo que no me sea posible acudir, pero no declinaré por completo. Tal vez, cuando llegue el momento, me vea capaz de estar allí, pero no, no cuente conmigo. Buenos días, señor Schneidekoupon.

Schneidekoupon era un joven de ideas sencillas, que no entendía más profundamente que sus vecinos los secretos del universo, y salió despotricando por «los aires infernales que se dan estos senadores». Le contó a la señora Lee toda la conversación como, de hecho, estaba obligado a hacer, so pena de traerla a su fiesta con argucias.

—Menuda suerte tengo —dijo—, me veo forzado a no encontrar a nadie que al mismo tiempo me diga que probablemente no vaya a venir. ¡Cielos!, ¿por qué no podrá decir, como los demás, si va a venir o no? He conocido a docenas de senadores, señora Lee, y son todos así. No piensan más que en sí mismos.

La señora Lee esbozó una sonrisa forzada y suavizó sus heridos sentimientos; no tenía duda de que la cena sería muy agradable, estuviera o no allí el senador. En todo caso, haría todo lo posible para que saliera bien, y Sybil llevaría su vestido más nuevo. Aún estuvo un poco seria, y el señor

Schneidekoupon solo pudo declarar que ella era un triunfo, que le había dicho a Ratcliffe que era la mujer más inteligente que había conocido, y podría haber añadido que la más atenta, y que Ratcliffe solo lo había mirado como si fuera un mono verde. Todo esto hizo reír a la señora Lee, que le despidió tan pronto como pudo.

Cuando se hubo ido, caminó por la habitación arriba y abajo, y pensó. Veía el sentido del súbito cambio de Ratcliffe en el tono. No tenía más duda de que acudiera a la cena que de la razón por la que vendría. ¿Y era posible que se viera arrastrada a algo similar a un flirteo con un hombre veinte años mayor que ella, un político de Illinois, un enorme, poderoso senador, de ojos grises, calvo, con una cabeza websteriana, que vivía en Peonia? La idea era demasiado absurda para creerla, pero en conjunto resultaba bastante divertida. Su conclusión final era: «Supongo que los senadores pueden cuidar de sí mismos como los demás hombres». Pensó solo en el peligro que suponía, y sintió una especie de compasión por él mientras reflexionaba sobre las posibles consecuencias de un amor grande y absorbente en esta época de su vida. Su conciencia la incomodaba un poco, pero no pensó en sí misma. Sin embargo, era un hecho histórico que los senadores mayores han sentido una curiosa fascinación por las mujeres jóvenes y guapas. ¿También *ellos* cuidaron de sí mismos? ¿Y qué partidos necesitaban cuidarse más?

Cuando Madeleine y su hermana llegaron a Welckley's el sábado siguiente por la noche, encontraron al pobre Schneidekoupon de un humor muy poco apropiado como anfitrión.

—¡No vendrá! ¡Le dije que no vendría! —dijo a Madeleine mientras la introducía en casa—. Si alguna vez me hago comunista, será por la diversión de asesinar a un senador.

Madeleine le consoló gentilmente, pero aquel siguió usando, a espaldas del señor Clinton, el lenguaje más ofensivo e inapropiado hacia el Senado, y al final, tocando la campana, ordenó con firmeza al camarero principal servir la cena. En ese mismo momento la puerta se abrió y apareció en el umbral la majestuosa figura del senador Ratcliffe. Su mirada captó al instante la de Madeleine y ella casi rio, porque vio que el senador iba vestido con una elegancia muy poco senatorial, ¡con una flor en el ojal y sin guantes!

Tras la entusiasta descripción que Schneidekoupon había hecho de los

encantos de la señora Lee, no pudo menos que pedir al senador Ratcliffe que la acompañara a la mesa, lo que hizo sin demora. Esto, o el champán, o alguna oculta influencia ejercieron un extraordinario efecto sobre él. Parecía diez años más joven de lo habitual. Su rostro estaba iluminado, sus ojos brillaban, parecía inclinarse a demostrar su parentesco con el inmortal Webster rivalizando en sociabilidad. Se lanzó a la conversación, rio, bromeó y ridiculizó. Contó anécdotas en el dialecto yanqui y del Oeste, e hizo pequeños bocetos de divertidas experiencias políticas.

—Es la mayor sorpresa de mi vida —susurró el senador Krebs, de Pensilvania, a Schneidekoupon a través de la mesa—. No tenía ni idea de que Ratcliffe fuera tan entretenido.

Y el señor Clinton, sentado al otro lado de Madeleine, deslizó en su oído:

—Me temo, mi querida señora Lee, que sea usted la responsable de esto. Nunca habla así al Senado.

Lo cierto es que se elevó a una altura superior y contó la historia del lecho de muerte del presidente Lincoln con una intensidad que hizo aparecer lágrimas en sus ojos. Los demás invitados estaban pasmados. El portavoz comía su solitario pato y bebía su solitario champán en una esquina sin gesticular. Ni siquiera el señor Gore, no acostumbrado a disimular su luz frente a ningún competidor, hizo intento alguno por reclamar la escena, y aplaudió con entusiasmo la conversación de su vecino opuesto. La gente mal pensada podría decir que el señor Gore vio en el senador Ratcliffe a un posible secretario de Estado. Sea como fuere, lo cierto es que dijo a la señora Clinton en un aparte que resultó perfectamente audible para todos los comensales: «¡Qué brillante! ¡Qué mente tan original! ¡Qué sensación causaría en el extranjero!». Y resultaba cierto, aparte del mero efecto momentáneo de la conversación de sobremesa, que había cierta grandeza en torno al hombre, una aguda sagacidad práctica, una osada libertad de autoafirmación, una manera desenvuelta de tratar lo que conocía. Carrington fue la única persona en la mesa que miró con la cabeza completamente fría y que criticó con espíritu hostil. La impresión de Ratcliffe que tenía Carrington tal vez comenzara a verse envuelta por una sombra de celos, porque estaba de particular mal humor esa noche y no ocultó su irritación por completo.

—¡Si al menos se pudiera confiar en el hombre! —murmuró a French,

sentado a su lado.

Esta desafortunada observación hizo pensar a French en cómo podía sonsacarle algo a Ratcliffe y, en consecuencia, con sus alegres modales, con una mezcla de engreimiento y elevados principios, comenzó a atacar al senador con ciertas «frivolidades» sobre el delicado tema de la reforma del servicio civil, un asunto casi tan peligroso en la conversación política en Washington como la esclavitud misma en los viejos tiempos anteriores a la guerra. French era un reformador y no perdía ocasión de exponer sus ideas, pero, por desgracia, era un peso muy ligero y sus modales resultaban un poco ridículos, de modo que incluso la señora Lee, que era una reformadora convencida, se iba a veces al otro lado de la mesa cuando hablaba. Apenas hubo disparado su pequeña flecha al senador, aquel hombre astuto vio la oportunidad y se permitió el lujo de administrar al señor French el castigo que sabía agradecería a sus acompañantes. Por inclinada a la reforma que la señora Lee estuviera, y algo alarmada por la aspereza con que Ratcliffe había sido tratado, no pudo culpar al Gigante de la Pradera tal como habría debido hacer, puesto que, tras derribar al pobre French, le hizo rodar por el barro una y otra vez.

—¿Sabe usted lo bastante de finanzas, señor French, para decirme cuáles son los productos más famosos de Connecticut?

El señor French sugirió modestamente que los hombres de su Estado podían responder mejor a esa cuestión.

—¡No señor, incluso en eso está equivocado! Los empresarios le baten en su mismo terreno. Pero cualquier niño de la Unión sabe que los productos más famosos de Connecticut son las nociones yanquis, nueces moscadas de madera y relojes parados. Pues bien, su reforma del servicio civil no es más que otra noción yanqui; es una nuez moscada de madera, un reloj de escaparate y hora falsa. ¡Y usted lo sabe! Usted es precisamente el vendedor ambulante de la vieja escuela de Connecticut. Ha ido vendiendo sus nueces de madera hasta que ha llegado al Congreso, y ahora las saca de sus bolsillos y no solo quiere que las compremos al precio que pone, sino que se permite sermonearnos por nuestros pecados si no lo hacemos. ¡Bueno, no nos importa lo que haga en su casa! Insúltenos tanto como quiera ante sus electores. Consiga tantos votos como pueda. Pero no haga campaña aquí, porque le

conocemos muy bien y nosotros mismos hemos estado un poco en el negocio de las nueces de madera.

El senador Clinton y el senador Krebs rieron con aprobación el castigo al pobre French, el cual estaba al nivel de su idea del ingenio. Todos ellos estaban en el negocio de las nueces, como dijo Ratcliffe. La víctima trató de arremeter contra ellos, protestó que sus nueces eran genuinas, que no vendía nada que no garantizara, y que este artículo en particular estaba realmente garantizado por las convenciones nacionales de ambos partidos políticos.

—Entonces, señor French, lo que usted quiere es una educación pública, necesita estudiar un poco el alfabeto. Si no me cree, pregunte a mis hermanos senadores aquí qué oportunidad tendrán sus reformas mientras el ciudadano americano sea el que es.

—No saldrá muy consolado de mi Estado, señor French —gruñó el senador por Pensilvania con una mueca—. Suponga que viene y lo intenta.

—Bien, bien —dijo el benevolente Schuyler Clinton, destellando con benevolencia a través de sus gafas doradas—, no sean demasiado duros con French. Es bienintencionado. Tal vez no sea muy prudente, pero hace bien. Yo sé más de esto que ninguno de ustedes, y no niego que la cosa esté del todo mal. Solo que, como dice el señor Ratcliffe, la dificultad está en el pueblo, no en nosotros. Vaya con él, French, y déjenos tranquilos.

French se arrepintió de su ataque y se contentó con murmurar a Carrington:

—Vaya grupo de viejos réprobos.

—Sin embargo, tienen razón en una cosa —fue la respuesta de Carrington—. Su consejo es bueno. Nunca le pida a ninguno que reforme nada. Si lo hace, le reformarán a usted.

La cena acabó tan brillantemente como comenzó, y Schneidekoupon quedó deleitado con su éxito. Se había mostrado especialmente agradable con Sybil al confiarle todos sus temores y esperanzas sobre las tarifas y finanzas. Cuando las damas abandonaron la mesa, Ratcliffe no pudo quedarse a fumar, debía volver a sus habitaciones, donde sabía que le esperaban varios hombres. Se despediría de las damas y se marcharía en seguida. Pero cuando los caballeros volvieron casi una hora después, encontraron a Ratcliffe despidiéndose aún de las damas, que disfrutaban de su entretenida

conversación, y cuando al fin realmente se marchó, dijo a la señora Lee, como si fuera algo de lo más natural: «¿Estará en casa como de costumbre mañana por la tarde?». Madeleine sonrió, asintió y el senador se fue.

Mientras las dos hermanas volvían a casa esa noche, Madeleine guardó un silencio inusual. Sybil bostezó convulsivamente y se disculpó:

—El señor Schneidekoupon es muy simpático y amable, pero toda una velada a su lado se hace interminable. Y ese horrible senador Krebs no dijo una palabra y bebió demasiado vino, aunque nada podría hacerle más estúpido de lo que es. Me parece que no me importan los senadores.

Luego, cansada, tras una pausa, dijo:

—Bien, Maude, espero que tengas lo que querías. Estoy segura de que debes haber tenido política de sobra. ¿No has llegado aún al corazón de tu gran misterio americano?

—Creo que estoy bastante cerca —dijo Madeleine para sí misma.

[27](#) Traducido el juego de palabras, «que desafía al diablo».

CAPÍTULO IV

EL domingo por la tarde hubo tormenta y fue necesario cierto entusiasmo para afrontar el peligro con vistas a frecuentar la sociedad. Sin embargo, ciertos amigos íntimos aparecieron como de costumbre en casa de la señora Lee. Allí estaba el fiel Popoff, y la señorita Dare acudió también para pasar una hora con la señorita Sybil; pero al pasar toda la velada en una esquina con Popoff, debió sentirse decepcionada. Entró Carrington, y el barón Jacobi. Schneidekoupon y su hermana cenaron con la señora Lee y se quedaron después, mientras Sybil y Julia Schneidekoupon comparaban sus conclusiones sobre la sociedad de Washington. También se le ocurrió la feliz idea al señor Gore, pues, en la medida en que la casa de la señora Lee estaba a un paso de su hotel, podía arriesgarse tanto a divertirse allí como a quedarse solo en sus habitaciones. Por fin, el senador Ratcliffe hizo debidamente su aparición y, tras servirse una taza de té junto a Madeleine, pudo disfrutar pronto de una charla tranquila a su lado, mientras el resto del grupo consentía en ocuparse de sus asuntos. Protegido por el murmullo de la conversación en el salón, el señor Ratcliffe empezó rápidamente con sus confidencias.

—He venido a sugerirle que, si quiere oír un debate interesante, venga mañana al Senado. Me han dicho que Garrard, de Luisiana, pretende atacar mi último discurso, y probablemente tenga que responderle. Con usted como crítica, hablaré mejor.

—¿Soy una crítica afable? —preguntó Madeleine.

—Nunca he oído que los críticos afables sean los mejores —dijo él—. La justicia es el alma de la buena crítica, y lo que pido y espero de usted es solo justicia.

—¿De qué sirve tanto hablar? —preguntó ella—. ¿Está más cerca del fin de sus dificultades después de los discursos?

—Aún no lo sé. Estamos en aguas muertas, pero esto no puede durar. De hecho, no me asusta decirle, aunque desde luego quede entre nosotros, que

hemos tomado medidas para forzar una decisión. Ciertos caballeros, entre los que me incluyo, hemos escrito cartas con vistas a que las lea el presidente, aunque no dirigidas a él, orientadas a que se manifieste de algún modo que nos muestre lo que podemos esperar.

—¡Oh! —rio Madeleine—, lo sabía hace ya una semana.

—¿Saber qué?

—Su carta a Sam Grimes, de North Bend.

—¿Qué ha oído sobre mi carta a Sam Grimes, de North Bend? —exclamó Ratcliffe algo abrupto.

—Ah, no sabe usted lo admirablemente que he organizado mi servicio secreto —dijo ella—. El representante Cutter interrogó a uno de los mensajeros del Senado y le obligó a confesar que había recibido de usted una carta para el correo dirigida al señor Grimes, de North Bend.

—Y, por supuesto, se lo dijo a French, y French se lo dijo a usted —dijo Ratcliffe—. Ya veo. Si hubiera sabido esto no hubiera dejado escapar a French tan gentilmente la noche pasada, porque prefiero contarle mi propia historia sin sus adornos. Pero fue culpa mía. No debí confiar en un mensajero. Aquí ya no hay secretos. Pero algo que el señor Cutter no descubrió es que varios otros caballeros escribieron cartas al mismo tiempo con igual propósito. Lo hizo su amigo, el señor Clinton, y lo hizo Krebs, y uno o dos más.

—Supongo que no debo preguntar lo que dijo.

—Puede hacerlo. Acordamos que lo mejor era mostrarse dóciles y conciliatorios y urgir al presidente a darnos solo alguna indicación de sus intenciones, con el fin de no contradecirlas. Yo he pintado un cuadro contundente del efecto que tiene la presente situación en el partido, e insinuado que no quería satisfacer deseos personales.

—¿Y cuál cree que será el resultado?

—Creo que lograremos de algún modo enderezar las cosas —dijo Ratcliffe—. La dificultad es solo que el nuevo presidente tiene poca experiencia y es suspicaz. Cree que intrigaremos para atarle las manos, y quiere atarnos las nuestras antes. No le conozco personalmente, pero los que sí lo han hecho, y son jueces justos, dicen que, aunque más bien estrecho y obstinado, es bastante honrado, y que cederá. No dudo de que pudiera

acordarlo todo con él conversando durante una hora, pero resulta impensable que vaya a verle, a menos que sea llamado, y pedirme que fuera sería ya un acuerdo.

—¿Cuál es entonces el peligro que teme?

—Que ofenda a todos los líderes importantes del partido para reconciliarse con los menos importantes, tal vez sentimentales, como su amigo French, y que haga torpes nombramientos sin dejarse aconsejar. A propósito, ¿ha visto hoy a French?

—No —replicó Madeleine—. Creo que debe estar enfadado por el trato que recibió de usted la noche pasada. Fue muy grosero.

—En absoluto —dijo Ratcliffe—. Estos reformadores lo necesitan. Su manera de atacarme fue un desafío. Lo vi en sus modales.

—Pero, ¿es realmente la reforma tan imposible como la describe? ¿Resulta por completo desesperada?

—Tal como él la quiere, la reforma es por completo desesperada, incluso indeseable.

La señora Lee, con actitud muy seria, insistió en la pregunta:

—Seguramente podrá hacerse algo para frenar la corrupción. ¿Habremos de estar siempre a merced de ladrones y rufianes? ¿Es imposible un gobierno respetable en una democracia?

Su acaloramiento llamó la atención de Jacobi, que intervino desde el otro lado del salón:

—¿De qué habla, señora Lee? ¿Qué dice de la corrupción?

Todos los caballeros comenzaron a escuchar y formaron un corro.

—Estoy preguntando al senador Ratcliffe —dijo ella— qué va a ser de nosotros si se permite que la corrupción no sea frenada.

—¿Y puedo atreverme a pedir permiso para oír la respuesta del senador Ratcliffe? —preguntó el barón.

—Mi respuesta —dijo Ratcliffe— es que ningún gobierno representativo puede ser mucho mejor o peor que la sociedad que representa. Purificad la sociedad y purificaréis el gobierno. Pero si tratáis de purificar artificialmente el gobierno, solo agravaréis el fracaso.

—Una respuesta muy propia de un estadista —dijo el barón Jacobi con una inclinación formal, aunque su tono tenía un matiz de burla. Carrington,

que había escuchado con cara sombría, se volvió de repente al barón y le preguntó qué conclusión sacaba de la respuesta.

—Ah —exclamó el barón con su mirada más malvada—, ¿de qué valdrá mi conclusión? Ustedes, los americanos, se creen la excepción a las normas generales. No les importa la experiencia. Yo he vivido setenta y cinco años y he pasado todo ese tiempo en medio de la corrupción. Yo mismo soy un corrupto, solo que tengo el valor de proclamarlo, y ustedes no. Roma, París, Viena, San Petersburgo, Londres, son todas corruptas. ¡Solo Washington es pura! Pues bien, yo declaro que, en toda mi experiencia, no he encontrado sociedad alguna que tenga elementos de corrupción como los Estados Unidos. Los niños de la calle son corruptos y saben cómo timarme. Las ciudades son todas corruptas, y también los pueblos, y los condados, y las legislaturas de los Estados, y los jueces. Por todas partes los hombres traicionan la confianza tanto pública como privada, roban dinero, huyen con fondos públicos. El Senado es el único lugar donde los hombres no aceptan dinero. Y ustedes, caballeros, declaran muy bien en el Senado que sus grandes Estados Unidos, que son la cabeza del mundo civilizado, nunca podrán aprender nada del ejemplo de la corrupta Europa. Tienen razón, ¡toda la razón! Los grandes Estados Unidos no necesitan ejemplo alguno. Lamento mucho no tener otros cien años para vivir. Si pudiera volver entonces a esta ciudad, me alegraría mucho, mucho más que ahora. Siempre me alegra la corrupción, y *ma parole d'honneur!* —estalló el viejo gesticulando—, ¡los Estados Unidos serán entonces más corruptos que Roma bajo Calígula, más corruptos que la Iglesia bajo León X, más corruptos que Francia bajo el Regente!

Cuando el barón acabó su arenga, que dirigió directamente al senador sentado a su lado, tuvo la gran satisfacción de ver que todos estaban callados y escuchaban con mucha atención. Pareció disfrutar molestando al senador, y tuvo la satisfacción de ver que estaba visiblemente molesto. Ratcliffe miró fijamente al barón y dijo de modo cortante que no veía motivo para aceptar tales conclusiones. La conversación decayó y todos salvo el barón se sintieron aliviados cuando Sybil, a petición de Schneidekoupon, se sentó al piano para cantar lo que llamó un himno. Tan pronto como acabó la canción, Ratcliffe, que parecía curiosamente turbado por la arenga de Jacobi, alegó

deberes urgentes en sus aposentos y se retiró. Pronto se marcharon todos los demás a excepción de Carrington y Gore, que se había sentado junto a Madeleine, el cual se vio arrastrado de pronto a una discusión sobre el tema que la confundía, y lanzó al momento sobre su mente una red irresistiblemente fascinante.

—El barón ha confundido al senador —dijo Gore algo vacilante—. ¿Por qué se habrá dejado atrapar de esa manera?

—Me gustaría que me explicara por qué —respondió la señora Lee—; dígamelo, señor Gore, usted, que representa por estos lares la cultura y el gusto literario, por favor, dígame qué hay que pensar del discurso del barón Jacobi. ¿A quién y qué hay que creer? El señor Ratcliffe parece honrado y prudente. ¿Es un corruptor? Cree en el pueblo, o dice hacerlo. ¿Dice la verdad o no?

Gore tenía demasiada experiencia política para verse cogido en una trampa como esta. Evitó la cuestión.

—El señor Ratcliffe tiene un buen trabajo práctico que hacer; su tarea es hacer leyes y aconsejar al presidente. Lo hace muy bien. No tenemos otro político práctico igual de bueno. Es injusto exigirle que además sea un cruzado.

—¡No! —interrumpió cortante Carrington—, pero no tiene por qué obstaculizar a los cruzados. No necesita hablar de la virtud y oponerse al castigo del vicio.

—Es un astuto político práctico —respondió Gore—, y lo primero que nota es el punto débil de cualquier táctica política que se proponga.

Madeleine siguió con un suspiro de desesperación:

—¿Quién tiene razón, entonces? ¿Cómo *pueden* tener todos razón? La mitad de nuestros sabios declara que el mundo va directo a la perdición; la otra mitad, que se vuelve rápidamente perfecto. No pueden tener todos razón. Solo hay una cosa en la vida —siguió riendo— que debo lograr, y que lograré, antes de morir. He de saber si América tiene razón o está equivocada. Por ahora se trata de una cuestión muy práctica, porque realmente necesito saber si creer en el señor Ratcliffe. Si le lanzo por la borda, todo lo demás le acompañará, porque solo es un espécimen.

—¿Por qué no creer en Ratcliffe? —dijo Gore—. Yo creo en él, y no me

asusta decirlo.

Carrington, para el que Ratcliffe comenzaba ahora a representar el espíritu del mal, intervino entonces y observó que imaginaba que el señor Gore tenía además otros guías en los que creer, y más firmes que Ratcliffe; mientras, Madeleine, con cierta perspicacia femenina, golpeó en un punto mucho más débil de la armadura del señor Gore y le preguntó a bocajarro si creía también en lo que Ratcliffe representaba:

—¿Cree usted que la democracia es el mejor gobierno, y que el sufragio universal es un éxito?

El señor Gore se vio clavado a la pared y se giró, acorralado, casi con una energía desesperada:

—Rara vez hablo en sociedad de estos asuntos. Son como la doctrina de un Dios personal, de la vida futura, de la religión revelada; asuntos que naturalmente uno se reserva para reflexionar en privado. Pero como pregunta por mi credo político, le responderé. Mi única condición es que lo guarde para sí, no lo repita o lo cite como mío. Creo en la democracia. La acepto. La serviré y defenderé fielmente. Creo en ella porque me parece la consecuencia inevitable de lo que ha pasado antes de ella. La democracia afirma el hecho de que las masas han alcanzado ahora una inteligencia superior a la que tenían antes. Toda nuestra civilización apunta a ese objetivo. Necesitamos hacer lo que podamos para favorecerlo. Quiero ver el resultado por mí mismo. Concedo que es un experimento, pero es la única dirección que la sociedad puede tomar que merezca la pena, el único concepto de su deber lo bastante amplio para satisfacer sus instintos, el único resultado digno de realizar un esfuerzo o asumir un riesgo. Todo otro paso posible es hacia atrás, y no me cuido de repetir el pasado. Me alegra ver a la sociedad intentando resolver cuestiones sobre las que nadie puede declararse neutral.

—Suponga que su experimento fracasa —dijo la señora Lee—, suponga que la sociedad se destruye a sí misma con el sufragio universal, la corrupción y el comunismo.

—Quisiera, señora Lee, que viniera conmigo una noche al observatorio y mirara a Sirio. ¿Ha visto alguna vez una estrella fija? Creo que los astrónomos han calculado veinte millones a la vista, y una infinita posibilidad de invisibles millones, cada una de las cuales es un sol, como el nuestro, y

puede tener satélites, como nuestro planeta. Suponga que vea que aumenta repentinamente el brillo de una de esas estrellas fijas, y que le digan que uno de sus satélites ha caído en ella y se ha consumido, que su trayectoria ha terminado y sus capacidades se han agotado. Curioso, ¿no? Pero ¿qué importa? Tanto como que una polilla se quemara en su vela.

Madeleine se estremeció un poco.

—No puedo llegar a la altura de su filosofía —dijo—. Usted vaga entre infinitos, y yo soy finita.

—¡En absoluto! Pero tengo fe, tal vez no en los antiguos dogmas, fe en la naturaleza humana, fe en la ciencia, fe en la supervivencia de los más aptos. Seamos sinceros con nuestra época. ¡Señora Lee, si nuestra época ha de ser derrotada, muramos en sus filas! Si ha de resultar victoriosa, marchemos los primeros en la columna. En todo caso, no nos pongamos a remolonear o a refunfuñar. ¡Ahí queda! ¿He recitado bien mi catecismo? ¡Ahí lo tiene! Ahora permita que lo olvide. Perdería mi carácter en casa si saliera a la luz. ¡Buenas noches!

La señora Lee apareció al día siguiente en el Capitolio, como no pudo menos de hacer tras la solicitud del senador Ratcliffe. Fue sola, porque Sybil se había negado de manera concluyente a acercarse de nuevo al Capitolio, y Madeleine pensó que, en general, no era esta una ocasión para contar con la ayuda de Carrington. Pero Ratcliffe no tomó la palabra. El debate quedó inesperadamente pospuesto. Se reunió con la señora Lee en la galería; sin embargo, se sentó a su lado tanto como se lo permitió y se puso más y más confidencial, contándole que había recibido la esperada respuesta de Grimes, de North Bend, la cual contenía una carta escrita por el presidente electo al señor Grimes respecto a las propuestas del señor Ratcliffe y sus amigos.

—No es una carta cordial —dijo—. En efecto, en parte es claramente insultante. Querría leerle un extracto y conocer su opinión sobre cómo tratarla.

Sacando la carta de su bolsillo, buscó el pasaje y leyó lo siguiente: «No puedo perder de vista tampoco la consideración de que el pueblo tiene a estos tres senadores (se refiere a Clinton, a Krebs y a mí) por los miembros más influyentes del llamado círculo senatorial, que ha adquirido una notoriedad general. Aunque siempre recibiré sus mensajes con el debido respeto, tengo

que seguir gozando de completa libertad de acción para consultar a otros consejeros políticos, y mi primer objetivo ha de ser en todo caso cumplir los deseos del pueblo, no siempre representado de la manera más verdadera por sus representantes nominales». ¿Qué me dice de esta preciosa muestra de modales presidenciales?

—Al menos me gusta su valentía —dijo la señora Lee.

—La valentía es una cosa y el sentido común otra. Esta carta es un estudiado insulto. Ya me ha hecho descarrilar una vez. Pretende hacerlo de nuevo. Es una declaración de guerra. ¿Qué debo hacer?

—Lo mejor por el bien público —dijo Madeleine con seriedad.

Ratcliffe la miró a la cara con un placer tan poco disimulado —resultaba tan imposible equivocarse o ignorar la expresión de su mirada— que ella retrocedió estremecida. No estaba preparada para una demostración tan abierta. Él endureció de pronto sus rasgos y continuó:

—Pero ¿qué es lo mejor para el bien público?

—Eso lo sabe usted mejor que yo —dijo Madeleine—. Una cosa está clara para mí. Si se deja guiar por sus sentimientos privados, cometerá un error mayor que el suyo. Ahora debo irme, porque tengo visitas que hacer. La próxima vez que venga, señor Ratcliffe, debe mantener mejor su palabra.

Cuando volvieron a verse, Ratcliffe le leyó una parte de su réplica a Grimes, que decía así: «La suerte de todo líder de un partido es sufrir ataques y cometer errores. Es verdad, como dice el presidente, que no he sido una excepción a esa ley. Creyendo que solo los grandes partidos pueden lograr grandes resultados, siempre me he retractado de mis opiniones personales cuando no han obtenido el asentimiento general. Mantendré esta línea de acción, y el presidente puede contar, absolutamente confiado, con mi apoyo desinteresado a todas las medidas del partido, aun cuando no sea consultado a la hora de adoptarlas».

La señora Lee escuchó atentamente y luego dijo:

—¿Se ha negado alguna vez a seguir a su partido?

—Nunca —fue la firme respuesta de Ratcliffe.

Tras pensarlo aún más, Madeleine preguntó de nuevo:

—¿No hay nada más poderoso que la lealtad al partido?

—Nada, salvo la lealtad nacional —respondió Ratcliffe, con mayor

firmeza aún.

CAPÍTULO V

ATAR a un prominente estadista a su séquito y conducirlo como un oso amaestrado es, para una mujer joven y vivaz, un entretenimiento más cierto que atarse a él y ser arrastrada como una india. Este hecho fue el primer gran descubrimiento político de Madeleine Lee en Washington, y valió para ella por toda la filosofía alemana que había leído, junto a la edición de las obras completas de Herbert Spencer por añadidura. No había duda de que los honores y dignidades de una carrera pública no servían como justa compensación por sus molestias. Madeleine leyó un poco a diario por sí misma, sucesivamente, las vidas y cartas de los presidentes americanos, y de sus esposas, cuando pudo descubrir una huella de su existencia. ¡Qué melancólico espectáculo era, desde George Washington hasta el último titular, qué vejaciones, qué decepciones, qué penosos errores, qué modales tan objetables! ¡Ni uno solo que hubiera apuntado a un propósito superior había dejado de verse frustrado, derrotado y, por lo general, insultado! ¡Qué tristeza había en los rasgos de esos famosos caciques, Calhoun, Clay y Webster, qué sentido de la propia importancia y de la grandilocuencia senatorial, qué anhelo de lisonja, qué desesperación tras la sentencia del hado! ¿Y cuál era su valor, después de todo?

¡Se trataba de hombres prácticos! No tenían que resolver grandes problemas del pensamiento, ni preguntas que se elevaran por encima de las reglas ordinarias de la moral común y el deber doméstico. ¡Se las habían apañado para nublar el tema! ¡Qué elaborados escaparates habían construido, sin más resultado que oscurecer el horizonte! ¿No le habría ido mejor al país sin ellos? ¿Podría haberle ido peor? ¿Qué abismo más profundo podía haberse abierto a los pies de la nación que aquel al que la llevaron?

La mente de Madeleine se agotaba con la monotonía de la historia. Discutió el asunto con Ratcliffe, quien le dijo francamente que el placer de la política residía en poseer el poder. Coincidió en que al país le iría mejor sin

él. Dijo: «Pero aquí estoy y aquí voy a quedarme». Sentía muy poca simpatía por el fino moralizar y un desdén propio de estadista por la política filosófica. Amaba el poder y quería ser presidente. Eso era bastante.

Unas veces prevalecía en la mente de Madeleine el aspecto trágico y otras el cómico, y otras no sabía si llorar o reír. Más que ninguna otra ciudad del mundo, Washington bulle de exhibiciones ingenuas de la naturaleza humana, con hombres y mujeres curiosamente fuera de lugar a los que sería cruel ridiculizar y por los que sería ridículo llorar. Las personas respetables rara vez ven, por fortuna, las más tristes exhibiciones; solo los pequeños accidentes sociales caen bajo su mirada. Una tarde la señora Lee fue a la primera recepción del presidente. Como Sybil se negó a enfrentarse a la multitud, y Carrington dijo con tacto que temía no estar lo suficientemente reconstruido para sentirse como en casa ante esa augusta presencia, la señora Lee aceptó como escolta al señor French y cruzó la plaza con él para unirse a la muchedumbre que se vertía por las puertas de la Casa Blanca. Ocuparon su lugar en la fila de ciudadanos y fueron, al fin, capaces de entrar en la sala de recepción. Allí, Madeleine se encontró ante dos figuras aparentemente mecánicas, que podían ser de madera o de cera por los signos vitales que mostraban. Estas dos figuras eran el presidente y su esposa. Permanecían rígidas y torpes junto a la puerta, con el rostro desprovisto de toda señal de inteligencia, mientras la mano derecha de ambos se extendía hacia la columna de visitantes con la acción mecánica de unos muñecos. La señora Lee, por un instante, se echó a reír, pero la risa murió en sus labios. Para el presidente y su esposa estaba claro que no era cosa de risa. Allí se erguían, autómatas, representantes de la sociedad que discurría junto a ellos. Madeleine asió al señor French del brazo.

—Lléveme rápido a un lugar donde pueda mirarlo —dijo—. ¡Aquí, en la esquina! ¡No tenía idea de lo impresionante que era!

El señor French supuso que pensaba en la extraña apariencia de los hombres y mujeres que pululaban por los salones y, según su delicado concepto del humor, hizo ciertos chistes groseros sobre los que pasaban. La señora Lee, sin embargo, no estaba de humor para explicarse o aun escuchar. Le paró en seco:

—¡Allí, señor French! ¡Váyase ahora y déjeme! Quiero estar sola media

hora. Por favor, vuelva después.

Y allí quedó ella, con la mirada fija en el presidente y su esposa, mientras la corriente interminable de la humanidad pasaba estrechando las manos.

¡Qué extraño y solemne espectáculo, y qué mortífera fascinación hizo arder la imagen de su mente! ¡Qué horrible advertencia para la ambición! Y en toda esa multitud no había nadie, aparte de ella, que advirtiera la burla de esta exhibición. Para todos los demás esta tarea era una parte habitual del deber del presidente y no había nada ridículo en ello. La consideraban una institución democrática, esta extraña imitación de las formas monárquicas. Para ellos, el aburrimiento mortal del espectáculo era tan natural y apropiado como les parecían las ceremonias de El Escorial a los cortesanos de los Felipes y Carlos. Para ella tenía el efecto de una pesadilla, o de la visión de un opiómano. Sintió una súbita convicción de que este era el final de la sociedad americana: a la vez su realización y su sueño. Su espíritu gimió.

«¡Sí, ya he alcanzado el final! Creceremos hasta ser figuras de cera, y nuestra charla será como el crujido de los muñecos. Vagaremos por la tierra y estrecharemos manos. Nadie tendrá un objetivo en este mundo, y no habrá otro. Es peor que nada de cuanto hay en el *Inferno*. ¡Qué horrible visión de la eternidad!»

De pronto, como a través de la niebla, vio aproximarse la cara melancólica de lord Skye. Se puso a su lado y su voz la devolvió a la realidad.

—¿Le divierte este tipo de cosas? —preguntó vagamente.

—Nos divertimos tristemente, al modo de nuestro pueblo —respondió—, pero lo cierto es que me interesan.

Se quedaron durante un rato en silencio, contemplando la lenta danza arremolinada de la democracia, hasta que él dijo:

—¿Quién cree que es ese hombre, el alto, el flaco, con una mujer a cada brazo?

—Supongo que ese hombre —respondió— es un funcionario de Washington, o tal vez un miembro del Congreso por Iowa, con su esposa y su cuñada. ¿Impresiona su sentido de la nobleza?

Lord Skye la miró con cómica resignación.

—Quiere decirme que son tan buenas como condesas viudas. Por supuesto, mi espíritu aristocrático ha quebrado, señora Lee. Incluso las

invitaré a cenar, si me lo pide, y podrá venir a conocerlas. Pero la última vez que invité a cenar a un miembro del Congreso me respondió, con una nota a lápiz en mi propio sobre, que traería consigo a dos amigos suyos, muy respetables electores de Yahoo City, o algún lugar así, «nobles de la naturaleza», dijo.

—Tendría que haberles dado la bienvenida.

—Lo hice. Quise ver a dos nobles de la naturaleza y supe que era probable que fuesen una compañía más agradable que su representante: vinieron personas muy respetables, uno con una corbata azul, el otro con una roja; ambos llevaban alfileres de diamante en sus camisas, con el cabello cuidadosamente cepillado. No dijeron nada, comieron poco, bebieron menos y se portaron mucho mejor que yo. Cuando se marchaban, me pidieron unánimemente que me quedara con ellos si visitaba Yahoo City.

—No necesitará huéspedes, si siempre hace eso.

—No lo sé. Creo que era pura ignorancia por su parte. No supieron hacerlo mejor y resultaron bastante modestos. Mi única queja fue no poder sacar nada de ellos. Me pregunto si sus esposas hubieran sido más divertidas.

—¿Lo serían en Inglaterra, lord Skye?

Él la miró con los ojos medio cerrados y musitó:

—¿Conoce a mis compatriotas?

—Apenas.

—Entonces hablemos de algo menos serio.

—Con mucho gusto. He esperado para que me explique por qué tiene esta noche una expresión tan melancólica.

—¿Le parece propio de una amiga decir eso, señora Lee? ¿Le parezco realmente melancólico?

—Indescriptiblemente, a mi juicio. Siento gran curiosidad por saber la razón.

El embajador británico hizo un frío examen completo de todo el salón y acabó con una mirada prolongada al presidente y su esposa, que aún estrechaban manos mecánicamente. Luego volvió a mirarla a ella y no dijo una palabra. Ella insistió:

—Debo conocer la respuesta a este acertijo. Me ahoga. No estaría triste si viera a estas mismas personas trabajando o jugando, si es que alguna vez

juegan, o en una iglesia o en una sala de conferencias. ¿Por qué me agobian aquí como horribles fantasmas?

—No veo acertijo alguno, señora Lee. Ha respondido a su propia pregunta; no están trabajando ni jugando.

—Entonces, por favor, lléveme a casa o me pondré histérica. Es demasiado penoso soportar la visión de esas dos sufridas imágenes en la puerta. Me marea ver estas figuras pendulares. No me parecen reales. Querría que la casa se incendiara. Necesito un terremoto. Quisiera que alguien pellizcara al presidente o tirara del pelo a su esposa.

La señora Lee no repitió el experimento de visitar la Casa Blanca y, de hecho, durante algún tiempo habló con poco entusiasmo del cargo presidencial. Le dio su opinión al senador Ratcliffe con contundencia. El senador intentó en vano argüir que el pueblo tenía derecho a visitar a su Primer Magistrado, y que él estaba obligado a recibirle. Siendo así, no había manera de proceder menos objetable que la elegida. La señora Lee preguntó:

—¿Quién dio al pueblo tal derecho? ¿De dónde viene? ¿Para qué lo necesita? Usted lo sabe bien, señor Ratcliffe. Nuestro Primer Magistrado es un ciudadano como cualquier otro. ¿Qué mete en su necia cabeza la idea de dejar de ser un ciudadano e imitar la realeza? Nuestros gobernantes nunca se exponen al ridículo. ¿Por qué no puede esta desgraciada criatura contentarse con vivir como el resto de nosotros y preocuparse solo de sus asuntos? ¿Sabe qué divertida figura compone?

Y la señora Lee fue tan lejos como para declarar que le gustaría ser la esposa del presidente solo para poner fin a esta locura; nada la induciría *a ella* a desempeñar este papel, y si el público no lo aprobara, el Congreso podría destituirla y apartarla del cargo. Todo lo que pedía era el derecho a ser oída ante el Senado en su propia defensa.

Sin embargo, cundió la impresión en Washington de que a la señora Lee nada le gustaría más que estar en la Casa Blanca. Relativamente poco conocida, y discutiendo rara vez los temas que más la interesaban, Madeleine pasaba por ser una mujer inteligente, intrigante, que perseguía sus propios objetivos. Es cierto, más allá de toda ventura, que puede asumirse que todos los residentes en Washington van tras un cargo o son candidatos a alguno; a menos que confiesen su objetivo, son culpables de un intento —y muy

estúpido— de engaño. Sin embargo, hay una pequeña clase de excepciones aparentes destinadas al fin a caer dentro de la norma. De manera apropiada, se asumía que la señora Lee era candidata a un cargo. Para los washingtonianos resultaba natural pensar que la señora Lee debía casarse con Silas P. Ratcliffe. No resultaba sorprendente que él debiera alegrarse por conseguir una esposa a la moda e inteligente, con veinte o treinta mil dólares al año. Resultaba del todo natural que ella debía aceptar al primer hombre público del día, con una halagadora opción a la presidencia —un hombre relativamente joven y no poco agraciado—, y en su empresa contaba con la simpatía de todas las reglamentadas washingtonianas que no eran posibles rivales, porque para ellas la mujer del presidente tiene más importancia que el presidente y, de hecho, América debería saber que no están muy lejos de la verdad.

Había algunas que, no obstante, no asentían a esta idea, bienintencionada aunque mundana, del propuesto matrimonio. Estas damas juzgaban con severidad la conducta de la señora Lee y no vacilaban en declarar su opinión de que era la fresca más tranquila y más ambiciosa que habían observado nunca. Por desgracia, ocurrió que la respetable y remilgada señora Schuyler Clinton adoptó este punto de vista y no se esforzó en ocultar su opinión. Se mostró indignada ante la grosera mundanidad de su prima y su posible promoción en rango.

—Si Madeleine Ross se casa con ese burdo y horrible viejo político de Illinois —le dijo a su esposo—, no la perdonaré mientras viva.

El señor Clinton trató de excusar a Madeleine, e incluso fue tan lejos como para sugerir que la diferencia de edad no era mayor que en su propio caso, pero su esposa pisoteó sin piedad este argumento:

—En todo caso —dijo—, yo no vine a Washington como una viuda a ofrecer mi sombrero al primer candidato a la presidencia, ni hice un espectáculo público de mi indecente curiosidad en las galerías del Senado, y la señora Lee debería estar avergonzada. Tiene la sangre fría, sin corazón, es una gata poco femenina.

La pequeña Victoria Dare, que cotilleaba a todos los vientos y corrientes con absoluta indiferencia respecto a lo que decía o le decían, solía llevarle muestras de este chismorreo a la señora Lee. Siempre padecía un leve

tartamudeo cuando decía algo poco decoroso, y adoptaba un estilo de sencillez lánguida. Se sintió agudamente satisfecha de ver a Madeleine acusada de sus propios pecados dominantes. Durante años todo Washington había coincidido en que Victoria no era sino una de esas mujeres malvadas, que solo se había dedicado a violar toda regla de propiedad y a escandalizar a toda familia bienpensante de la ciudad, y en que no había nada bueno en ella. Sin embargo, no podía negarse que Victoria era divertida y ejercía una suerte de irregular fascinación; en consecuencia, era universalmente tolerada. Ver lanzada a la señora Lee a su mismo nivel le produjo un indudable placer, así que repitió cuidadosamente a Madeleine los intercambios espigados en su deambular.

—Su prima, la señora Clinton, dice que es usted una ga... ga... gata, señora Lee.

—No lo creo, Victoria. La señora Clinton nunca ha dicho algo así.

—La señora Marston lo dice porque ha cazado usted una ra... ra... rata, ¡y el senador Clinton era solo un ra... ra... ratón!

Por supuesto, toda esta publicidad inesperada irritó no poco a la señora Lee, en especial cuando comenzaron a aparecer en los periódicos breves y vagos párrafos, pronto seguidos por otros más largos y positivos, en relación con las perspectivas matrimoniales del senador Ratcliffe, junto con descripciones suyas hechas por plumas de emprendedoras corresponsales femeninas de la prensa que ni siquiera la habían visto. La primera vez que tuvo delante esos artículos, Madeleine gritó justamente de mortificación e ira. Quiso abandonar Washington al día siguiente y odió incluso pensar en Ratcliffe. Había algo en el estilo periodístico tan inescrutablemente vulgar, algo tan inexplicablemente repulsivo para el sentido de la decencia femenina, que retrocedió como ante una araña venenosa. Pero una vez pasó esta aguda sensación de vergüenza, se despertó su temple y se prometió seguir su camino como lo había comenzado, sin tener en cuenta la malignidad y vulgaridad de los enormes Estados Unidos. No le preocupaba casarse con el senador Ratcliffe, le gustaba su compañía y se sentía halagada por sus confidencias; más bien esperaba impedirle que le hiciera una propuesta formal y, de no ser así, al menos la retrasaría hasta el último momento, pero no había de asustarla la idea de casarse con él a causa del rencor o el

chismorreos ni se planteó rechazarle salvo por razones más poderosas que esas. Incluso fue tan lejos en su desesperada valentía como para reírse de su prima, la señora Clinton, cuyo venerable esposo había facilitado tanto que se le prestara atención y expresado opiniones de ardor tan juvenil como para, a juicio de Madeleine, encender y exasperar a la excelente dama que era su esposa.

Carrington era la persona más desagradablemente afectada por el curso que los acontecimientos habían tomado. Ya no podía ocultarse a sí mismo el hecho de que estaba tan enamorado como podía estarlo un digno virginiano. En todo caso, ella no había mostrado con él coquetería alguna ni le había halagado o animado nunca. Pero Carrington, en su solitaria lucha contra el hado, la consideró una afectuosa amiga, siempre dispuesta a ayudar cuando era necesario, generosa con su dinero en toda circunstancia en la que tuviera que dar cuenta, llena de simpatía donde la simpatía era más que el dinero, y de recursos y sugerencias donde fallaban el dinero y la simpatía. Carrington la conocía mejor de lo que ella se conocía a sí misma. Le elegía sus libros, le traía el último discurso o informe del Capitolio o los departamentos; conocía sus dudas y ensueños y, hasta donde los comprendía, la ayudaba a resolverlos. Carrington era demasiado modesto y, tal vez, demasiado tímido para interpretar el papel de un amante declarado, y era demasiado orgulloso como para que se pensara que pretendía cambiar su pobreza por su riqueza. Pero sintió tanta mayor ansiedad cuando vio la evidente atracción que la fuerte voluntad e inescrupulosa energía de Ratcliffe ejercía sobre ella. Vio que Ratcliffe avanzaba firmemente posiciones, que halagaba todas las debilidades de la señora Lee con la confianza y deferencia con que la trataba y que, a la mayor brevedad, Madeleine debía casarse con él o ser tomada por una cruel coqueta. Tenía sus propias razones para pensar mal del senador Ratcliffe, y quería impedir el matrimonio, pero el enemigo con el que tenía que vérselas era difícil de desbancar y capaz de apartar a numerosos rivales.

A Ratcliffe no le asustaba nadie. No había luchado durante su vida en vano y conocía el valor de tener una cabeza fría y una obstinada seguridad en sí mismo. Nada más que este robusto americanismo y su fuerte voluntad le mantendrían a salvo de los lazos y trampas de la sociedad de la señora Lee, donde rivales y enemigos le asaltaban por doquier. No era mucho mejor que

un escolar cuando se aventuraba en su terreno, pero rara vez dejaba de pisotear a sus atacantes cuando podía arrastrarlos a su propio territorio de la vida práctica. Fueron este sentido práctico y la fría voluntad los que conquistaron a la señora Lee, que era lo bastante femenina para asumir que todas las gracias estaban bien empleadas en adornarla y que esto era suficiente para que el otro sexo sintiera su superioridad. Los hombres eran solo valiosos en proporción a su fuerza y a su apreciación de las mujeres. Si el senador hubiera sido lo bastante fuerte para controlar siempre su temperamento, lo habría hecho muy bien, pero estaba sometido a gran presión en estos tiempos, y su esfuerzo incesante para controlarlo en la política le hacía menos cuidadoso en la vida privada. La tácita asunción de refinamiento superior por parte de la señora Lee le irritaba y le hacía a veces mostrar sus dientes como un bulldog, a costa de recibir un rápido golpe, tal como el fino gato pardo aprende a frenar la excesiva familiaridad: inocente a la mirada, pero capaz de arañar. Una noche, cuando se encontraba peor de lo acostumbrado, tras haber estado sentado silencioso y triste se levantó y, cogiendo un libro de la mesa, miró el título y volvió las páginas. Por desgracia, resultó tratarse de un volumen de Darwin que la señora Lee acababa de sacar de la Biblioteca del Congreso.

—¿Comprende este tipo de cosas? —preguntó abrupto el senador, con un tono que sonaba burlesco.

—No muy bien —respondió cortante la señora Lee.

—¿Por qué quiere comprenderlo? —insistió el senador—. ¿Qué bien le hará?

—Tal vez nos enseñe a ser modestos —respondió Madeleine a la altura de las circunstancias.

—¿Porque dice que descendemos de los monos? —replicó con aspereza el senador—. ¿Cree usted que desciende de los monos?

—¿Por qué no? —dijo Madeleine.

—¿Por qué no? —repitió Ratcliffe con risa desabrida—. No veo la relación. ¿Pretende presentar en sociedad a sus parientes lejanos?

—Nos divertirían más que la mayoría de sus actuales miembros —replicó la señora Lee con una gentil y amenazadora sonrisa.

Pero Ratcliffe no advirtió el aviso; por el contrario, el único efecto del

desafío de la señora Lee fue exasperar su mal humor, y siempre que perdía los estribos se volvía senatorial y websteriano.

—Estos libros —comenzó— son la desgracia de nuestra civilización: degradan y atrofian nuestra naturaleza divina. Solo son apropiados para el despotismo asiático en que los hombres son reducidos al nivel de los brutos. Puedo comprender que un hombre como el barón Jacobi haya de aceptarlos. Él y sus maestros no tienen nada que hacer en el mundo salvo pisotear los derechos humanos. Desde luego, el señor Carrington apoyaría estas ideas. Cree en la divina doctrina de azotar a los negros; pero es asombroso que usted, que profesa la filantropía y los principios libres, los comparta. Es increíble, es indigno de usted.

—Es usted muy duro con los monos —respondió Madeleine con bastante firmeza cuando el senador hubo acabado su discurso—. Los monos nunca le han hecho ningún mal, no están en la vida pública, ni siquiera son votantes. Si lo fueran, se mostraría entusiasta con su inteligencia y virtud. Al fin y al cabo, deberíamos estarles agradecidos, porque ¿qué harían los hombres en este melancólico mundo si no hubieran heredado de los monos su alegría, así como su oratoria?

Ratcliffe, para hacerle justicia, encajaba bien el castigo, al menos cuando venía de manos de la señora Lee, y una disciplina mejorada debía seguir a sus ocasionales estallidos de insubordinación. Aunque permitiera a la señora Lee corregir sus defectos, no consentía en ser instruido por sus amigos y no perdía la oportunidad de decírselo. Pero hacerlo no siempre bastaba. Fuera que, al margen de su propia experiencia, tuviera pocas ideas, o que no se confiara en terreno dudoso, parecía obligado a rebajar la discusión a su nivel. Madeleine se azoraba en vano descubriendo si era porque no sabía hacerlo mejor o porque pretendía disimular su propia ignorancia.

—El barón me ha divertido mucho con su descripción de la sociedad de Bucarest —dijo la señora Lee—. No tenía ni idea de que fuera tan alegre.

—Me gustaría enseñarle nuestra sociedad en Peonia —fue la respuesta de Ratcliffe—. Descubriría allí un círculo muy brillante de verdaderos nobles de la naturaleza.

—El barón dice que sus políticos son tipos preciosos y cortantes —añadió el señor French.

—¿Acaso hay políticos en Bulgaria? —preguntó el senador, cuyas ideas sobre la proximidad de Rumanía y Bulgaria eran vagas, y que tenía una idea general de que esos pueblos vivían en tiendas, vestían pieles de oveja forradas de lana y comían requesón—. ¡Tienen políticos! Me gustaría verlos probando su filo en el Oeste.

—¡Vaya que sí! —dijo la señora Lee—. ¿Se imaginan a Atila y a sus hordas presentándose a las elecciones en Indiana?

—En todo caso —gritó French riéndose— el barón dijo que un grupo mayor de bribones políticos que sus amigos no podía encontrarse en todo Illinois.

—¿Eso dijo? —exclamó airado Ratcliffe.

—¿No es verdad, señora Lee? Pero yo no lo creo. ¿Y usted? ¿Cuál es su opinión imparcial, Ratcliffe?

—No merece la pena saber lo que usted no sepa de la política de Illinois. ¿Cree de veras que esos «bulgranujas» no podrían presentarse a la convención estatal de Illinois?

A Ratcliffe no le gustaban las bromas, en especial sobre este tema, pero no podía mostrarse resentido ante la libertad de French, que resultaba solo un regreso moderado a las nueces de madera. Su verdadero objetivo era apartar la conversación de Europa, de la literatura y del arte, y la chanza era una manera de escapar.

Carrington sabía muy bien que el punto débil del senador era su ciega ignorancia en materia moral. Le halagaba pensar que la señora Lee debiera ver esto y sentirse impresionada antes o después, de modo que nada era más necesario que dejar que Ratcliffe se pusiera en evidencia. Sin hablar demasiado, Carrington siempre pretendía tirar de él. Pronto descubrió, sin embargo, que Ratcliffe conocía esa táctica perfectamente y, en lugar de defenderse, mejoraba su posición. A veces, la audacia del hombre era sorprendente y, aunque Carrington le creyera desesperadamente enredado, aquel arrasaba todas las redes de cazador de un manotazo y seguía adelante, más osado y peligroso que nunca.

Cuando la señora Lee le presionaba mucho, admitía francamente sus acusaciones.

—Lo que dice es cierto en gran medida. Hay mucho en la política que

disgusta y descorazona, mucho que resulta grosero y malo. Le aseguro que hay deshonestidad y corrupción. Debemos intentar que haya tan poca como sea posible.

—Debería ser capaz de decirle a la señora Lee cómo proceder —dijo Carrington—. Usted ha tenido experiencia. Me parece haber oído que una vez se vio llevado a tomar medidas muy duras contra la corrupción.

Ratcliffe pareció disgustado por este cumplido y dirigió a Carrington una de sus frías miradas amenazadoras, pero aceptó el desafío allí mismo.

—Sí, así fue y lo siento mucho. La historia es esta, señora Lee, y es bien conocida por todo hombre, mujer y niño del Estado de Illinois, así que no tengo motivos para suavizarla: en los peores días de la guerra, casi existía la certeza de que el partido de la paz ganaría en mi Estado mediante el fraude, según creímos, aunque, hubiera fraude o no, estábamos decididos a salvarlo. Si Illinois se hubiera perdido entonces, habríamos perdido seguramente la elección presidencial, y con ella probablemente la Unión. En todo caso, creía que el hado de la guerra dependía del resultado. Entonces yo era gobernador y la responsabilidad era mía. Teníamos el absoluto control de los condados del norte y de sus datos. Ordenamos a los funcionarios de ciertos condados que no proporcionaran datos hasta que se lo notificáramos y, cuando recibimos los votos de todos los condados del sur y supimos el número preciso de votos que necesitábamos para lograr la mayoría, telegrafiamos a nuestros oficiales del norte para lograr que el voto de sus distritos fuese este y aquel, compensando así los datos adversos y logrando la victoria en el Estado. Así se hizo y, como ahora soy senador, tengo el derecho a suponer que lo que hice fue aprobado. No estoy orgulloso de la transacción, pero lo haría de nuevo, y actuaría aún peor si pensara que con ello salvaba el país de la desunión. Por supuesto, no esperaba que el señor Carrington lo aprobara. Creo que por entonces estaba proponiendo sus principios reformistas alzado en armas contra el gobierno.

—¡Sí —dijo secamente Carrington—, también sacó lo mejor de mí! Como al viejo escocés, no le importaba quién librara las guerras del pueblo con tal de proporcionar las papeletas.

Carrington había perdido. El hombre que ha cometido un asesinato por su país es un patriota y no un asesino, aun cuando reciba un escaño en el Senado

como parte del botín. No puede esperarse que las mujeres vayan por detrás de los motivos del patriota que salva a su país y su elección en tiempos de revolución.

La hostilidad de Carrington hacia Ratcliffe era, sin embargo, suave, comparada con la que sentía el barón Jacobi. No es fácil explicar por qué el barón había adoptado un prejuicio tan violento, pero un senador y un diplomático son enemigos naturales, y Jacobi, como un confeso admirador de la señora Lee, se topó con Ratcliffe en su camino. Este viejo e inmoral diplomático lleno de prejuicios despreciaba y aborrecía al tipo del senador americano por combinar, a sus nublados ojos europeos, la máxima pragmática seguridad en sí mismo e imperioso temperamento con la más estrecha educación y la más mezquina experiencia personal que haya existido en un gobierno de consideración. Como el país del barón Jacobi no mantenía relaciones especiales con los Estados Unidos y su embajada en Washington era un puesto creado especialmente para Jacobi, no tenía por qué disfrazar sus antipatías personales y pensaba que, hasta cierto punto, tenía la misión de expresar ese desprecio diplomático por el Senado que sus colegas, aun cuando lo sintieran, estaban obligados a ocultar. Realizaba sus deberes con concienzuda precisión. Nunca perdía la oportunidad de lanzar la aguda punta de su estoque dialéctico a través de las junturas de la torpe y rígida autoestima senatorial. Se deleitaba exponiendo diestramente ante la mirada de Madeleine cierto nuevo aspecto de la ignorancia de Ratcliffe. En tales ocasiones, su conversación destellaba con alusiones históricas, citas en media docena de idiomas, referencias a hechos bien conocidos que la memoria de un viejo no podía recordar con precisión en todos sus detalles, pero con los que el honorable senador estaba familiarizado, y que podía suministrar rápidamente. Y su rostro volteriano miraba educadamente de reojo al escuchar la respuesta de Ratcliffe, que mostraba una ignorancia invariable de la literatura, el arte y la historia. El clímax de su triunfo tuvo lugar una velada en que Ratcliffe, por desgracia, tentado por cierta alusión a Molière que creyó comprender, hizo referencia a la desafortunada influencia de aquel gran hombre en las opiniones religiosas de su época. Jacobi, con un relámpago de inspiración, adivinó que había confundido a Molière con Voltaire y, con modales extremadamente suaves, colocó a su víctima en el potro y le torturó

con afectadas explicaciones y preguntas, hasta que Madeleine se vio en cierto modo obligada a interrumpir y acabar la escena. Pero aun cuando no fuera fácil hacer caer al senador en la trampa, no podía evitar el ataque. El barón, en tal caso, cruzaba las líneas y le atacaba en su terreno, como en una ocasión en que Ratcliffe defendió la doctrina de la lealtad al partido y Jacobi le acalló burlándose así:

—Su principio es del todo correcto, señor senador. También yo, como usted, fui una vez un buen hombre de partido. Mi partido era el de la Iglesia; era ultramontano. Han robado su sistema de partidos de nuestra Iglesia; su convención nacional es nuestro concilio ecuménico. Ustedes abdican de la razón, como nosotros, ante sus decisiones, y usted mismo, señor Ratcliffe, es un cardenal. Esos cardenales son hombres capaces, he conocido a muchos. Eran nuestros mejores amigos, pero no eran reformadores. ¿Es usted un reformador, señor senador?

Ratcliffe llegó a sentir pavor y odio hacia el viejo, pero toda su táctica habitual resultaba impotente frente a este impenetrable cínico del siglo XVIII. Si recurría a su práctica congresual de intimidación y dogmatismo, el barón solo sonreía y le daba la espalda o hacía alguna observación en francés que irritaba aún más a su enemigo porque, aunque no la comprendiera, sabía que Madeleine sí lo hacía, y que intentaba reprimir la sonrisa. Los ojos grises de Ratcliffe se volvieron más fríos y pétreos cuando percibió gradualmente que el barón Jacobi llevaba a cabo un plan de maligna inventiva para sacarle de la casa de Madeleine, y emitió el terrible juramento de que no sería derrotado por ese extranjero simiesco. Por otro lado, Jacobi tenía poca esperanza de éxito.

—¿Qué puede hacer un viejo? —decía con absoluta sinceridad a Carrington—. Si tuviera cuarenta años menos, ese gran zoquete no se saldría con la suya. ¡Ah, si fuera joven de nuevo y estuviéramos en Viena!

Carrington infería correctamente de esto que, si tales actos hubieran estado aún de moda, el venerable diplomático habría insultado fríamente al senador y le habría disparado al corazón.

CAPÍTULO VI

EN febrero el tiempo se volvió más cálido y casi veraniego. En Virginia llega a menudo en esta época un engañoso brillo de verano, que se desliza entre oscuras nubes de tormenta de aguanieve y nieve. Son días, y a veces semanas, en que la temperatura es como la de junio, cuando las primeras plantas comienzan a mostrar sus flores temerarias y solo las desnudas ramas de los árboles del bosque protestan contra la conducta de las estaciones. Entonces hombres y mujeres languidecen; la vida parece, como en Italia, sensual y de brillantes colores. Somos conscientes de caminar en una atmósfera que es cálida, palpable, radiante de posibilidades. Una delicada bruma flota sobre Arlington y suaviza incluso el áspero brillo blanco del Capitolio. La lucha por la existencia parece amainar, la Cuaresma alarga su tranquila sombra sobre la sociedad y los jóvenes diplomáticos, inconscientes del peligro, se ven tentados a pedir a muchachas necias que se casen con ellos. La sangre se derrite en el corazón y fluye por las venas, como riachuelos de agua centellante que gotea de los pedazos de hielo o nieve, como si el hielo y la nieve de la tierra, y toda la dureza del corazón, toda herejía y cisma, todas las obras del diablo hubieran cedido a la fuerza del amor y a la fresca calidez de la virtud inocente, corderil, confiada. En ese mundo no debería haber engaño, pero, con todo, aún hay mucho. De hecho, en ninguna otra estación hay más. Este es el momento en que los dos grandes sepulcros blanqueados a cada extremo de la Avenida apestan con la densa atmósfera de la compraventa²⁸. Lo viejo se va, llega lo nuevo. Salen a subasta la riqueza, el cargo, el poder. ¿Quién da más? ¿Quién odia con más veneno? ¿Quién intriga con más habilidad? ¿Quién ha hecho la más sórdida, mezquina, oscura, la mayor faena política? Ese tendrá su recompensa.

El senador Ratcliffe estaba absorto y a disgusto. Un enjambre de aspirantes a cargo le seguía los pasos e infestaba sus habitaciones para que respaldara sus cartas de presentación. El nuevo presidente iba a llegar el

lunes. Las intrigas y combinaciones, cuya alma era el senador, estaban todas vivas, esperando su llegada. Los corresponsales de la prensa le asediaban a preguntas. Sus hermanos senadores le pedían cita. Su mente estaba preocupada por sus propios intereses. Podría suponerse que, en este instante, nada podía apartarle del tablero de juego político y, sin embargo, cuando la señora Lee comentó que se iba a Mount Vernon el sábado con un pequeño grupo, incluidos el embajador británico y un caballero irlandés como invitado de la embajada, el senador la sorprendió expresando su deseo de unirse a ellos. Explicó que, como la dirección política ya no estaba en sus manos, era casi seguro que se equivocara si realizaba movimiento alguno; que sus amigos esperaban que hiciera algo cuando, de hecho, nada podía hacerse; que todos los preparativos ya estaban listos y que para él ir de excursión a Mount Vernon, en este momento, con el embajador británico era, a la postre, el mejor uso que podía hacer de su tiempo, ya que al menos podía ocultarse un día.

Lord Skye había contraído el hábito de consultar a la señora Lee cuando sus recursos sociales decaían, y fue ella la que sugirió la visita a Mount Vernon, con Carrington como guía y el señor Gore como distracción, para ocupar el tiempo del amigo irlandés al que lord Skye entretenía valientemente. Este caballero, que llevaba el título de lord Dunbeg, era un par arruinado, ni rico ni famoso. Lord Skye le llevó de visita a casa de la señora Lee y, en cierto modo, le puso bajo su tutela. Era joven, no mal parecido, bastante inteligente, apegado a los hechos y de un humor nada rápido. Solía sonreír de manera desdeñosa y, cuando hablaba, resultaba ausente o excitado; cometía vagos errores, y entonces sonreía desdeñosamente ofendido, o se aturullaba hablando de manera precipitada. Tal vez sus modales fueran un poco ridículos, pero tenía buen corazón, una buena cabeza y un título. Sybil y Victoria Dare lo miraron con ojos favorables y no quisieron admitir a otras mujeres en el grupo, aunque no objetaron nada a que se sumara el señor Ratcliffe. En cuanto a lord Dunbeg, era un entusiasta admirador del general Washington y, según confesó en privado, estaba ansioso por estudiar las fases de la sociedad americana²⁹. Estuvo encantado de unirse al pequeño grupo, y la señorita Dare asumió que le mostraría una fase.

La mañana era cálida, el cielo suave, el pequeño vapor esperaba en el

muelle silencioso mientras algunos negros contemplaban perezosamente los preparativos para la partida. Carrington, con la señora Lee y las jóvenes damas, fue el primero en aparecer, y se quedó apoyado en la barandilla a la espera de sus compañeros. Luego llegó el señor Gore, pulcramente vestido y enguantado, con una ligera chaqueta primaveral, porque el señor Gore cuidaba mucho su apariencia personal y no era poco vanidoso sobre su buen aspecto. Entonces subió a bordo una hermosa mujer, rubia y de ojos azules, vestida de negro, que llevaba a una niña de la mano, y Carrington acudió a saludarla. Cuando volvió al lado de la señora Lee, esta le preguntó sobre su nueva amiga, y le respondió entre risas, como si no le enorgulleciera, que se trataba de una cliente, una hermosa viuda, muy conocida en Washington.

—Cualquiera en el Capitolio le hablará de ella. Era la esposa de un destacado cabildero que murió hace dos años. Los congresistas no pueden negar nada a una cara bonita, y ella era su idea de la perfección femenina. Pero no es más que una tontita. Su marido murió después de una corta enfermedad y, para mi sorpresa, me nombró ejecutor de su testamento. Creo que pensaba que podía confiarme sus papeles, que eran importantes y comprometedores, porque parece no haber tenido tiempo de reunirlos y destruir lo indeseable. Así que, ya ve, he de cuidar a la viuda y a la hija. Por fortuna, están bien provistas.

—Aún no me ha dicho su nombre.

—Su nombre es Baker, señora de Sam Baker. Pero ya están soltando amarras, y el señor Ratcliffe se quedará atrás. Pediré al capitán que espere.

Había llegado una docena de pasajeros, entre ellos los dos condes, con un lacayo que llevaba una promisorio cesta de almuerzo, y ya se estaban retirando los tablones cuando irrumpió un coche en el muelle, del que saltó el señor Ratcliffe para embarcarse apresuradamente.

—Soltad amarras tan rápido como podáis —dijo a los negros.

Al instante el pequeño vapor había comenzado su viaje, golpeando las lodosas aguas del Potomac y elevando su pequeña columna de humo como si se tratara de un incensario recién inventado que se aproximara al templo de la deidad nacional. Ratcliffe explicó con gran alegría cómo había logrado escaparse de sus visitantes contándoles que el embajador británico le esperaba, y que estaría de vuelta de inmediato.

—Si hubieran sabido dónde iba —dijo—, habrían visto ustedes el bote lleno de peticionarios. Solo Illinois habría cavado su tumba en el agua.

Estaba de buen humor, disfrutando de su asueto, y cuando pasaron junto al arsenal con su solitario centinela, y el cuartel de la marina, con su único y desvencijado vapor de guerra, señaló estas pruebas de la grandeza nacional a lord Skye, amenazando, como el último terror de la diplomacia, con enviarle a casa en una fragata americana. En un lado del bote disfrutaban del humor senatorial, mientras Sybil y Victoria, con la ayuda del señor Gore y Carrington, mejoraban la mente de lord Dunbeg en el otro.

La señorita Dare, descubriendo al final un asunto conveniente donde poder descansar y ser dueña de la situación, adoptó una expresión más comedida de lo habitual y esperó con seriedad hasta que su noble acompañante le diera la oportunidad de esos poderes que, según creía, le proporcionarían una fase en su existencia. La señorita Dare era una de esas jóvenes, que a veces se descubren en América, que no parecen tener objetivo alguno en la vida y que, aunque aparentemente devotas de los hombres, no se preocupan en absoluto por ellos, sino que encuentran la felicidad solo en violar las normas; no hacía ostentación de las virtudes que poseía, y su principal placer era burlarse de todo el mundo y de sí misma.

—¡Qué espléndido río! —observó lord Dunbeg, mientras el bote pasaba por su amplia corriente—. Supongo que a menudo navegan por él, ¿no?

—Nunca en mi vida había estado aquí —respondió la insincera señorita Dare—. No nos parece gran cosa, es demasiado pequeño. Estamos acostumbrados a ríos más grandes.

—Entonces me temo que no le gustarían los ríos ingleses. Comparados con este son solo arroyos.

—¿De veras? —dijo Victoria con la apariencia de una vaga sorpresa—. ¡Qué curioso! Entonces no creo que me interese ser una mujer inglesa. No podría vivir sin grandes ríos.

Lod Dunbeg la miró fijamente e insinuó que eso resultaba casi irracional.

—¡A menos que fuera una condesa! —continuó Victoria, meditabunda, mirando a Alexandria y sin prestar atención a su señoría—. Creo que me las apañaría si fuera una co... co... condesa. ¡Es un título tan bonito!

—Se considera más bonito el de duquesa —tartamudeó Dunbeg, con gran

embarazo. El joven no estaba acostumbrado a bromear con mujeres.

—Me bastaría con el de condesa. Suena bien. Me extraña que no le guste.

Dunbeg miró a su alrededor incómodo en busca de una escapatoria, pero estaba acorralado.

—Me imagino que sentirá una horrible responsabilidad para elegir a una condesa. ¿Cómo lo hace?

Lord Dunbeg se unió nervioso a la risa colectiva mientras Sybil exclamaba:

—¡Oh, Victoria!

Pero la señorita Dare continuó sin sonreír o elevar su voz monótona:

—Ahora, Sybil, no me interrumpas, por favor. Estoy muy interesada en la respuesta de lord Dunbeg. Él comprende que mi interés es puramente científico, pero mi felicidad exige conocer cómo se selecciona a las condesas. Lord Dunbeg, ¿cómo recomendaría a un amigo elegir una condesa?

Lord Dunbeg comenzó a divertirse con su falta de pudor, e incluso intentó establecer para satisfacerla una o dos reglas para elegir condesas, pero antes de haber inventado la primera, Victoria había disparado a un nuevo tema.

—¿Qué preferiría ser, lord Dunbeg, un conde o George Washington?

—George Washington, por cierto —fue la cortés pero bastante perpleja respuesta del conde.

—¿De veras? —preguntó ella con lánguida afectación o sorpresa—, decir eso es muy amable por su parte, pero, desde luego, no puede decirlo en serio.

—En efecto, lo digo en serio.

—¿Es posible? Nunca lo habría pensado.

—¿Por qué no, señorita Dare?

—No tiene usted el aire de querer ser George Washington.

—¿Puedo preguntar de nuevo por qué no?

—Claro. ¿Ha visto alguna vez a George Washington?

—Por supuesto que no. Murió cincuenta años antes de que yo naciera.

—Eso pensaba. Ya ve que no lo conoce. Bien, ¿podría decirnos cómo se imagina el aspecto de George Washington?

Dunbeg hizo, en consecuencia, una halagadora descripción del general Washington, una mezcla del retrato de Stuart y de la estatua del Júpiter olímpico con rasgos de Washington en la plaza del Capitolio, de Greenough.

La señorita Dare escuchó con expresión de superioridad no exenta de paciencia, y luego le ilustró así:

—Disculpe lo vulgar de la expresión, pero cuanto ha dicho son disparates. Cuando sea condesa corregiré mi lengua. La verdad es que el general Washington fue un granjero huesudo, muy tosco, muy torpe, muy iletrado y muy aburrido; muy malhumorado, muy profano y, por lo general, achispado tras la cena.

—¡Me asombra, señorita Dare! —exclamó Dunbeg.

—¡Oh, lo sé todo del general Washington! Mi abuelo le conocía bien y a menudo se quedaba en Mount Vernon con él durante semanas. No debe creer lo que lea, y ni una palabra de lo que le diga el señor Carrington. Es un virginiano y le contará hermosas historias sin fin y sin una sílaba de verdad en ellas. Todos somos unos patriotas respecto a Washington, y nos gusta ocultar sus defectos. Si no estuviera segura de que no va a repetir nada, no le contaría esto. La verdad es que incluso cuando George Washington era un muchacho, su temperamento era tan violento que nadie podía contar con él. Una vez taló todos los frutales de su padre en un arrebato y luego, cuando quisieron azotarle, amenazó con abrirle la cabeza con la hachuela. Su anciana esposa padeció agonías a su lado. Mi abuelo a menudo me contaba cómo había visto que el general la pellizcaba y blasfemaba hasta que la pobre criatura abandonaba llorosa la habitación, y cómo una vez en Mount Vernon vio a Washington, ya mayor, atacando a un visitante inofensivo hasta ponerle en fuga, golpeándole todo el tiempo en la cabeza con un gran leño nudoso, y solo porque había oído tartamudear al pobre hombre. Nunca pudo soportar el ta... ta... tartamudeo.

Carrington y Gore se echaron a reír con esta descripción del Padre de la patria, pero Victoria continuó con su gentil voz cansina para ilustrar a lord Dunbeg respecto a otros temas con información igual de mendaz, hasta que este decidió que era la persona más excéntrica que había conocido. El bote llegó a Mount Vernon mientras estaba aún metida en una descripción de la sociedad y los modales de América y, en especial, de las reglas necesarias para una petición de mano. Según ella, lord Dunbeg estaba en peligro inminente; se esperaba que los caballeros, y en especial los extranjeros, en todos los estados al sur del Potomac, se declararan al menos a una joven

dama en cada ciudad.

—Ayer mismo —dijo Victoria— recibí una carta de una encantadora muchacha de Carolina del Norte, amiga mía, en que me contaba que estaba irritada porque sus hermanos habían recibido a un joven visitante inglés con escopetas, y que temía que no se recuperara, cuando, después de todo, lo habría rechazado.

Entretanto, Madeleine, al otro lado del bote, sin inmutarse por la risa que rodeaba a la señorita Dare, mantenía una charla sobria y seria con lord Skye y el senador Ratcliffe. Lord Skye, además, un poco ebrio por lo brillante de la mañana, se confesó admirado por el noble río y acusó a los americanos de no apreciar las bellezas de su propio país.

—Su mente nacional carece de párpados —dijo—. Requiere una perspectiva amplia y un camino trillado. Prefiere sombras que puedan cortar con un cuchillo. No conoce la belleza de este suave invierno virginiano.

La señora Lee rechazó la acusación. Afirmó que América no había ajado sus sentimientos como Europa. Aún tenía una historia que contar; estaba a la espera de sus Burns y Scott, sus Wordsworth y Byron, sus Hogarth y Turner.

—Eso es pedir melocotones en primavera —dijo—. Denos nuestros mil veranos y luego quéjese, si quiere, de que nuestro melocotón no sea tan dulce como el suyo. Incluso nuestras voces serán entonces suaves —añadió con una significativa mirada a lord Skye.

—Estamos en desventaja discutiendo con la señora Lee —le dijo este a Ratcliffe—. Cuando acaba como abogado, comienza como testigo. Los labios de la famosa duquesa de Devonshire no eran ni la mitad de convincentes que la voz de la señora Lee.

Ratcliffe escuchaba con atención, asintiendo cuando veía que la señora Lee lo deseaba. Deseaba comprender precisamente de qué tonos y semitonos, de qué colores y armonías se trataba.

Llegaron y recorrieron la senda soleada. Se detuvieron en la tumba, como hacen todos los buenos americanos, y el señor Gore, en un tono de pena contenida, pronunció un breve discurso:

—Podría ser mucho peor si la mejoraran —dijo, examinando sus proporciones con la mirada estética de un culto bostoniano—. Tal como está, esta tumba es una desgracia que podría ocurrirnos a cualquiera de nosotros;

no deberíamos lamentarnos demasiado por ella. ¿Qué nos parecería si un comité del Congreso la reconstruyera con mármol blanco y pimenteros góticos, y dorase por dentro sus estucados?

Madeleine, sin embargo, insistía en que la tumba, tal como estaba, era el único punto de desasosiego en el tranquilo paisaje, y que contradecía todas sus ideas sobre el reposo en la fosa. Ratcliffe se preguntó lo que quería decir.

Siguieron caminando por el césped y atravesaron la casa. Sus ojos, cansados de los ásperos colores y formas de la ciudad, se deleitaban con las cenefas gastadas y los muros manchados. Algunas de las habitaciones aún estaban ocupadas; había fuego en las grandes chimeneas. Todas estaban tolerablemente amuebladas, sin sensación de incomodidad por reparaciones o novedades. Subieron las escaleras, y la señora Lee se echó a reír cuando le enseñaron la habitación donde dormía el general Washington, y donde murió.

Carrington también sonrió.

—La mayoría de nuestras viejas casas de Virginia era como esta —dijo—, habitaciones con grandes salones abajo y lúgubres desvanes arriba. La casa de Virginia era una especie de hotel. Cuando había una carrera, una boda, o un baile, y la casa estaba llena, no les importaba meter media docena de personas en una habitación y, si la habitación era grande, colgaban una sábana para separar a hombres y mujeres. En cuanto al aseo, aquellas no eran las mañanas de los baños fríos. Nuestros antepasados andaban largo trecho con poca agua.

—¿Aún viven así en Virginia?

—¡Oh no, eso ya ha pasado! Ahora vivimos como en otros lugares y tratamos de pagar nuestras deudas, lo que aquella generación nunca hizo. Vivían de la mano a la boca. Mantenían todo un establo de caballos. Los jóvenes cabalgaban siempre por la región, jugando, bebiendo, peleando y cortejando. Nadie supo exactamente para qué valía hasta que se produjo la quiebra hace unos cincuenta años y todo se fue al garete.

—¡Justo como en Irlanda! —dijo lord Dunbeg, muy interesado e imbuido de su artículo en el *Quarterly*—. La semejanza es perfecta, hasta en las casas.

La señora Lee preguntó a Carrington sin rodeos si lamentaba la destrucción de este viejo orden social.

—No puede evitarse el lamento —dijo—, sea lo que fuere lo que produjo

a George Washington, y a muchos otros hombres como él. Pero creo que aún podríamos producir a los hombres si tuviéramos el mismo campo para ellos.

—¿Y haría volver a la vieja sociedad de nuevo si pudiera? —preguntó.

—¿Para qué? No podría mantenerse. Ni el propio general Washington pudo salvarla. Antes de morir ya había perdido su influencia en Virginia, y su poder había desaparecido.

Durante un rato el grupo se dividió, y la señora Lee se encontró sola en el gran salón. De pronto entró la rubia señora Baker con su hija, que corría haciendo más ruido del que la señora Washington hubiera permitido. Madeleine, que sentía el habitual amor femenino por los niños, la llamó y le enseñó los pastores y pastoras talladas en el mármol blanco italiano de la chimenea; inventó una pequeña historia sobre ellos para entretenerla, mientras la madre permanecía al lado, hasta que al final dio las gracias a la cuentista con más entusiasmo del que parecía apropiado. A la señora Lee no le gustaron sus modales efusivos o su complexión, y la alegró que Dunbeg apareciera por la puerta.

—¿Qué le parece el general Washington en su casa? —preguntó ella.

—Le aseguro de veras que yo mismo me siento como en casa —respondió Dunbeg con una luminosa sonrisa—. Estoy seguro de que el general Washington era irlandés. Lo sé por el aspecto del lugar. Me informaré de ello y escribiré un artículo.

—Pues si ha acabado con él —dijo Madeleine—, creo que almorzaremos. Me he tomado la libertad de pedir que nos lo sirvan fuera.

Se improvisó allí una mesa, y la señorita Dare inspeccionó el almuerzo con comentarios sobre la cocina y bodega de lord Skye.

—Espero que sea champán muy seco —dijo—, el sabor del champán dulce es horroroso.

La joven no sabía más de champán seco y dulce que del vino de Ulises, salvo porque los bebía ambos con igual satisfacción, pero remedaba a un secretario de la embajada británica que le había dado que hablar durante la cena en la última fiesta nocturna. Lord Skye le rogó que lo probara, lo que hizo, y con gran seriedad observó que, al parecer, tenía un cinco por ciento. Esto fue también tomado del secretario, aunque no habría sabido más lo que había querido decir si lo hubiera repetido como un loro.

El almuerzo resultó muy vivo y muy bueno. Cuando acabó, se permitió fumar a los caballeros, y la conversación adquirió un tenor sobrio, que al final amenazó con volverse serio.

—¡Que le faltan semitonos! —dijo Madeleine a lord Skye—, ¿no le parece que hay suficientes semitonos en las paredes de esta casa?

Lord Skye sugirió que esto se debía probablemente al hecho de que Washington, perteneciendo, como así era, al universo, era por su gusto una excepción a la norma local.

—¿No es cautivadora aquí la sensación de descanso? —continuó—. ¡Fíjese en el pintoresco jardín, y en el ralo césped, y en el anticuado fuerte más allá del río! Todo resulta pacífico, hasta el pequeño dormitorio del pobre y viejo general. Uno querría tenderse allí y dormir uno o dos siglos. Y ese temible Capitolio y sus solicitantes están solo a diez millas.

—¡No! ¡Es más de lo que puedo soportar! —interrumpió la señorita Victoria con un suspiro escénico—, ¡ese temible Capitolio! ¡Cómo, ni uno de nosotros estaría hoy aquí sin ese temible Capitolio! ¡A excepción, quizá, de mí misma!

—Resultaría usted muy bien como señora Washington, Victoria.

—La señorita Dare ha sido muy amable por compartir con nosotros sus ideas sobre el general Washington esta mañana —dijo Dunbeg—, pero aún no he tenido tiempo de preguntar al señor Carrington por las suyas.

—Todo lo que dice la señorita Dare es valioso —respondió Carrington—, pero su punto fuerte son los hechos.

—¡Sin lisonjas, señor Carrington! —arrastró las palabras la señorita Dare—, no lo necesito, no es su estilo. Dígame, lord Dunbeg, ¿no responde un poco el señor Carrington a la idea que tiene del general Washington devuelto a nosotros en la flor de la vida?

—Tras su informe del general Washington, señorita Dare, ¿cómo puedo estar de acuerdo con usted?

—Al fin y al cabo —dijo lord Skye—, creo que debemos estar de acuerdo en que la señorita Dare tiene razón en lo fundamental sobre los encantos de Mont Vernon. Incluso la señora Lee, durante la subida, coincidió en que el general, que es el único residente permanente aquí, tiene el aire de estar condenadamente aburrido en su tumba. Y yo me explico de este modo mi

falta de entusiasmo por vuestro general. No le gustaba otra vida que esta. Parece haber sido mayor en el papel de un nostálgico plantador de Virginia que como general o presidente. Le perdono su excesiva torpeza, porque no era un diplomático y su ocupación no era mentir, pero, por una vez, podría haberse olvidado de alguna manera de Mont Vernon.

Dunbeg estalló aquí en una excitada protesta; todas sus palabras parecían empujarse por la prisa de escapar primero:

—Todos nuestros grandes ingleses han sido nostálgicos terratenientes. Yo mismo lo soy.

—¡Qué interesante! —dijo la señorita Dare para sí.

Aquí se unió el señor Gore:

—Para ustedes, caballeros, está muy bien medir al general Washington según su regla de carpintero de doce pulgadas. Pero ¿qué nos dirán a nosotros, los de Nueva Inglaterra, que nunca hemos sido terratenientes y a los que nunca nos ha gustado Virginia? ¿Qué ha hecho Washington por nosotros? Nunca fingió que le gustáramos. No fue más que educado con nosotros. No le culpo; todos saben que nunca le importó nada salvo Mont Vernon. Por eso le idolatramos. Para nosotros es la Moralidad, la Justicia, el Deber, la Verdad, media docena de dioses romanos con mayúscula. Es austero, solitario, grande; debía ser deificado. No me siento cómodo comiendo, bebiendo, fumando aquí, en su pórtico, sin su permiso, tomándome libertades con su casa, criticando sus dormitorios en su ausencia. Supongan que oyera trotar ahora a su caballo al otro lado y que de pronto apareciera por esta puerta y nos mirara. Debería abandonarlos a su indignación. Huiría a ocultarme en el vapor. Solo pensarlo me intimida.

Ratcliffe parecía divertirse con las nociones medio serias de Gore.

—Me hace pensar —dijo— en mis propios sentimientos cuando era un muchacho y mi padre me hizo aprender de memoria el Discurso de Despedida. Por aquel entonces el general Washington era una especie de Jehová americano. Pero el Oeste es una pobre escuela de reverencia. Desde que he venido al Congreso he aprendido más sobre el general Washington y me ha sorprendido descubrir la estrecha base en que descansa su reputación. Un buen oficial militar, que cometió muchos errores y que no tuvo hombres bajo su mando para formar todo un cuerpo del ejército, que obtuvo una

enorme reputación en Europa porque no se hizo rey, como si hubiera tenido la oportunidad. Un presidente respetable, cuidadoso, tratado por la oposición con tal deferencia que haría fácil el gobierno para un bebé, pero preocupado por él hasta la muerte. Sus documentos oficiales están bien hechos y contienen, de media, el buen sentido que encontraríamos en los escritos de cien mil hombres ahora en los Estados Unidos. Sospecho que la mitad de su apego a este lugar surgió de ser consciente de sus facultades inferiores y su temor a la responsabilidad. Este gobierno puede mostrar hoy una docena de hombres de igual habilidad, pero no los deificamos. Lo que más me asombra en él no es su genio militar o político, porque dudo de que tuviera mucho, sino una curiosa astucia yanqui en asuntos monetarios. Se consideró un hombre muy rico y, sin embargo, nunca gastó un dólar a lo tonto. Casi es el único virginiano del que haya oído hablar, en la vida pública, que no muriera insolvente.

Durante este largo discurso, Carrington acechó a Madeleine y captó su mirada. La crítica de Ratcliffe no fue de su gusto. Carrington pudo ver que la consideraba indigna de él, y supo que la irritaría. «Tenderé una pequeña trampa al señor Ratcliffe —pensó para sí—, y veremos si logra escapar». Así que Carrington comenzó a hablar, y todos escucharon atentamente, porque, como virginiano, se suponía que conocía bien el tema y su familia había gozado de la confianza del propio Washington.

—Durante muchos años los vecinos de los alrededores han tenido, y pueden tener aún, ciertas historias curiosas sobre la minuciosidad del general Washington en asuntos monetarios. Decían que nunca compraba nada antes de pesarlo dos veces, o de contarlo, de modo que si el peso o el número no eran exactos, lo devolvía. Una vez, durante su ausencia, su administrador hizo enyesar una habitación y pagó la factura del yesero. A su vuelta, el general midió la habitación y descubrió que el yesero había cargado quince chelines de más. Entretanto, el hombre había muerto, y el general reclamó los quince chelines de su herencia, que fueron pagados. En otra ocasión uno de sus arrendatarios le llevó la renta. Se requirió el cambio exacto de cuatro peniques. El hombre mostró un dólar y pidió al general que se los añadiera a la renta del año siguiente. El general se negó y le hizo cabalgar nueve millas hasta Alexandria y volver por cuatro peniques. También se cuenta que hizo

llamar a un zapatero de Alexandria para venir a tomarle medidas para unos zapatos. El hombre respondió que no iba a casa de nadie a tomar medidas, y el general montó en su caballo y cabalgó nueve millas hasta allí. Una de sus reglas era pagar en las tabernas la misma cantidad por la comida de sus sirvientes que por la suya. Un posadero le trajo una nota de tres con nueve peniques por su desayuno, otra de tres chelines por el de su sirviente. Insistió en añadir la diferencia hasta nueve peniques, pues no dudaba de que su sirviente hubiera comido tanto como él. ¿Qué diría de estas anécdotas? ¿Era esto mezquindad o no?

Ratcliffe se divertía.

—No conocía estas historias —dijo—. Es tal como pensaba. Son señales de un hombre que piensa mucho en naderías, que se preocupa por asuntos menores. Ya no hacemos las cosas de ese modo, ahora que ya no tenemos que cosechar en granito, como solían hacer en New Hampshire cuando era un muchacho.

Carrington replicó que era una desgracia para los virginianos no haber hecho las cosas de esa manera entonces. De haberlo hecho, no se habrían arruinado.

Gore movió gravemente la cabeza.

—¿No se lo decía? —añadió—, ¿no fue este hombre una virtud abstracta? Les doy mi palabra de que siento temor frente a él y de que me avergüenza fisgar en estos detalles de su vida. ¿De qué nos sirve saber cómo aplicó sus principios a gorros de dormir y plumeros? No somos sus criados de alcoba y no nos importan sus debilidades. Es suficiente para nosotros saber que llevó sus normas de virtud hasta la cabeza de un alfiler, y arrodillarnos ante su tumba.

Dunbeg, reflexionando, preguntó al fin a Carrington si todo esto no hacía parecer un político chabacano al Padre de su país.

—El señor Ratcliffe sabe más de política que yo. Pregúntele a él —dijo Carrington.

—Washington no era un político en absoluto, tal como entendemos la palabra —respondió Ratcliffe abruptamente—. Se quedó fuera de la política. Hoy no podría hacerse. Al pueblo no le gusta este tipo de aires regios.

—¡No lo entiendo! —dijo la señora Lee—. ¿Por qué no podría hacerlo

ahora?

—Porque me convertiría en un tonto —respondió Ratcliffe, halagado por que la señora Lee le pusiera al mismo nivel que a Washington. Ella solo había querido preguntar por qué no podía hacerse, y este ligero toque vanidoso de Ratcliffe fue inimitable.

—El señor Ratcliffe quiere decir que Washington era demasiado respetable para nuestra época —intervino Carrington.

Con esto pretendía deliberadamente irritar a Ratcliffe, lo que consiguió, porque la señora Lee se volvió a Carrington y dijo, con cierta amargura:

—¿Fue entonces el único hombre público honrado que hemos tenido?

—¡Oh no! —respondió Carrington alegremente—. Ha habido uno o dos más.

—Si los demás presidentes hubieran sido como él —dijo Gore—, tendríamos menos feos borrones en nuestra breve historia.

Ratcliffe se sintió exasperado por el hábito de Carrington de llevar la discusión a este punto. Sintió la observación como un insulto personal, y supo que era intencionado.

—Los hombres públicos —exclamó— no pueden vestirse hoy en Washington con ropa vieja. Si Washington fuera hoy presidente, tendría que aprender nuestros modos o perdería la siguiente elección. Solo los tontos y los teóricos imaginan que nuestra sociedad puede manejarse con guantes o pértigas. Uno debe volverse parte de ella. Si la virtud no responde a nuestro propósito, debemos usar el vicio, o nuestros adversarios nos dejarán sin cargo, y esto era tan cierto en los días de Washington como lo es hoy y lo será siempre.

—Vengan —dijo lord Skye, que comenzaba a temer una pelea abierta—. La conversación roza la traición y yo estoy acreditado por este gobierno. ¿Por qué no examinamos el terreno?

Una especie de simpatía natural llevó a lord Dunbeg a pasear al lado de la señorita Dare a través del viejo y pintoresco jardín. Ocupada como estaba su mente con el esfuerzo de almacenar las impresiones que acababa de recibir, adoptó una actitud más ausente de lo habitual, y esta falta de atención irritó a la joven dama. Hizo algunos comentarios sobre flores, inventó algunas especies nuevas con nombres sorprendentes, preguntó si eran conocidas en

Irlanda, pero lord Dunbeg respondía por el momento de manera tan vaga que vio peligrar su caso.

—He aquí un viejo reloj de sol. ¿Tienen relojes de sol en Irlanda, lord Dunbeg?

—¡Sí, oh, desde luego! ¡Cómo!, ¿relojes de sol? Oh, sí, le aseguro que hay muchos relojes de sol en Irlanda.

—Me alegro, pero supongo que son solo ornamentales. Aquí es al contrario. ¡Mire este! Siempre se quedan así. El desgaste de nuestro sol es demasiado para ellos, no duran. Mi tío, que tiene una casa en Long Brach, tuvo cinco relojes de sol en diez años.

—¡Es muy curioso! Pero, en realidad, señorita Dare, no sé cómo puede estropearse un reloj de sol.

—¿No? ¡Qué extraño! Quedan empapados de luz solar y ya no dan sombra. Son como yo, ¿sabe? Me lo paso tan bien todo el tiempo que no puedo ser infeliz. ¿Ha leído alguna vez el *Burlington Hawkeye*, lord Dunbeg?

—No lo recuerdo, creo que no. ¿Es un serial americano?

—Nada de eso —respondió Victoria—, pero me temo que sería una lectura muy difícil para usted. No debería intentarlo.

—¿Lo lee usted mucho, señorita Dare?

—Oh, siempre. No siempre soy tan ligera como parezco. Pero tengo una ventaja sobre usted, porque conozco la lengua.

Por entonces Dunbeg ya estaba despierto de nuevo, y la señorita Dare, satisfecha con su éxito, se permitió mostrarse más razonable, hasta que una leve sombra de sentimiento comenzó a parpadear en su camino.

El grupo disperso, sin embargo, tuvo que unirse pronto de nuevo. El bote hizo sonar su campana para volver, los visitantes desfilaron y ocuparon su lugar. Cuando zarparon, la señora Lee contempló la ladera soleada y la pacífica casa en lo alto, hasta que desaparecieron, y cuanto más miraba, más disgustada estaba consigo misma. ¿Era cierto, como dijo Victoria Dare, que no podía vivir en un aire tan puro? ¿Necesitaba los vapores más densos de la ciudad? ¿Estaba ella, sin saberlo, gradualmente contaminada por la vida que la rodeaba? ¿O tenía razón Ratcliffe al aceptar el bien y el mal juntos, y ser de su época, ya que estaba en ella? ¿Por qué, se dijo amargamente, todo lo que Washington tocaba quedaba purificado, hasta lo asociado con su casa?

¿Y por qué todo cuanto nosotros tocamos parece mancillado? ¿Por qué me siento sucia cuando miro a Mount Vernon? A pesar del señor Ratcliffe, ¿no es mejor ser un niño y pedir la luna y las estrellas?

La pequeña Baker se le acercó y comenzó a jugar con su parasol.

—¿Quién es su pequeña amiga? —preguntó Ratcliffe.

La señora Lee respondió vagamente que era la hija de la hermosa mujer de negro. Creía que su nombre era Baker.

—¿Ha dicho Baker? —repitió Ratcliffe.

—Baker, señora de Sam Baker, al menos eso me dijo el señor Carrington. Me ha dicho que era una clienta suya.

De hecho, Ratcliffe vio pronto venir a Carrington y permanecer a su lado el resto del viaje. Ratcliffe los miró con fijeza y quedó cada vez más absorto en sus pensamientos mientras el bote se acercaba a la orilla.

Carrington estaba muy animado. Pensó que había jugado sus cartas con un éxito poco usual. Incluso la señorita Dare se dignó reconocer sus encantos ese día. Declaró ser la imagen moral de Martha Washington y empezó una discusión sobre si le convendría más Carrington o lord Dunbeg en el *rôle* del general.

—El señor Carrington es ejemplar —dijo—, pero ¡qué gozo sería ser Martha Washington y también condesa!

[28](#) La Avenida Pensilvania conecta la Casa Blanca y el Capitolio.

[29](#) Puede recordarse que *The Rule of Phase (La regla de fase)* es el título de uno de los últimos ensayos de Adams sobre la teoría de la historia.

CAPÍTULO VII

CUANDO esa tarde llegó a sus habitaciones, el senador Ratcliffe encontró allí, tal como esperaba, a un grupo escogido de amigos y admiradores que habían entretenido el ocio desde mediodía maldiciéndole con toda la variedad de expresiones profanas que podía sugerir la experiencia y estimular la impaciencia. Por su parte, si hubiera obedecido solo a sus propios sentimientos, de inmediato los habría expulsado y habría cerrado las puertas tras ellos. En lo que respecta a la silenciosa maledicencia, ninguna palabra profana suya podía equipararse a la intensidad y deliberación con que, como descubrió al aproximarse a la puerta, expresaba él entre dientes sus ideas sobre sus eternos intereses. Nada podía convenir menos a su actual humor que la compañía que le esperaba en sus habitaciones. Gruñó en su interior mientras se sentaba en su despacho y miraba alrededor. Asediaban la casa docenas de peticionarios, hombres cuyos servicios patrióticos en la última elección reclamaban a voces el reconocimiento de un país agradecido. Traían sus solicitudes al senador con la súplica de que las aceptara y se hiciera cargo de ellas. Varios congresistas y senadores que creían que Ratcliffe no tenía otra razón de existir salvo luchar su batalla por el patronazgo, se repantigaban en su habitación, leyendo periódicos o pasando el rato con algún tipo de tabaco. A intervalos, hacían observaciones torpes, como si estuvieran más hastiados que sus electores de la atmósfera que rodea al gobierno más grande sobre el que el sol haya brillado nunca. Algunos corresponsales de periódicos, ansiosos por trocar sus noticias por indirectas o sugerencias, aparecían de vez en cuando en la escena y, dejándose caer en una silla junto al escritorio de Ratcliffe, le susurraban en tono misterioso.

Así trabajaba el senador, una hora tras otra, haciendo mecánicamente lo que se le exigía, firmando papeles sin leerlos, respondiendo a comentarios sin oírlos, levantando apenas la mirada, aparentemente inmerso en el trabajo. Esta era su protección contra la curiosidad y la garrulidad. La apariencia de la

tarea era la cortina que corría entre el mundo y él. Tras esa cortina, sus operaciones mentales seguían su curso, sin que nada le molestara, mientras oía cuanto se decía, y decía poco o nada para sí mismo. Sus seguidores respetaban esta privacidad y le dejaban en paz. Era su profeta y tenía derecho a la reclusión. Era su cacique y, mientras se sentaba en su monosilábica soledad, su andrajoso séquito se inclinaba en varias actitudes en torno a él y, de vez en cuando, un hombre hablaba y otro juraba. Recurrían a los periódicos y al tabaco en periodos de silencio absoluto.

Una sombra de depresión cubría las caras y las voces del Clan Ratcliffe aquella tarde, como suele pasar con las fuerzas en vísperas de una batalla. Sus palabras llegaban en largos intervalos y eran más romas y azarosas de lo habitual. Había una falta de elasticidad en su porte y tono causada en parte por la simpatía hacia la evidente depresión de su jefe, en parte por los presagios del tiempo. El presidente iba a llegar en cuarenta y ocho horas, y hasta ahora no había señal alguna de que apreciara debidamente sus servicios. Había solo señales demasiado inconfundibles de haber sido dolorosamente mal dirigido y engañado, de que su rostro se volvía por completo en otra dirección y de que sus sacrificios se consideraban inútiles. Había motivos para creer que venía con el deliberado propósito de declarar la guerra a Ratcliffe y derrotarle, de negarles protección a los suyos y de otorgarla donde más profundamente los ofendiera. Ante el solo pensamiento de que la egoísta codicia de un mero intruso accidental —un hombre al que nadie quería y que todos ridiculizaban— pudiera arrebatárles ahora su cosecha honradamente ganada de misiones y consulados en el extranjero, oficinas departamentales, aduanas y puestos recaudatorios, jefaturas de correo, agencias para los indios y contratos para el ejército y la marina, sus naturalezas se rebelaban y sentían que esas cosas no debían ser, que no podría haber ya esperanza para el gobierno democrático si eran posibles. En este punto su excitación crecía invariablemente, perdían su ecuanimidad y juraban. Recaían en su fe en Ratcliffe. Si algún hombre podía apoyarles, era él. Al fin y al cabo, el presidente debía vérselas primero con él, y él sería un tipo duro a la hora de atajarlo.

Tal vez, sin embargo, incluso su fe en Ratcliffe se hubiera tambaleado si en ese momento hubieran podido mirar en su mente y comprender lo que

pasaba allí. Ratcliffe era un hombre muy superior a ellos y lo sabían. Vivía en un mundo propio y tenía instintos refinados. Cuando sus asuntos no marchaban bien, esos instintos revivían y barrían toda su naturaleza. Ahora estaba lleno de disgusto y desprecio cínico hacia toda forma de política. Durante largos años había hecho lo mejor por su partido, se había vendido al diablo, había acuñado la sangre de su corazón, trabajado con una persistencia tenaz, jamás concebida por un jornalero. ¿Y todo para qué? Para ser rechazado como candidato, para ser puesto bajo la grada de un pequeño granjero de Indiana que no guardaba en secreto su intención de «acorrallarle» y, como lo expresaba con elegancia, «sacarle su pellejo y sebo». Ratcliffe no tenía miedo a perder el pellejo, pero se sentía agraviado por que se le llamara a defenderlo y que este fuera el resultado de veinte años de devoción. Como la mayoría de los hombres en el mismo lugar, no se paraba a sumar las dos columnas de su cuenta con el partido ni a plantearse la pregunta que había en el corazón de su agravio: ¿cuánto había servido a su partido y cuánto a sí mismo? No estaba de humor para el autoanálisis, que requería una mente más reposada que la que tenía entonces. En cuanto al presidente, de quien no había oído ni un murmullo desde la insolente carta a Grimes, que había procurado ocultar, el senador solo sentía el impulso de enseñarle a juzgar y comportarse mejor. Pero en cuanto a la vida política, los acontecimientos de los últimos seis meses estaban calculados para hacer dudar a cualquiera de su valor. No simpatizaba con ella en absoluto. Odiaba la visión de sus satélites mascadores de tabaco y lectores de periódicos, con sus sombreros siempre mal calados y los pies en cualquier parte salvo el suelo. Su conversación le aburría y su presencia era un fastidio. No se sometería más a esta esclavitud. Habría dado su condición senatorial por una casa civilizada como la de la señora Lee, dirigida por una mujer como ella, y con veinte mil al año de por vida. Esbozó su única sonrisa esa tarde al pensar en cuán rápidamente haría salir de sus salones a cada quisque de su séquito político y cuán dócilmente se sometería al destierro de una oficina trasera con alfombra de hule y dos sillas de caña. Sintió que la señora Lee era más necesaria para él que la presidencia misma, no podría seguir sin ella, necesitaba compañía humana, algún consuelo cristiano en su vejez, cierta avenida de comunicación con ese mundo social que hacía parecer su entorno frío y sucio, un toque de

refinamiento de mente y moral junto al cual el suyo parecía grosero. Se sintió inefablemente solo. Deseaba que la señora Lee le hubiera pedido ir a cenar a su casa, pero la señora Lee se había ido a la cama con dolor de cabeza. Pasaría una semana antes de volver a verla. Luego su mente le devolvió a la mañana en Mount Vernon y le hizo acordarse de la señora de Sam Baker, cogió una hoja y escribió una línea dirigida al señor Wilson Keen, en Georgetown, para pedirle que fuera a verle, si era posible, a la mañana siguiente hacia la una, en las habitaciones del senador, para hablar de negocios. Wilson Keen era jefe de la Oficina del Servicio Secreto en el departamento del Tesoro y, como depositario de todos los secretos, a menudo se le hacía llamar para prestar cierta ayuda que de buen grado suministraba a los senadores, en especial si tenían opciones de llegar a ser secretarios del Tesoro.

Despachada esta nota, el señor Ratcliffe recayó en un humor meditabundo, que aparentemente le hizo bajar por la escala del descontento hasta que, refunfuñando, juró que «ya no podía más» y, levantándose de pronto, informó a sus visitantes que sentía dejarlos, pero que se encontraba mal y se iba a la cama. Y a la cama se fue, mientras sus huéspedes se marchaban, cada uno a donde sus negocios o deseos le llevaran, unos a beber whisky y otros a descansar.

El domingo por la mañana, como de costumbre, el señor Ratcliffe fue a la iglesia. Siempre asistía al servicio de la mañana —en la Iglesia Metodista Episcopal— no a causa de la convicción religiosa, sino porque muchos de sus electores eran feligreses y no quería violentar sus principios adrede mientras necesitara sus votos. En la iglesia, mantenía la mirada fija sobre el clérigo, y al final del sermón podía decir en verdad que no había oído una palabra, aunque el respetable ministro se sentía satisfecho de la atención que su homilía había recibido por parte del senador por Illinois, una atención aún más elogiabile por las crecientes preocupaciones públicas que en ese momento distraían la mente del senador. En esta última idea llevaba razón el ministro. La mente del señor Ratcliffe estaba muy distraída por las preocupaciones públicas, y una de las razones más poderosas para ir a la iglesia era que podría gozar allí de una o dos horas para pensar sin molestias. Durante todo el sermón estuvo absorto manteniendo una serie de

conversaciones imaginarias con el nuevo presidente. Se planteó sucesivamente todo tipo de propuestas que el presidente podría hacerle, toda trampa en que podría caer, el trato que podría recibir, de modo que no le cogiera por sorpresa y que su naturaleza franca, sencilla, no se viera desorientada. Un objetivo, sin embargo, se le escapaba. Suponiendo, lo que era más que probable, que la oposición del presidente a los declarados amigos de Ratcliffe hiciera imposible que ninguno fuera nombrado para un cargo, sería necesario proponer a un hombre nuevo, no odioso para el presidente, como candidato para el gabinete. ¿Quién podría ser? Ratcliffe pensó en ello largo y tendido, en busca de un hombre que combinara los intereses más poderosos con las menores enemistades. Este asunto estaba en su apogeo en el momento en que acabó el servicio. Ratcliffe lo ponderaba mientras volvía a sus habitaciones. Hasta que no llegó a la puerta no alcanzó una conclusión: sería Carson, Carson de Pensilvania. Probablemente el presidente no había oído hablar de él.

El señor Wilson Keen estaba esperando el regreso del senador. Era un hombre pesado de cara cuadrada, buen humor y vivos ojos azules, un hombre de pocas palabras, y bien medidas. La entrevista fue breve. Tras disculparse por interrumpir su domingo con negocios, el señor Ratcliffe se excusó alegando el poco tiempo que quedaba antes del cierre de la sesión. Un proyecto de ley de uno de sus comités, del que debía informarse pronto, afectaba a cuestiones cuya única pista había estado en manos, al parecer, del difunto Sam Baker, un antiguo conocido cabildero en Washington. Al haber fallecido, el señor Ratcliffe deseaba saber si había dejado documentos, y en manos de quién estaban, o si algún socio o asociado suyo conocía sus asuntos.

El señor Keen tomó nota de la solicitud, observando solo que él había conocido muy bien a Baker, y también un poco a su esposa, la cual se suponía que conocía sus asuntos tan bien como él, y que aún se hallaba en Washington. Pensaba que podía traerle información en uno o dos días. Cuando se levantaba para irse, el señor Ratcliffe añadió que era necesario todo el secreto, ya que los intereses implicados en obstruir la averiguación eran considerables, y no estaba bien despertarlos. El señor Keen asintió y se marchó.

Todo esto era bastante natural y completamente apropiado, al menos por lo que parecía en la superficie. Si el señor Keen hubiera sido tan curioso respecto a los asuntos ajenos como para indagar la concreta medida legislativa que había en el fondo de las averiguaciones del señor Ratcliffe, podría haber buscado entre los documentos del Congreso bastante tiempo y haberse llevado al fin una sorpresa mayúscula. De hecho, no había tal medida. Toda la historia era una ficción. El señor Ratcliffe no había pensado en Baker desde su muerte hasta el día de antes, en que vio a su viuda en el vapor de Mount Vernon y descubrió sus relaciones con Carrington. Algo en la actitud habitual y modales de Carrington hacia él le había parecido peculiar, y esta conexión con la señora Baker le había sugerido al senador la idea de que podría estar bien vigilarlos. La señora Baker era una mujer enferma, según sabía, y había viejas transacciones entre Ratcliffe y Baker de las que podría haberse informado, pero que Ratcliffe no deseaba que se pusieran a la vista de la señora Lee. En cuanto a la ficción inventada para poner en marcha a Keen, era inocente. No perjudicaba a nadie. Ratcliffe eligió este método de investigación, en particular, porque era el más fácil, seguro y eficaz. Si siempre tuviera que esperar hasta poder permitirse decir toda la verdad, los asuntos quedarían muy pronto en punto muerto y su carrera llegaría al final.

Dispuesta esa pequeña cuestión, el senador por Illinois pasó la tarde visitando a algunos de sus hermanos senadores, y el primero al que honró con su visita fue el señor Krebs, de Pensilvania. Había muchas razones que ahora hacían esencial la cooperación de ese elevado estadista para el señor Ratcliffe. La más poderosa era que la delegación de Pensilvania en el Congreso estaba bien disciplinada y podía ser usada con peculiar ventaja para ejercer «presión». El éxito de Ratcliffe en su pelea con el nuevo presidente dependía de la cantidad de «presión» que podía emplear. Mantenerse en el trasfondo y tender sobre la cabeza del novato Primer Magistrado una red de influencias entretrejidas, cualquiera de las cuales sería inútil por separado, pero que, tomadas en conjunto, serían irrompibles; revivir el arte perdido del *retiarius* romano, quien desde una distancia segura lanzaba su red sobre su adversario antes de atacarle con la daga, esa era la intención de Ratcliffe, la cual señalaba la dirección de su manipulación durante las semanas pasadas.

Cuánta negociación y cuántas promesas había tenido que hacer solo él lo sabía. Por aquel entonces, la señora Lee se había sorprendido un poco al descubrir al señor Gore hablando con entera confianza de tener el apoyo de Ratcliffe en su solicitud para la embajada española, ya que había imaginado que Gore no era un favorito de Ratcliffe. Advirtió también que Schneidekoupon había vuelto de nuevo y hablaba misteriosamente de entrevistas con Ratcliffe, de intentos por unir los intereses de Nueva York y Pensilvania, y su rostro adquirió una expresión oscura y dramática al proclamar que no había que tolerar sacrificio alguno del principio de la protección. Schneidekoupon desapareció tan pronto como llegó y, por las inocentes quejas de Sybil sobre su ánimo y temperamento, la señora Lee saltó a la conclusión de que el señor Ratcliffe, el señor Clinton y el señor Krebs se habían puesto de acuerdo para presionar al pobre Schneidekoupon y apartar su molesta influencia de la escena, al menos hasta que los otros hombres lograran lo que querían. Estos eran solo los triviales incidentes que la señora Lee podía observar. Sintió una atmósfera de regateo e intriga, pero solo pudo imaginar lo lejos que llegaba. Incluso Carrington, cuando le habló de ello, se rio y movió la cabeza:

—Son asuntos privados, mi querida señora Lee. Usted y yo no hemos de estar al corriente de estas cosas.

Ese domingo por la tarde, el objetivo del señor Ratcliffe era realizar la pequeña maniobra sobre Carson de Pensilvania que le había inquietado en la iglesia. Sus esfuerzos se vieron coronados por el éxito. Krebs aceptó a Carson y prometió presentarlo en diez minutos si surgía una emergencia.

Ratcliffe era un gran estadista. La suavidad de esta manipulación era maravillosa. Ningún hombre en política, en efecto, nadie que se hubiera dedicado a la política en este país, podría —decían sus admiradores— haber concertado tantos intereses hostiles y logrado una combinación tan fantástica. Algunos hombres iban tan lejos como para mantener que «dominaría al presidente antes de que el viejo pudiera empuñar el cuchillo». La belleza de este trabajo consistía en la destreza con que evadía cuestiones de principio. Como decía sabiamente, la cuestión ahora suscitada no era de principio, sino de poder. El hado de ese noble partido al que todos pertenecían y que poseía un registro que no podría olvidarse dependía de omitir el principio. Su

principio debía ser la falta de principios. Había individuos que replicaban que Ratcliffe hacía promesas que no podría cumplir, y en la combinación había causas de discordia casi sobrehumanas, pero como Ratcliffe respondía arteramente, solo necesitaba que durara una semana, y suponía que sus promesas se mantendrían en ese plazo.

Esa era la situación cuando el lunes por la tarde llegó a Washington el presidente electo y comenzó la comedia. El nuevo presidente era, casi tanto como Abraham Lincoln o Franklin Pierce, una magnitud desconocida en la matemática política. En la convención nacional del partido, nueve meses atrás, tras unas docenas de votaciones infructuosas en las que a Ratcliffe le faltaron tres votos para la mayoría, sus oponentes habían hecho lo que él hacía ahora; habían dejado de lado sus principios y presentado como candidato un sencillo granjero de Indiana, cuya experiencia política se limitaba a usar un tocón como altavoz en su estado nativo y a un periodo como gobernador. Lo habían lanzado no porque lo creyeran competente, sino porque esperaban separar así a Indiana de los seguidores de Ratcliffe, y tuvieron tal éxito que al cabo de quince minutos los amigos de Ratcliffe fueron derrotados y la presidencia había recaído sobre este nuevo buda político.

Había comenzado su carrera como trabajador en una cantera y estaba, no sin razón, orgulloso de ello. Durante la campaña, por supuesto, el incidente había ocupado sobremanera la atención pública o, más exactamente, la mirada pública. Unas veces le llamaban «el picapedrero del Wabash», otras «el cantero de Indiana», pero su apelativo favorito era «Viejo Granito»³⁰, aunque este mote cariñoso, debido a una desgraciada semejanza fonética, fue atrapado por sus oponentes y distorsionado como «Vieja Abuelita»³¹. Se le había retratado en muchos miles de yardas de lienzo, con una terrorífica almádena, aplastando los cráneos (dispuestos como adoquines) de sus oponentes políticos, o partiendo a gigantescos golpes la enorme roca típica del partido opuesto. Los oponentes, a su vez, habían desfilado con ilustraciones que representaban al cantero con el uniforme de un condenado a prisión estatal rompiendo las cabezas de Ratcliffe y otros conocidos líderes políticos con un flojo martillo, o como la «Vieja Abuelita» con andrajos, reparando desesperadamente con las mismas cabezas los caminos imposibles

que simbolizaban las maneras desabridas y lodosas de su partido. Pero estas violaciones de la decencia y el buen sentido eran reprobadas universalmente por los virtuosos, y se observaba con satisfacción que los más puros y cultos editores de periódicos de su parte, sin exceptuar a los del mismo Boston, coincidían con una sola voz en que el cantero era un hombre noble, tal vez el más noble que había aparecido para adornar este país desde el incomparable Washington.

Que era honrado todos los admitían, es decir, todos los que votaron por él. Esta es una característica general de todos los nuevos presidentes. Él mismo se enorgullecía mucho de su honradez doméstica, que es una cualidad peculiar de los hombres nobles de la naturaleza. Sin deber nada, como creía, a los políticos, pero simpatizando a través de toda fibra de su naturaleza altruista con los impulsos y aspiraciones del pueblo, afirmaba que su primer deber era proteger a la gente de esos buitres, como los llamaba, esos lobos con piel de cordero, esas harpías, esas hienas, los políticos; epítetos que, tal como se los interpretaba, se referían a Ratcliffe y a los amigos de Ratcliffe. Su principio cardinal en política era la hostilidad a Ratcliffe. Sin embargo, no era vengativo. Venía a Washington decidido a ser el Padre de su país, a ganar una orgullosa inmortalidad, y la reelección.

Sobre este caballero había dado rienda suelta Ratcliffe a toda forma de «presión» que pudiera ponerse en movimiento dentro o fuera de Washington. Desde el momento en que había abandonado su humilde cabaña en el sur de Indiana, había sido capturado por los amigos de Ratcliffe, colmado de muestras de afecto. Nunca le habían permitido sugerir la posibilidad del disgusto. Habían asumido que existía de suyo el apego más cordial entre él y su partido. Tras su llegada a Washington le impidieron sistemáticamente entrar en contacto con cualquier otra influencia. No era algo muy difícil de hacer, porque, grande como era, disfrutaba oyendo hablar de su grandeza, y aquellos le hicieron sentirse un coloso. Incluso sus pocos amigos personales más cercanos fueron manipulados con el mayor cuidado, y sus debilidades utilizadas antes de que hubieran pasado un día en Washington.

No es que Ratcliffe tuviera nada que ver con toda esta intriga disimulada y humillante. El señor Ratcliffe era un hombre digno y respetado que dejaba los detalles a sus subordinados. Esperó tranquilamente hasta que el presidente,

recuperado de las fatigas del viaje, comenzó a sentir el efecto de la atmósfera en Washington. Luego, el miércoles por la mañana, el señor Ratcliffe dejó sus habitaciones una hora antes de lo acostumbrado en su camino al Senado y visitó el hotel del presidente. Se le hizo pasar a un gran apartamento en que el nuevo Primer Magistrado estaba reunido, aunque, a la vista de Ratcliffe, los otros visitantes se alejaron o cogieron sus sombreros y salieron de la habitación. El presidente demostró ser un duro sesentón, con una nariz fina y aguileña, firme, canoso. Su voz era más áspera que sus rasgos y recibió incómodo a Ratcliffe. Había sufrido desde su salida de Indiana. Allí le había parecido que podría, tal como dijo, apartar a Ratcliffe de un manotazo, pero en Washington la cosa era diferente. Incluso sus amigos de Indiana parecían serios cuando hablaba de ello, y movían la cabeza. Le aconsejaban que fuera cauto y ganara tiempo, que condujera a Ratcliffe y, de ser posible, le hiciera responsable de una pelea. Era, por tanto, como un oso pardo que sufre el proceso de domesticación: muy malhumorado, muy tosco y, al mismo tiempo, muy desconcertado y un poco asustado. Ratcliffe se sentó diez minutos con él y se le informó de las molestias que el presidente había sufrido la noche anterior, como consecuencia, según creía, de un exceso de langosta, un lujo con el que se había divertido de las preocupaciones del Estado. Tan pronto como este asunto quedó explicado y lamentado, Ratcliffe se levantó y se despidió.

Todos los recursos conocidos por los políticos estaban ahora en pleno funcionamiento contra el Cantero de Indiana. Le llovían delegaciones estatales con solicitudes contradictorias, entre las cuales la de Massachusetts hacía el único ruego de que nombrara al señor Gore para la embajada en España. Se inventaban dificultades para fastidiarle y preocuparle. Se sugerían malas noticias y la información falsa se mezclaba cuidadosamente con la verdadera. Una danza salvaje se desplegaba ante su mirada desde el amanecer hasta medianoche, en que su cerebro vacilaba por el esfuerzo de seguirla. Se encontraron también medios de convertir a uno de sus amigos personales, confidenciales, que había venido con él desde Indiana, y que tenía más juicio o menos principios que los otros, en un transmisor que llevaba directamente toda palabra del presidente al oído de Ratcliffe.

El viernes por la mañana a primera hora, el señor Thomas Lord, un rival

del difunto Samuel Baker, y heredero de sus triunfos, apareció en las habitaciones de Ratcliffe mientras el senador estaba tomando su huevo con chuletas. El señor Lord había sido elegido para hacerse cargo del partido presidencial y dirigir todos los asuntos relacionados con los intereses de Ratcliffe. Algunos podrían considerar esto trabajo de espía; para él era un deber público. Informó de que la «Abuelita» había dado al fin señales de debilidad. A última hora de la tarde anterior, cuando, según su costumbre, estaba fumando una pipa con su camarilla de seguidores, había recaído en el tema de Ratcliffe y, con una lluvia de execraciones, había jurado que le enseñaría cuál era su lugar, y que pensaba ofrecerle un puesto en el gabinete que le haría sentirse «peor que un cerdo apaleado». Por esta observación y las siguientes sugerencias explicativas, parecía que el Cantero había abandonado su plan de una muerte política inmediata para Ratcliffe y se había propuesto ahora invitarle a un gabinete especialmente diseñado para frustrarle y humillarle. El presidente, al parecer, aplaudió entusiasta cuando un consejero observó que Ratcliffe estaría más seguro en el gabinete que en el Senado, y que sería más fácil deshacerse de él cuando llegara la hora.

Ratcliffe sonrió lúgubrementemente cuando el señor Lord, con mímica inteligente, describió las peculiaridades de expresión y modales del presidente, pero no dijo nada y esperó el acontecimiento. Esa misma tarde llegó una nota del secretario personal del presidente en que se solicitaba su asistencia, si era posible, a la mañana siguiente, el sábado, a las diez en punto. La nota era seca y fría. Ratcliffe solo respondió que iría y sintió cierta lástima porque el presidente no conociera lo bastante la etiqueta para saber que esta respuesta verbal se proponía mejorar sus modales. Acudió según lo acordado y encontró al presidente más sombrío que antes. Esta vez no se evitaron los temas delicados. El presidente quería mostrar a Ratcliffe por su decisión que era el dueño de la situación. Empezó por en medio del asunto.

—Le hice llamar para consultarle sobre mi gabinete. He aquí una lista de caballeros que tengo intención de incluir en él. Verá que le he asignado el Tesoro. ¿Quiere mirar la lista y decirme lo que le parece?

Ratcliffe cogió el papel, pero lo dejó en la mesa sin mirarlo.

—No tengo nada que objetar a ningún gabinete que pueda nombrar siempre que yo no figure en él. Mi deseo es permanecer donde estoy. Ahí

puedo ser más útil para su administración que en el gabinete.

—¿Entonces se niega? —gruñó el presidente.

—En absoluto. Solo declino ofrecer consejo alguno o incluso oír los nombres de mis colegas propuestos hasta que se decida si mis servicios son necesarios. Si lo son, aceptaré sin preocuparme por mis compañeros.

El presidente le lanzó una mirada incómoda. ¿Qué había de hacer ahora? Necesitaba tiempo para pensar, pero Ratcliffe estaba allí y debía dar cuenta de él. Involuntariamente, adoptó una actitud más cortés:

—Señor Ratcliffe, su rechazo lo desbarata todo. Pensaba que el asunto estaba decidido. ¿Qué más puedo hacer?

Pero Ratcliffe no tenía intención de dejar escapar de sus garras al presidente tan fácilmente, y mantuvo una larga conversación durante la cual obligó a su antagonista a ocupar la posición de urgirle a aceptar el Tesoro para prevenir cierto indefinido pero portentoso daño en el Senado. Todo lo que acordaron fue que Ratcliffe debía dar una respuesta positiva en dos días, y tras ese acuerdo se despidió.

Al atravesar el pasillo, vio a numerosos caballeros esperando para entrevistarse con el presidente, entre ellos toda la delegación de Pensilvania, «lista para el tajo», como observó el señor Lord con un guiño. Ratcliffe se llevó a Krebs aparte e intercambiaron unas pocas palabras al paso. Diez minutos después fue recibida la delegación, y algunos de sus miembros se vieron algo sorprendidos al oír que su portavoz, el senador Krebs, proponía con gran seriedad y en su nombre a Josiah B. Carson para un puesto en el gabinete, cuando se les había dado a entender que venían para recomendar a Jared Caldwell como administrador de correos de Filadelfia. Pero Pensilvania es un estado grande y virtuoso, cuyos representantes tienen completa confianza en su jefe. Ni uno solo pestañeó.

El baile de la democracia en torno al presidente comenzó de nuevo con energía más salvaje. Ratcliffe disparó sus últimos cartuchos. El retraso de dos días era un mero pretexto para ejercer nuevas influencias. No necesitaba plazo alguno. No quería tiempo para reflexionar. El presidente se había propuesto colocarle entre los cuernos de un dilema: o forzarle a entrar en un gabinete hostil y traicionero o echarle la culpa de una negativa y una riña. Quería agarrar uno de los cuernos y empalar al presidente en él, y tenía plena

confianza en su éxito. Quería aceptar el Tesoro y estaba dispuesto a aceptar una apuesta mayor para tener el gobierno por completo en sus manos al cabo de seis meses. Su desprecio por el Cantero de Indiana era ilimitado y su confianza en sí mismo más absoluta que nunca.

Ocupado como estaba, el senador hizo su aparición la tarde siguiente en casa de la señora Lee y, al encontrarla sola con Sybil, ocupada en sus pequeños ardidés, Ratcliffe contó a Madeleine la historia de la experiencia de la semana. No se detuvo en sus proezas. Por el contrario, ignoró del todo esos elaborados manejos que habían sustraído al presidente su capacidad de volición. Su retrato le presentaba solitario y desprotegido, bajo el disfraz de esa honrada bestia que fue invitada a cenar con el león y vio que todas las huellas de sus predecesores se dirigían a la cueva del león y ninguna salía de ella. Describió con detalle humorístico sus entrevistas con el león de Indiana, y los particulares del empacho de langosta en el dialecto del presidente. Incluso le repitió la historia que le contó el señor Tom Lord, sin omitir juramentos o gesticulación. Le dijo cómo estaban las cosas en ese momento y cómo el presidente le había tendido una trampa de la que no podía escapar: debía entrar en un gabinete diseñado con el propósito de frustrarle, y con la certidumbre de una ignominiosa despedida a la primera oportunidad, o rechazar una oferta de amistad, lo que le haría culpable de una riña y permitiría atribuir todas las dificultades futuras a la «insaciable ambición» de Ratcliffe.

—Y ahora, señora Lee —continuó, con un tono cada vez más serio—, quiero su consejo: ¿qué debo hacer?

Incluso esta revelación parcial de la mezquindad que distorsionaba la política, esta visión unilateral de la naturaleza humana en su desnuda deformidad jugando con los intereses de cuarenta millones de personas, disgustó y deprimió a Madeleine. Ratcliffe no omitió nada, salvo exponer sus propias llagas morales. Llamó su atención sobre toda mácula leprosa en la persona de sus semejantes, todo jirón de su ropa sucia, todo charco limoso y fétido junto al camino. Era su manera de poner de relieve sus cualidades. Quería que ella le acompañara de la mano a través del lago de azufre, así que, cuanto más repulsivo le pareciera, más abrumadora resultaría su superioridad. Quería destruir esas dudas sobre su carácter alimentadas tan cuidadosamente

por Carrington, con el fin de despertar su simpatía, estimular su sentido femenino del sacrificio propio.

Cuando le planteó esta pregunta, ella le miró con expresión de orgullo indignado mientras decía:

—Le digo de nuevo, señor Ratcliffe, lo que ya le dije una vez. Haga lo mejor para el bien público.

—¿Y qué es lo mejor para el bien público?

Madeleine iba a contestar, pero vaciló y miró en silencio el fuego ante ella. ¿Qué era, de hecho, lo mejor para el bien público? ¿Dónde entraba el bien público en este laberinto de intriga personal, este desierto de naturalezas atrofiadas donde no se descubría un camino recto, sino solo las tortuosas y erráticas pistas de bestias y cosas que reptaban? ¿Dónde iba a buscar un principio que guiara, un ideal por fijar y señalar?

Ratcliffe retomó su petición y su actitud fue más seria que nunca.

—Estoy muy presionado, señora Lee. Me rodean mis enemigos. Quieren arruinarme. Deseo honradamente cumplir con mi deber. Usted dijo una vez que las consideraciones personales no debían pesar. ¡Muy bien! ¡Deséchelas! Y ahora dígame qué debería hacer.

Por primera vez, la señora Lee comenzó a sentir el poder de Ratcliffe. Era simple, directo, sincero. Sus palabras la conmovieron. ¿Cómo iba a figurarse que estaba jugando con su naturaleza sensible tal como lo había hecho con la ruda del presidente, y que este pesado político del Oeste tenía los instintos de un indio salvaje por su rápida y aguda percepción, que adivinaba su carácter y lo leía como leía las caras y voces de miles cada día? Se sintió incómoda bajo su mirada. Comenzaba a hablar, luego dudaba y se interrumpía. Perdió el control de su pensamiento y se sentó enmudecida. Él tenía que librarla de la confusión que había creado.

—Veo en su rostro lo que quiere decir. Dice que debería aceptar el deber y omitir las consecuencias.

—No lo sé —dijo Madeleine vacilante—, sí, creo que ese es mi parecer.

—Y cuando sea sacrificado a la envidia e intriga de ese hombre, ¿qué pensará entonces, señora Lee? ¿No se unirá al resto del mundo y dirá que me he extralimitado y he caído en esa trampa con los ojos abiertos mientras perseguía mis objetivos? ¿Cree que alguna vez se pensará mejor de mí por

haberme dejado atrapar aquí? No exhibo elevadas miras morales como nuestro amigo French. No seré hipócrita con la virtud. Pero afirmo que en mi vida pública he intentado obrar correctamente. ¿Me hará justicia creyéndolo?

Madeleine aún luchaba para evitar verse arrastrada a promesas indefinidas de simpatía hacia este hombre. Lo mantendría a distancia, cualesquiera que pudieran ser sus simpatías. No se comprometería a respaldar su causa. Se volvió hacia él con esfuerzo y dijo que sus pensamientos, ahora o en cualquier momento, eran necios y absurdos, y que la conciencia de obrar rectamente era la única recompensa que todo hombre público tenía derecho a esperar.

—Es usted una dura crítica, señora Lee. Si sus pensamientos son los que dice, sus palabras no lo son. Juzga con el juicio de principios abstractos y empuña los resortes de la justicia divina. Mira y condena, pero se niega a absolver. Cuando acudo a usted al borde de lo que probablemente sea el fatal abismo de mi vida y le pido una pista que me lleve al principio moral que debe guiarme, usted mira y me dice que la virtud es su propio recompensa. Ni siquiera me dice dónde reside la virtud.

—Confieso mis pecados —dijo Madeleine de manera mansa y desalentada—. La vida es más complicada de lo que creía.

—Me guiaré por su consejo —dijo Ratcliffe—, entraré en esa guarida de bestias salvajes, ya que cree que debo hacerlo. Pero le recordaré su responsabilidad. No puede negarse a verme atravesar los peligros a los que me ha empujado.

—¡No, no! —gritó seria Madeleine—, ninguna responsabilidad. Pide más de lo que puedo dar.

Ratcliffe la miró un momento con rostro molesto y agobiado. Sus ojos parecían hundidos en sus oscuros círculos y su voz resultaba intensamente patética:

—El deber es el deber, para usted como para mí. Tengo derecho a la ayuda de las mentes puras. No tiene derecho a negármela. ¿Cómo *puede* rechazar su responsabilidad y sujetarme a la mía?

Mientras hablaba se levantó y se despidió, sin dejarle tiempo más que para murmurar su ineficaz protesta. Cuando se hubo marchado, la señora Lee se quedó sentada con la mirada fija en el fuego, reflexionando sobre lo que

había dicho. Su mente estaba desconcertada por las nuevas insinuaciones lanzadas por Ratcliffe. ¿Qué mujer a los treinta, con infinitas aspiraciones, podría resistirse a un ataque como este? ¿Qué mujer con alma podría ver ante sí al hombre público más poderoso de su época, apelando —con un rostro surcado por la ansiedad y con una voz vibrante por un afecto solo en parte reprimido— a su consejo y simpatía, sin dar respuesta? ¿Y qué mujer podría haber evitado inclinar la cabeza ante ese reproche sobre su juicio en exceso confiado, viniendo como venía de alguien que con el mismo aliento apelaba a ese juicio como definitivo? Además, Ratcliffe tenía un curioso instinto para las debilidades humanas. Ningún imán era más fiable que su dedo cuando tocaba el punto vulnerable de la mente de su adversario. La señora Lee no se conmovió por una apelación al sentimiento religioso, la ambición o el afecto. Una apelación como esa habría sonado hueca en sus oídos y destruido sus propias esperanzas. Pero era una mujer hasta la última gota de su sangre. No podría verse inducida a amar a Ratcliffe, pero podría engañársela para que se sacrificara por él. Por su devoción al hombre expiaba su falta de devoción a Dios. Poseía la tendencia natural de la mujer al ascetismo, a la extinción de sí misma, a la abnegación. Toda su vida había cometido dolorosos errores para comprender y seguir su deber. Ratcliffe conocía su punto débil cuando la atacó por ese lado. Como todos los grandes oradores y abogados, era un actor, más eficaz por cierto aire dignificado que prohibía la familiaridad. Había apelado a su simpatía, su sentido de lo correcto y el deber, a su valor, su lealtad, toda su naturaleza superior, y mientras realizaba esta apelación se sentía más que convencido de que era cuanto simulaba ser y de que tenía de veras derecho a su devoción. ¿Cómo sorprenderse de que ella, a su vez, se sintiera más que inclinada a admitir ese derecho? Ella le conocía ahora mejor que Carrington o Jacobi. ¿Acaso un hombre que hablaba así no tenía instintos nobles y propósitos elevados? ¿No era su carrera mil veces más importante que la suya? Si él, en su aislamiento y preocupaciones, necesitaba su ayuda, ¿podía excusarse para negársela? ¿Qué había en su vida sin propósito ni utilidad que la hiciera tan preciosa como para no poder permitirse echarla al arroyo, si era necesario, por la mera oportunidad de enriquecer una existencia más completa?

[30](#) Apodo del presidente republicano Rutherford B. Hayes (1877-1881).

[31](#) Se trata de la cómica semejanza entre *Old Granite* y *Old Granny*.

CAPÍTULO VIII

DE todos los títulos asumidos nunca por príncipe o potentado alguno, el más orgulloso es el de los pontífices romanos: *Servus servorum Dei*, «Siervo de los siervos de Dios». En los primeros días no se admitía que los servidores del diablo tuvieran derecho a participar en el gobierno. Debían ser acallados, castigados, exiliados, mutilados y quemados. Ahora el diablo no tiene servidores, solo el pueblo los tiene. Debe haber algún error sobre una doctrina que hace de los malvados, cuando son la mayoría, los voceros de Dios contra los virtuosos, pero las esperanzas de la humanidad se aferran a ella, y si aquellos con poca fe se acobardan a veces cuando ven a la humanidad a la deriva en alta mar, sobre esta tabla, que la experiencia y la religión han condenado hace mucho por estar podrida, haya error en eso o no lo haya, los hombres han flotado hasta ahora mejor con su ayuda de lo que los Papas lo hayan hecho nunca con su más precioso principio, de modo que pasará mucho antes de que la sociedad se arrepienta.

No se trata aquí de si el nuevo presidente o su principal rival, Silas P. Ratcliffe, eran o no siervos de los siervos de Dios. Eran siervos de alguien. Sin duda, muchos de los que se llaman a sí mismos servidores del pueblo no son mejores que lobos con piel de cordero o asnos con piel de león. Pueden verse a decenas cualquier día en el Capitolio cuando el Congreso está en sesión con ruidosas demostraciones o, de manera más útil, sin hacer nada. Una generación más sabia los empleará en trabajos manuales; tal como sucede, solo se sirven a sí mismos. Pero hay dos funcionarios, al menos, cuyo servicio es real: el presidente y su secretario del Tesoro. El Cantero de Indiana no había pasado una semana en Washington antes de sentir nostalgia de Indiana. Ninguna criada en una barata pensión había estado nunca más azacanada. Todos conspiraban contra él. Sus enemigos no le daban tregua. Todo Washington se reía de sus errores, y páginas obscenas, publicadas en domingo, se deleitaban imprimiendo los dichos y hechos del nuevo Primer

Magistrado, referidos con humor ultrajante y situados por manos maliciosas donde el presidente no pudiera dejar de verlos. Era sensible al ridículo y le mortificaba hasta la médula descubrir que observaciones y actos que le parecían bastante sensatos fueran capaces de tal perversión. Luego estaba abrumado por el negocio público. Caía sobre él como un diluvio y ahora, en su desesperación, no intentaba controlarlo. Dejaba que le superara como una ola. Su mente estaba embrollada por los innumerables visitantes a los que tenía que escuchar. Pero su mayor ansiedad era el Discurso Inaugural que, distraído como estaba, no podía acabar, aunque debía pronunciarlo dentro de una semana. Estaba nervioso por su gabinete; le parecía que no podía hacer nada hasta haber dispuesto de Ratcliffe. A estas alturas, gracias a los amigos del presidente, Ratcliffe se había vuelto indispensable. Aún era un enemigo, desde luego, pero uno cuyas manos debían estar atadas, una suerte de Sansón que debía quedar encadenado hasta que llegara el momento de prescindir de él, pero que, entretanto, había que utilizar. Al fijar este punto, el presidente había comenzado a inclinarse hacia él en su imaginación. Durante los últimos días lo había aplazado todo hasta la semana siguiente, «cuando ya tenga mi gabinete», lo que significaba: cuando tenga la ayuda de Ratcliffe. Y sentía pánico al pensar en que Ratcliffe pudiera negarse.

Recorría impaciente su habitación el lunes por la mañana una hora antes del momento fijado para la visita de Ratcliffe. Su sentir fluctuaba aún violentamente y, aunque reconocía la necesidad de usar a Ratcliffe, no estaba menos decidido a atar sus manos. Debía obligársele a entrar en un gabinete donde las demás voces estuvieran contra él. Había que impedir que pudiera ejercer patronazgo alguno. Debía ser inducido a aceptar esas condiciones desde el comienzo. ¿Cómo presentarle esto de modo que no le repeliera al instante? Todo esto era innecesario, de haberlo sabido el presidente, pero él se consideraba un profundo estadista y creía que su mano guiaba los destinos de América hacia su reelección. Cuando al fin, al sonar las diez en punto, Ratcliffe entró en la habitación, el presidente se volvió hacia él con nerviosa impaciencia y casi antes de tenderle la mano dijo que esperaba que el señor Ratcliffe hubiera venido preparado para comenzar a trabajar de inmediato. El senador respondió que no se opondría, si esa era la decisión del presidente. Entonces el presidente adoptó la actitud de un Catón americano y pronunció

un discurso preparado en que decía que había elegido a los miembros de su gabinete con una cuidada consideración hacia los intereses públicos; que el señor Ratcliffe era esencial para la combinación, que no esperaba desacuerdo sobre los principios, porque no había sino un principio que debía considerar fundamental, es decir, que no habría destituciones salvo por causa justificada, y que en estas circunstancias contaba con la ayuda de Ratcliffe como asunto de deber patriótico.

Ratcliffe asintió a todo esto sin una palabra que objetar, y el presidente, más convencido que nunca de su propio magistral sentido de Estado, respiró con más libertad que durante toda la semana pasada. Al cabo de diez minutos estaban trabajando activamente juntos, despejando una gran cantidad de negocios acumulados. El alivio del Cantero le sorprendió a él mismo. Ratcliffe levantó el peso de los asuntos de sus hombros sin apenas esfuerzo. Conocía a todos y todo. Tomó en sus manos a la mayoría de los visitantes del presidente y los despidió con gran rapidez. Sabía lo que querían, sabía qué recomendaciones eran fuertes y cuáles débiles, quién debía ser tratado con deferencia y quién despachado abruptamente, dónde era segura una seca negativa y dónde era admisible un ruego. El presidente incluso le confió el manuscrito inacabado del Discurso Inaugural, el cual Ratcliffe le devolvió al día siguiente con notas y sugerencias que no dejaban nada por hacer más allá de pasarlas a limpio. Con todo esto demostró ser un muy agradable compañero. Hablaba bien y animaba el trabajo, no era un duro capataz, y cuando veía que el presidente se cansaba, afirmaba osado que no había más que hacer que no pudiera esperar un día, y así se llevaba al fatigado Picapedrero durante un par de horas y le dejaba dormir en el coche. Cenaban juntos y Ratcliffe se cuidaba de hacer venir a Tom Lord para divertirlos, porque Tom era ingenioso y humorístico y hacía reír al presidente. El señor Lord encargó la cena y eligió los vinos. Podía ser lo bastante grosero para adaptarse incluso al paladar del presidente, y Ratcliffe no se quedó atrás. Cuando el nuevo secretario se marchó a las diez esa noche, su jefe, que estaba de muy buen humor por la cena, el champán y la conversación, dijo, con algunos innecesarios juramentos graníticos, que Ratcliffe era «en todo caso un tipo listo», y que se alegraba de que «el asunto estaba arreglado».

La verdad era que Ratcliffe tenía ahora precisamente diez días antes de

que el nuevo gabinete se pusiera en marcha, y en esos diez días debía establecer su autoridad sobre el presidente de manera tan firme que nada pudiera conmoverla. Era diligente en el trabajo bien hecho. La corte comenzó muy pronto a sentir su mano. Si llegaban una carta de negocios o un memorial, al presidente le resultaba fácil endosarle un «referido al secretario del Tesoro». Si un visitante quería algo para sí o para otro, la respuesta invariable venía a ser: «Dígaselo a Ratcliffe», o «supongo que Ratcliffe lo verá». No tardó mucho en gastar bromas a la manera catoniana, bromas no peculiarmente ingeniosas, sino algo roncadas y aburridas, pero ilustrativas de una mente resignada y complacida. Una mañana ordenó a Ratcliffe coger un acorazado y atacar a los sioux en Montana, al ver que se hacía cargo a la vez del ejército, la armada y los indios, y que era un factótum; y otra vez le dijo, a un oficial naval que quería un consejo de guerra, que mejor haría en contar con Ratcliffe, porque él era todo un consejo de guerra. Que Ratcliffe sentía por su jefe no menos desprecio que antes era probable, pero no seguro, porque guardaba silencio al respecto ante el mundo y parecía solemne siempre que se mencionaba al presidente.

Antes de que pasaran tres días, el presidente, con algo más que su sequedad habitual, preguntó de repente qué sabía sobre este tipo, Carson, con quien los pensilvanos le incordiaban para que lo incluyera en su gabinete. Ratcliffe fue precavido: apenas conocía al hombre. El señor Carson no estaba en la política, según creía, pero era bastante respetable —para tratarse de un pensilvano—. El presidente volvió al tema varias veces; sacó su lista de funcionarios del gabinete e hizo industriosos cálculos con cara bastante perpleja, y le pidió ayuda a Ratcliffe. Al fin la «pizarra» quedó resuelta, y los ojos de Ratcliffe brillaron cuando el presidente ordenó que el 5 de marzo se enviara al Senado su lista de nominados, y Josiah B. Carson, de Pensilvania, fue inmediatamente confirmado como secretario del Interior³².

Pero sus ojos brillaron aún con más humor cuando pocos días después el presidente le dio una larga lista de unos cuarenta nombres y le pidió que los colocara. Asintió amablemente, observando que podría ser necesario hacer algunas destituciones para ocuparse de esto.

—Oh, bien —dijo el presidente—, supongo que tantas como las que habría tenido que haber en todo caso. Métales en algún lugar.

Incluso él se sintió algo incómodo por esto y, para hacerle justicia, esto fue lo último que se oyó sobre la regla fundamental de su administración. Las destituciones fueron rápidas y furiosas, hasta que toda Indiana quedó satisfecha. Y no había que negar que, por un medio u otro, los amigos de Ratcliffe tuvieron su justa parte del erario público. Tal vez el presidente creyera mejor hacer la vista gorda ante tal uso del patronazgo del Tesoro por el momento, o ya estaba un poco intimidado por su secretario.

El trabajo de Ratcliffe estaba hecho. El público, con ayuda de cierta inteligente intriga, había conducido a sus siervos a las pistas. Incluso al Cantero de Indiana podía enseñársele que sus prejuicios personales debían ceder ante el servicio público. Otra cosa era el perjuicio que el egoísmo, la ambición o la ignorancia de estos hombres pudieran infligir. Tal como estaba el asunto, el presidente era víctima de sus propios planes. Faltaba por ver si algún día el señor Ratcliffe pensaría que valía la pena estrangular a su jefe por cierta intriga del Este, pero había pasado el momento en que el presidente podía hacer uso de la cuerda de arco o el hacha.

Todo esto sucedió mientras la señora Lee se devanaba los sesos sobre su deber y su responsabilidad con Ratcliffe, quien, entretanto, rara vez dejó de acudir a su salón el domingo por la tarde, donde sus derechos estaban ahora tan bien establecidos que nadie presumía disputarle su asiento, a menos que fuera el viejo Jacobi, quien de vez en cuando le recordaba que era falible y mortal. En ocasiones, aunque no a menudo, el señor Ratcliffe llegaba a otras horas, como cuando persuadió a la señora Lee para que estuviera presente en la Inauguración y visitara a la esposa del presidente. Madeleine y Sybil fueron al Capitolio y ocuparon los mejores asientos para ver y oír la Inauguración, tan bien como lo permitía el frío viento de marzo³³. La señora Lee criticó la ceremonia: era de la tierra, telúrica, dijo. Un anciano granjero del Oeste, con anteojos plateados, ropa de tarde nueva y lustrosa, rasgos huesudos y rígido, delgado, de pelo canoso, intentando dirigirse a una gran multitud con las desventajas de un viento cortante y el frío en la cabeza, no era un héroe. La mente de Sybil se perdía en conjeturas sobre si el presidente no moriría pronto de neumonía. Incluso esta experiencia, sin embargo, fue feliz comparada con la de la visita a la esposa del presidente, tras la cual Madeleine decidió dejar en paz a la nueva dinastía en el futuro. La dama, que

era algo corpulenta y de apariencia vulgar, y a quien la señora Lee declaró que no contrataría como cocinera, mostraba cualidades que, vistas a la cruda luz de un trono, parecían poco graciosas. Su antipatía hacia Ratcliffe era más violenta que la de su esposo, e incluso se expresaba más abiertamente, hasta que el presidente quedó desconcertado. Extendió su hostilidad a todo el que se suponía amigo de Ratcliffe, y los periódicos, así como los chismes, habían señalado a la señora Lee como alguien que, por una alianza con Ratcliffe, trataba de suplantarla en la Casa Blanca. De ahí que, cuando fue anunciada la señora Lightfoot Lee y se hizo entrar a las dos hermanas en el salón presidencial, aquella adoptara un aire protector y, en respuesta a la esperanza de Madeleine de que encontrara Washington agradable, insinuara que había muchas cosas en Washington que le parecían terriblemente malas, en especial las mujeres. Y mirando a Sybil, habló de la forma de vestir en esta ciudad, que, según dijo, trataría de hacer lo posible por detener. Había oído que la gente encargaba sus trajes en París, ¡como si América no fuera lo bastante buena para confeccionar su propia ropa! Jacob (todas las primeras damas llaman a sus esposos por su nombre de pila) le había prometido aprobar una ley al respecto. En su ciudad, en Indiana, no se le dirigiría la palabra a una joven vestida de ese modo. Con estas observaciones, hechas con un aire y un temple inconfundibles, Madeleine se exasperó sin medida y dijo que «Washington estaría encantada de ver que el presidente hacía algo respecto a la reforma del vestuario, o de cualquier otro tipo». Y con esta alusión a los discursos reformistas de la campaña presidencial, la señora Lee se dio la vuelta y salió de la habitación, seguida por Sybil, con un ataque de risa reprimida, que no habría tenido de haber visto la cara de su anfitriona cuando se cerró la puerta y la energía con la que movió la cabeza al decir: «¡Y cuidado con que no te reforme a ti, mujerzuela!».

La señora Lee refirió vivamente esta entrevista a Ratcliffe y se rio casi tan convulsivamente como Sybil, aunque aquel trató de apaciguarla diciéndole que los amigos más íntimos del presidente declaraban que su mujer estaba loca y que él mismo era la persona que más miedo le tenía. Pero la señora Lee declaró que el presidente era tan malo como su esposa, que podía darse con un presidente y primera dama igual de buenos en cualquier tienda de la esquina entre los Lagos y el Ohio, y que nada la induciría a aproximarse de

nuevo a esa burda lavandera.

Ratcliffe no intentó cambiar la opinión de la señora Lee. De hecho, sabía mejor que nadie de qué pasta estaban hechos los presidentes y tenía su propia opinión tanto respecto al proceso como a la fábrica que los producía. Nada de cuanto pudiera decir ahora la señora Lee le afectaba. Se sacudió la responsabilidad y ella la notó de pronto en sus propios hombros. Cuando habló indignada de las destituciones al por mayor con que la nueva administración marcaba su acceso al poder, él le contó la historia del principio fundamental del presidente y le preguntó qué querría que hubiera hecho.

—Quería atarme las manos —dijo Ratcliffe— y tener las tuyas libres, y yo acepté la condición. ¿Puedo renunciar ahora por este motivo?

Madeleine se vio obligada a coincidir en que no podía. No tenía modo de saber cuántas destituciones había realizado en su propio interés o hasta qué punto había superado al presidente en su propio juego. Ante ella parecía una víctima y un patriota. Todo paso lo había dado con su aprobación. Ocupaba ahora un cargo para impedir todo el mal que pudiera, no para ser responsable del que ya se había hecho, y le aseguró sinceramente que hombres mucho peores entrarían cuando él saliera, pues el presidente, por cierto, se cuidaría bien de que saliera cuando llegara el momento.

La señora Lee tenía ahora la oportunidad de realizar su plan al venir a Washington, pues ya estaba en el fango de la política y podía ver con toda ventaja cómo chapoteaba la gran maquinaria, salpicando de barro incluso sus limpios vestidos. El propio Ratcliffe, desde que entró en el Tesoro, había empezado a hablar con desprecio del modo como se hacían las leyes y dijo abiertamente que se asombraba de la manera en que se desenvolvía el gobierno. Sin embargo, declaraba que este gobierno en particular era la expresión suprema del pensamiento político. La señora Lee lo miró fijamente y se preguntó si sabría cuál era ese pensamiento. Para ella el gobierno parecía contener menos pensamiento que uno de los vestidos de Sybil, porque si estos, como el gobierno, eran monstruosamente caros, al menos se adaptaban a su propósito, las partes se ajustaban y no eran inconvenientes ni poco manejables.

No había nada muy estimulante en todo esto, pero era mejor que Nueva

York. Al menos le ofrecía algo que mirar y en lo que pensar. Incluso lord Dunbeg le predicaba por horas filantropía práctica. Ratcliffe también se veía obligado a arrastrarse fuera de la rutina de la maquinaria política y a justificar el derecho de admisión en su casa. Allí pronunciaba el señor French largos discursos, hasta que el cuatro de marzo le devolvió a Connecticut y trajo a más de un inteligente miembro del Congreso al salón de la señora Lee. Por debajo de la escoria que flotaba sobre la superficie de la política, Madeleine sentía que había una especie de saludable corriente oceánica de propósitos honrados que barría la escoria y purificaba el conjunto.

Esto bastaba para incitarla. Se reconcilió consigo misma por aceptar la moral ratcliffiana, porque no veía elección. Había aprobado todo paso que le había visto dar. No podía negar que había algún error en un doble rasero de moralidad, pero ¿dónde estaba? Le parecía que el señor Ratcliffe hacía un buen trabajo con los medios que tenía a mano. Debía ser animado, no repudiado. ¿Quién era ella para juzgar?

Otros contemplaban su progreso con menos satisfacción. Uno de ellos era el señor Nathan Gore, porque una tarde llegó con apariencia desairada y, tras sentarse a su lado, dijo que había venido a despedirse y agradecerle lo amable que había sido con él. Iba a dejar Washington a la mañana siguiente. También ella lo lamentó afectuosamente, pero añadió que esperaba que solo se marchara para recoger su pasaje a Madrid.

Él movió la cabeza.

—Voy a recoger mi pasaje —dijo—, pero no a Madrid. Los hados han cortado ese hilo. El presidente no quiere mis servicios y no puedo culparle, porque si nuestra situación fuera la inversa, tampoco yo los querría. Tiene un amigo de Indiana, quien, según me han dicho, quería ser administrador de correos en Indianápolis, pero como esto no convenía a los políticos, le han comprado al precio exorbitante de la embajada española. Y aunque aquel no hubiera existido, no habría tenido oportunidad alguna. El presidente no me da su aprobación. Hace objeciones al corte de mi abrigo, que es desgraciadamente inglés, y también a mi corte de pelo. Me temo que su mujer tiene objeciones contra mí por ser tan feliz como para considerarme amigo suyo.

Madeleine solo pudo reconocer que el caso del señor Gore pintaba mal.

—Pero, al fin y al cabo, —dijo ella—, ¿por qué debería esperarse que los políticos les quieran a ustedes, los caballeros literarios que escriben historia? No se espera de otras clases criminales que quieran a sus jueces.

—No, pero tienen suficiente sentido para temerlos —respondió Gore vengativo—. Ningún político vivo tiene la inteligencia o el arte de defender su propia causa. El océano de la historia está sucio de cadáveres de tales estadistas, muertos y olvidados salvo si un historiador los pesca para ponerlos en la picota.

El señor Gore estaba tan disgustado que, tras esta muestra de extravagancia, se vio obligado a detenerse un momento para recuperarse. Luego siguió:

—Tiene usted toda la razón, y también el presidente. Mis asuntos no han de mezclarse con la política. No es mi lugar. La próxima vez que oiga de mí le prometo que no será como solicitante.

Cambió de tema rápidamente, diciendo que esperaba que la señora Lee fuera de nuevo pronto al norte y que pudieran encontrarse en Newport.

—No lo sé —respondió Madeleine—, la primavera es agradable aquí, y supongo que nos quedaremos hasta que haga más calor.

El señor Gore parecía serio.

—¡Y su política! —dijo—, ¿está satisfecha con lo que ha visto?

—He llegado tan lejos como para no saber distinguir entre correcto e incorrecto. ¿No es ese el primer paso en la política?

El señor Gore no estaba ni para bromas serias. Se le escapó un discurso que sonó como el capítulo de una historia futura:

—Pero, señora Lee, es posible que no vea el camino equivocado en que se encuentra. Si usted quiere saber lo que el mundo está realmente haciendo con buen propósito, pase un invierno en Samarcanda, en Tombuctú, pero no en Washington. Sea un cajero del banco o un oficial impresor, pero no un congresista. Aquí no descubrirá nada más que esfuerzo despilfarrado y torpe intriga.

—¿Le parece una lástima aprender eso? —preguntó Madeleine cuando llegó al final su largo ensayo.

—¡No! —respondió Gore vacilante—, no si lo aprende. Pero muchas personas nunca llegan tan lejos, o solo demasiado tarde. Me alegrará oír que

se ha hecho cargo de esto y ha renunciado a reformar la política. Los españoles tienen un refrán que huele a establo, pero que se aplica a gente como usted y yo: el que lava la cabeza a un burro, pierde jabón y pierde tiempo.

Gore se despidió antes de que Madeleine tuviera tiempo de captar toda la impudencia de este último dicho. Hasta que se fue a la cama no tuvo el súbito resplandor de que el señor Gore se había atrevido a caricaturizarla perdiendo tiempo y jabón en el señor Ratcliffe. Al principio se sintió violentamente airada y luego se rio a pesar de sí misma: había verdad en el retrato. En secreto, además, era la menos ofendida, porque pensó en parte que solo había dependido de ella hacer del señor Gore algo más que un amigo. Si hubiera escuchado sus palabras de despedida a Carrington, habría tenido más motivos para pensar que algunos celos por el éxito de Ratcliffe afilaban el dardo de la enemistad de Gore.

—¡Cuídese de Ratcliffe! —fue su adiós—, es un perro listo. Ha puesto su mira en la señora Lee. ¡Procure que no se la lleve!

Un poco sobresaltado por esta repentina confidencia, Carrington solo pudo preguntar qué podía hacer para impedirlo.

—Gato con guantes no caza ratones —respondió Gore, que siempre tenía a mano un refrán español. Carrington, tras una dolorosa reflexión, solo pudo suponer que quería que los enemigos de Ratcliffe mostraran sus garras. Pero ¿cómo?

No mucho después, la señora Lee habló con Ratcliffe de su pena por la decepción de Gore y le insinuó su disgusto. Ratcliffe respondió que había hecho lo que había podido por Gore y que le había presentado al presidente, quien, tras verle, había lanzado su habitual juramento granítico sobre que enviaría antes a España al criado negro de su granja que a ese sombrerero.

—Usted conoce mi posición —añadió Ratcliffe—, ¿qué más podía hacer?

Y el reproche implícito de la señora Lee quedó silenciado.

Si Gore quedó poco satisfecho con la conducta de Ratcliffe, menos aún quedó el pobre Schneidekoupon. Había vuelto de nuevo a Washington poco después de la Inauguración y mantenido una entrevista con el secretario del Tesoro. Lo que pasó entonces solo ellos lo supieron, pero, sea lo que fuere, el humor de Schneidekoupon no mejoró a continuación. Por sus conversaciones

con Sybil, parecía que había alguna cuestión sobre nombramientos en que estaban interesados sus amigos proteccionistas, y habló abiertamente sobre la falta de buena fe de Ratcliffe y cómo había prometido todo a todos y no había mantenido ni una sola promesa; si hubiera aceptado el consejo de Schneidekoupon, no habría pasado esto. La señora Lee le dijo a Ratcliffe que Schneidekoupon parecía enfadado y le preguntó la razón. Él solo se rio y evitó la cuestión, diciendo que este tipo de ganado siempre se quejaba a menos que se le permitiera llevar todo el gobierno. Schneidekoupon no tenía motivo de queja, nadie le había prometido nada. Sin embargo, Schneidekoupon le confió a Sybil su antipatía hacia Ratcliffe y le suplicó solemnemente que no dejara que la señora Lee cayera en sus manos, a lo que Sybil respondió agriamente que solo deseaba que el señor Schneidekoupon le dijera cómo evitarlo.

El reformador French había sido también uno de los partidarios de Ratcliffe en su lucha por el Tesoro. Se quedó en Washington unos días tras la Inauguración y luego desapareció, dejando tarjetas con P. P. C.³⁴ en la esquina, en la puerta de la señora Lee. Los rumores decían que también él estaba decepcionado, pero había seguido su propio consejo, y si realmente había querido la embajada de Bélgica, se contentó con esperarla. Obtuvo la plaza un respetable propietario de diligencias de Oregón.

En cuanto a Jacobi, que no estaba decepcionado y que no tenía nada que pedir, fue el más amargo de todos. Ofreció formalmente su enhorabuena a Ratcliffe por su nombramiento. Esta escenita ocurrió en el salón de la señora Lee. El viejo barón, con su manera más suave y su mirada de reojo más volteriana, dijo que, con toda su experiencia, y había visto muchas intrigas palaciegas, no conocía nada mejor manejado que aquella en torno al Tesoro. Ratcliffe montó en cólera y dijo al barón sin rodeos que los embajadores extranjeros que insultaban a los gobiernos para los que habían sido acreditados corrían el riesgo de ser devueltos a su casa.

—*Ce serait toujours un pis aller* —dijo Jacobi sentándose con calma en la silla favorita de Ratcliffe, al lado de la señora Lee.

Madeleine, alarmada como estaba, no pudo evitar interponerse y preguntó apresurada si ese comentario era traducible.

—Ah, su lengua no me sirve —dijo el barón—. Solo digo que se trataría

de elegir entre dos males, irse o quedarse.

—Podría traducirse diciendo que al que se va lejos puede irle peor — respondió Madeleine. Así amainó la tormenta, y Ratcliffe, malhumorado, dejó estar el asunto. Sin embargo, los dos hombres nunca se encontraban en el salón de la señora Lee sin que ella temiera un altercado personal. Poco a poco, entre los sarcasmos de Jacobi y la aspereza de Ratcliffe, casi dejaron de hablarse, y se miraban como perros peleones. Madeleine se veía llevada a todo tipo de medidas para mantener la paz, pero, al mismo tiempo, no podía sino divertirse mucho con su comportamiento y, como su odio mutuo solo estimulaba la devoción que sentían por ella, estaba contenta con mantener un sereno equilibrio entre ellos.

No eran estas todas las incómodas consecuencias de las atenciones de Ratcliffe. Ahora que se le reconocía distintamente como amigo íntimo de la señora Lee, y acaso su futuro esposo, nadie se atrevía ya a atacarle en su presencia, pero, con todo, ella era consciente de mil maneras de que la atmósfera se volvía cada vez más densa bajo la sombra del secretario del Tesoro. A su pesar se sentía a veces molesta, como si la conspiración estuviera en el aire. Una tarde de marzo estaba sentada junto al fuego, con una revista inglesa en la mano, intentando leer el último «Simposio sobre las simpatías de la Condena Eterna»³⁵, cuando un criado le trajo una tarjeta, y la señora Lee apenas tuvo tiempo de leer el nombre de la señora de Samuel Baker cuando vio que aquella dama había seguido al criado hasta la habitación, forzando la contraseña de forma tan efectiva que por una vez Madeleine quedó por completo desconcertada. Adoptó una actitud de frialdad ante tal intromisión, pero, en este caso, como diría Carrington, trató de sonreír cortésmente y pidió a su visitante que se sentara, lo que la señora Baker había hecho por anticipado, dejando muy pronto a su anfitriona a su merced. Vista sin el velo, era una mujer ostentosa que rozaba los cuarenta, grande, alta, vestida llamativamente aun para el duelo, con una complexión más fresca que la suya natural. Había cierta genialidad en sus modales, con sabor a las sueltas maneras washingtonianas, con sonrisa aromática y rico acento sureño, que explicaba en el acto su éxito en el cabildeo. Se la veía dueña de sí, mostrando su aprobación hacia el entorno de la señora Lee con una cordialidad tan diferente de las tacañas alabanzas del Norte que

Madeleine se sintió más satisfecha que ofendida. Sin embargo, cuando su mirada se posó en el Corot, el único orgullo de Madeleine, quedó evidentemente desconcertada, y recurrió a las gafas, con el fin, al parecer, de ganar tiempo para pensar. Pero ni siquiera la obra maestra de Corot podía confundirla:

—¡Qué hermoso! Japonés, ¿no? Algas a través de la niebla. Ayer fui a una subasta y, ¿sabe?, compré una tetera con una pintura como esa.

Madeleine preguntó con gran interés por la subasta, pero, tras saber todo lo que la señora Baker tenía que contar, se vio en el punto de quedar reducida al silencio, cuando se acordó de mencionar a Carrington. La señora Baker brilló al instante, si podía hablarse de brillo donde no había señal de oscuridad:

—¡El querido señor Carrington! ¿No le parece dulce? Opino que es un hombre delicioso. No sé lo que haría sin él. Desde que el pobre señor Baker me dejó, hemos estado juntos todo el tiempo. Usted sabe que mi pobre esposo ordenó quemar todos sus papeles y, aunque no lo diría de no ser amiga del señor Carrington, creo que lo hizo por ciertas personas. No podría decirle qué cantidad de papeles hemos quemado el señor Carrington y yo, y también los hemos leído todos.

Madeleine preguntó si no había sido una tarea pesada.

—¡Oh no, querida! Verá, yo lo conocía todo, y le iba contando al señor Carrington la historia de cada documento. Fue bastante entretenido, se lo aseguro.

La señora Lee dijo entonces osada que el señor Carrington le había transmitido la idea de que la señora Baker era una muy hábil diplomática.

—¡Diplomática! —se hizo eco la viuda con su risa genial—. ¡Bueno, tan bueno es eso como cualquier cosa, pero no hay tantas esposas de diplomáticos que hagan en esta ciudad tanto trabajo como yo solía hacer. Conocía íntimamente a la mitad de los miembros del Congreso, y a todos de vista. Sabía de dónde venían y lo que más les gustaba. Podía convencer a la mayoría, antes o después.

La señora Lee preguntó qué hacía con todo ese conocimiento. La señora Baker movió su rostro blanquirrosado y casi paralizó a su vecina con una especie de guiño de Gran Duquesa:

—¡Oh, querida mía!, usted es nueva aquí. Si hubiera visto Washington durante la guerra y pocos años después, no preguntaría eso. Teníamos más negocios congresuales que todas las demás agencias juntas. Todos venían entonces a nosotros para que se aprobara su decreto o se vigilara su apropiación. Trabajábamos duro todo el tiempo. Ya ve, no se puede dar cuenta de trescientos hombres sin alguna molestia. Mi esposo solía hacer listas con ellos en libros con una historia de cada uno y de cuanto podía saber sobre él, pero yo lo llevaba todo en mi cabeza.

—¿Quiere decir que podían lograr que votaran como ustedes quisieran? —preguntó Madeleine.

—¡Bueno, se aprobaban nuestras leyes! —respondió la señora Baker.

—Pero ¿cómo lo hicieron? ¿Aceptaron sobornos?

—Algunos sí. A otros les gustaban las cenas y las cartas y el teatro y todo tipo de cosas. Unos podían ser llevados y a otros hubo que llevarlos, como al cerdo de Paddy, que pensaba ir en sentido contrario. Unos tenían esposas que podían hablar con ellos; otros... no —dijo la señora Baker con una curiosa entonación en su abrupto final.

—Pero a buen seguro —dijo la señora Lee— muchos habrán estado por encima de eso, quiero decir, no tendrían nada con lo que ser manejados.

La señora Baker rio alegremente y observó que estos eran muchísimos.

—Pero no puedo comprender cómo lo hicieron —insistió Madeleine—, ¿cómo se las habrían arreglado para hacerse con el voto de un senador respetable, de un hombre como el señor Ratcliffe, por ejemplo?

—¡Ratcliffe! —repitió la señora Baker con una voz algo elevada que dio paso a una risa indulgente—. Oh, querida, no diga nombres. Me vería en apuros. El senador Ratcliffe era un buen amigo de mi esposo. Supongo que el señor Carrington se lo habrá dicho. Pero, verá, lo que queríamos, por lo general, era bastante correcto. Teníamos que saber dónde se encontraban nuestras leyes y coger del codo a las personas para que las presentaran a tiempo. A veces debíamos convencerlas de su bondad y de que tenían que votar por ellas. Solo de vez en cuando, cuando había mucho dinero en juego y la votación era reñida, debíamos saber qué votos valían la pena. Sobre todo en comidas y charlas, haciendo entrar en el grupo a los congresistas o invitándolos a cenar. Quisiera contarle cosas que he visto, pero no me atrevo.

No estaría a salvo. Ya le he dicho más que a nadie, pero está usted tan próxima al señor Carrington que siempre la he considerado una vieja amiga.

Así, la señora Baker siguió murmurando, mientras la señora Lee escuchaba con creciente duda y disgusto. La mujer era ostentosa, atractiva a su modo grosero, y perfectamente presentable. La señora Lee había visto a duquesas tan vulgares como ella. Sabía más sobre el funcionamiento práctico del gobierno de lo que la señora Lee podía esperar conocer. ¿Por qué, pues, apartarse de esta interesante cabildera con tan pueril repulsión?

Cuando, después de un buen rato y, según dijo, de una visita de lo más encantadora, la señora Baker se marchó a algún lugar y Madeleine dio la orden estricta de que no se la admitiera de nuevo, Carrington entró, y Madeleine le mostró la tarjeta de la señora Baker y le hizo un vivo relato de la entrevista.

—¿Qué he de hacer con esa mujer? —preguntó—, ¿debo devolver su tarjeta?

Carrington declinó aconsejar nada sobre este interesante punto.

—Y dice que el señor Ratcliffe era amigo de su esposo y que usted podía hablarme de ello.

—¿Eso dijo? —comentó vagamente Carrington.

—¡Sí!, y que conocía el punto débil de cada uno y podía conseguir sus votos.

Carrington no mostró sorpresa y prefirió de manera tan evidente cambiar de tema que la señora Lee desistió y no dijo más.

Pero decidió hacer el mismo experimento con el señor Ratcliffe y eligió la próxima vez que se presentara. De la manera más indiferente, observó que la señora de Sam Baker la había visitado y le había iniciado en los misterios del cabildeo hasta hacerla ambicionar comenzar esa carrera.

—Dijo que usted era amigo de su esposo —añadió suavemente Madeleine.

El rostro de Ratcliffe no reveló nada.

—Si cree lo que esas personas le cuentan —dijo secamente—, se hará más sabia que la reina de Saba.

[32](#) Adams recuerda la lucha del presidente Hayes con el senador por Indiana Oliver Morton, al que trató de inmovilizar tentándole con un cargo. Morton declinó, envió su lista de candidatos al presidente e hizo valer su criterio.

[33](#) La Inauguración se celebraba en marzo, hasta que fue cambiada al 20 de enero por la Vigésima Enmienda en 1933.

[34](#) *Pour Prendre Congé*, fórmula de despedida.

[35](#) Se trata de «Future Punishment: the Present State of the Question», un artículo publicado en la *Contemporary Review* en 1878.

CAPÍTULO IX

CUANDO un hombre llega a lo más alto de la escalera política, sus enemigos se unen para derribarle. Sus amigos se vuelven críticos y exigentes. Entre los muchos peligros de este tipo que ahora amenazaban a Ratcliffe había uno que, de haberlo sabido, le habría molestado más que ninguno de aquellos que eran obra de senadores y congresistas. Carrington entró en una alianza, ofensiva y defensiva, con Sybil. Ocurrió de esta manera. A Sybil le encantaba montar a caballo y, en ocasiones, cuando Carrington tenía tiempo, la acompañaba como guía y protector en esas excursiones campestres, porque todo virginiano, por desherrapado que esté, tiene un caballo, como tiene zapatos o una camisa. En un momento irreflexivo, Carrington se vio en la tesitura de prometerle a Sybil que la llevaría a Arlington. No se daría prisa en cumplir esa promesa, porque había razones que hacían la visita a Arlington cualquier cosa salvo un placer para él, pero Sybil no atendió a excusas, de modo que una encantadora mañana de marzo, cuando los arbustos y los árboles de la plaza frente a la casa acababan de comenzar a mostrar señales bajo el cálido sol de su venidera exuberancia, Sybil permanecía junto a la ventana abierta esperándole, mientras su nuevo caballo de Kentucky, ante la puerta, demostraba lo que pensaba del retraso curvando la cerviz, sacudiendo la cabeza y pateando el pavimento. Carrington llegaba tarde, y la hizo esperar tanto que la reseda y los geranios que adornaban la ventana sufrían por su lentitud y las borlas de la cortina daban señales de un perjuicio deliberado. Sin embargo, al fin llegó, y se pusieron en camino juntos, eligiendo las calles menos atestadas de coches y carros, hasta que se deslizaron por la gran metrópolis de Georgetown y alcanzaron el puente que cruza el noble río justo donde sus osadas orillas de abren para apretar la ciudad de Washington en su natural abrazo. Luego, tras llegar al lado de Virginia, galoparon alegremente por la carretera flanqueada de laureles, con vislumbres de desfiladeros boscosos, cada uno con su saltarina corriente, rica en promesas de flores de

verano, mientras captaban fugaces destellos gloriosos de la lejana ciudad y el río. Pasaron por la pequeña estación militar en la cumbre, dignificada aún con el nombre de fuerte, aunque Sybil se preguntó silenciosamente cómo era posible un fuerte sin fortificaciones, y se quejó de que su apariencia no fuera más belicosa que la de una «guardería de postes telegráficos». El día era azul y dorado, todo sonreía y destellaba en la lozana frescura de la mañana. Sybil estaba eufórica, y no le agradaba en absoluto descubrir que su compañero se volvía malhumorado y abstraído mientras marchaban. «Pobre señor Carrington —pensó—, es tan amable. Pero cuando adopta ese aire solemne más le valdría a una irse a dormir. Estoy segura de que ninguna mujer linda se casará con él mientras sea así». Y su mente práctica examinó a todas las muchachas que conocía en busca de una que pudiera emparejarse con el melancólico rostro de Carrington. Conocía su devoción por su hermana, pero hacía mucho que había rechazado esa desesperada opción. Había una sencillez en el modo en que Sybil trataba la vida que tenía su propio encanto. Nunca se inquietaba por lo imposible o lo impensable. Tenía sentimientos y era muy rápida en sus simpatías y penas, pero se mostraba igualmente rápida al pasar sobre ellas y esperaba que otras personas hicieran lo mismo. Madeleine diseccionaba sus propios sentimientos y siempre se estaba preguntando si eran reales o no; tenía el hábito de quitarse su ropa mental como si se tratara de un vestido y mirarla como perteneciente a otro, como si las sensaciones estuvieran manufacturadas. Esta parece ser una de las maneras más cómodas de amortiguar la pena, como si la mente pudiera enseñarse a sí misma a podar sus antenas. A Sybil, en particular, le disgustaba el autoanálisis. En primer lugar, no lo comprendía y, en segundo lugar, su mente era toda antenas, y la amputación sería la muerte. No podía analizar un sentimiento más que dudar de su existencia; ambos eran hábitos de su hermana.

¿Cómo iba a saber Sybil lo que estaba pasando por la mente de Carrington? No pensaba en nada en lo que ella se creyera interesada. Estaba aturdido por recuerdos de la guerra civil, y por asociaciones aún anteriores, pertenecientes a una época que desaparecía o ya desaparecida. Pero ¿qué podía saber de la guerra civil quien había sido por entonces casi una niña? En este momento se sintió interesada en la batalla de Waterloo, porque estaba leyendo *La feria de*

las vanidades y había llorado como debía por la pobre Emma cuando su esposo, George Osborne, yacía muerto en el campo de batalla con una bala en el corazón. Pero ¿cómo podía saber que aquí, solo unos pocos metros por delante de ella, yacían docenas y cientos de George Osborne, o mejores que él, y en sus tumbas el amor y la esperanza de muchas Emmys, no criaturas imaginarias, sino de carne y hueso, como ella? Para Sybil nada habrían significado esas asociaciones que hacían gemir a Carrington en el silencio de sus pensamientos, a menos que él hubiera sido el viejo Kaspar y ella la pequeña Wilhelmine³⁶. ¿Qué le decía una calavera más o menos? ¿Qué le importaba la famosa victoria?

Sin embargo, incluso Sybil se asombró al atravesar la entrada y ver frente a sí de pronto las largas hileras de lápidas que subían y bajaban las lomas a miles, en orden de batalla, como si Cadmo hubiera invertido su mito y plantado hombres vivos para que surgieran dientes de dragón. Tiró de las riendas de su caballo con un estremecimiento y unas súbitas ganas de llorar. Allí había algo nuevo para ella. Esto era la guerra: heridas, enfermedad, muerte. Bajó la voz y, con un semblante casi tan serio como el de Carrington, preguntó qué significaban todas estas tumbas. Cuando Carrington se lo dijo, comenzó por vez primera a entrever por qué su cara no estaba tan alegre como la suya. Ni siquiera ahora tenía una idea muy precisa, porque habló poco de sí mismo, pero al menos ella captó el hecho de que él, año tras año, había empuñado las armas contra estos hombres que yacían a sus pies y que habían dado su vida por su causa. De pronto se le ocurrió pensar que tal vez hubiera matado a uno de ellos con sus propias manos. Esta idea le causó una extraña impresión. Sintió que Carrington estaba más lejos de ella. Ganó dignidad en su aislamiento rebelde. Quería preguntarle cómo podía haber sido un traidor, pero no se atrevió. ¡Carrington, un traidor! ¡Carrington matando a sus amigos! La idea era inabarcable. Retrocedió a la más sencilla tarea de preguntarse qué aspecto habría tenido con su uniforme rebelde.

Cabalaron despacio hasta la puerta de la casa y desmontaron, salvada la dificultad de dar con un hombre que se ocupara de sus caballos. Desde el pesado pórtico de ladrillo miraron sobre el soberbio río hasta la tosca e incoherente fealdad de la ciudad, idealizada en una belleza soñadora por la atmósfera, y el suave trasfondo de las colinas purpúreas. Frente a ellos, con

su crudo «así dice la ley» grabado en la blanca cúpula y sus muros de fortaleza, se alzaba el Capitolio. Carrington estuvo a su lado mientras contemplaron la vista, luego dijo que prefería no entrar en la casa y se sentó en los escalones mientras ella recorría las habitaciones. Estaban desnudas y oscuras, de modo que, con su sentido femenino de la conveniencia, consideró al instante lo que haría para hacerlas habitables. Tenía una imaginación clara para el mobiliario, y distribuyó los tonos y semitonos y toques de color libremente por los muros y el techo, con una silla de respaldo alto aquí, un sofá de patas de huso allá, y una mesa con pie de garra en el centro, hasta que su mirada recayó en un sucio escritorio en que había un libro abierto, con un tintero y varias plumas. Leyó la última entrada de la página: «Eli M. Grow y señora, Thermopyle Centre». Ni siquiera las tumbas del exterior habían hecho tan patentes los horrores de la guerra. ¡Menudo azote! Esta respetable familia sacada de su encantadora casa, y todos los lindos muebles antiguos barridos ante una horda de groseros invasores «con señoras». ¿Anotaron las huestes de Atila sus nombres en libros de visita en el templo de Vesta y la casa de Salustio? ¡Qué nuevo terror habrían añadido al nombre del azote de Dios! Sybil volvió al pórtico y se sentó junto a Carrington en los escalones.

—¡Qué horriblemente triste! —dijo ella—. Supongo que la casa estaba bien amueblada cuando los Lee vivieron aquí. ¿Llegó usted a verla?

Sybil no era muy profunda, pero sentía simpatía, y en este momento Carrington necesitaba amargamente consuelo. Necesitaba compartir sus sentimientos, y se volvió hacia el afán de compañerismo de Sybil.

—Los Lee eran viejos amigos de mi familia —dijo—. Solía estar aquí de pequeño, incluso hasta la primavera de 1861. La última vez que me senté aquí estaba con ellos. Nos enfurecía la desunión y no hablábamos de nada más. Trato de recordar lo que se decía entonces. Nunca pensamos que fuera a haber una guerra y, en cuanto a la coerción, no tenía sentido. ¿Coerción, de veras? La idea era ridícula. Yo también lo creí así, si bien era un hombre de la Unión y no quería que el Estado la abandonara. Aunque estuve seguro de que Virginia debía sufrir, nunca pensé que pudiéramos ser derrotados. Sin embargo, ahora estoy sentado aquí como un rebelde indultado, y los pobres Lee han sido alejados y su terreno es un cementerio.

Sybil se quedó absorta con los Lee y le hizo muchas preguntas a

Carrington, que contestó cordialmente. Le dijo cómo había admirado y seguido al general Lee durante la guerra.

—Pensamos que iba a ser nuestro Washington, ya sabe. Tal vez él tuviera esa idea de sí mismo.

Luego, cuando Sybil quiso oír sobre las batallas y la lucha, él desplegó un áspero mapa en el sendero de grava para mostrarle cómo marcharon las líneas, solo a unas pocas millas. Luego le contó cómo había llevado su mosquete día tras día por todo el territorio, y dónde había visto sus batallas. Sybil lo aprendió todo. La historia le llegaba con toda la animación de la vida real, porque aquí, bajo su mirada, estaban las tumbas de sus propios campeones, y a su lado había un rebelde que había soportado nuestro fuego en Malvern Hill y en South Mountain, y que le contaba qué aspecto tenían los hombres y qué pensaban al enfrentarse a la muerte. Escuchó con atónito interés y, al fin, reunió el valor para preguntarle con tono atemorizado si Carrington había matado a alguien alguna vez. Se sintió aliviada, aunque algo decepcionada, cuando le dijo que creía que no; esperaba que no, aunque ningún soldado que haya disparado un mosquete en una batalla pueda estar seguro de dónde fuera la bala.

—Nunca intenté matar a nadie —dijo—, aunque trataban de matarme sin cesar.

Entonces Sybil le pidió que le contara cómo lo había pasado, y le refirió una o dos experiencias, como las de la mayoría de soldados, cuando le habían disparado y las balas habían desgarrado su ropa o le habían hecho sangrar. La pobre Sybil estaba muerta de miedo y descubrió una mortal fascinación en el horror. Mientras estuvieron sentados en los escalones frente a la gloriosa vista ante sí, su atención estaba tan fija en su historia que no vio la vista ni los coches de turistas que subían, miraban alrededor y se marchaban, envidiando a Carrington su ocupación con la encantadora muchacha. En su imaginación, Sybil descendía con él por el valle de Virginia pisando los talones a nuestro ejército en retirada, o volvía dificultosa y tristemente al Potomac tras los sangrientos días en Gettysburg, o contemplaba la última gran *debâcle* en la carretera de Richmond a Appomattox. Habrían estado allí sentados hasta el anochecer si Carrington no hubiera insistido al fin en que debían irse, cuando ella se levantó lentamente con un hondo suspiro y una pena no disimulada.

Mientras cabalgaban, Carrington, cuyos pensamientos no estaban dedicados a su compañera tan por completo como debieran, se atrevió a decir que hubiera querido que su hermana viniera con ellos, pero vio que la sugerencia no fue bien recibida.

Sybil rechazó enfáticamente la idea:

—Me alegra mucho que no viniera. Si lo hubiera hecho, habría usted hablado con ella todo el tiempo y yo hubiera tenido que entretenerme por mi cuenta. Habrían estado discutiendo cosas, y yo odio las discusiones. Madeleine habría ido a la caza de primeros principios y usted hubiera salido tras ellos, tratando de agarrar alguno para ella. Además, algún domingo vendrá con ese cansino señor Ratcliffe. No entiendo lo que descubre en ese hombre para divertirse. Su gusto va a quedar desmoralizado en Washington. ¿Sabe, señor Carrington?, yo no soy muy lista o seria, como Madeleine, y no soporto leer leyes, y odio la política, pero tengo más sentido común que ella, y este me obliga a oponerme a ella. Comprendo ahora por qué las jóvenes viudas son peligrosas y por qué las queman en los funerales de sus esposos en la India. No es que quiera que quemen a Madeleine, porque es una criatura amable, buena, y la quiero más que a nada en el mundo, pero a buen seguro cometerá algún temible error uno de estos días. Tiene las nociones más extravagantes sobre el sacrificio de sí misma y el deber. Si por fortuna no hubiera pensado en hacerse cargo de mí, hace mucho que habría hecho algo horrible, y si yo pudiera ser algo peor, ella sería muy feliz en resto de su vida reformándose. Pero ahora se ha aferrado a ese señor Ratcliffe y él está intentando hacerla creer que puede reformarle, y si lo logra, todo habrá acabado para nosotras. Madeleine irá y romperá su corazón sobre ese bruto odioso, grande, basto, que solo quiere su dinero.

Sybil pronunció esta breve alocución con una energía que llegó al corazón de Carrington. No solía hacer esfuerzos tan sostenidos, y estaba claro que sobre este tema su mente estaba agotada. Carrington estaba encantado y la urgió a continuar:

—Me disgusta el señor Ratcliffe tanto como a usted, tal vez más. Lo mismo le pasa a quien lo conoce bastante. Pero las cosas solo empeorarán si intervenimos. ¿Qué podemos hacer?

—Eso es lo que les digo a todos —siguió Sybil—. Victoria Dare siempre

me dice que debería hacer algo, y también el señor Schneidekoupon, como si estuviera en mi mano. Aquí Madeleine solo ha cometido errores. La mitad de la gente cree que es mundana y ambiciosa. Anoche esa vieja viperina, la señora Clinton, me dijo: «Washington ha echado a perder a su hermana. Está más ansiosa de poder que ningún ser humano que haya visto». Me enfadé terriblemente y le dije que estaba completamente equivocada. Madeleine no se ha echado a perder en lo más mínimo, pero no pude decirle que no quisiera el poder, porque lo quiere, aunque no de la manera que da a entender la señora Clinton. Tendría que haberla visto la otra noche cuando el señor Ratcliffe dijo, sobre un asunto de negocio público, que haría lo que ella considerara correcto; habló con una brusquedad extraña en ella, con una risita despectiva, y dijo que mejor sería que hiciera lo que *él* considerara correcto. Por un momento aquel pareció casi enojarse y farfulló algo sobre lo incomprensibles que son las mujeres. Siempre está intentando tentarla con poder. Hace tiempo que podría haber tenido todo el poder que él pudiera darle, pero yo veo, como él también, que siempre lo mantiene a distancia. A él no le gusta, pero espera descubrir uno de estos días un soborno que funcione. Quisiera que no hubiéramos venido a Washington. Nueva York es mucho más bonito y allí la gente es mucho más divertida; bailan mucho mejor y envían flores todo el tiempo, y nunca hablan de primeros principios. Maude tenía sus hospitales y pobres y escuelas, y todo iba muy bien. Resultaba todo tan seguro. Pero cuando se lo digo, solo sonrío de un modo protector y me dice que tendré tanto de Newport como quiera, como si fuera una niña y no una mujer de veinticinco años. ¡Pobre Maude, no podré quedarme con ella si se casa con el señor Ratcliffe, y me rompería el corazón dejarla con ese hombre! ¿Cree que le pegaría? ¿Bebe? Si me importara un hombre, casi preferiría que me pegara un poco antes que llevarme a Peonia. ¡Oh, señor Carrington, es usted nuestra única esperanza! Ella le escuchará. No deje que se case con ese temible político.

A toda esta patética apelación, algunas partes de la cual estaban tan poco pensadas para agradar a Carrington como al propio Ratcliffe, Carrington respondió que estaba dispuesto a hacer lo que estuviera a su alcance, pero que Sybil debía decirle cuándo y cómo actuar.

—Entonces, ¡trato hecho! —dijo ella—. Si lo necesito, le pediré su ayuda,

y usted impedirá el matrimonio.

—Alianza ofensiva y defensiva —dijo él riendo—, guerra a cuchillo con Ratcliffe. Si es necesario, tendremos que escaldarle, pero creo que antes se hará el *harakiri* si le dejamos solo.

—A Madeleine le gustará más si hace algo japonés —respondió Sybil con seriedad—. Me gustaría que hubiera aquí más baratijas japonesas, o algún tipo de viejas cazuelas o sartenes de las que hablar. Un poco de arte le vendría bien. ¡Qué extraño lugar es este, y cómo anda de cabeza la gente! Nadie piensa como otro. Victoria Dare dice que está intentando por principio no ser buena, porque quiere reservar algunos nuevos estímulos para el mundo venidero. Estoy segura de que predica con el ejemplo. ¿La vio anoche en casa de la señora Clinton? Se portó de una manera más escandalosa que nunca, como un remilgado gato amarillo con dos ramos en las garras, y sé que lord Dunbeg le envió uno de ellos, y realmente dejó que el señor French le diera helado con una cuchara. Dice que estaba mostrando a lord Dunbeg una fase, y que él va a ponerlo en su artículo sobre los modales y costumbres americanas en el *Quarterly*, pero no creo que quede bien, ¿y usted, señor Carrington? Me gustaría que Madeleine cuidara de ella. Le aseguro que tendría bastante que hacer.

Y así, charlando despacio, la señorita Sybil regresó a la ciudad, habiendo completado su alianza con Carrington, y un hecho singular es que no volvió a llamarlo aburrido. En adelante su rostro adoptó una mirada de placer y cordialidad más positiva cuando aquel aparecía donde ella estuviera. La siguiente vez en que sugirió una excursión a caballo aceptó al instante, aunque fuera consciente de que había prometido estar en casa esa tarde a un joven caballero del cuerpo diplomático, un buen muchacho que se alejó de su puerta lanzando juramentos políglotas.

El señor Ratcliffe no sabía nada de esta conspiración contra su paz y proyectos. Aunque lo hubiera sabido, solo se habría reído mientras seguía su camino sin pensar de nuevo en ello. Sin embargo, era cierto que no creía que la enemistad de Carrington hubiera de omitirse, y había comenzado a tomar precauciones desde el momento en que aquel obtuvo una pista contra su causa. Incluso en medio de la pelea por el Tesoro había encontrado tiempo para escuchar el informe del señor Wilson Keen sobre los asuntos del difunto

Samuel Baker. El señor Keen vino con una copia del testamento y con memoranda de observaciones hechas por la confiada señora Baker, «por lo que parece —dijo— que Baker, al no tener tiempo de poner en orden sus asuntos, dejó órdenes especiales para que sus ejecutores destruyeran cuidadosamente todos los papeles que pudieran ser comprometedores para ciertos individuos».

—¿Cómo se llama el ejecutor? —interrumpió Ratcliffe.

—El nombre del ejecutor es... John Carrington —dijo Keen, refiriéndose metódicamente a su copia del testamento.

El rostro de Ratcliffe quedó impasible, pero el inevitable «lo sabía» casi afloró a sus labios. Estaba bastante satisfecho del instinto que le había llevado tan directo a la pista buena.

Keen siguió diciendo que, por la conversación con la señora Baker, era seguro que las órdenes del testador se habían llevado a cabo y que la mayor parte de esos papeles habían sido quemados.

—Entonces será inútil seguir investigando —dijo Ratcliffe—. Le estoy muy agradecido por su ayuda.

Y desvió la conversación hacia el estado de la oficina del señor Keen en el departamento del Tesoro.

La siguiente ocasión en que Ratcliffe vio a la señora Lee, tras la confirmación de su nombramiento para el Tesoro, le preguntó si no pensaba a Carrington muy adecuado para el servicio público, y cuando ella asintió entusiasmada, le dijo que se le había ocurrido ofrecerle el puesto de procurador del Tesoro, porque, si bien el salario pudiera no ser muy superior a sus ingresos privados, las ventajas incidentales para un abogado de Washington serían considerables, y para el secretario era especialmente necesario tener un procurador en quien poder tener plena confianza. A la señora Lee le agradó mucho esta moción de Ratcliffe, más aún porque suponía que le desagradaba Carrington. Dudaba de si este aceptaría el puesto, pero esperaba que pudiera modificar su disgusto por Ratcliffe, y estuvo de acuerdo en sondearle al respecto. Había algo un poco comprometedor en permitirse aparecer así como la dispensadora del patronazgo de Ratcliffe, pero desechó esta objeción con el argumento de que esto afectaba a los intereses de Carrington, y de que era él quien debía juzgar si aceptaba el

puesto o no. Tal vez el mundo no se mostrara tan caritativo si se hacía el nombramiento. ¿Y qué? La señora Lee se planteó la cuestión y no se sintió cómoda.

En lo que concernía a Carrington, podría haber desechado sus dudas. No había posibilidad de que aceptara el puesto, como supo muy pronto. Cuando le habló del tema, y le repitió lo que Ratcliffe había dicho, su rostro enrojeció y se sentó durante unos momentos en silencio. Nunca pensaba muy deprisa, pero ahora las ideas parecían venir tan rápidas como para desconcertarle. La situación destelló ante sus ojos como chispas eléctricas. Su primera impresión fue que Ratcliffe quería comprarle, atarle la lengua, hacerle correr, como perro en trailla, tras la carreta de la secretaría del Tesoro. A continuación pensó que Ratcliffe quería crearle obligaciones a la señora Lee para ganar su consideración y, de nuevo, que quería elevarse en su estima al figurar como amigo de la administración honrada y la virtud autónoma. Luego se le ocurrió de repente que el esquema era hacerle parecer celoso y vengativo, colocarle en una tesitura en que cualquiera que fuera la razón dada para rechazarlo parecería mezquina y tendería a separarle de la señora Lee. Carrington estaba tan absorto en estos pensamientos, y su mente trabajaba tan despacio, que dejó de oír uno o dos comentarios hechos por la señora Lee, la cual se alarmó un poco bajo la impresión de que estaba inesperadamente paralizado.

Cuando al final la oyó y trató de urdir una respuesta, creció su desconcierto. Solo pudo farfullar que sentía verse obligado a rechazarlo, pero se trataba de un cargo que no podía asumir.

Si Madeleine se sintió algo aliviada por esta decisión, no lo demostró. Por su actitud podría haberse supuesto que su deseo más querido hubiera sido que Carrington fuera procurador del Tesoro. Le repreguntó con obstinación. ¿No era buena la oferta? Estuvo obligado a confesar que lo era. ¿No podría cumplir con sus deberes? ¡Por descontado! Nada había en ellos que le alarmara. ¿Objetaba a causa de sus prejuicios sureños contra la administración? ¡Oh, no, ningún sentir político se cruzaba en su camino! ¿Cuál podía ser, entonces, su razón para rehusar?

Carrington recurrió de nuevo al silencio, hasta que la señora Lee, un poco impaciente, le preguntó si era posible que su disgusto personal por Ratcliffe pudiera cegarle hasta el punto de rechazar una proposición tan buena.

Carrington, al sentirse cada vez más incómodo, se levantó inquieto de la silla y recorrió la habitación. Sintió que la estrategia de Ratcliffe le había superado y que no sabía qué carta podía jugar para no dejarse llevar directamente a su triunfo. Rechazar tal oferta era, en todo caso, bastante duro para un hombre como él, que necesitaba dinero y promoción profesional, pero perjudicarse y ayudar a Ratcliffe con su rechazo resultaba abominablemente duro. Sin embargo, estaba obligado a admitir que no aceptaría un puesto tan directamente bajo el control de Ratcliffe. Madeleine no dijo más, pero él pensó que parecía molesta y se encontró en una situación intolerablemente dolorosa. No estaba seguro de que ella misma no hubiera tomado parte en el plan ni de que su rechazo no pudiera tener ciertas consecuencias mortificantes para ella. ¿Qué debía pensar de él, entonces? En ese mismo momento habría dado su brazo derecho por una palabra de verdadero afecto de la señora Lee. La adoraba. De buena gana se habría condenado por ella. No había sacrificio que no hubiera hecho para aproximarla a él. A su manera recta, silenciosa, sencilla, se inmoló ante ella. Durante meses su corazón le había dolido con una pasión desesperada. Reconocía que era desesperada. Sabía que ella nunca le amaría y, para hacerle justicia, nunca le había dado razón para suponer que estaba a su alcance amarle a él o a ningún otro hombre. Y allí estaba, obligado a parecer ingrato y con prejuicios, mezquino y vengativo ante sus ojos. Se sentó de nuevo, con una mirada inefablemente descorazonada, con el rostro paciente, tan trágicamente dolorido que Madeleine, al cabo de un rato, comenzó a ver el lado absurdo del asunto y de pronto rompió a reír.

—¡Por favor, no parezca tan tremendamente deprimido! —dijo—, no quería hacerle infeliz, al fin y al cabo, ¿qué importa? Tiene usted todo el derecho a rechazarlo y, por mi parte, no tengo el menor deseo de que acepte.

Entonces Carrington se iluminó y declaró que si creía que él acertaba al rechazarlo, no le importa nada más. Lo único que pesaba en su mente era la idea de herir sus sentimientos. Pero, al decir esto, habló en un tono que implicaba un sentir más profundo, e hizo a la señora Lee de nuevo adoptar un aspecto serio y suspirar.

—¡Ah, señor Carrington! —dijo—, este mundo no irá como queremos. ¿Cree usted que llegará el día en que todos los hombres sean buenos y felices

y hagan lo que deben? Pensaba que esta oferta podría quitar una ansiedad de sus hombros. Siento ahora haber dejado que me hicieran creerlo.

Carrington no pudo responder. No se atrevía a confiar en su voz. Se levantó para irse y, cuando ella le tendió la mano, de pronto se la llevó a los labios, y así la dejó. Ella se quedó un momento sentada con lágrimas en los ojos después de que se marchara. Pensó que conocía cuanto pasaba en su mente y, con la rapidez de la mujer para explicar todo acto de los hombres por sus pasiones consuntivas hacia su propio sexo, tomó como cosa natural que los celos eran la única causa de la hostilidad de Carrington hacia Ratcliffe, y lo perdonó con encantadora diligencia.

«Hace diez años podría haberle querido», pensó para sí, y luego, mientras esbozaba una sonrisa por esa idea, otro repentino pensamiento la asaltó, y se llevó la mano a la cara como si alguien la hubiera golpeado. Carrington había reabierto la vieja herida.

Cuando Ratcliffe vino a verla de nuevo, lo que hizo muy poco después, alegre por tener una excusa tan buena, ella le contó el rechazo de Carrington, y solo añadió que parecía reacio a aceptar posición alguna de naturaleza política. Ratcliffe no mostró señal de disgusto; solo dijo, en tono benigno, que sentía no ser capaz de hacer algo por un tan buen amigo suyo, dejando claro así, en todo caso, el derecho a contar con su gratitud. En cuanto a Carrington, la oferta que Ratcliffe había hecho no había de ser aceptada, y Carrington no podría haber molestado más al secretario que habiendo estado de acuerdo con ella. El objetivo de Ratcliffe había sido resolver para su satisfacción la cuestión de la hostilidad de Carrington, porque conocía al hombre lo bastante bien para estar seguro de que, en todo caso, su conducta sería completamente sincera. Si aceptaba, al menos le diría la verdad a su jefe. Si se negaba, como esperaba Ratcliffe, sería una prueba de que debían descubrirse medios para librarse de él. Sea como fuere, la oferta era un nuevo hilo en la red que Ratcliffe se jactaba de estar rápidamente tejiendo en torno a los afectos y ambiciones de la señora Lee. Sin embargo, tenía razones propias para pensar que Carrington, más fácilmente que nadie, podía cortar las mallas de esa red si se lo proponía y, por tanto, que sería más prudente posponer toda actuación hasta haber dispuesto de Carrington.

Sin un momento de retraso, hizo averiguaciones respecto a todos los

puestos vacantes o elegibles en manos del gobierno fuera de su departamento. Muy pocos respondían a su propósito. Necesitaba un asunto legal que por un tiempo se llevara a su titular hasta Australia o Asia Central, cuanto más lejos mejor; debía estar bien retribuido, y debía concederse de tal manera que no levantara sospechas de que Ratcliffe tenía que ver en ello. No se encontraba fácilmente un cargo como ese. Pocos asuntos legales había en Asia Central, y en este momento no había lo suficiente para requerir un agente especial en Australia. Carrington no podía ser inducido a una expedición hasta las fuentes del Nilo en busca de negocio solo para agradar al señor Ratcliffe, ni el departamento de Estado podía alentar la esperanza de que el gobierno cargara con los gastos de tal expedición. Lo mejor que Ratcliffe podía hacer era elegir un puesto de consejero para la comisión de las reclamaciones mexicanas, que requeriría una ausencia de unos seis meses. Maniobrando un poco, podía lograr que el consejero fuera de avanzadilla de la comisión para tratar una parte del caso sobre el terreno. Ratcliffe reconocía que México estaba muy cerca, pero se dijo secamente que si Carrington podía regresar a tiempo para desalojarle tras haber logrado una firme ascendencia sobre la señora Lee, nunca intentaría presentarse a otra elección.

Decidido este punto en su mente, Ratcliffe, con su habitual rapidez de acción, puso en práctica su plan. Para esto había cierta dificultad. Se dejó caer por el despacho del secretario de Estado cuarenta y ocho horas después de su última conversación con la señora Lee. Durante estos primeros días de cada nueva administración, los asuntos absorbentes del gobierno se refieren principalmente a nombramientos. El secretario del Tesoro siempre estaba dispuesto a generar obligaciones a sus colegas del gabinete cuidando razonablemente de sus amigos. El secretario de Estado no era menos cortés. En el momento en que comprendió que el señor Ratcliffe tenía un fuerte deseo de asegurar el nombramiento de cierta persona como consejero para la comisión de las reclamaciones mexicanas, el secretario de Estado se declaró dispuesto a satisfacerle, y cuando oyó quién era la persona propuesta, saludó complacido la sugerencia, porque a Carrington se le conocía bien y era del agrado del departamento, y era, de hecho, un hombre excelente para el puesto. Ratcliffe no tuvo que prometer un favor equivalente. El asunto quedó arreglado en diez minutos.

—Solo tengo que decirle —añadió Ratcliffe— que si llega a conocerse mi intervención en el asunto, el señor Carrington rechazará el puesto, porque es uno de sus plantadores de Virginia a la antigua usanza, orgulloso como Lucifer y reacio a aceptar nada a título de favor. Hablaré con su ayudante al respecto para que la recomendación parezca venir de él.

Al día siguiente Carrington recibió una nota de su viejo amigo, el ayudante del secretario de Estado, que estaba exultante por poder mostrarse amable con él. En la nota le pedía que acudiera al departamento lo antes posible. Lo hizo, y el ayudante del secretario le anunció que había recomendado el nombramiento de Carrington como consejero para la comisión de las reclamaciones mexicanas y que el secretario había dado su visto bueno.

—Necesitamos un sureño, un abogado con ciertos conocimientos de derecho internacional, y que pueda ir ya, y, sobre todo, un hombre honrado. Usted cumple con ello por completo, de modo que prepárese lo antes posible.

Carrington quedó sorprendido. Por su procedencia, esta oferta no era solo inobjetable, sino tentadora. Era difícil para él incluso imaginar una razón para la duda. Desde el principio sintió que debía ir y, sin embargo, ir era lo último que deseaba hacer. Que debiera sospechar que Ratcliffe estaba en el fondo de este plan de destierro era natural, y al instante preguntó si alguien había ejercido influencia alguna en su favor, pero el ayudante le declaró tan contundente que el nombramiento había sido hecho solo por recomendación suya que impidió toda averiguación. Técnicamente esa afirmación era exacta, e hizo sentir a Carrington que sería una mezquina ingratitud por su parte no aceptar un favor ofrecido con tanta generosidad.

Sin embargo, no podía decidirse a aceptar. Pidió veinticuatro horas de plazo para, según dijo, ver si podía arreglar sus asuntos con vistas a una ausencia de seis meses, aunque sabía que no habría dificultad en hacerlo. Se marchó y se sentó en su despacho a solas, preguntándose sombríamente qué podía hacer, aunque de entrada vio que la situación estaba demasiado clara y no podía haber el menor rincón oscuro de una duda en que esconderse. Seis meses atrás habría saltado sobre este cargo. ¿Qué había pasado en seis meses para que le pareciera un desastre?

¡La señora Lee! He ahí toda la historia. Marcharse ahora era renunciar a la

señora Lee, y probablemente cedérsela a Ratcliffe. Carrington rechinó los dientes cuando pensó lo hábilmente que Ratcliffe había jugado sus cartas. Cuanto más reflexionaba, con mayor certeza sentía que Ratcliffe estaba en el fondo de este plan para librarse de él. Sin embargo, tras estudiar la situación, se le ocurrió que, después de todo, era posible que Ratcliffe cometiera un error. Este político de Illinois era inteligente y comprendía a los hombres, pero conocer a los hombres es algo muy diferente a conocer a las mujeres. El propio Carrington no tenía gran experiencia en el artículo de las mujeres, pero creía conocerlo mejor que Ratcliffe, que confiaba sobre todo, evidentemente, en su teoría habitual de la corrupción política aplicada a las debilidades femeninas, y que solo se asombraba al descubrir lo mucho que la señora Lee se preciaba de sí misma. Si Ratcliffe estaba realmente en el fondo de este plan para separarla de Carrington, solo podía ser porque pensaba que seis meses, o incluso seis semanas, bastarían para su propósito. Al llegar a este punto de sus reflexiones, Carrington se levantó de pronto, encendió un cigarro y caminó arriba y abajo por su habitación durante una hora con el aire de un general que prepara un plan de campaña o de un abogado que se anticipa a la línea argumentativa de su adversario. En un aspecto estaba decidido. Aceptaría. Si Ratcliffe había hecho este movimiento, quedaría satisfecho. Si le había tendido una trampa, debía caer en ella. Cuando llegó la noche, Carrington cogió su sombrero y fue a visitar a la señora Lee.

Encontró a las hermanas solas y silenciosamente dedicadas a sus ocupaciones. Madeleine remendaba dramáticamente una media de seda, una tarea delicada y difícil que requería toda su atención. Sybil estaba al piano como de costumbre y, por vez primera desde que la conocía, se levantó al entrar y, cogiendo su costurero, se sentó para participar en la conversación. Pretendía ocupar su lugar como mujer, en adelante. Estaba cansada de jugar a ser niña. El señor Carrington debía ver que no era una tonta.

Carrington fue al grano y anunció la oferta recibida, por la que Madeleine expresó su satisfacción e hizo muchas preguntas. ¿Cuál era la paga? ¿Cuándo debía irse? ¿Cuánto tiempo estaría fuera? ¿Había peligro en el clima? Al final, añadió con una sonrisa:

—¿Qué voy a decirle al señor Ratcliffe si acepta esta oferta tras rechazar la suya?

En cuanto a Sybil, profirió una exclamación reprobatoria:

—¡Oh, señor Carrington!

Y se hundió en el silencio y la consternación. Su primera experiencia al comparecer en el mundo no era alentadora. Se sentía traicionada.

Tampoco Carrington estaba alegre. Por modesto que sea un hombre, solo un idiota puede olvidarse de sí mismo por completo al perseguir la luna y las estrellas. En el fondo de su alma tenía la persistente esperanza de que cuando le contara su historia, Madeleine podría mirarle con una expresión cambiada, una mirada de afecto no premeditado, un pequeño rubor en los ojos, un leve temblor en la voz. Verse relegado a México tan animosamente por la mujer que amaba no era la experiencia de sus sueños. No podía evitar sentir que se disponía de sus esperanzas, y la contempló con un doloroso decaimiento que no condujo a la conversación ligera. La misma Madeleine notó que sus expresiones debían limitarse y trató de corregir su error. ¿Qué haría ella sin su tutor?, dijo. Debía dejarle una lista de libros para leer mientras se ausentara; ellas también se iban al Norte a mediados de mayo, y Carrington estaría de vuelta cuando hubieran regresado en diciembre. En definitiva, le verían poco durante el verano tanto si estaba en Virginia como si iba a México.

Carrington confesó sombrío que no deseaba ir, que habría querido que no se lo hubieran sugerido, que le haría feliz que el plan se frustrara por algún motivo, pero no dio explicación alguna de su sentir y Madeleine tuvo suficiente tacto para no presionar. Se contentó con discutir y hablar tan vivazmente como pudo. Su corazón sangraba realmente por él cuando vio volverse su cara cada vez más patética en su silenciosa expresión decepcionada. Pero ¿qué podía ella decir o hacer? Estuvo sentado hasta pasadas las diez, sin poder separarse. Sentía que ese era el fin del placer en la vida, temía la soledad de sus pensamientos. Los recursos de la señora Lee comenzaron a dar señales de agotamiento. Hubo largas pausas ente sus comentarios y, por fin, Carrington, con un esfuerzo sobrehumano, se disculpó por imponer su presencia tan inmisericorde. Si ella supiera, dijo, cómo temía estar solo, le perdonaría. Entonces se levantó para marcharse y, al despedirse, preguntó a Sybil ni le apetecía dar un paseo a caballo al día siguiente; en tal caso, estaba a su servicio. El rostro de Sybil brilló al aceptar la invitación.

La señora Lee, uno o dos días después, mencionó el nombramiento de Carrington al señor Ratcliffe y le dijo a Carrington que el secretario pareció, por cierto, herido y mortificado, pero lo mostró solo cambiando de tema casi al instante.

[36](#) Personajes de «The Battle of Blenheim», un poema de Robert Southey sobre la famosa victoria lograda por el duque de Malborough en 1704.

CAPÍTULO X

A la mañana siguiente, Carrington llamó al departamento y anunció que aceptaba el puesto. Le dijeron que sus instrucciones estarían listas en unas dos semanas y que esperaban que comenzara tan pronto como las recibiera. Mientras tanto, debía dedicarse a estudiar un montón de documentos en el departamento. Aquí no se permitía frivolidad alguna. Carrington debía ponerse a trabajar vigorosamente.

Esto no le impidió, sin embargo, faltar a su cita con Sybil, y a las cuatro en punto marcharon juntos, atravesando las silenciosas sombras de Rock Creek y buscando apacibles caminos por los bosques, donde sus caballos caminaban a la par y ellos podían conversar sin riesgo de crítica de miradas curiosas. Era la tarde de uno de esos bochornosos y encapotados días de primavera en que la vida germina rápidamente, pero sin dar hasta entonces señal alguna, salvo quizá alguna hoja o flor nueva que levanta blanda su cabeza entre la hojarasca que la ha cubierto. Los dos jinetes compartían algo de la misma sensación, como si los bosques deshojados y los lloredos, el aire cálido, húmedo, y las nubes bajas fueran una protección y un blando cobijo. Para su sorpresa, Carrington descubrió que era grato gozar de la compañía de Sybil. Se sentía con ella como con una hermana, su hermana favorita.

De pronto ella le atacó por abandonarla y romper su trato cerrado hacía poco, y él intentó ganarse su simpatía diciendo que si ella supiera lo molesto que estaba, le perdonaría. Entonces, cuando Sybil le preguntó si realmente debía marcharse y dejarla sin ningún amigo con quien hablar, sus sentimientos sacaron lo mejor de él: no pudo resistir la tentación de confiarle todas sus preocupaciones, ya que no podía confiar en nadie más. Le dijo sin rodeos que estaba enamorado de su hermana.

—Usted dice que el amor es una tontería, señorita Ross. Le digo que no lo es. Durante semanas y meses es un constante dolor físico, un dolor en el corazón, que no cesa, de noche o de día, una tensión nerviosa como el dolor

de muelas o el reumatismo, no intolerable al momento, pero agotadora por la continua sangría de la fuerza. Es una enfermedad que hay que soportar con paciencia, como cualquier otro desarreglo nervioso, y que ha de tratarse con contrairritantes. Mi viaje a México me sentará bien, pero esa no es la razón por la que debo irme.

Entonces le contó todas sus circunstancias privadas: la ruina que la guerra les había deparado a él y a su familia; que uno de sus dos hermanos había sobrevivido a la guerra solo para morir en casa, víctima de la enfermedad, la privación y las heridas; al otro le habían disparado en un costado y se desangró lentamente hasta morir en su brazos durante la terrible carnicería del Desierto³⁷; su madre y sus hermanas habían luchado meramente por subsistir en una derruida granja virginiana, y todos sus esfuerzos apenas las apartaban de la indigencia.

—No tiene idea de la pobreza a la que nuestras mujeres sureñas se ven reducidas desde la guerra —dijo—; muchas de ellas no tienen con qué vestirse o alimentarse.

La paga que ganaría al irse a México doblaría sus ingresos este año. ¿Podía negarse? ¿Tenía derecho a negarse? Y el pobre Carrington añadió, con un gemido, que si solo se tratara de él, antes dejaría que le dispararan que marcharse.

Sybil escuchó con lágrimas en los ojos. Nunca antes había visto a un hombre mostrar el sufrimiento. La miseria que había conocido en la vida había quedado más o menos velada para ella y aliviada al caer en hombros mayores y amistosos. Por vez primera tuvo una clara visión de Carrington, aparte del tranquilo aspecto exterior tras el cual se escondía el hombre. Se convenció, por un súbito destello de inspiración femenina, de que la curiosa mirada de resistencia paciente en su rostro era obra de la sola noche en que sostuvo a su hermano en brazos y supo que la sangre caía gota a gota de su costado, en los bosques densos y enmarañados, sin ayuda, hora tras hora, hasta que le faltó la voz y sus miembros se pusieron rígidos y yertos. Cuando terminó su historia, tuvo miedo de hablar. No sabía cómo mostrar su simpatía, ni podía soportar que pareciera no sentirla. En su embarazo, se descompuso y solo pudo secarse los ojos en silencio.

Habiendo liberado su mente del peso de esta confidencia, Carrington se

sintió relativamente alegre y dispuesto a obrar lo mejor posible. Se rio de sí mismo para apartar las lágrimas de su linda compañera y la obligó a jurar solemnemente que nunca lo traicionaría.

—Por supuesto, su hermana lo sabe todo —dijo—, pero nunca debe saber que se lo dije, y nunca se lo contaré a nadie más.

Sybil prometía fielmente guardarse la confidencia y se puso a defender a su hermana.

—No debe culpar a Madeleine— dijo—. Si supiera tan bien como yo por lo que ha pasado, no la consideraría fría. Usted sabe cuán repentina fue la muerte de su esposo, tras un día de enfermedad, y qué buen tipo era. Ella lo quería, y su muerte pareció aturdirlo. No sabíamos qué hacer, se mostraba silenciosa y natural. Entonces, una semana después, su pequeño murió de difteria, sufriendo horriblemente, y ella se desesperó por no poder aliviarlo. Después de aquello casi enloqueció; de hecho, siempre he pensado que estuvo completamente loca durante un tiempo. Sé que era muy violenta y quería matarse, y nunca he oído desvariar a nadie como ella lo hizo sobre la religión y la resignación y Dios. Pocas semanas después se tranquilizó y se volvió estúpida y maquinal; al final lo ha superado, pero no volvió a ser la que había sido. Usted sabe que era una ajetreada muchacha neoyorquina antes de casarse, y no le importaban más que a mí la política y la filantropía. Todo esto es de hace poco. Pero no es realmente dura, aunque lo parezca. Todo está en la superficie. Siempre sé cuándo está pensando en su esposo o su hijo, porque su cara se pone rígida. Entonces mira como solía hacerlo después de que muriera su hijo, como si no le importara lo que fuera de ella y diera lo mismo vivir que haberse matado. No creo que deje que nadie la quiera de nuevo. Le tiene horror. Mucho más probable es que se entregue a la ambición, o el deber, o el sacrificio.

Siguieron cabalgando en silencio, Carrington desconcertado por el problema de cómo dos seres desvalidos como Madeleine y él podían haber sido convertidos por una Providencia benéfica en el juguete de tan crueles torturas, y Sybil igualmente interesada en pensar en qué tipo de cuñado sería Carrington. En conjunto, pensaba que le gustaba más como era. El silencio quedó roto cuando Carrington hizo volver la conversación al punto de partida:

—Algo debe hacerse para apartar a su hermana del poder de Ratcliffe. He pensado en ello hasta cansarme. ¿Tiene alguna sugerencia?

¡No! Sybil estaba desamparada y terriblemente alarmada. El señor Ratcliffe venía a la casa tan a menudo como podía y parecía contar a Madeleine todo lo que ocurría en la política, y le pedía consejo, y Madeleine no le desanimaba.

—Creo que a ella le gusta, y cree que así puede hacer algún bien. No me atrevo a hablarle de esto. Ella cree que aún soy una niña y me trata como si tuviera quince años. ¿Qué puedo hacer?

Carrington dijo que había pensado en hablar él mismo con la señora Lee, pero no sabía qué decir, y si la ofendía podía hacer que se arrojara en brazos de Ratcliffe. Pero Sybil pensaba que no la ofendería si lo hacía bien.

—Aguantaré más de usted que de nadie más. Dígale abiertamente que... que la quiere —dijo Sybil en un estallido de valor desesperado—. No puede ofenderse por ello, y luego podrá decirle casi cualquier cosa.

Carrington miró a Sybil con más admiración de la que nunca esperó sentir por ella y comenzó a creer que podía hacerlo peor si no se ponía a sus órdenes. A la postre, tenía cierto sentido práctico y, lo que importaba más, estaba más hermosa que nunca, sentada erecta en su caballo, con el rubor pujante bajo la piel cálida por lo impropio de sus palabras.

—Tiene usted razón —dijo—, al fin y al cabo, no tengo nada que perder. Se case o no con Ratcliffe, nunca se casará conmigo, supongo.

Este comentario fue un intento cobarde de obtener ánimos de Sybil y se topó con la cara que merecía, porque Sybil, muy halagada por la implícita alabanza de Carrington, y osada como una leona ahora que eran las garras de Carrington, y no las suyas, las que se acercaban al fuego, le dio al instante una visión femenina de la situación que no alentó sus esperanzas. Dijo sin rodeos que los hombres parecían despedirse del juicio en cuanto se refería a las mujeres; por su parte, no podía comprender lo que había en mujer alguna para armar tanto alboroto. Pensaba que la mayoría de las mujeres eran horribles. Los hombres eran mucho más agradables.

—Y en cuanto a Madeleine, por la que todos estáis dispuestos a cortaros el cuello, es mi querida y buena hermana, tan buena como el oro, y la quiero con todo mi corazón, pero no os gustaría, a ninguno, si os casarais con ella.

Siempre lo ha hecho todo a su manera y no ha podido evitarlo; nunca aprendería a hacerlo a la vuestra. Los dos seríais infelices en una semana y, en cuanto a ese viejo señor Ratcliffe, haría que su vida le pesara, y espero que lo haga —concluyó Sybil con una pequeña y rencorosa explosión de odio.

Carrington no pudo evitar divertirse con el modo en que Sybil trataba los asuntos del corazón. Envalentonada, siguió atacándole sin piedad por ir de rodillas ante su hermana, «como si usted no fuera tan bueno como ella», y declaró abiertamente que, si ella fuera un hombre, al menos tendría cierto orgullo. A los hombres les gusta este tipo de castigo. Carrington no trató de defenderse, incluso cortejó el ataque de Sybil. Ambos disfrutaron de su paseo por los bosques desnudos, junto a las rizadas corrientes primaverales, bajo el lánguido aliento del húmedo viento del sur. Era un pequeño idilio, tanto más grato porque había penumbra delante y detrás de él. La irreprochable alegría de Sybil hizo a Carrington dudar de si, después de todo, la vida había de ser un asunto tan serio. Ella estaba pletórica y necesitaba luchar para moderarse, mientras que el ánimo de Carrington estaba casi agotado tras treinta años de esfuerzo y requería otro aún mayor para mantenerse erguido. Tenía toda la razón para estar agradecido a Sybil por prestarle su superfluidad. Disfrutaba de que se riera de él. ¡Suponga que Madeleine Lee se negara a casarse con él! ¿Y qué?

—¡Bah! —decía Sybil—. Los hombres sois todos iguales. ¿Cómo podéis ser tan tontos? ¡Madeleine y usted formarían una pareja intolerable! ¡Busque a alguien menos solemne!

Establecieron su pequeño plan contra Madeleine y lo elaboraron cuidadosamente, tanto por lo que Carrington debía decir como por cómo debía decirlo, porque Sybil afirmaba que los hombres eran demasiado estúpidos para confiar en ellos incluso al hacer una declaración amorosa, y había que enseñarles, como a los niños pequeños a recitar sus oraciones. Carrington disfrutó mientras se le enseñaba cómo hacer una declaración amorosa. No preguntó dónde había aprendido Sybil tanto sobre la estupidez de los hombres. Pensó que tal vez Schneidekoupon pudiera haber arrojado luz en el asunto. En todo caso, estuvieron tan ocupados con sus esquemas y lecciones que cuando llegaron a casa encontraron a Madeleine preocupada por si habían tenido un accidente. El largo crepúsculo se había convertido en

oscuridad antes de que oyera el chacoloteo de los cascos sobre el pavimento asfaltado, y bajó a reñirles por su retraso. Sybil solo se rio de ella y dijo que toda la culpa era del señor Carrington: había perdido el rumbo y ella se había visto forzada a encontrarlo.

Pasaron diez días antes de que se realizara su plan. El trabajo de Carrington quedó completado y estaba listo para comenzar su viaje. Entonces, al final, apareció una tarde en casa de la señora Lee en el momento mismo en que Sybil, por casualidad, iba a pasar una o dos horas con su amiga Victoria Dare a poca distancia de allí. Carrington se sintió un poco avergonzado cuando se marchó. Este tipo de conspiración a espaldas de la señora Lee no era de su gusto.

Se sentó decidido y fue directo al grano. Estaba casi listo para partir, dijo; casi había completado su trabajo en el departamento, y le habían asegurado que sus instrucciones y documentos estarían listos en un par de días. Tal vez no tuviera otra ocasión de ver a la señora Lee tan tranquilamente de nuevo y quería despedirse ahora, porque esto era lo que más pesaba en su mente. Se habría ido a gusto y contento si no se sintiera incómodo por ella y, sin embargo, hasta ahora había temido hablar abiertamente del tema. Aquí se detuvo un momento como si la invitara a responder.

Madeleine dejó su costura con una mirada de lamento, aunque no de molestia, y dijo de manera franca e inmediata que había sido un amigo demasiado bueno como para dejar que la ofendiera por nada que pudiera decir; no pretendía malinterpretarle.

—Mis asuntos —añadió con una sombra de amargura— parecen haberse convertido en propiedad pública, y preferiría tener voz para discutirlos por mí misma antes que saber que son discutidos a mis espaldas.

Esta era una aguda pulla nada más empezar, pero Carrington la esquivó y siguió tranquilo:

—Es usted franca y leal, como siempre lo ha sido. Yo también lo seré. Durante meses no he tenido otro placer que el de estar cerca de usted. Por primera vez en mi vida he sabido lo que es olvidar mis asuntos por amar a una mujer que me parece sin tacha, y por una solitaria palabra de aquella por quien lo daría todo en la vida, y tal vez la vida misma.

Madeleine se sonrojó y se inclinó hacia él con una actitud seria que se

repitió en su tono:

—Señor Carrington, soy la mejor amiga que tiene en la tierra. Uno de estos días me agradecerá con toda su alma que me haya negado a escucharle ahora. No sabe usted toda la miseria que le ahorro. No tengo un corazón para dar. Usted necesita una vida joven, fresca, que le sea de ayuda; un temperamento alegre, vivaz, que sacuda su desánimo, alguien lo bastante joven para quedar absorbido en usted y que le entregue su existencia. Yo no podría hacerlo. No puedo darle nada. He hecho lo posible para persuadirme de que algún día podría comenzar a vivir de nuevo con las antiguas esperanzas y sentimientos, pero es inútil. El fuego se ha apagado. Si se casara conmigo, se destruiría. Se levantaría un día y descubriría el universo convertido en polvo y cenizas.

Carrington escuchó en silencio. No hizo intento alguno de interrumpirla o contradecirla. Al final dijo con un poco de amargura:

—Mi propia vida vale tanto para el mundo y para mí que supongo que me equivocaría arriesgándola en una aventura como esa, pero la arriesgaría, sin embargo, si me diera la oportunidad. ¿Me cree usted malvado por tentar a la Providencia? No quiero molestarla con súplicas. Me queda un poco de orgullo, y mucho respeto hacia usted. Con todo, a pesar de cuanto ha dicho o pueda decir, creo que una vida decepcionada puede ser tan capaz de descubrir la felicidad y el reposo en otra como si los obtuviera con la sangre joven de un alma fresca.

A este discurso, que fue inusualmente figurativo para Carrington, la señora Lee no pudo dar una respuesta rápida. Solo pudo replicar que la vida de Carrington valía tanto como la de sus vecinos, y que valía tanto para ella, si no para él, que no le permitiría que la arruinara.

Carrington siguió:

—Perdóneme por hablar de esta manera. No quiero quejarme. Siempre la querré mucho, le importe yo o no, porque es la única mujer que he conocido, o que es probable que conozca, que me parece perfecta.

Si esta era la enseñanza de Sybil, había aprovechado el tiempo. El tono y las palabras de Carrington atravesaron toda la armadura de la señora Lee como si hubieran sido afiladas con la más ingeniosa crueldad, y dispuestas para torturarla. Se sintió dura y pequeña ante él. Vida por vida, la suya había

sido, y era ahora, menos brillante que la de ella y, sin embargo, él era superior. Se sentaba allí, un hombre sincero, con su peso a cuestas, tranquilo, en silencio, sin queja, dispuesto a afrontar el siguiente golpe de la vida con la misma resistencia que había mostrado ante los demás. ¡Y la creía perfecta! ¡Se sentía humillada porque un hombre valiente le dijera a la cara que la creía perfecta! ¡Ella! ¡Perfecta! En su contrición, casi pensó en arrodillarse a sus pies y confesarle sus pecados: su temor histérico a la pena y el sufrimiento, sus limitadas simpatías, su débil fe, su egoísmo miserable, su abyecta cobardía. Todo nervio de su cuerpo le hormigueaba de vergüenza cuando pensaba qué miserable fraude era, qué cantidad de pretensiones infundadas, de engaño arraigado. Estaba a punto de ocultar su cara entre las manos. Estaba disgustada, ultrajada con su propia imagen tal como la veía, contrastada con la singular palabra de Carrington: ¡perfecta!

Esto no era lo peor. Carrington no era el primer hombre que la juzgara perfecta. Oír esta palabra usada repentinamente de nuevo, nunca pronunciada antes para ella salvo por labios ahora muertos, hizo dar vueltas a su cerebro. Parecía oír a su esposo de nuevo diciéndole que era perfecta. Sin embargo, contra esta tortura tenía una defensa mejor. Hacía tiempo que se había endurecido para soportar estos recuerdos, que la sostenían y fortalecían. Había sido llamada perfecta antes, ¿y qué había salido de ello? ¡Dos tumbas y una vida rota! Se levantó con un rostro pálido y rígido. En respuesta a Carrington no dijo una palabra, solo movió ligeramente la cabeza sin mirarle.

Él siguió:

—Después de todo, no pienso en mi felicidad, sino en la suya. Nunca he sido tan vanidoso como para pensar que merecía su amor o que podía ganarlo. Su felicidad es otra cosa. Me importa tanto que temo marcharme por temor a que se vea enredada en esta miserable vida política aquí, cuando, tal vez, si me quedara, podría serle de alguna utilidad.

—¿Realmente cree, entonces, que voy a caer víctima del señor Ratcliffe?
—preguntó Madeleine con una fría sonrisa.

—¿Por qué no? —respondió Carrington en tono similar—. Puede reclamar el derecho a su simpatía y ayuda, si no a su amor. Puede ofrecerle el gran campo de utilidad que necesita. Le ha sido muy fiel. ¿Está segura de que incluso ahora puede rechazarlo sin que se queje de que ha jugado con él?

—¿Está seguro —añadió la señora Lee— de que no le ha estado juzgando con demasiada severidad? Creo que le conozco mejor que usted. Tiene muy buenas cualidades, y algunas elevadas. ¿Qué daño puede hacerme? Suponiendo, incluso, que lograra persuadirme de que mi vida podría usarse mejor ayudándole, ¿por qué debería asustarme?

—Usted y yo —dijo Carrington— estamos en polos opuestos de la estimación del señor Ratcliffe. A usted, desde luego, le muestra su mejor cara. Se comporta bien y sabe que un paso en falso le arruinará. Yo veo en él a un político grosero, egoísta, sin principios, que la rebajaría a su nivel o, lo más probable, muy pronto la disgustaría y convertiría su vida en una ruinoso autoinmolación ante su vulgar ambición, o la obligaría a dejarle. En cualquier caso sería usted la víctima. No puede permitirse otro comienzo en falso en la vida. ¡Recháceme! No tengo una palabra que decir contra eso. Pero guárdese de entregarle su existencia a él.

—¿Por qué piensa tan mal del señor Ratcliffe? —preguntó Madeleine—. Él siempre habla bien de usted. ¿Conoce usted algo contra él que el mundo ignora?

—Sus actos públicos son suficientes para mí —respondió Carrington, evadiendo una parte de la pregunta—. Usted sabe que solo he tenido una opinión sobre él.

Hubo una pausa en la conversación. Ambas partes notaban que hasta ahora nada bueno había salido de ella. Al fin Madeleine preguntó:

—¿Qué querría que hiciera? ¿Necesita que le prometa que bajo ninguna circunstancia me casaré con el señor Ratcliffe?

—Claro que no —fue la respuesta—. Me conoce bien para pensar que no le pediría eso. Solo quiero que se tome su tiempo y que se mantenga fuera de su influencia hasta que se haya decidido. Dentro de un año estoy seguro de que pensaré de él lo mismo que yo.

—Entonces me permitirá casarme con él si descubro que está equivocado —dijo la señora Lee con un acusado tono de sarcasmo.

Carrington pareció molesto, pero respondió rápidamente:

—Lo que temo es su influencia aquí y ahora. Lo que me gustaría verla hacer es esto: márchese al Norte un mes antes de lo previsto y sin tiempo para actuar. Si supiera que estaba a salvo en Newport, no estaría preocupado.

—Parece tener tan mala opinión de Washington como el señor Gore —dijo Madeleine con una sonrisa desdeñosa—. Me dio el mismo consejo, aunque le asustaba decirme por qué. No soy una niña. Tengo treinta años, y he visto algo de mundo. No me asusta, como al señor Gore, la malaria de Washington o, como a usted, la influencia de Ratcliffe. Si caigo víctima suya mereceré mi hado y, por cierto, no tendré motivo para quejarme a mis amigos. Me han dado consejos para toda una vida.

La cara de Carrington se oscureció con una sombra de lamento más profunda. El giro que había tomado la conversación era precisamente el que esperaba, y tanto Sybil como él habían pensado que Madeleine respondería de esa manera. Sin embargo, no pudo sino sentir agudamente el perjuicio que infligía a sus propios intereses, y solo con un completo esfuerzo de la voluntad se obligó a un último y más serio ataque.

—Sé que es una impertinencia —dijo—, quisiera poder mostrarle cuánto me cuesta ofenderla. Esta es la primera ocasión que usted ha tenido de ser ofendida. Si cediera al temor a su enojo y retuviera mi lengua, y por una casualidad naufragara su vida por esta roca, no me perdonaría la cobardía. Pensaría que podría haber hecho algo para impedirlo. Es probable que esta sea la última vez que tenga la oportunidad de hablar abiertamente con usted, y le imploro que me escuche. No quiero nada para mí mismo. Si supiera que no había de volver a verla, diría lo mismo. ¡Abandone Washington! ¡Márchese ahora mismo! ¡De inmediato! ¡Antes de veinticuatro horas! ¡No permita que el señor Ratcliffe la vea de nuevo en privado! Vuelva el próximo invierno si lo desea, y entonces acéptelo, si lo cree apropiado. Solo le ruego que lo piense mucho y se decida cuando no esté aquí.

Los ojos de Madeleine brillaron y apartó su bordado con gesto impaciente:

—¡No, señor Carrington! ¡No acataré órdenes! ¡Llevaré a cabo mis propios planes! No voy a casarme con el señor Ratcliffe. Si hubiera querido hacerlo, ya lo habría hecho. Pero no huiré de él o de mí misma. Sería impropio de una dama, indigno, cobarde.

Carrington no pudo decir más. Había llegado al final de su lección. Hubo un largo silencio y luego se levantó para irse.

—¿Está enfadado conmigo? —dijo ella en un tono más suave.

—Soy yo el que debería preguntarlo —dijo—. ¿Puede perdonarme? Me

temo que no. Ningún hombre puede decirle a una mujer lo que le he dicho a usted y ser perdonado. Nunca pensará en mí de nuevo como lo habría hecho si no hubiera hablado. Lo sabía antes de hacerlo. En cuanto a mí, solo puedo seguir con mi antigua vida. No es alegre, y no será más alegre por nuestra charla de esta noche.

Madeleine se ablandó un poco:

—Las amistades como la nuestra no se rompen fácilmente —dijo—. No sea injusto conmigo de nuevo. ¿Vendrá a verme antes de marcharse?

Asintió y le dio las buenas noches. La señora Lee, cansada y aturdida, se fue a su habitación.

—Cuando llegue la señorita Sybil, díglele que no me encuentro bien y que me he ido a la cama —fueron las instrucciones a su doncella, y Sybil pensó que sabía la causa de este dolor de cabeza.

Pero antes de la partida, Carrington tuvo otro paseo a caballo con Sybil y la informó del resultado de la entrevista, por la que ambos se confesaron muy deprimidos. Carrington expresó cierta esperanza de que Madeleine se comprometiera, en cierto modo, al decir que no tenía intención de casarse con el señor Ratcliffe, pero Sybil movió enfáticamente la cabeza:

—¿Cómo puede una mujer decir si va a aceptar a un hombre hasta que se lo pida? —dijo con absoluta seguridad, como si estuviera afirmando el hecho más simple del mundo.

Carrington quedó desconcertado y se atrevió a preguntar si las mujeres no se decidían de antemano, por lo general, en un asunto tan interesante, pero Sybil le abrumó con desdén:

—Me gustaría saber qué bien les haría decidirse. Por supuesto, a la hora de la verdad harían lo contrario. Las mujeres sensatas no fingen decidirse, señor Carrington. Pero los hombres sois muy estúpidos y no comprendéis lo más mínimo.

Carrington renunció y volvió a su trillada pregunta: ¿podía Sybil sugerir algún otro recurso? Sybil confesó tristemente que no. Por lo que veía, debían confiar en la suerte, y pensó que era cruel por parte del señor Carrington marcharse y dejarla sin ayuda. Había prometido impedir el matrimonio.

—Quiero hacer algo más —dijo Carrington—, y aquí todo dependerá de su coraje y de sus nervios. Puede estar segura de que el señor Ratcliffe dará

un paso antes de que se marchen al Norte. No sospecha que usted cause molestias y no pensará en usted si en todo caso le deja en paz y guarda silencio. Cuando dé el paso, usted lo sabrá; al menos su hermana le dirá si le ha aceptado. Si le rechaza de manera tajante, no tendrá nada que hacer más que apoyarla. Si la ve vacilante, debe disuadirla a todo coste y usar su influencia para detenerla. Sea osada, entonces, y hágalo lo mejor que pueda. Si todo falla y ella consiente, tendré que jugar mi última carta, o usted tendrá que jugarla por mí. Le dejaré una carta sellada que usted le entregará si falla todo lo demás. Hágalo antes de que vea a Ratcliffe por segunda vez. Compruebe que la lee y, si es necesario, oblíguela a leerla, no importa dónde o cuándo. Nadie más debe saber que existe, y debe tener con ella tanto cuidado como si fuera un diamante. No ha de saber qué contiene; debe ser un completo secreto. ¿Comprende?

Sybil pensó que sí, pero su corazón se hundía:

—¿Cuándo me dará esa carta? —preguntó.

—La tarde anterior a mi partida, cuando venga a despedirme, probablemente el domingo próximo. Esta carta es nuestra última esperanza. Si, tras leerla, no renuncia a él, tendrá que preparar su equipaje, mi querida Sybil, y encontrar un nuevo hogar, porque no podrá vivir con ellos.

Nunca antes la había llamado por su nombre, y le agradó oírlo ahora, aunque, por lo general, tenía severas objeciones a esas familiaridades.

—¡Ojalá no se fuera! —exclamó llorosa—. ¿Qué haré cuando se haya ido?

Con esta lastimosa súplica, Carrington sintió una punzada repentina. Descubrió que no era tan mayor como creía. Lo cierto es que había llegado a gustarle su franca honestidad y sentido común, y al fin había descubierto que era hermosa, con una figura muy bonita. ¿No era algo así como un flirteo lo que había tenido con esta joven durante el último mes? Cruzó su mente un destello de sospecha, aunque se libró de él lo antes posible. Para un hombre de su edad y sobriedad, estar enamorado de dos hermanas a la vez era imposible; más imposible aún que le importara a Sybil.

En cuanto a ella, no había duda al respecto. Había llegado a depender de él y lo hacía con la ciega confianza de la juventud. Perderle era un serio desastre. Nunca antes había sentido la sensación, y le pareció de lo más

desagradable. Los jóvenes diplomáticos y admiradores no podían ocupar en absoluto el lugar de Carrington. Bailaban y gorjeaban alegremente en la corteza hueca de la sociedad, pero eran por completo inútiles cuando de pronto uno se hundía y se encontraba luchando en la oscuridad y con peligros inferiores. Las jóvenes, además, son capaces de sentirse halagadas por las confidencias de los hombres mayores: tienen un fino paladar para los sabores de la experiencia y la aventura. Por primera vez en su vida, Sybil había dado con un hombre que daba algún juego a su imaginación, uno que había sido un rebelde y que se había habituado a los golpes del hado, hasta el punto de caminar con el alma a la vista de la muerte, y mandar y obedecer con igual indiferencia. Sentía que le diría qué hacer cuando llegara el terremoto y que estaría a mano para consultarle, lo que es, a los ojos de una mujer, el gran objetivo de la existencia de los hombres, cuando llegan los problemas. De repente pensó que Washington sería intolerable sin él y que nunca tendría el valor de luchar con el señor Ratcliffe a solas o que, si lo hacía, cometería algún error fatal. Terminaron su paseo muy sobriamente. Comenzó a mostrar un nuevo interés en cuanto le concernía y le hizo muchas preguntas sobre sus hermanas y su plantación. Quería preguntarle si no podría hacer algo para ayudarlas, pero esto parecía fastidioso. Por su parte, la hizo prometer que escribiría fielmente sobre lo que ocurriera, y esta petición le agradó, aunque sabía que solo se interesaba por su hermana.

El domingo siguiente, cuando vino a despedirse, fue aún peor. No hubo ocasión de hablar en privado. Estaba allí Ratcliffe, y varios diplomáticos, incluido el viejo Jacobi, que miraba como un gato y veía todo gesto de las caras. Victoria Dare estaba en el sofá charlando con lord Dunbeg; Sybil habría padecido cualquier enfermedad, incluso un caso ligero de escarlatina o viruelas, antes que dejarla saber de qué se trataba. Carrington se las apañó para llevar a Sybil a otra habitación un momento y darle la carta que le había prometido. Entonces le dijo adiós y, al hacerlo, le recordó su promesa de escribirle, apretándole la mano y mirándola con una seriedad que hizo latir su corazón, aunque se dijo que solo se interesaba por su hermana. En realidad, sobre todo en ella. El pensamiento no la animó, pero siguió con su actuación como una heroína. Tal vez se sintiera un poco reconfortada al ver que Carrington se separaba de Madeleine con un sentimiento mucho menos

aparente. Se habría dicho que eran dos buenos amigos sin ningún sentir molesto que los preocupara. Pero luego todas las miradas en la sala contemplaron este adiós y especularon sobre él. Ratcliffe miró con particular interés y quedó un poco perplejo por esta cordialidad demasiado fraternal. ¿Podría haber cometido un error de cálculo, o había algo oculto? Él mismo insistió en darle la mano efusivamente a Carrington y desearle un viaje agradable y exitoso.

Esa noche, por vez primera desde que era una niña, Sybil lloró un poco después de irse a la cama, aunque es verdad que sus emociones no la desvelaron. Se sentía sola y agobiada por una gran responsabilidad. Durante uno o dos días después estuvo nerviosa e inquieta. No salió a montar, ni hizo visitas ni recibió a nadie. Intentó cantar un poco y le pareció cansino. Salió y se sentó durante horas en la plaza, donde el sol primaveral calentaba y brillaba sobre el encabritado caballo del gran Andrew Jackson. Estaba un poco enfadada, también, y ausente, y hablaba tan a menudo sobre Carrington que al final despertó una repentina sospecha en Madeleine, la cual comenzó a observarla con preocupación.

El martes por la tarde, después de que esto siguiera durante dos días, Sybil estaba en la habitación de Madeleine, donde acudía a menudo para conversar mientras su hermana permanecía ante su tocador. Esa noche se echó con apatía en el diván y, a los cinco minutos, ya había mencionado a Carrington. Madeleine se giró desde el espejo ante el que estaba sentada y la miró fijamente a la cara.

—Sybil —dijo—, es la vigesimocuarta vez que mencionas al señor Carrington desde que nos hemos sentado a cenar. He esperado hasta llegar a un número redondo para decidir si debía advertirlo o no. ¿Qué significa, querida niña? ¿Te importa el señor Carrington?

—¡Oh, Maude! —exclamó Sybil reprensiva, sonrojándose tan violentamente que incluso a esa débil luz su hermana no pudo dejar de verlo.

La señora Lee se levantó y, cruzando la habitación, se sentó junto a Sybil, que estaba tendida en el sofá con la cara apartada. Madeleine la rodeó con sus brazos y la besó.

—Mi pobre, pobre niña —dijo compasiva—. ¡Nunca lo pensé! ¡Qué tonta he sido! ¡Cómo he podido ser tan torpe! ¡Dime! —añadió con una pequeña

vacilación—, ¿le importas tú a él?

—¡No, no! —gritó Sybil, rompiendo a llorar, ¡no ama a nadie más que a ti! Nunca ha pensado en mí. No me importa tanto —continuó, secándose las lágrimas—, solo que estoy muy sola ahora que se ha ido.

La señora Lee siguió en el sofá con su brazo en torno al cuello de su hermana, mirando al vacío, el retrato de la perplejidad y la consternación. La situación estaba escapando a su control.

[37](#) Batalla de la guerra civil librada en mayo de 1864, cerca de Chancellorsville, entre las fuerzas de los generales Grant y Lee, con miles de víctimas por ambos bandos.

CAPÍTULO XI

A mediados de abril, una repentina excitación social sacudió de pies a cabeza la indolente ciudad de Washington. El Gran Duque y la Duquesa de Saxe-Baden-Homburg llegaron a América en viaje de placer, y en su recorrido vinieron a presentar sus respetos al Primer Magistrado de la Unión. Los periódicos se apresuraron a informar a sus lectores de que la Gran Duquesa era una princesa real de Inglaterra y, a falta de cualquier otro acontecimiento social, todo el que conociera lo que se debía a su propia dignidad se lanzó a presentar a esta augusta pareja el respeto que todos los republicanos que disfrutaban de una nutrida cuenta obtenida con los negocios sienten por la realeza inglesa. Nueva York dio una cena en la que la persona más insignificante no valía menos de un millón de dólares, y donde los caballeros que se sentaron junto a la princesa la entretuvieron durante una o dos horas con el cálculo del capital acumulado allí representado. Nueva York también dio un baile en que la princesa apareció con un inadecuado vestido de seda negra con encaje postizo y joyas de azabache, entre varios centenares de tocadores que proclamaban la refinada sencillez republicana de sus propietarias con un coste de varios cientos de miles de dólares. Tras esas muestras de hospitalidad, la gran pareja ducal vino a Washington, donde se convirtieron en huéspedes de lord Skye o, de manera más apropiada, lord Skye se convirtió en su huésped, porque pareció considerar que había de cederles la embajada, y le dijo a la señora Lee, con auténtica brusquedad británica, que eran unos pelmazos y que deseaba que se hubieran quedado en Saxe-Baden-Homburg o dondequiera que fuera, pero que, como estaban aquí, él debía ser su lacayo. La señora Lee se divirtió y se asombró un poco por el candor con que hablaba de ellos, y fue instruida y preparada por su seco informe de la princesa, la cual, al parecer, resultaba desagradable por sus aires de realeza, había sufrido terriblemente por el viaje y detestaba América y todo lo americano. Con todo, no sin cierto alarde, estaba celosa de su

esposo y soportaba interminables sufrimientos, aunque con muy poca gracia, antes que perderlo de vista.

No solo se vio obligado lord Skye a convertir la embajada en un hotel, sino que, en pleno entusiasmo de su lealtad, se vio llamado a dar un baile. Era, dijo, la manera más fácil de pagar de una vez todas sus deudas, y aun cuando la princesa no sirviera para nada más, podía ser usada como una oportunidad a fin de «promover la armonía entre las dos grandes naciones». En otras palabras, lord Skye pretendía exhibir a la princesa en su propio beneficio diplomático, y así lo hizo. Podría haberse creído que en ese momento, en que las sesiones del Congreso se habían aplazado, Washington apenas tendría sociedad suficiente para llenar un salón de baile, pero esto, en lugar de ser un defecto, era una ventaja. Permitía al embajador británico cursar invitaciones ilimitadas. Invitó no solo al presidente y a su gabinete, y a los jueces y el ejército y la armada, y a todos los residentes en Washington dignos de consideración, sino también a todos los senadores, a todos los congresistas, a todos los gobernadores de los estados con sus empleados, si los tenían, a todos los ciudadanos eminentes y a sus familias en toda la Unión y Canadá, y, por fin, a todo individuo privado, desde el Polo Norte hasta el Istmo de Panamá, que alguna vez hubiera sido cortés con él o hubiera controlado su interés lo suficiente para pedir una tarjeta. El resultado fue que todo Baltimore prometió venir, y que Filadelfia estaba igual de bien dispuesta; Nueva York proveyó invitados por docenas, y Boston envió al gobernador y una delegación. Incluso el muy conocido millonario que representaba a California en el Senado de los Estados Unidos se irritó porque, habiendo sido enviada su invitación para que llegara solo con un día de retraso, se vio incapaz de traer a su familia a través del continente con un grupo escogido en el vagón de un director de la compañía para disfrutar de las sonrisas de la realeza en el vestíbulo del león británico. Son asombrosos los esfuerzos que hacen los hombres libres por una causa justa.

El propio lord Skye trató todo el asunto con natural desprecio. Una tarde caminó hasta el salón de la señora Lee y pidió que le ofrecieran una taza de té. Dijo que se había librado del zoo durante unas horas endosándose a la embajada alemana, y que necesitaba un poco de compañía humana. Sybil, que era una de sus favoritas, le pidió que le contara todo sobre el baile, pero

él insistió en que no sabía más que ella. Un hombre de Nueva York se había apoderado de la embajada, pero ni el más sabio podía prever lo que haría con ella. Por la charla de los miembros jóvenes de su embajada, lord Skye conjeturaba que toda la ciudad iba a ser alojada y que se esperaban cuarenta millones de personas, pero su propia preocupación en el asunto se limitaba a las flores que esperaba recibir.

—Todas las mujeres jóvenes y bonitas —dijo a Sybil— van a enviarme flores. Prefiero las rosas Jacqueminot, pero aceptaré cualquier hermosa variedad, siempre que no estén alambradas. La etiqueta diplomática manda que toda dama que me envíe flores me reserve al menos un baile. Anótese esto en seguida en su cuaderno, señorita Ross.

Para Madeleine este baile era providencial porque llegaba a tiempo para apartar toda turbación de la mente de Sybil. No había pasado más de una semana desde esa revelación del corazón de Sybil que había sido como un terremoto para la señora Lee. Desde entonces Sybil había estado nerviosa e irritable, aún más porque se sabía observada. Estaba secretamente avergonzada de su conducta, y tendía a enojarse con Carrington, como si fuera responsable de su necedad, pero no podía hablar con Madeleine del tema sin discutir sobre el señor Ratcliffe, y Carrington le había prohibido expresamente atacar al señor Ratcliffe hasta que quedara claro que este daba el primer paso. Esta reticencia engañaba a la pobre señora Lee, quien veía en el humor de su hermana solo ese apego no correspondido del que solo ella se consideraba culpable. Su grosera negligencia, al permitir a Sybil verse expuesta de manera impropia a tal riesgo, pesaba mucho en su mente. Con la capacidad de un santo para atormentarse, Madeleine esgrimió el látigo sobre su espalda hasta hacerse sangrar. Vio marchitarse rápidamente las rosas de las mejillas de Sybil, y con la ayuda de una imaginación activa descubrió un aspecto hético y síntomas de resfriado. Se puso justamente mórbida sobre el tema, y su inquietud derivó en fiebre, por la que Sybil, bajo su responsabilidad, llamó al médico, y Madeleine se vio obligada a recibir dosis de quinina. De hecho, había más motivo de ansiedad respecto a ella que respecto a Sybil, quien, haciendo frente con su nerviosismo juvenil a la responsabilidad, era la más saludable y acomodada joven que podía haber en América, y cuyo sentimiento nunca le costó ni cinco minutos de sueño,

aunque su apetito pudiera resultar algo más exigente que antes. Madeleine lo advirtió de inmediato, y sorprendió a su cocinera con demandas diarias y casi horarias de nuevos e imposibles platos, para descubrir los cuales agotó una biblioteca de libros de recetas.

El baile de lord Skye y el interés de Sybil por él fueron un gran alivio para Madeleine, de modo que su alma viró hacia la frivolidad. Nunca, desde que tuvo diecisiete años, había pensado o hablado tanto de un baile como de este de la Gran Duquesa. Se estrujó los sesos para entretener a Sybil. La llevó a ver a la princesa; la habría llevado a ver al Dalai Lama si hubiera venido a Washington. La instigó para encargarse y enviar a lord Skye un ramo de las más hermosas rosas que Nueva York pudo lograr. La puso a trabajar en su vestido varios días antes de lo necesario, y este famoso traje hubo de ser traído, examinado, criticado y discutido con interés interminable. Hablaba del vestido y la princesa y el baile hasta que su lengua se le pegaba al paladar y su cerebro se negaba a actuar. Desde la mañana a la noche, durante toda una semana, comió, bebió, respiró y soñó con el baile. Hizo cuanto el amor pudo sugerir o el denuedo cumplir, con el fin de entretener y mantener ocupada a su hermana.

Sabía que todo esto era solo pasajero y paliativo, y que había que adoptar medidas más radicales para asegurar la felicidad de Sybil. Sobre este asunto pensó en secreto hasta que le dolieron la cabeza y el corazón. Una cosa, y solo una, estaba clara: si Sybil amaba a Carrington, debía tenerlo. Solo Madeleine sabía cómo esperaba provocar este cambio en el corazón de Carrington. Consideraba a los hombres como criaturas a disposición de las mujeres, susceptibles de ser transferidos como cheques o etiquetas identificativas, de una mujer a otra, según se deseara. La única condición era que el hombre debía ser desengañado por completo de la noción de que podía disponer de sí mismo. La señora Lee nunca dudó de que pudiera hacer que Carrington se enamorara de Sybil a condición de que ella pudiera ponerse más allá de su alcance. En todo caso, por cuanto pudiese ocurrir, aunque tuviera que aceptar la desesperada alternativa ofrecida por el señor Ratcliffe, nada había de interferir en la felicidad de Sybil. Y así fue como, por primera vez, la señora Lee comenzó a plantearse si no era mejor hallar la solución de su perplejidad en el matrimonio.

¿Se habría visto llevada a este punto sin la violenta presión de los supuestos intereses de su hermana? Esta es una de esas preguntas que los sabios no plantearán, porque es una pregunta que el hombre o la mujer más sabia no pueden responder. Al respecto, un ejército de perspicaces autores ha agotado su ingenio para entretener al público, y sus obras pueden encontrarse en cualquier quiosco. Han decidido que una mujer, en las debidas condiciones, se casará con un hombre en cualquier momento, siempre que se apele propiamente a su «naturaleza superior». La Bella y la Bestia, Barbazul y el Viejo Robin Gray³⁸ tienen el doble encanto para los autores de ser una lectura muy agradable y aún más fácil de diluir en el sentimiento. Pero al menos diez mil escritores modernos, con lord Macaulay a la cabeza, han asolado y despojado tanto la región de los cuentos de hadas y las fábulas, que ni siquiera resulta ya decente aludir a *Las mil y una noches*. La capacidad de las mujeres para contraer matrimonios inconvenientes debe considerarse la piedra angular de la sociedad.

Mientras tanto, el baile, en verdad, casi había sacado a Carrington de la cabeza de Sybil. La ciudad se llenaba de nuevo. Las calles bullían con jóvenes a la moda de las provincias de Nueva York, Filadelfia y Boston, que tuvieron muy ocupada a Sybil. Recibía boletines del progreso de los asuntos. El presidente y su esposa habían consentido en acudir por el alto respeto a Su Majestad la Reina y su deseo de ver y ser vistos. Todo su gabinete acompañaría al Primer Magistrado. El cuerpo diplomático vestiría de uniforme, así como los oficiales del ejército y la armada; iba a venir el gobernador general de Canadá con su personal. Lord Skye observó que el gobernador general era un plasta.

El día del baile fue un día de ansiedad para Sybil, aunque no a causa del señor Ratcliffe o el señor Carrington, que eran de poca monta comparados con el serio problema al que se enfrentaba. La responsabilidad de vestir a su hermana y a ella misma recayó en Sybil, que era la auténtica autora de todos los triunfos de sombrerería de la señora Lee cuando tenían lugar, salvo porque Madeleine se las arreglara para dar cierto carácter a lo que vestía, algo que Sybil repudiaba. En este día, Sybil tuvo motivos para estar especialmente excitada. Durante todo el invierno los dos vestidos nuevos, en especial uno que era un triunfo del arte del señor Worth, habían estado guardados en el

piso superior, y Sybil había esperado en vano la ocasión que garantizara el esplendor de estas prendas.

Una tarde a principios de junio del verano pasado, el señor Worth había recibido una carta de parte de la favorita del rey de Dahomey en que le pedía que le hiciera un vestido de baile que aniquilara y destruyera por completo de celos y desesperación los corazones de sus setenta y cinco rivales. Ella era joven y hermosa, no había que reparar en gastos. Tales eran las palabras del chambelán. Durante toda la noche, el gran genio del siglo diecinueve se revolvió insomne en su cama pensando en este problema. Perturbaban su cerebro tintes vistosos vertidos con rojo sangre, pero luchó con ellos y los rechazó: esa combinación resultaría vulgar en Dahomey. Cuando los primeros rayos del sol le mostraron el reflejo de su cara angustiada en la luna del techo, se levantó y, con un impulso desesperado, se lanzó a las ventanas abiertas. Allí, ante sus ojos enrojecidos, estaba la pura, tranquila, prístina, radiante mañana de junio. Con un grito de inspiración, el gran hombre se asomó por la ventana y captó rápidamente los detalles de su nueva concepción. Antes de las diez estaba de nuevo en su oficina en París. Una orden imperiosa llevó a sus habitaciones toda seda, satén y gasa en el espectro del rosa pálido, azafrán pálido, verde pálido, plata y azur. Luego vinieron escalas cromáticas de color, las combinaciones que querían vulgarizar el arco iris, sinfonías y fugas, el gorjeo de los pájaros y la gran paz de la naturaleza virginal, la doncella en su inocente despertar: «El Amanecer en junio». El maestro quedó contento.

Una semana más tarde llegó el encargo de Sybil, que incluía «un vestido de baile completamente original, distinto a cualquier otro enviado a América». El señor Worth pensó, dudó, recordó la figura de Sybil, la original inclinación de su cabeza. Miró con ansiedad el mapa y especuló sobre si el *New York Herald* tendría un corresponsal en Dahomey. Al fin, con una generosidad peculiar de las grandes almas, duplicó para «la señorita S. Ross, Nueva York, Estados Unidos de América», el encargo para *L'Aube, Mois de June*.

Los Schneidekoupon y el señor French, que había reaparecido en Washington, vinieron a cenar con la señora Lee en la tarde del baile, y Julia Schneidekoupon quiso descubrir en vano lo que Sybil iba a llevar.

—¡Sé feliz, querida, en la ignorancia! —dijo Sybil—, muy pronto sentirás las punzadas de la envidia.

Una hora más tarde, su habitación, salvo la chimenea, donde unos troncos se agotaban suavemente, se convirtió en un altar de sacrificio para la Deidad del Amanecer en junio. Su cama, su diván, las mesillas, las braceras de zaraza se cubrieron con prendas de la divinidad, hasta las zapatillas y los pañuelos, los guantes y los ramos de rosas frescas. Cuando al final, tras un largo esfuerzo, el trabajo estuvo completado, la señora Lee lanzó una última mirada crítica al resultado y resplandeció satisfecha. Joven, feliz, con chispas de conciencia de su juventud y belleza, allí estaba Sybil, Hebe Anadiomene, elevándose desde una espuma suavemente cardada, que retrocedía bajo la larga cola de seda rosa, pálida y tierna, que se deshacía en franjas de delicada primula, que se disipaban aquí y allá con guarniciones de verde de junio —¿o era azul del alba, o ambos?—, sugiriendo una frescura inefable. Se recibió amablemente la modesta insinuación de su doncella de que a «las chicas», tal como se llamaban entre sí las criadas en América, les gustaría ofrecer su porción de incienso en el santuario, y se les permitió una vislumbre de la divinidad antes de envolverse en su capa. Un grupo de admiradoras, apiñadas en el umbral, murmuraba su aprobación, desde la «chica» dominante, que era la cocinera, una mujer de color de sesenta inviernos, cuya admiración era irreprochable, hasta una solterona de Nueva Inglaterra, cuya conciencia anabaptista luchaba con sus instintos y que, aunque desaprobaba a los «franceses», rendía en su corazón ese secreto homenaje a sus trajes largos y gorras que sus firmes labios rehusaban. El aplauso de este público, de generación en generación, ha alegrado los corazones de miríadas de jóvenes en el arranque de sus pequeñas aventuras, mientras los laureles domésticos florecen verdes y lustrosos durante media hora, hasta que se marchitan a la entrada del salón de baile.

La señora Lee se esforzó seriamente en el arreglo de su hermana, pues ¿no había sido ella en su día la muchacha mejor vestida de Nueva York? Al menos esa era su opinión, y sus viejos instintos revivieron cuando hubo que preparar a Sybil para la gran ocasión. Madeleine besó a su hermana afectuosamente y le expresó su acostumbrada alabanza cuando el «Amanecer en junio» quedó completo. Sybil era en este momento el ideal de la juventud

florecente, y la señora Lee casi se atrevió a confiar en que su corazón no se hubiera roto permanentemente, y en que aún sobreviviera hasta que pudiera hacerse volver a Carrington. Su propio arreglo fue un asunto mucho más breve, pero Sybil estaba impaciente mucho antes de que concluyera. El coche esperaba, y ella se vio obligada a decepcionar a las de su casa bajando envuelta en su capa de ópera apresuradamente.

Cuando al final las hermanas entraron en el vestíbulo de la embajada británica, lord Skye les reprochó no haber llegado antes para recibir con él a los invitados. Su Excelencia, con una gran banda en el pecho y una estrella en su chaqué, condescendió a expresarse vigorosamente sobre el tema del «Amanecer en junio». Schneidekoupon, que estaba orgulloso de su fácil dominio de la jerga artística, miró con respeto el satén gris plateado de la señora Lee y su cinta veneciana, cuya combinación había sido concienzudamente robada de una pintura del Louvre, y murmuró audiblemente: «¡Nocturno en gris plata!». Y luego, volviéndose a Sybil: «Y usted, por supuesto, ¡ya lo veo! ¡Una canción sin palabras!». El señor French se acercó y, con un tono de lo más fascinado, exclamó: «¡Vaya, señora Lee, está usted realmente hermosa esta noche!». Jacobi, tras un minucioso escrutinio, dijo que se tomaba la libertad de un viejo para decirles que el vestido de ambas estaba absolutamente perfecto. Incluso el Gran Duque quedó impresionado por Sybil, e hizo que lord Skye se la presentara, una ceremonia tras la cual la aterrorizó pidiéndole el placer de un vals. Ella desapareció de la vista de Madeleine y no estuvo de vuelta hasta que el amanecer se reunió con el amanecer.

El baile, como declararon los periódicos, fue un éxito brillante. Todo el que conozca la ciudad de Washington recordará que, entre las decenas de magníficas residencias que nuestros gobiernos y los extranjeros han construido para la comodidad de funcionarios, jueces, diplomáticos, vicepresidentes, portavoces y senadores, la embajada británica es la más impresionante. Combinando en un armonioso conjunto las proporciones del Palacio Pitti con la decoración de la casa d'Oro y la cúpula de una mezquita oriental, este triunfo arquitectónico ofrece extraordinarios recursos para la sociedad. Es innecesario describirlo más, ya que cualquiera puede referirse fácilmente a los periódicos de Nueva York de la mañana siguiente, donde se

encontrarán planos exactos de la planta baja de la casa, mientras que la prensa ilustrada de la misma semana contiene excelentes bocetos de los efectos escénicos más gratos, así como de la sala de baile y de la princesa sonriendo graciosamente desde su trono. La dama que hay justo detrás, a la izquierda de la princesa, es la señora Lee, mal retratada pero fácilmente distinguible por el hecho de que el artista, para su objetivo, la ha hecho más baja, y a la princesa más alta de lo estrictamente correcto, así como le ha dado a la princesa una graciosa sonrisa, que era por completo diferente de su verdadera expresión. En resumen, el artista está forzado a mostrar el mundo como desearíamos que fuera, antes que como era o es o como, en efecto, ha de ser en breve. La parte más extraña de este dibujo es, sin embargo, el hecho de que en realidad viera a la señora Lee donde la ha puesto, al alcance de la mano de la princesa, que era casi el último lugar de la habitación en que cualquiera que conociera a la señora Lee la habría buscado. En seguida se dará la explicación de este curioso accidente, ya que los hechos no se mencionan en los informes públicos del baile, que solo decían que «justo detrás de Su Alteza Real la Gran Duquesa, estaba nuestra encantadora y aristocrática compatriota, la señora Lightfoot Lee, que ha causado tan gran sensación en Washington este invierno y cuyo nombre el rumor público relaciona con el del secretario del Tesoro. La princesa conversó sobre todo con ella».

El espectáculo fue bonito, y en una grata noche de abril había pocos lugares más agradables en los que estar que este. El terreno exterior había sido cubierto para convertirlo en salón de baile, grande como una ópera, con una tarima y un sofá en el centro de uno de los lados largos, y otra tarima con un segundo sofá justo enfrente, en el centro del otro. Cada tarima tenía un toldo de terciopelo rojo, uno con el león y el unicornio, el otro con el águila americana. El estandarte regio se desplegaba sobre el unicornio; las barras y estrellas, no tan eficazmente, ondeaban sobre el águila. La princesa, que ya no era una niña, observó que el gas la irritaba, y obligó a lord Skye a iluminar su belleza con cien mil velas, más o menos, colocadas de manera apropiada sobre el gran trono ducal, para que resultaran llamativas e inapropiadas respecto a la institución de enfrente.

Los hechos exactos fueron estos. Ocurrió que la Gran Duquesa, habiéndose puesto en contacto por necesidad con el presidente, y en especial

con su esposa, durante la semana anterior, había alimentado hacia esta una antipatía difícil de expresar con palabras. Su determinación fija era mantener a distancia a toda costa a la pareja presidencial, y solo tras una tormentosa escena el Gran Duque y lord Skye lograron forzar su consentimiento a que el presidente la acompañara a la cena. No iría más lejos. No le hablaría a «esa mujer», como llamaba a la esposa del presidente, ni se pondría a su lado. Prefería quedarse en su habitación toda la velada, y no le importaba lo que la Reina pensara de ello, porque no era una súbdita de la Reina. Era un caso difícil para lord Skye, que se preguntó confuso, desde este punto de vista, por qué debía entretener en absoluto a la princesa. Pero, con la ayuda del Gran Duque y de lord Dunbeg, que se mostró muy activo y mantuvo una sonrisa deprecatoria con cierto éxito, encontró una solución. Y esta fue la razón por la que hubo dos tronos en el salón de baile, y por la que el trono británico estaba iluminado con tan cuidadosa referencia a la complexión de la princesa. Lord Skye se inmoló en el habitual esfuerzo de los embajadores británicos y americanos por mantener separadas a las dos grandes potencias. El Gran Duque, lord Dunbeg y él actuaron como amortiguadores con atenta diligencia, destreza y éxito. Como recurso, lord Skye se había acordado de la señora Lee y había contado a la princesa la historia de las relaciones de la señora Lee con la esposa del presidente, una historia que no era ningún secreto en Washington, porque, aparte el propio relato de Madeleine, la sociedad no tenía duda de la luz a la que miraba a la señora Lee la primera dama de la Casa Blanca, frente a la cual las damas de Washington solían ahora sacar el tema de la señora Lee, un anzuelo que siempre se tragaba vivazmente, para diversión y deleite de Victoria Dare y otras enredadoras.

—No la molestará mientras tenga cerca a la señora Lee —dijo lord Skye. En consecuencia, la princesa atrapó a la señora Lee y la esgrimió como si fuera un antídoto contra la ojeriza a la vista de la pareja presidencial. Hizo que la señora Lee se colocara detrás de ella como si fuera una dama de compañía. Incluso le permitió sentarse, tan cerca que sus sillas se tocaban. Cuando «esa mujer» estaba a la vista, que era la mayor parte del tiempo, la princesa entablaba conversación con la señora Lee y se cuidaba de que resultara evidente. Incluso antes de que llegara la pareja presidencial, Madeleine ya había caído en manos de la princesa, y cuando la princesa se

dirigió a recibir al presidente y su esposa, lo que hizo con una inclinación de majestuosa y distante dignidad, arrastró junto a ella a Madeleine. La señora Lee se inclinó también, no pudo evitarlo, pero se le negó el saludo para su disgusto, con una mirada de desprecio y odio. Lord Skye, que estaba actuando como caballero para la esposa del presidente, tuvo un ataque de pánico y se apresuró a alejar a la potentada democrática con el pretexto de enseñarle la decoración. Al final la acompañó a su trono, donde el Gran Duque y él estuvieron de guardia a intervalos durante toda la velada. Cuando la princesa siguió al presidente, obligó a su esposo a tomar del brazo a la señora Lee y conducirla hasta el trono británico sin más objetivo que exasperar a la esposa del presidente, quien, desde su elevada plataforma, miraba al cortejo con el ceño fruncido.

En todo este asunto la señora Lee fue la víctima principal. Nadie pudo aliviarla y estuvo literalmente acorralada en su asiento. La princesa mantenía un fuego incesante de pequeña conversación, principalmente quejosa y crítica, que nadie osaba interrumpir. La señora Lee estaba mortalmente aburrida y, al cabo de un rato, incluso lo absurdo del asunto dejó de divertirla. Tuvo, además, la mala suerte de hacer una o dos observaciones que despertaron un oculto humor de la princesa, que se rio y, al estilo de los personajes regios, le dio a entender que le gustaría más diversión del mismo tipo. Entre todas las cosas de la vida, la señora Lee despreciaba este tipo de servicio cortesano, ya que era algo más que republicana, un poco comunista de corazón, y su única seria queja del presidente y su esposa era que se propusieran tener una corte e imitar a la monarquía. No tenía intención de admitir superioridad social en nadie, presidente o príncipe, y convertirse de repente en dama de compañía de una pequeña Gran Duquesa alemana era un golpe terrible. Pero ¿qué podía hacerse? Lord Skye la había reclutado en su servicio y no podía decentemente negarse a ayudarlo cuando se acercó a ella y le dijo, con su habitual y tranquila franqueza, cuáles eran sus dificultades y cómo contaba con su ayuda.

El mismo juego continuó durante la cena, con una mesa presidencial y unas dos docenas de invitados, y las dos damas presidiendo, tan apartadas como podían estar. El Gran Duque y lord Skye, a cada lado de la esposa del presidente, cumplieron con su deber como hombres y fueron recompensados

recibiendo de ella mucha información sobre los arreglos domésticos de la Casa Blanca. El presidente, sin embargo, sentado junto a la princesa en el extremo opuesto, estaba evidentemente deprimido, debido en parte al hecho de que la princesa, desafiando toda etiqueta, había obligado a lord Dunbeg a llevar a la señora Lee a la cena y colocarla al lado mismo del presidente. Madeleine trató de escapar, pero fue detenida por la princesa, que se dirigió a ella delante del presidente y, con un tono decidido, le pidió que se sentara precisamente allí. La señora Lee miraba tímidamente a su vecino, quien no hacía señal alguna y tomaba su cena en un silencio solo roto por la réplica ocasional a alguna rara observación. La señora Lee le compadeció y se preguntó lo que le diría su esposa cuando llegaran a casa. Captó la mirada de Ratcliffe en la mesa, que la contemplaba con una sonrisa; trató de hablar fluidamente con Dunbeg, pero hasta que la cena hubo acabado y fueron casi las dos, hasta que la pareja presidencial, con todas las apropiadas formalidades, no se despidió de la gran pareja ducal, y hasta que lord Skye no la escoltó hasta su coche y volvió a decir que se había marchado, la princesa no la soltó, permitiéndole deslizarse en la oscuridad.

Entretanto, el baile había transcurrido a la manera de los bailes. Mientras Madeleine estuvo sentada en su forzada grandeza, pudo observar a todos los que pasaban. Había visto a Sybil girando con un hombre tras otro, entre un enjambre de bailarines, disfrutando al máximo y, en ocasiones, con un saludo y una sonrisa a su hermana cuando sus ojos se cruzaban. Allí estaba también Victoria Dare, que no parecía inmutarse ni valseando con lord Dunbeg, cuya educación como bailarín había sido descuidada. Era un hecho plenamente reconocido que Victoria flirteaba sistemáticamente con Dunbeg y había asumido como su último deber enseñarle el vals. Las luchas de él y la calma de ella en su ayuda exigían respeto. En el lado opuesto de la sala, junto al trono republicano, la señora Lee había visto al señor Ratcliffe junto al presidente, que no parecía dispuesto a alejarse de él y le dirigía casi todas sus escasas observaciones. Schneidekoupon y su hermana se habían mezclado con la multitud, bailando como si Inglaterra no hubiera sancionado nunca la herejía del librecambio. En conjunto, la señora Lee estaba satisfecha. Si sus sufrimientos eran grandes, no carecían de recompensa. Estudió a todas las mujeres del salón de baile y no pudo descubrir a ninguna más bonita que

Sybil. Si había un vestido más perfecto que el de Sybil, Madeleine no sabía nada de vestuario. En esos aspectos sintió la confianza de la convicción. Su calma habría sido completa si hubiera sentido que la alegría de Sybil no era superficial y que no sería seguida por una reacción. Contemplaba nerviosamente por ver si su cara cambiaba su alegre expresión, y una vez se volvió deprimida, pero fue cuando el Gran Duque se acercó a reclamar su vals, y la mirada desapareció en cuanto salieron a la pista y Su Alteza comenzó a girar en torno a la sala con una precisión e ímpetu que habría sido el orgullo de un regimiento de caballería. Él pareció satisfecho con el experimento, porque fue visto una y otra vez cruzando la pista con Sybil hasta que la señora Lee se inquietó por el ceño fruncido de la princesa.

Tras ser liberada, la señora Lee se quedó un poco en el salón de baile para hablar con su hermana y recibir felicitaciones. Durante media hora fue una belleza mayor que Sybil. Una multitud de hombres la rodearon, divertidos por el papel que había tenido en el entretenimiento de la velada y llenos de cumplidos sobre su promoción en la corte. Lord Skye encontró tiempo para darle las gracias con un tono más grave del que solía adoptar.

—Ha sufrido usted mucho —dijo—, y le doy las gracias.

Madeleine se rio al responderle que sus sufrimientos no le habían parecido nada mientras contemplaba los de él. Pero, al final, se sintió cansada por el ruido y el esplendor de la sala de baile, y, aceptando el brazo de su excelente amigo el conde Popoff, volvió paseando a la casa. Allí, por fin, se sentó en un sofá y junto a una tranquila ventana donde la luz era menos fuerte y un laurel extendía convenientemente sus hojas enfrente, hasta formar una enramada a través de la cual podía ver a los transeúntes sin ser descubierta, salvo con esfuerzo. Si hubiera sido una mujer más joven, habría sido el lugar para un flirteo, pero la señora Lee nunca flirteaba, y la idea de que flirteara con Popoff habría sido lúdica para todos.

El conde no se sentó, pero estaba inclinado contra un ángulo de la pared, hablando con ella, cuando de repente el señor Ratcliffe apareció y se sentó a su lado con tal deliberación y aparente sentido de la propiedad que Popoff se giró y huyó incontinente. Nadie sabía de dónde había venido el secretario o cómo sabía que ella estaba allí. No dio explicación alguna y ella se cuidó de preguntar. Le hizo un colorido relato del servicio de su velada como dama de

compañía, al que él correspondió con el de sus pruebas como ujier del presidente, quien, al parecer, se había aferrado a su antiguo enemigo a falta de otra roca a la que agarrarse.

Ratcliffe aparentaba suficientemente bien el carácter de primer ministro en este momento. Lo habría podido ejercer, en caso de necesidad, en cualquier corte, no solo en Europa, sino en India o China, donde se espera que los caballeros se comporten con dignidad. Salvo por cierta expresión grosera y animal de la boca, y una indefinible frialdad de la mirada, era un hombre apuesto y en la flor de la vida. Todos observaban cuánto había mejorado desde su entrada en el gabinete. Había perdido sus modales senatoriales. Su ropa ya no era congresual, sino la de un hombre respetable, limpia y decente. Sus camisas ya no abultaban en lugares impropios, ni llevaba los cuellos raídos o sucios. No le caía el pelo sobre los ojos, las orejas o el abrigo, como el de un *terrier* escocés, sino que lo llevaba recortado. Habiendo sorprendido en una ocasión lo que opinaba la señora Lee de las personas que no se daban un baño de agua fría todas las mañanas, había creído lo mejor adoptar esa reforma, aunque no hizo que se supiera, por su sabor a casta. Había hecho un esfuerzo para no ser dictatorial y olvidar que había sido un Gigante de la Pradera, el matón del Senado. En resumen, en lo que respecta a la influencia de la señora Lee y a su emancipación de la cámara del Senado con su código de malos modales y peor moral, el señor Ratcliffe se convirtió rápidamente en un miembro respetable de la sociedad al que un hombre que no hubiera estado en prisión o en la política podría seguramente reconocer como amigo.

El señor Ratcliffe se inclinaba evidentemente ahora a ser oído. Tras hablar durante un tiempo con cierto humor de los éxitos del presidente como hombre a la moda, pasó al tema de los méritos del presidente como estadista y, poco a poco, se fue poniendo serio y su voz adoptó un tono bajo y confidencial. Dijo claramente que la incapacidad del presidente se había hecho notoria ahora entre sus seguidores, que solo con dificultad su gabinete y sus amigos podían impedir que hiciera tonterías cincuenta veces al día, que todos los líderes de los partidos que tenían ocasión de tratarle estaban tan disgustados que el gabinete debía dedicarse a apaciguarlos. Mientras durase ese estado de cosas, la propia influencia de Ratcliffe debía ser prominente; tenía buenas razones para saber que si la elección presidencial fuera a tener

lugar ese año, nada podía impedir su nominación y elección. Incluso a tres años vista, las oportunidades a favor suyo eran al menos de dos a uno, y tras este exordio siguió en tono bajo con creciente seriedad, mientras la señora Lee se sentaba inmóvil como la estatua de Agripina, con la mirada fija en el suelo.

—No soy de aquellos a los que la vida política hace felices. Soy un político porque no puedo evitarlo. Es la ocupación para la que soy más apto, y la ambición es mi recurso para hacerla tolerable. En política no podemos mantener las manos limpias. He hecho muchas cosas durante mi carrera que no son defendibles. Para actuar con entera honestidad y respeto a sí mismo, uno debería vivir en una atmósfera pura, y la atmósfera de la política es impura. La vida doméstica es la salvación de muchos hombres públicos, pero durante años he estado privado de ella. He llegado ahora a ese punto en que las crecientes responsabilidades y tentaciones me hacen pedir ayuda. Debo tenerla. Solo usted puede dármela. Es usted amable, reflexiva, concienzuda, magnánima, culta, no he visto a mujer alguna mejor preparada para los deberes públicos. Su lugar está ahí. Usted pertenece a la clase de personas que ejercen una influencia más allá de su tiempo. Solo le pido que ocupe el lugar que le corresponde.

Esta apelación desesperada a la ambición de la señora Lee era una parte calculada del esquema de Ratcliffe. Sabía que seguía una presa elevada y que el poder del señuelo debía estar en proporción a su altura. No se sintió incómodo porque la señora Lee se sentara silenciosa y pálida con la mirada fija en el suelo y las manos cruzadas en su regazo. El águila que se remonta más debe tomarse más tiempo para descender que el gorrión o la perdiz. En ese breve tiempo, la señora Lee tenía que pensar en mil cosas y, sin embargo, no pudo pensar en absoluto. Una serie de imágenes y pensamientos fragmentarios atravesó rápida su mente, y su voluntad no ejerció control alguno sobre su orden o naturaleza. Una de estas reflexiones huidizas fue que, de todas las ofertas de matrimonio que oyera, esta era la menos sentimental y la más negociada. Hizo oídos sordos a la apelación a su ambición, pero una mujer debía ser más que una heroína para poder escuchar una lisonja tan evidentemente sincera, de un hombre preeminente entre los hombres, sin que la afectara. Para ella, sin embargo, el hecho abrumador era

que se encontraba incapaz de retirarse o escapar. Su táctica había sido burlada, sus barreras temporales derribadas. La oferta estaba hecha. ¿Qué debía hacer con ella?

Durante meses había pensado en este tema sin ser capaz de tomar una decisión. ¿Qué esperanza tenía de ser capaz de decidirse ahora, en un salón de baile, enseguida? Cuando, como puede ocurrir, los sentimientos, los prejuicios y las pasiones conflictivas de toda una vida se comprimen en un solo instante, a veces sobrecargan la mente, que se niega a funcionar. La señora Lee estaba sentada en silencio y dejaba que las cosas siguieran su curso: un recurso peligroso, como miles de mujeres han aprendido, porque las deja a merced de una voluntad fuerte, formada con maestría.

La música del baile no paraba. Multitud de personas pasaron junto a su retiro. Algunas miraban dentro y ni una tuvo dudas de lo que ocurría allí. Una inconfundible atmósfera de misterio e intensidad rodeaba a la pareja. La mirada de Ratcliffe estaba fija en la señora Lee, y la suya en el suelo. Ninguno parecía hablar o moverse. El viejo barón Jacobi, que nunca dejaba de verlo todo, vio esto al pasar y lanzó un juramento extranjero de sentido temible. Victoria Dare lo vio y se sintió devorada por la curiosidad hasta el punto de casi no poder contenerse.

Tras un silencio que pareció interminable, Ratcliffe continuó:

—No hablo de mis propios sentimientos porque sé que, a menos que la mueva un fuerte sentido del deber, no se decidirá por mi devoción. Pero sinceramente le digo que he aprendido a depender de usted hasta un punto que apenas puedo expresar, y cuando pienso en lo que sería mi vida sin usted, esta me parece tan intolerablemente oscura que estoy dispuesto a hacer cualquier sacrificio para aceptar las condiciones que la mantengan a mi lado, cualesquiera que sean.

Entretanto, Victoria Dare, aunque muy interesada en lo que Dunbeg le decía, había dado con Sybil y le había detenido un segundo para susurrarle al oído:

—Harías bien en cuidar de tu hermana, en la ventana, tras el laurel, con el señor Ratcliffe.

Sybil iba del brazo de lord Skye, disfrutando asombrosamente, aunque la velada había acabado, pero cuando captó las palabras de Victoria, la

expresión de su cara cambió por completo. Todas las ansiedades y terrores de las dos semanas pasadas volvieron. Arrastró a lord Skye por el vestíbulo y miró a su hermana. Bastó una mirada. Terriblemente asustada, pero con más miedo aún a vacilar, se dirigió a Madeleine, que aún estaba sentada como una estatua, escuchando las últimas palabras de Ratcliffe. Al irrumpir así, la señora Lee la miró, vio su cara pálida y se levantó de su asiento.

—¿Estás enferma, Sybil? —exclamó—, ¿qué ocurre?

—Un poco... fatigada —jadeó Sybil—, pensé que podrías estar lista para ir a casa.

—Lo estoy —gritó Madeleine—, estoy lista. Buenas noches, señor Ratcliffe. Le veré mañana. Lord Skye, ¿he de despedirme de la princesa?

—La princesa se retiró hace media hora —respondió lord Skye, que veía la situación y estaba preparado para ayudar a Sybil—, déjenme acompañarlas al guardarropa y pedir su coche.

El señor Ratcliffe se encontró de pronto solo, mientras la señora Lee se alejaba de prisa, víctima de nuevas preocupaciones. Habían llegado al guardarropa y estaban casi listas para irse a casa cuando Victoria Dare las alcanzó con una animación poco habitual en ella, agarró a Sybil de la mano, la llevó a una habitación contigua y cerró la puerta.

—¿Puedes guardar un secreto? —dijo abruptamente.

—¿Cómo? —dijo Sybil, mirándola boquiabierta—, ¿quieres decir que...?, ¿de verdad?, ¡dímelo, rápido!

—¡Sí! —dijo Victoria recobrando la compostura—, ¡estoy prometida!

—¿Con lord Dunbeg?

Victoria asintió, y Sybil, cuyos nervios estaban tensos tras haber llegado a la cima de la excitación, la lisonja, la fatiga, la perplejidad y el terror, estalló en un paroxismo de risa que sobresaltó incluso a la tranquila señorita Dare.

—¡Pobre lord Dunbeg! ¡No seas dura con él, Victoria! —jadeó cuando pudo recobrar el aliento—. ¿De veras quieres pasar el resto de tu vida en Irlanda? ¡Oh, cuánto les enseñarás!

—Olvidas, querida —dijo Victoria, que se había entronizado plácidamente a los pies de una cama—, que no soy una pobre. Me han dicho que el castillo Dunbeg es una romántica residencia veraniega, y cuando llegue el tiempo gris nos iremos, desde luego, a Londres o a otro lugar. Seré educada contigo

cuando vengas. ¿No crees que me sentará bien una corona?

Sybil estalló de nuevo en una risa tan irreprochable y prolongada que sobresaltó incluso al pobre Dunbeg, que recorría impaciente el pasillo. Alarmó a Madeleine, que abrió la puerta de repente. Sybil se recuperó y, con los ojos llorosos, le presentó a Victoria a su hermana:

—¡Madeleine, déjame presentarte a la condesa Dunbeg!

Pero la señora Lee estaba demasiado ansiosa para sentir interés alguno por lady Dunbeg. La invadió un súbito temor a que Sybil se pusiera histérica por que el compromiso de Victoria le recordara su propia decepción. Así que se llevó apresuradamente a su hermana al coche.

[38](#) La menos conocida entre nosotros es la última, *Auld Robin Gray*. Se basa en una balada escocesa compuesta por Anne Lindsay en 1772. Cuenta el matrimonio de conveniencia del viejo Robin Gray con su resignada mujer, enamorada del joven Jamie.

CAPÍTULO XII

FUERON a casa en silencio, la señora Lee con ansiedad y dudas, en parte causadas por su hermana, en parte por el señor Ratcliffe; Sybil dividida entre la diversión por la conquista de Victoria y la alarma por su atrevimiento al mezclarse en los asuntos de su hermana. La desesperación, sin embargo, fue más fuerte que el miedo. Decidió que no había que resistir más la intriga, libraría ahora su batalla antes de que se perdiera otra hora, seguramente no habría un momento mejor. En breve llegaron a la puerta. La señora Lee le había dicho a su doncella que no la esperara, y estaban solas. El fuego aún ardía en la chimenea de Madeleine, y ella arrojó más leños. Entonces insistió en que Sybil se fuera a la cama de inmediato. Pero Sybil se negó; se sentía bien, dijo, y no tenía nada de sueño. Tenía mucho de lo que hablar y quería descargar su mente. Sin embargo, su consideración femenina por el «Amanecer en junio» la llevó a posponer lo que tenía que decir hasta que, con la ayuda de Madeleine, dejó cuidadosamente a un lado el triunfo del baile. Entonces, poniéndose el camisón y guardando en su seno rápidamente la carta de Carrington, como un arma oculta, se apresuró hacia la habitación de Madeleine y se acomodó en un sillón ante el fuego. Allí, tras una pausa, las dos mujeres comenzaron su largamente diferida prueba de fuerza, en la que la partida era tan igualada como para hacer dudoso el resultado, porque si Madeleine era la más inteligente, Sybil, en este caso, sabía mucho mejor lo que necesitaba, y tenía una idea clara de cómo lograrlo, mientras que Madeleine, sin sospechar el ataque, no tenía plan de defensa en absoluto.

—Madeleine —comenzó Sybil solemnemente y con una violenta palpitación del corazón—, quiero que me digas algo.

—¿De qué se trata, mi pequeña? —dijo la señora Lee, perpleja y no del todo preparada para ver que debía haber una conexión entre la siguiente pregunta de su hermana y la súbita indisposición del baile, que había desaparecido tan pronto como había llegado.

—¿Vas a casarte con el señor Ratcliffe?

La pobre señora Lee quedó desconcertada por lo directo del ataque. Esta pregunta fatal la asaltaba en todas las esquinas. Apenas había logrado escapar de ella en el baile hacía una hora por un golpe de buena suerte, por el que empezaba a ver que estaba en deuda con Sybil, y aquí se le presentaba de nuevo a la cara como una pistola. Toda la ciudad, entonces, se lo preguntaba. Media ciudad de Washington debía haber visto la oferta de Ratcliffe, y una inmensa audiencia esperaba su respuesta, como si se tratara de una junta electoral. Se disgustó mucho, y su primera respuesta a Sybil fue una rápida pregunta:

—¿Por qué me haces esa pregunta? ¿Has oído algo? ¿Te ha hablado alguien de esto?

—¡No! —respondió Sybil—, pero debo saberlo. Puedo ver, sin que nadie me lo diga, que el señor Ratcliffe intenta que te cases con él. No pregunto por curiosidad. Esto es algo que me concierne tanto como a ti. ¡Por favor, dímelo! ¡No me trates más como a una niña! ¡Déjame saber lo que piensas! ¡Estoy tan cansada de que me dejen a oscuras! No tienes ni idea de cuánto me pesa esto. Oh, Maude, no volveré a ser feliz hasta que confíes en mí.

La señora Lee sintió un pequeño remordimiento y pareció súbitamente volverse consciente de un nuevo anillo que la apretaba en esta agobiante complicación. Incapaz de ver su camino, ignorante de los motivos de su hermana, apremiada por la idea de que estaba implicada la felicidad de Sybil, era acusada ahora de falta de sentimientos y se la convocaba para dar una respuesta directa a una sencilla pregunta. ¿Cómo podía declarar que no quería casarse con el señor Ratcliffe? Decir esto sería cerrar la puerta a todos los objetivos que se tomaba en serio. Si debía dar una respuesta directa mejor era decir «¡sí!» y acabar con ello, mejor saltar a ciegas y ver qué salía de ahí. La señora Lee, por tanto, con un grito ahogado, pero sin señal aparente de excitación, dijo, como si estuviera soñando:

—Bien, Sybil, te lo voy a decir. Te lo habría dicho hace tiempo si me hubiera conocido a mí misma. ¡Sí, he decidido casarme con el señor Ratcliffe!

Sybil saltó a sus pies con un grito:

—¿Y se lo has dicho ya? —preguntó.

—¡No!, viniste y nos interrumpiste justo cuando estábamos hablando. Me alegré de que lo hicieras, porque me da un poco de tiempo para pensar. Pero ahora estoy decidida. Se lo diré mañana.

Esto no fue dicho con el aire de alguien cuyo corazón late ardiente cuando piensa en confesar su amor. La señora Lee habló mecánicamente y casi con esfuerzo. Sybil se lanzó con toda su energía a su hermana. Violentamente excitada, y ansiosa por hacerse oír, sin esperar a los argumentos, rompió a proferir un torrente de súplicas:

—¡Oh, no, no, no! ¡Oh, por favor, por favor, no, mi querida, queridísima Maude! ¡A menos que quieras romperme el corazón, no te cases con ese hombre! ¡No puedes amarle! ¡Nunca podrás ser feliz con él! ¡Te llevará con él a Peonia, y morirás allí! ¡Ya no te veré más! ¡Te hará infeliz, te pegará, sé que lo hará! ¡Si te importo algo, no te cases con él! ¡Deshazte de él, no vuelvas a verle! Vayámonos ahora, en el tren de la mañana, antes de que vuelva. Yo estoy lista. Haré tu equipaje, ¡nos iremos a Newport, a Europa, a cualquier lugar, para estar lejos de su alcance!

Con esta apasionada apelación, Sybil se puso de rodillas junto a su hermana y, rodeando la cintura de Madeleine con sus brazos, sollozó como si su corazón ya estuviera roto. Si Carrington la hubiera visto debería haber admitido que había cumplido sus instrucciones al pie de la letra. Era sincera, también, en todo. Quiso decir lo que dijo, y sus lágrimas fueron auténticas lágrimas que había reprimido durante semanas. Por desgracia, su lógica era débil. Su idea del carácter del señor Ratcliffe era vaga, y sesgada por meras teorías sobre lo que un Gigante de la Pradera de Peonia debía ser en sus relaciones domésticas. También su idea de Peonia era indistinta. Estaba hechizada por una visión de su hermana sentada en un sofá de piel de caballo ante una estufa de hierro en una pequeña habitación de altas, blancas paredes desnudas, con una cromolitografía, y a su lado una mesa con remate de mármol coronada por una urna de cristal que contenía secas hierbas funerarias. La única literatura, el periódico de Frank Leslie y el *New York Ledger*, con un fuerte olor a cocina por doquier. Aquí veía a Madeleine recibiendo visitas, las esposas de vecinos y electores que le contaban las noticias de Peonia.

A pesar de sus prejuicios ignorantes e irracionales contra hombres y

mujeres, y ciudades y praderas del Oeste y, en suma, contra todo lo del Oeste, hasta su política y sus políticos, a quienes calificaba perversamente como los ínfimos de todos los productos del Oeste, había aún cierto sentido común en la idea de Sybil. Cuando llegara esa hora inevitable para el señor Ratcliffe, que llega antes o después para todos los políticos, y un ingrato país le permitiera languidecer entre sus amigos en Illinois, ¿qué se proponía hacer con su esposa? ¿Suponía en serio que ella, que se aburría mortalmente en Nueva York y no había sido capaz de descubrir placer permanente en Europa, viviría tranquilamente en la romántica villa de Peonia? De lo contrario, ¿imaginaba el señor Ratcliffe que podrían encontrar la felicidad en el disfrute de sus respectivas sociedades, y de los ingresos de la señora Lee, en la excitación de Washington? En el ardor de su búsqueda, el señor Ratcliffe había aceptado por anticipado cualesquiera condiciones que impusiera la señora Lee, pero si realmente imaginaba que la felicidad y el contexto residían en la aureola purpúrea de ese atardecer, tenía más confianza en las mujeres y en el dinero de lo que una experiencia más amplia habría de justificar.

Cualesquiera que fueran los planes del señor Ratcliffe para tratar con esos obstáculos, no podrían satisfacer a Sybil, la cual, aunque inexacta en sus teorías sobre Gigantes de las Praderas, sin embargo, comprendía a las mujeres, y en especial a su hermana, mucho mejor de lo que nunca lo haría Ratcliffe. Aquí pisaba tierra firme y habría estado bien no decir más, porque la señora Lee, aunque tambaleante un momento por la vehemencia de su hermana, se tranquilizó por lo aparentemente absurdo de sus temores. Madeleine se rebeló contra la violencia histérica de esta oposición y se aferró aún más a su decisión. Riñó a su hermana en términos buenos y resueltos:

—¡Sybil, Sybil, no has de ser tan violenta! ¡Pórtate como una mujer y no como una niña mimada!

La señora Lee, como la mayoría de las personas que tienen que tratar con niños, mimados o no, recurrió a la severidad, no porque sea la manera más apropiada de tratar con ellos, sino porque no sabía qué más hacer. Estaba completamente incómoda y fatigada. No estaba satisfecha consigo misma o con sus motivos. La duda la abrumaba por todos lados, y su peor adversaria era esa hermana cuya felicidad había inclinado la balanza contra su propio

juicio.

Sin embargo, su táctica respondió a su objetivo de frenar la vehemencia de Sybil. Sus sollozos cesaron, y al instante se irguió con un aire más tranquilo.

—Madeleine —dijo—, ¿de verdad quieres casarte con el señor Ratcliffe?

—¿Qué más puedo hacer, mi querida Sybil? Quiero hacer lo mejor. Pensé que podría agradarte.

—¿Pensaste que podría agradarme? —gritó Sybil asombrada—. ¡Qué extraña idea! Si alguna vez me hubieras hablado de ello te habría dicho que le odio, y no sé cómo puedes tolerarle. Pero antes me casaría yo que verte a ti casada con él. Sé que morirás de infelicidad cuando lo hayas hecho. Oh, Maude, por favor, dime que no lo harás.

Y Sybil comenzó a sollozar de nuevo, mientras acariciaba a su hermana.

La señora Lee estaba infinitamente desanimada. Actuar contras los deseos de sus más íntimos amigos era bastante duro, pero parecer áspera y desabrida con el único ser cuya felicidad le importaba era intolerable. Sin embargo, ninguna mujer sensata, tras decir que pretendía casarse con un hombre como el señor Ratcliffe, podría desestimarle solo porque otra mujer se hubiera portado como una niña mimada. Sybil era más pueril de lo que la propia Madeleine había supuesto. Ni siquiera podía ver dónde residía su propio interés. No sabía más sobre el señor Ratcliffe y el Oeste que si hubiera sido el gigante de un cuento de hadas y vivido en lo alto de una planta de judías. Debía ser tratada como una niña: con gentileza, afecto e indulgencia, pero con firmeza y decisión. Por su propio bien había que negarle lo que pedía.

Entonces, por fin, habló la señora Lee, con una apariencia de decisión que estaba lejos de representar su temblor interior.

—Sybil, querida, he decidido casarme con el señor Ratcliffe porque no hay otra manera de hacer felices a todos. No debes tenerle miedo. Es amable y generoso. Además, puedo cuidar de mí misma, y también cuidaré de ti. Ahora no discutamos más. Ha amanecido y ambas estamos cansadas.

Sybil adoptó al instante una calma perfecta y, erguida ante su hermana, como si sus *rôles* se hubieran invertido, dijo:

—Entonces, ¿estás realmente decidida? ¿Nada de lo que pueda decir te hará cambiar de opinión?

La señora Lee, mirándola más sorprendida que nunca, no pudo obligarse a

hablar, pero movió la cabeza lenta y resueltamente.

—Así pues, solo me queda una cosa por hacer —dijo Sybil—. ¡Debes leer esto! —y le enseñó la carta de Carrington, que sostuvo ante el rostro de Madeleine.

—¡Ahora no, Sybil! —protestó la señora Lee, temiendo otra larga lucha—. La leeré después de que hayamos descansado. ¡Vete a la cama ahora!

—No abandonaré esta habitación ni me iré a la cama hasta que hayas leído esta carta —respondió Sybil, sentándose de nuevo ante el fuego con la resolución de la reina Isabel—, ni me moveré de aquí si piensas casarte. Le prometí al señor Carrington que la leerías al instante. Es todo cuanto puedo hacer ahora.

Con un suspiro, la señora Lee descorrió la cortina y, a la luz gris de la mañana, se sentó para romper el sello y leer la siguiente carta:

Washington, 2 de abril.

MI QUERIDA SEÑORA LEE:

Esta carta solo llegará a sus manos si resulta necesario que lea su contenido. Nada salvo la necesidad excusaría que la escribiera. Le pido perdón por entrometerme de nuevo en sus asuntos privados. En este caso, si no me entrometiera, tendría serios motivos de queja contra mí.

Me preguntó el otro día si sabía algo en contra del señor Ratcliffe que el mundo no conociera para explicar mi pobre opinión sobre su carácter. Entonces evadí su pregunta. Estaba obligado por normas de mi profesión a no desvelar hechos que llegaron a mí con un compromiso de confianza. Ahora voy a violar esas normas solo porque tengo un deber hacia usted que me parece dominar todos los demás.

Conozco hechos respecto al señor Ratcliffe que, a mi juicio, justifican una muy pobre opinión de su carácter y le marcan como alguien inapropiado, no digo para ser su esposo, sino incluso conocido suyo.

Usted sabe que soy el ejecutor del testamento de Samuel Baker. Usted sabe quién fue Samuel Baker. Ha visto a su esposa. Ella le ha contado que la ayudé en el examen y destrucción de todos los documentos privados de su esposo, según su voluntad en el lecho de muerte. Uno de los primeros hechos de los que tuve noticia por estos documentos y sus explicaciones fue el siguiente.

Hace justo ocho años, la gran Compañía Naviera de Correo Interoceánico quería extender su servicio alrededor del mundo y, para lograrlo, solicitó al Congreso un importante subsidio. Este asunto se puso en manos del señor Baker, y todas sus cartas privadas al presidente de la Compañía, en copias impresas, así como las respuestas del presidente, quedaron en mi poder. Las cartas de Baker estaban, por supuesto, en uno de los lenguajes cifrados que solía usar. Dejó entre sus papeles una clave de ese cifrado, pero la señora Baker podría haberlo explicado sin ese medio³⁹.

Resultaba de esta correspondencia que el proyecto de ley pasó con éxito por la Cámara y, al llegar al Senado, fue referido al apropiado comité. Su aprobación final era muy dudosa, y se acercaba el final de la sesión. El Senado estaba muy dividido y el presidente del comité era

decididamente hostil.

El presidente del comité era el senador Ratcliffe, cuyo nombre aparecía siempre cifrado por el señor Baker, y con toda precaución. Sin embargo, si quiere verificar el hecho y seguir la historia del proyecto de ley para el subsidio en todas sus etapas, junto con el informe, las observaciones y los votos del señor Ratcliffe, solo tiene que mirar los periódicos y debates de ese año.

Al fin, el señor Baker escribió que el senador Ratcliffe se había metido el proyecto de ley en el bolsillo y, a menos que pudieran hallarse medios para superar su oposición, no habría informe y el proyecto no llegaría a votarse. Se emplearon con él, y se agotaron, todo tipo de argumentos e influencia ordinaria. Por esa exigencia, Baker sugirió que la Compañía le autorizara a ver lo que lograría el dinero, pero añadía que sería peor que inútil tratar con pequeñas cantidades. A menos que pudieran emplearse cien mil dólares, era mejor no hacer nada.

El mensaje siguiente le autorizó a usar cualquier cantidad de dinero requerida que no excediera de ciento cincuenta mil dólares. Dos días después escribía que el informe del proyecto de ley estaba listo y que sería aprobado por el Senado en cuarenta y ocho horas, y felicitó a la Compañía por el hecho de haber usado solo cien mil dólares de su crédito final.

Se presentó el informe del proyecto, el cual fue aprobado y se convirtió en ley tal como predijo, y la Compañía ha disfrutado de su subsidio desde entonces. La señora Baker me informó también de que, por lo que sabía, su esposo entregó la cantidad mencionada al señor Ratcliffe en Bonos de los Estados Unidos.

Esta transacción, en relación con lo tortuoso de su trayectoria pública, explica la desconfianza que siempre he manifestado hacia él. Entenderá, sin embargo, que todos estos documentos han sido destruidos. La señora Baker no pudo ser inducida a poner en riesgo su comodidad revelando los hechos al público. Los oficiales de la Compañía, por su propio interés, nunca traicionarían la transacción, y llevaron sus libros, sin duda, de modo que no quedara traza de ella. Si hiciera esta acusación contra el señor Ratcliffe, sería la única víctima. Lo negaría y se reiría. No podría demostrar nada. Por tanto, estoy más directamente interesado que él en guardar silencio.

Al confiarle este secreto, confío firmemente en que no lo mencionará a nadie más, ni siquiera a su hermana. Es libre de enseñarle esta carta, si lo desea, a una sola persona, al propio señor Ratcliffe. Una vez hecho eso, se lo ruego, quémela de inmediato.

Con los deseos más afectuosos,
sinceramente suyo,
JOHN CARRINGTON

Cuando la señora Lee acabó de leer esta carta, se quedó en silencio un rato, mirando hacia la plaza. La mañana había llegado y el cielo brillaba con el fresco sol de abril. Abrió la ventana y respiró el suave aire primaveral. Necesitaba toda la pureza y quietud que la naturaleza pudiera dar, porque toda su alma se hallaba revuelta, herida, mortificada, exasperada. Contra el sentir de todos sus amigos, había insistido en creer a este hombre, se había preparado hasta el punto de aceptarle como esposo, a un hombre que, si la ley fuera lo mismo que la justicia, debía estar en una celda de felón, un hombre

que podía aceptar dinero para traicionar la confianza. De entrada, su ira barrió toda barrera. Esperaba impaciente el momento en que debiera verlo de nuevo y quitarle la máscara. Por una vez expresaría todo el aborrecimiento que sentía por la jauría política. Vería si el animal estaba hecho como otros seres, si tenía sentido del honor, un punto de limpieza en su mente.

Luego se le ocurrió que, al fin y al cabo, podría haber un error. Tal vez Ratcliffe pudiera explicar la acusación, pero ese pensamiento solo infligió otra punzante herida en su orgullo. No solo creía en la acusación, sino que creía que el señor Ratcliffe defendería su actuación. Había deseado casarse con un hombre al que creía capaz de cometer tal crimen, y ahora la estremecía la idea de que esta acusación pudiera haberse presentado contra su esposo y que no pudiera despreciarla con instantánea incredulidad, con indignado desprecio. ¿Cómo había ocurrido esto? ¿Cómo se había metido en una complicación tan sórdida? Cuando abandonó Nueva York, había pretendido ser una mera espectadora en Washington. Si hubiera entrado en su cabeza que podía verse llevada a proyectar un segundo matrimonio, no habría venido, porque estaba orgullosa de su lealtad a la memoria de su esposo y aborrecía casarse de nuevo. En su inquietud y soledad, había olvidado esto: solo se había planteado si valía la pena la vida para una mujer sin esposo ni hijos. ¿Era la familia todo lo que la vida tenía que ofrecer? ¿No podía descubrir interés alguno fuera del hogar? Así, llevada por esta quimera, había caminado, con los ojos abiertos, por la ciénaga de la política, a pesar de la protesta, a pesar de la conciencia.

Se levantó y anduvo por la habitación, mientras Sybil yacía en el sofá, contemplándola con los ojos semicerrados. Se enojó más y más consigo misma, y mientras su reproche aumentaba, su ira contra Ratcliffe se desvanecía. No tenía derecho a estar enojada con Ratcliffe. Nunca la había engañado. Siempre había confesado bastante abiertamente que no conocía código de moral en la política, que si la virtud no respondía a su propósito, usaba el vicio. ¿Cómo podía culparle de actos que repetidamente había defendido en su presencia y con su asentimiento tácito, según principios que justificaban esta o cualquier otra villanía?

Lo peor era que este descubrimiento le había llegado como un golpe, no como el indulto de una ejecución. Al pensar en esto se enfurecía consigo

misma. No había conocido los recovecos de su propio corazón. Había supuesto sinceramente que los intereses de Sybil y la felicidad de Sybil la forzaban a sacrificarse a sí misma, y ahora veía que en las profundidades de su alma habían operado muy distintos motivos: ambición, sed de poder, agitada ansiedad por meterse en lo que no le concernía, ciego anhelo de escapar de la tortura de contemplar a otras mujeres con vidas llenas e instintos satisfechos, mientras que su propia vida resultaba hambrienta y triste. Durante un tiempo, en realidad, inconsciente como era del engaño, había acariciado la esperanza de que se le ofrecía un nuevo campo donde ser útil, de que grandes oportunidades de hacer el bien iban a reemplazar el doloroso vacío que había dejado el bien que le había sido arrebatado, y de que aquí, por fin, había un objetivo por el que casi sería un placer despilfarrar el resto de la existencia, aun cuando supiera de antemano que el experimento fracasaría. La vida estaba más vacía ahora que este sueño había acabado. Sin embargo, lo peor no era la decepción, sino el descubrimiento de su propia debilidad y autoengaño.

Extenuada por la continua ansiedad, excitación y falta de sueño, era incapaz de luchar con las criaturas de su propia imaginación. Tal tensión solo podía acabar en una crisis nerviosa, y al fin llegó:

—¡Oh, qué cosa más vil es la vida! —gritó, levantando los brazos con un gesto de desesperada rabia y desesperación—. ¡Cómo quisiera estar muerta! ¡Me gustaría que el universo fuera aniquilado! —y se derrumbó junto a Sybil con un llanto frenético.

Sybil, que había contemplado esta exhibición en silencio, esperó tranquila a que pasara. Había poco que decir, solo podía calmarla. Después de que pasara el paroxismo, Madeleine se quedó quieta un rato, hasta que otros pensamientos comenzaron a turbarla. De reprocharse a sí misma por Ratcliffe pasó a reprocharse a sí misma por Sybil, que realmente parecía exhausta y pálida, casi vencida por la fatiga.

—Sybil —dijo—, vete a la cama de una vez. Estás agotada. Me he equivocado dejándote estar aquí hasta tan tarde. Ve y duerme un poco.

—¡No me iré a la cama hasta que tú lo hagas, Maude! —respondió Sybil con tranquila obstinación.

—¡Vé, querida! Está todo decidido. No me casaré con el señor Ratcliffe.

No tienes que preocuparte más por eso.

—¿Eres muy infeliz?

—Solo estoy muy enfadada conmigo misma. Debía haber seguido antes el consejo de Carrington.

—¡Oh, Maude! —exclamó Sybil, con una súbita explosión de energía—, ¡ojalá le hubieras aceptado a él!

Esta observación despertó un nuevo interés en la señora Lee:

—¿Cómo, Sybil? —dijo—, ¿no hablas en serio!

—Claro que sí —respondió Sybil con decisión—. Sé que crees que estoy enamorada del señor Carrington, pero no es así. Preferiría mucho más tenerle como cuñado, y es el hombre más bueno que conoces, y podrías ayudar a sus hermanas.

La señora Lee vaciló un momento, porque no estaba segura de si convenía tocar una herida que sanaba, pero estaba ansiosa por despejar este peso de su mente, y le espetó imprudente:

—¿Seguro que dices la verdad, Sybil? ¿Por qué dijiste entonces que te importaba? ¿Y por qué has estado tan decaída desde que se marchó?

—¿Por qué? ¡Pensé que estaba bastante claro el porqué! Porque pensé, como pensaban todos, que ibas a casarte con el señor Ratcliffe, y porque si te casabas con el señor Ratcliffe debería marcharme y vivir sola, y porque me tratabas como a una niña, y nunca me hablabas con confianza, y porque el señor Carrington era la única persona que me aconsejaba y, tras marcharse, tenía que luchar sola contra el señor Ratcliffe y contra ti, los dos juntos, sin un alma humana que me ayudara en caso de cometer un error. Te habrías sentido mucho más decaída que yo si hubieras estado en mi lugar.

Madeleine la miró dudosa un momento. ¿Duraría esto? ¿Conocía Sybil lo profundo de su herida? Pero, ¿qué podía hacer ahora la señora Lee? Tal vez Sybil se engañara un poco. Cuando esta excitación hubiera pasado, tal vez volviera a pensar en Carrington demasiado a menudo para su propio consuelo. El futuro debía cuidar de sí mismo. La señora Lee se aproximó a su hermana y le dijo:

—Sybil, he cometido un terrible error, y debes perdonarme.

[39](#) Se trata de una alusión a los telegramas cifrados que aparecieron durante la investigación congresual por el fraude electoral en la elección presidencial que enfrentó a Tilden y Hayes. El episodio recuerda también la acusación al senador Blaine por haber recibido un soborno de Union Pacific Railroad. Blaine interrumpió todo trato con Clarence King, a quien creyó autor de *Democracia*.

CAPÍTULO XIII

Hasta la tarde no reapareció la señora Lee. No podría decir cuánto había dormido, y no parecía alguien cuyos sueños hubieran sido largos o dulces, pero si había dormido poco, había compensado la pérdida pensando mucho y, mientras pensaba, la tormenta que había estallado tan fiera en su pecho fue dejando paso a la calma. Si aún no había luz, al menos había tranquilidad. Mientras yacía, hora tras hora, esperando el sueño que no llegaba, tuvo al principio la aguda mortificación de reflexionar en lo fácilmente que la mera vanidad la había llevado a imaginar que podía ser útil en el mundo. Incluso sonrió a solas por el retrato que hizo de sí misma reformando a Ratcliffe, a Krebs y a Schuyler Clinton. La facilidad con la que solo Ratcliffe la había hecho girar con el dedo, ahora que lo veía, la hizo retorcerse, y pensar en lo que podría haber hecho, si se hubiera casado con él, y en la interminable sucesión de sobresaltos morales que habría tenido que sufrir, le causó escalofríos de terror mortal. Había escapado por los pelos de verse arrastrada bajo las ruedas de la maquinaria y llegar así a un final definitivo. Cuando lo pensaba, sintió una loca pasión por vengarse de toda la raza de los políticos, con Ratcliffe a la cabeza. Pasó horas forjando amargos discursos que arrojarle a la cara. Luego, cuando se calmó, los pecados de Ratcliffe quedaron suavizados. La vida, a la postre, no había quedado ennegrecida del todo por sus artes, incluso había algo bueno en su experiencia, por punzante que fuera. ¿No había venido a Washington en busca de hombres que hicieran sombra, y no era la sombra de Ratcliffe lo bastante grande para satisfacerla? ¿No había penetrado en los más profundos recovecos de la política y aprendido lo fácilmente que la posesión del poder podía convertir la sombra de un caballo de juguete que existía solo en el cerebro de un necio granjero en una espeluznante pesadilla que trastornaba el sueño de las naciones? Las bufonadas de presidentes y senadores habían sido divertidas, tan divertidas que casi la habían persuadido de tomar parte en ellas. Se había salvado a

tiempo. Había llegado al fondo de este asunto del gobierno democrático y descubierto que no era más que un gobierno de otro tipo. Podría haberlo sabido por su sentido común, pero ahora que la experiencia lo había demostrado, estaba alegre de abandonar la mascarada, de volver a la verdadera democracia de la vida, a sus pobres y a sus prisiones, a sus escuelas y hospitales. En cuanto al señor Ratcliffe, no sentía dificultad alguna para tratar con él. Dejaría al señor Ratcliffe, y a sus hermanos gigantes, vagar por su pradera política, y cazar cargos u otras presas provechosas como quisieran. Sus objetivos no eran los de ella, y no ambicionaba gozar de su compañía. Ya no estaba muy enojada con el señor Ratcliffe. No tenía deseos de insultarle o de pelear con él. Lo que había hecho como político lo había hecho según su propio código moral, y no era asunto suyo juzgarle. Solo exigía su derecho a defenderse. Pensaba que podía fácilmente mantenerlo a distancia, y aunque, si Carrington había escrito la verdad, no podrían ya ser amigos, no tenía que haber dificultad en seguir siendo conocidos. Si esta visión de su deber era escasa, al menos probaba que había aprendido algo del señor Ratcliffe. Tal vez probara que aún tenía algo que enseñar al propio Ratcliffe.

Dieron las dos cuando la señora Lee bajó de su dormitorio y Sybil aún no había hecho su aparición. Madeleine tocó la campana y dijo que, si llamaba el señor Ratcliffe, le vería, pero que no estaba en casa para nadie más. Entonces se sentó a escribir cartas y a preparar su viaje a Nueva York, porque debía ahora acelerar la partida para escapar de los rumores y críticas que veía pendientes como una avalancha sobre su cabeza. Cuando Sybil bajó al fin, se pasaron una hora arreglando este y otros asuntos menores, de modo que ambas estaban de lo más animadas, y Sybil mostró un aspecto risueño.

Numerosos visitantes se acercaron a su puerta ese día, algunos movidos por amistad y otros por aguda curiosidad, ya que la manera abrupta en que la señora Lee desapareció del baile se había hecho notar. Su puerta se mantuvo firmemente cerrada para todos. Por otro lado, avanzada la tarde, hizo salir a Sybil para tener el terreno despejado, y Sybil, liberada de toda alarma, se puso en marcha para interrumpir la última entrevista de Dunbeg con su condesa y para divertirse con la última «fase» de Victoria.

Hacia las cuatro de la tarde se vio salir la alta figura del señor Ratcliffe del

departamento del Tesoro y descender los anchos escalones de su fachada occidental. Girando deliberadamente hacia la plaza, el secretario del Tesoro cruzó la Avenida, se detuvo en la puerta de la señora Lee e hizo sonar la campana. Se le hizo pasar de inmediato. La señora Lee estaba sola en su salón y se levantó con cierta gravedad cuando entró, pero le dio la bienvenida tan cordialmente como pudo. Quería poner fin a sus esperanzas de una vez y hacerlo decisivamente, pero sin herir sus sentimientos.

—Señor Ratcliffe —dijo cuando este se hubo sentado—, estoy segura de que preferirá que le hable sin rodeos y con franqueza. No pude responderle anoche. Lo haré ahora sin demora. Lo que desea es imposible. Preferiría no discutirlo. Dejémoslo aquí y sigamos con nuestras antiguas relaciones.

No podía forzarse a expresar sentido alguno de gratitud por su afecto, o de lamento por verse obligada a corresponderle en tan escasa medida. Tratarle con tolerable civilidad era cuanto pensaba que se le pedía. Ratcliffe advirtió el cambio de modales. Se había preparado para una lucha, pero no para encontrarse con tan brusco rechazo de entrada. Su aspecto se volvió serio y dudó un momento antes de hablar, pero cuando habló al fin lo hizo de una manera tan firme y decidida como la de la propia señora Lee.

—No puedo aceptar esa respuesta. No diré que tenga derecho a una explicación, pues no tengo derechos que esté obligada a respetar, pero concibo que a usted pueda pedirle al menos el favor de darme una, y que no me la negará. ¿Quiere contarme sus razones para una decisión tan abrupta y desabrida?

—No le discuto el derecho a una explicación, señor Ratcliffe. Tiene el derecho, si decide exigirlo, y estoy dispuesta a darle toda explicación a mi alcance, pero confío en que no insista en hacerlo. Si le ha parecido una manera de hablar abrupta y desabrida, ha sido solo por ahorrarle la molestia mayor de las dudas. Como estoy obligada a causarle dolor, ¿no era más justo y más respetuoso hablarle de una vez? Hemos sido amigos. Voy a irme muy pronto. Sinceramente, quiero evitar decir o hacer nada que cambie nuestras relaciones.

Ratcliffe, sin embargo, no prestó atención a estas palabras y no le respondió. Era un polemista demasiado viejo para verse confundido por esas triquiñuelas cuando tenía que clavar a su contrincante al muro. Preguntó:

—¿Es reciente su decisión?

—Es antigua, señor Ratcliffe, pero hace tiempo que la había perdido de vista. La reflexión de una noche me ha hecho volver a ella.

—¿Puedo preguntar por qué ha vuelto a ella? Seguramente no habría dudado sin buenas razones.

—Se lo diré con franqueza. Si le he confundido al parecer que dudaba, lo siento sinceramente. No era mi intención. Mi vacilación se debía a la duda de si no usaría mejor mi vida ayudándole. Mi decisión se ha debido a la certeza de que no estamos hechos el uno para el otro. Nuestras vidas discurren por surcos separados. Ambos somos demasiado mayores para cambiarlas.

Ratcliffe sacudió la cabeza con aire de alivio.

—Sus razones, señora Lee, no son sólidas. No hay tal divergencia en nuestras vidas. Por el contrario, puedo darle a la suya el terreno que necesita, y que no puede lograr de otro modo, mientras que usted puede darle a la mía cuanto necesita ahora. Si esas son sus únicas razones, estoy seguro de poder eliminarlas.

Madeleine parecía no estar del todo satisfecha con esta idea, y se puso un poco dogmática.

—De nada sirve discutir este asunto, señor Ratcliffe. Usted y yo tenemos muy diferentes visiones de la vida. Yo no puedo aceptar la suya y usted no podría poner en práctica la mía.

—Muéstreme un solo ejemplo de esa divergencia —dijo Ratcliffe— y aceptaré su decisión sin una palabra más.

La señora Lee vaciló un instante y le miró como para asegurarse de que iba en serio. Hubo un descaro en este desafío que la sorprendió, y si no lo frenaba ahí no podría decir cuántas molestias podía causarle. Entonces, abriendo el cajón del escritorio, cogió la carta de Carrington y se la entregó al señor Ratcliffe.

—He aquí un ejemplo que acabo de conocer. Se lo habría enseñado en todo caso, pero preferiría haber esperado.

Ratcliffe cogió la carta que le entregaba, la abrió con cuidado, miró la firma y la leyó. No mostró señal alguna de sorpresa o turbación. Nadie habría imaginado que, desde el momento en que vio el nombre de Carrington, tuviera un conocimiento tan preciso de lo que contenía la carta como si la

hubiera escrito él mismo. Su primera sensación fue solo de enfado porque sus proyectos habían fracasado. No podía comprender cómo había ocurrido esto, porque la idea de que Sybil podía haber participado en ello no se le ocurrió. Creía que Sybil era una muchacha tonta, frívola, que no contaba para nada en las decisiones de su hermana. Había cometido el habitual error masculino de confundir la inteligencia con la fuerza de carácter. Sybil, sin ser una metafísica, quería cuanto quería con más energía que su hermana, que estaba agotada por el esfuerzo de vivir. El señor Ratcliffe ignoraba este extremo y se quedó pensando en quién se habría cruzado en su camino y cómo Carrington se las había apañado para estar presente y ausente, para lograr un buen cargo en México y a la vez frustrar sus planes en Washington. No había creído que Carrington fuera tan astuto.

El jaque le irritó con violencia. Pensó que con un día más habría asegurado este frente, y posiblemente tenía razón. Si hubiera logrado dominar un poco a la señora Lee, le habría contado su propia versión de esta historia, y desde su punto de vista, y creía plenamente que podría haberlo hecho de tal modo que despertara su simpatía. Ahora que su mente era presa del prejuicio, la tarea sería más difícil. Sin embargo, no desesperaba, porque su teoría era que la señora Lee, en lo profundo de su alma, quería estar al frente de la Casa Blanca tanto como él mismo, y que su aparente afectación era mera indecisión femenina frente a la tentación. Sus pensamientos se volvieron ahora a los mejores medios para dar rienda suelta a su ambición. Quería sacar por segunda vez a Carrington del campo.

Así que, habiendo leído una vez la carta para saber lo que contaba, la volvió, y la leyó lentamente de nuevo para ganar tiempo. Luego volvió a meterla en su sobre y se la devolvió a la señora Lee, quien, con igual calma, como si su interés por ella llegara al final, la lanzó negligente al fuego, donde quedó reducida a cenizas ante la mirada de Ratcliffe.

Vio cómo se quemaba un momento y luego, volviéndose a ella, dijo, con su habitual compostura:

—Yo mismo hubiera querido hablarle de ese asunto. Lamento que el señor Carrington haya creído oportuno adelantármeme. Sin duda, tiene sus propios motivos para cargar contra mi carácter.

—¡Entonces es cierto! —dijo la señora Lee, un poco más rápido de lo que

pretendía.

—Cierto en sus hechos principales, falso en algunos detalles, y en la impresión que crea. Durante la elección presidencial que tuvo lugar en otoño hace ocho años, como recordará, hubo una violenta contienda y una votación muy reñida⁴⁰. Creíamos (aunque mi posición en el partido no era tan prominente como ahora) que el resultado de esa elección sería casi tan importante para la nación como el resultado de la guerra. Nuestra derrota significaba que el gobierno debía pasar a las manos manchadas de sangre de los rebeldes, hombres cuyos planes eran más que dudosos, y que no podían, aunque hubieran sido buenos, frenar la violencia de sus seguidores. En consecuencia, tensamos todos los nervios. Se gastó dinero libremente, incluso con un exceso superior a nuestros recursos. No diré cómo se empleó, ni siquiera lo sé, porque me mantuve apartado de los detalles, que recaían en el Comité Nacional Central, del que no era miembro. El punto principal era que una cantidad muy grande había sido recibida en préstamo por valores comprometidos, y que había que devolverla. Los miembros del Comité Nacional y ciertos senadores mantuvimos discusiones al respecto, en las que yo participé. El final fue que, tras el cierre de la sesión, el presidente del Comité, acompañado por dos senadores, vino y me dijo que debía cesar en mi oposición al subsidio de la Naviera. No confesaron abiertamente sus razones, y yo no exigí ninguna. Me satisfizo oírles declarar, como responsables de la organización, que cierta acción por mi parte era esencial para los intereses del partido. No me consideré libre para persistir en una mera opinión privada respecto a una medida sobre la que reconocía muy probablemente estar equivocado. En consecuencia, redacté el informe del proyecto y voté por él, como hizo la gran mayoría del partido. La señora Baker se equivoca al decir que me pagaron el dinero a mí. Si llegó a pagarse, de lo que no tengo más idea que por esta carta, lo recibió el representante del Comité Nacional. Yo no recibí dinero alguno. No tuve nada que ver con ese dinero más allá de extraer mis propias conclusiones respecto al pago subsiguiente de la deuda de la campaña.

La señora Lee escuchó todo esto con gran interés. Hasta este momento no había sentido que hubiera llegado al corazón de la política, de modo que pudo, como un médico con su estetoscopio, medir la enfermedad del

organismo. Ahora sabía por qué el pulso latía con tan insana irregularidad y por qué los hombres se mostraban ansiosos por lo que no podían o querían explicar. Su interés por la enfermedad superó su disgusto por lo sórdido de la revelación. Decir que el descubrimiento le producía placer no le haría justicia, pero la excitación del momento barría toda otra sensación. Ni siquiera pensó en sí misma. Hasta después no captó lo absurdo del deseo de Ratcliffe de que, a la vista de una historia como esta, ella fuera aún lo bastante vanidosa para emprender la reforma de la política. ¡Y además con su ayuda! La audacia del hombre le habría parecido sublime si hubiera estado segura de que conocía la diferencia entre el bien y el mal, entre una mentira y una verdad, pero cuanto más lo veía, más segura estaba de que su valentía era mera parálisis moral, y de que hablaba sobre la virtud y el vicio como el hombre daltónico habla del rojo y el verde. No los veía como ella; si hubiera tenido que elegir, no habría sabido guiarse. ¿Era la política lo que había causado esa atrofia del sentido moral por falta de uso? Mientras, aquí estaba ella, sentada cara a cara con un lunático moral que ni siquiera tenía el sentido del humor para ver lo absurdo de su petición, a fin de que ella surcara este océano de corrupción y repitiera el antiguo *rôle* del rey Canuto o de la señora Partington⁴¹ con su fregona y su cubo. ¿Qué había que hacer con tal animal?

Al espectador que mirara esta escena con un conocimiento más amplio de los hechos, podría haberle entretenido otro aspecto del asunto, a saber, la candidez de Madeleine Lee. Con todas sus advertencias, era aún como un bebé frente al gran político. Aceptaba su historia como verdadera, y la consideraba tan mala como era posible, pero si los socios del señor Ratcliffe hubieran estado ahora presentes para oír su versión, se habrían mirado unos a otros con una sonrisa de orgullo profesional y habrían jurado rotundamente que era, más allá de toda duda, el hombre más capaz que el país había producido, y seguramente el próximo presidente. Sin embargo, no habrían contado su propia parte de la historia de haber podido evitarlo, pero al hablar entre ellos habrían asumido que los hechos eran más o menos los siguientes: que Ratcliffe los había arrastrado a incurrir en un enorme gasto para ganar su Estado, y con ello su reelección al Senado; que ellos habían tratado de hacerle responsable y él había intentado eludir la responsabilidad; que había habido

acaloradas discusiones sobre el tema; que él mismo había sugerido en privado recurrir a Baker, había moldeado conforme a ello su conducta y les había empujado, para salvar su propio crédito, a recibir el dinero.

Aunque la señora Lee, tras haber oído esta parte de la historia, podría haber sentido una indignación más aguda contra Ratcliffe, sus opiniones no habrían cambiado. Tal como era, había oído demasiado, y con un gran esfuerzo para controlar su expresión de disgusto, se hundió en su asiento cuando Ratcliffe concluyó. Al ver que no hablaba, continuó:

—No me propongo defender este asunto. Es el acto de mi vida pública que más lamento, no por el hecho, sino por la necesidad de hacerlo. Mi opinión no difiere de la suya en ese punto. No puedo reconocer que haya aquí una verdadera divergencia entre nosotros.

—Me temo —dijo la señora Lee— que no estoy de acuerdo con usted.

Esta breve observación, cuya brevedad tenía una púa de sarcasmo, se escapó de los labios de Madeleine antes de lo que hubiera querido. Ratcliffe sintió la punzada, que le arrancó de sus modales estudiadamente tranquilos. Levantándose de la silla, se quedó en la alfombra ante la señora Lee y le espetó una oración con esa voz y estilo senatorial que eran los menos apropiados para conquistar su simpatía:

—Señora Lee —dijo con áspero énfasis y tono dogmático—, hay deberes conflictivos en todas las transacciones de la vida, salvo las más sencillas. Comoquiera que actuemos, hagamos lo que hagamos, debemos violar alguna obligación moral. Todo lo que puede pedirse de nosotros es que nos guíemos por lo que creemos supremo. En la época en que ocurrió esto, yo era un senador de los Estados Unidos. También era un miembro de confianza del gran partido político que consideraba idéntico a la nación. En ambos sentidos tenía deberes con mis electores, con mi gobierno, con el pueblo. Podía interpretar estos deberes en sentido estricto o amplio⁴². Podía decir: ¡que perezca el gobierno, que perezca la Unión, que perezca el pueblo, antes que ensuciarme las manos! O podía decir, tal como hice, y como diría de nuevo: cualquiera que sea mi hado, esta gloriosa Unión, la última esperanza de la humanidad sufriente, será preservada.

Aquí se detuvo, y viendo que la señora Lee, tras mirarle durante un rato, estaba ahora contemplando el fuego, perdida en la meditación sobre las

extrañas vaguedades de la mente senatorial, volvió a hablar con otro tipo de argumento. Juzgaba correctamente que debía haber cierto defecto moral en sus últimas observaciones, aunque no podía verlo, que hacía inútil perseverar en esa dirección.

—No debería culparme, no puede culparme justamente. Apelo a su sentido de la justicia. ¿Le he ocultado alguna vez mis opiniones al respecto? Por el contrario, ¿no las he confesado? En este mismo lugar, desafiado una vez por ese mismo Carrington, ¿no me acredité por un acto menos defendible que este? ¿No le dije que incluso había violado la santidad de una gran elección popular e invertido su resultado? ¡Fue un acto solo mío! ¡En comparación, esto es una nadería! ¿A quién le ofende que una compañía naviera aporte uno o diez mil dólares a una campaña electoral? ¿Qué derechos se ven afectados por ello? Tal vez sus accionistas reciban un dólar menos en los dividendos de lo que habrían cobrado. Si ellos no se quejan, ¿quién más puede hacerlo? ¡Pero en aquella elección privé a un millón de personas de los derechos que les pertenecían tan absolutamente como sus casas! Usted no puede decir que me equivoqué. No ha pronunciado nunca palabra alguna de culpa o crítica por ese motivo. ¡Si había ofensa, la perdonó! En efecto, me hizo suponer que no vio ninguna. ¿Por qué es usted ahora tan severa con un crimen menor?

Este era un duro golpe. La señora Lee retrocedió y perdió la compostura. Era lo mismo que se había reprochado a sí misma y a lo que no había sabido responder. Exclamó con cierta agitación:

—¡Señor Ratcliffe, por favor, *hágame* justicia! No he intentado ser severa. No he dicho nada en modo de ataque o culpa. Reconozco que no me corresponde a mí juzgar sus actos. Tengo más razón para culparme a mí que a usted, ¡y Dios sabe que me he culpado amargamente!

Las lágrimas aparecieron en sus ojos mientras pronunciaba estas palabras, y su voz tembló. Ratcliffe veía que había logrado cierta ventaja y, arrimando su asiento, bajó la voz y planteó su pleito aún más enérgico:

—Una vez me hizo justicia, ¿por qué no ahora? Estaba convencida de que lo hice lo mejor que pude. Siempre lo he hecho así. Por otro lado, nunca he pretendido que todos mis actos puedan justificarse con una moralidad abstracta. ¿Dónde está, entonces, la divergencia entre nosotros?

La señora Lee no se propuso responder a este argumento:

—Señor Ratcliffe —dijo—, no quiero discutir esta cuestión. No tengo duda de que pueda superarme en los argumentos. Tal vez por mi parte se trate más de sentir que de razonar, pero me resulta más que evidente que no estoy preparada para la política. Sería un estorbo para usted. ¡Déjeme ser la juez de mi propia debilidad! ¡No insista en presionarme más!

Se avergonzaba de apelar así a un hombre a quien no podía respetar, como si fuera una suplicante a su merced, pero temía que le reprochara haberle engañado y trataba de evitarlo penosamente. Su debilidad solo animó a Ratcliffe:

—Debo insistir en presionar, señora Lee —respondió, adoptando un aire aún más serio—. Mi futuro depende demasiado de su decisión como para permitir que considere definitiva su respuesta. Necesito su ayuda. No dejaré de hacer nada para obtenerla. ¿Me exige afecto? El que siento por usted es ilimitado. Estoy dispuesto a demostrarlo con una devoción de por vida. ¿Duda de mi sinceridad? Póngala a prueba como quiera. ¿Teme verse arrastrada al nivel de la política ordinaria? En cuanto a mí, deseo su ayuda para purificar la política. ¿Qué mayor ambición puede haber que servir al propio país con ese fin? Su sentido del deber es demasiado agudo para no sentir que los objetivos más nobles que puede inspirar una mujer se combinan para señalarle su camino.

La señora Lee estaba muy incómoda, aunque en absoluto agitada. Comenzó a ver que debía emplear un tono más enérgico si quería acabar con esta impertinencia, y le respondió:

—No dudo de su afecto o su sinceridad, señor Ratcliffe. Dudo de mí misma. Usted ha sido tan amable este invierno como para hacerme muchas confidencias, y si no sé sobre la política cuanto hay que saber, he aprendido lo suficiente para darme cuenta de que no podría hacer nada más tonto que crearme competente con vistas a reformar nada. Si fingiera pensarlo, sería solo una mujer mundana, ambiciosa, como me considera la gente. Mi idea de purificar la política es absurda. Lamento hablar con tanta contundencia, pero lo creo de veras. No me aferro mucho a la vida, ni valoro la mía en mucho, pero no la embrollaré de esa manera. No tomaré parte en los beneficios del vicio, ni quiero ser receptora de bienes robados o verme colocada en una

posición donde me vea siempre obligada a mantener que la inmoralidad es una virtud.

Mientras hablaba se iba animando, y sus palabras se volvían más afiladas de lo que había pensado. Ratcliffe lo advirtió y mostró su fastidio. Su cara se ensombreció y la miró con más disgusto que nunca. Incluso iba a proferir una airada réplica, pero se controló con esfuerzo y al instante retomó su argumento:

—Esperaba encontrar en usted —comenzó más solemne que nunca— un coraje capaz de desestimar tales riesgos. Si todos los hombres y mujeres sinceros adoptaran el tono que usted ha adoptado, pronto perecería nuestro gobierno. Si usted consiente en compartir mi carrera, no niego que pueda encontrar menos satisfacciones de las que yo esperaba, pero la suya será una mera muerte en vida si se coloca como un santo en una columna solitaria. Defiendo la que considero su causa al defender la mía. ¡No sacrifique su vida!

La señora Lee estaba desesperada. No podía responder lo que asomaba a sus labios, que casarse con un asesino o un ladrón no era una manera segura de combatir el crimen. Como ya había dicho algo por el estilo, se retrajo de hablar más claramente. Retomó su tema.

—En todo caso, señor Ratcliffe, debemos juzgar conforme a nuestra conciencia. Solo puedo repetirle ahora lo que he dicho al principio. Lamento parecer insensible a lo que ha expresado por mí, pero no puedo hacer lo que desea. Mantengamos si quiere nuestras antiguas relaciones, pero no me presione más sobre este punto.

Ratcliffe se puso cada vez más sombrío al hacerse consciente de que la derrota le miraba a la cara. Era de propósito tenaz, y nunca en su vida había abandonado un objetivo que se tomara tan a pecho como este. No lo abandonaría. Por el momento, la fascinación que ejercía sobre él la señora Lee era tan completa que antes habría abandonado la presidencia que a ella. Realmente la quería tanto como estaba en su naturaleza querer nada. A su obstinación le opondría otra aún mayor, pero, mientras, su ataque era repelido, y no sabía qué hacer a continuación. ¿No era posible cambiar de terreno, ofrecerle incentivos que apelaran aún con mayor fuerza a la ambición femenina y al gusto por el alarde que la presidencia misma? Comenzó de

nuevo:

—¿No hay nada que pueda ofrecerle? ¿Ningún sacrificio que pueda hacer? Le disgusta la política. ¿Quiere que deje la vida política? Haré cualquier cosa antes que perderla. Tengo en mi poder el nombramiento del embajador de Inglaterra. El presidente prefiere tenerme allí que aquí. Suponga que abandono la política y asumo la embajada inglesa. ¿No la afectaría ese sacrificio? Podría pasar cuatro años en Londres sin política, donde su posición social sería la mejor del mundo, y esto llevaría a la presidencia casi tan seguro como lo otro.

Entonces, de repente, viendo que no hacía progreso alguno, desechó su estudiada calma y estalló en una violenta súplica casi igualmente estudiada:

—¡Señora Lee! ¡Madeleine! No puedo vivir sin ti. El sonido de tu voz, el contacto de tu mano, incluso el roce de tu vestido, son como el vino para mí. ¡Por el amor de Dios, no me rechaces!

Pretendía aplastar toda oposición por la fuerza. Cada vez más vehemente al hablar, se inclinó hacia ella y trató de agarrarle la mano. Ella se retiró como si fuera un reptil. Estaba exasperada con su obstinada desconsideración hacia su tolerancia, con este grosero intento de sobornarla con un cargo, este flagrante abandono incluso del disimulo de la virtud pública. El mero pensamiento de que la tocara era más repulsivo que una enfermedad contagiosa. Inclinada a enseñarle una lección que nunca olvidaría, habló con brusquedad y con evidentes señales de desprecio en su voz y sus modales:

—¡Señor Ratcliffe, no estoy a la venta! Ningún rango ni dignidad ni consideración, ninguna medida concebible me induciría a cambiar de opinión. ¡Dejemos esto!

Ratcliffe ya había estado más de una vez durante esta conversación a punto de perder los nervios. De natural dictatorial y violento, solo un largo adiestramiento y una severa experiencia le habían enseñado a controlarse, y cuando cedía a la pasión sus estallidos de furia eran aún tremendos. El evidente disgusto personal de la señora Lee, aún más que su último nítido rechazo, sobrepasaba los límites de su paciencia. Erguido allí, incluso ella, por animosa que fuera, y en un nada tranquilo estado mental, sintió un momentáneo susto al ver su cara ruborizada, sus ojos brillantes y sus manos temblorosas de ira.

—¡Ah! —exclamó, volviéndose hacia ella con modales ariscos, casi salvajes, que la sorprendieron aún más—, ¡debía saber lo que podía esperar! La señora Clinton me advirtió pronto. ¡Decía que usted no era más que una coqueta desalmada!

—¡Señor Ratcliffe! —exclamó Madeleine levantándose de la silla, y con una voz admonitoria casi tan apasionada como la suya.

—¡Una coqueta desalmada! —repitió, aún más arisco que antes—. ¡Dijo que haría esto! ¡Que vivía de las lisonjas! ¡Que nunca podría ser nada más que una coqueta, y que si me casaba con usted me arrepentiría el resto de mi vida! ¡Ahora la creo!

Los nervios de la señora Lee también estaban naturalmente alterados. También en este momento ella ardía de ira y sentía un salvaje impulso a aniquilar a este hombre. Consciente de que tenía la situación dominada, pudo controlar más fácilmente su voz y, con una expresión de inefable desprecio, le dijo sus últimas palabras, palabras que habían de sonar todos los días en sus propios oídos:

—¡Señor Ratcliffe! Le he escuchado con mucha más paciencia y respeto del que merece. Durante toda una hora me he degradado discutiendo con usted la cuestión de si debía casarme con un hombre que por propia confesión ha traicionado la elevada confianza puesta en él, que ha aceptado dinero por sus votos como senador y que ahora ejerce un cargo público mediante un exitoso fraude urdido por él, cuando lo justo sería que estuviera en la prisión estatal. No seguiré con esto. Entienda de una vez para siempre que hay un abismo insuperable entre mi vida y la suya. No dudo de que llegará a ser presidente, pero sea lo que sea y cuando lo sea, ¡no vuelva a dirigirme la palabra o a fijarse en mí!

La miró a la cara con una especie de ira ciega, y pareció que iba a añadir algo, cuando ella pasó a su lado y, antes de que se diera cuenta, le había dejado solo.

Abrumado por la pasión, pero consciente de su impotencia, Ratcliffe, tras vacilar un instante, salió de la habitación y de la casa. Se quedó de espaldas a la puerta de entrada y, mientras estaba allí, se le acercó el viejo barón Jacobi, que tenía motivos especiales para desear saber cómo se había recuperado la señora Lee de la fatiga y excitaciones del baile. Un solo vistazo le bastó para

saber que algo había ido mal en la carrera del gran hombre, cuyas fortunas había seguido con una amarga sonrisa de desprecio. Impelido por el espíritu malvado que siempre le acompañaba, el barón aprovechó el momento para hurgar en lo profundo de la herida de su amigo. Como se encontraron en la puerta, el saludo era inevitable, y Jacobi, con su peor sonrisa, le tendió la mano diciendo con malignidad diabólica:

—¡Confío en dar la enhorabuena a su Excelencia!

Ratcliffe se alegró de encontrar a una víctima en la que descargar su ira. Tenía decenas de humillaciones que hacer pagar a este hombre, cuyo último insulto superaba todos los límites. Mientras profería un juramento, rechazó la mano de Jacobi y, cogiéndole del hombro, le apartó del camino. El barón, entre cuyas debilidades no figuraba la falta de un elevado temperamento y valor personal, no tenía intención de tolerar tal insulto de hombre alguno. Cuando la mano de Ratcliffe aún estaba en su hombro, había levantado el bastón y, antes de que el secretario supiera lo que se le venía encima, el viejo le había golpeado con toda su fuerza en la cara. Por un momento, Ratcliffe, tambaleante, se puso pálido, pero la impresión le calmó.

Dudó un instante si aplastar a su atacante de un golpe, pero advirtió que, para alguien de su juventud y fuerza, atacar a un diplomático impedido en la vía pública sería un error fatal, y mientras Jacobi se erguía, violentamente excitado, dispuesto a dar otro golpe con su bastón, el señor Ratcliffe se giró de pronto y se marchó sin decir una palabra.

Cuando volvió Sybil, no mucho después, no encontró a nadie en el salón. Al ir a la habitación de su hermana descubrió a Madeleine en el sofá, agotada y pálida, pero con una leve sonrisa y un gesto apacible, como si hubiera hecho algo que aprobaba su conciencia. Llamó a Sybil a su lado y, cogiéndola de la mano, dijo:

—Sybil, querida, ¿te irás de viaje conmigo de nuevo?

—Por supuesto que lo haré —dijo Sybil—, iré contigo al fin del mundo.

—Quiero ir a Egipto —dijo Madeleine, con una sonrisa desmayada—, la democracia ha destrozado mis nervios. ¡Ah, qué descanso sería vivir en la Gran Pirámide y mirar por siempre la estrella polar!

[40](#) Alusión a las medidas desesperadas para asegurar la «elección robada» del republicano Rutherford B. Hayes en 1876.

[41](#) Proverbialmente, el rey Canuto promulgó un edicto para detener las mareas. *Dame Partington* fue la dueña que quiso fregar las olas del Atlántico cuando la galerna las hizo llegar hasta su casa.

[42](#) La distinción de Ratcliffe se corresponde con las dos maneras de leer e interpretar la Constitución americana durante los años de las primeras administraciones federalistas y demócratas.

CONCLUSIÓN

DE SYBIL A CARRINGTON

1 de mayo, Nueva York

MI QUERIDO SEÑOR CARRINGTON:

Le envío esta carta porque prometí escribirle, y también porque mi hermana desea que le cuente nuestros planes. Hemos dejado Washington —me temo que para siempre— y nos vamos a Europa el mes que viene. Debe usted saber que hace dos semanas lord Skye dio un gran baile para la Gran Duquesa de un lugar impronunciable. No soy buena con las descripciones, pero todo fue muy bien. Yo llevaba un vestido nuevo encantador y fui todo un éxito, se lo aseguro. También Madeleine, aunque tuvo que sentarse casi toda la velada junto a la princesa, ¡un adefesio! El Duque bailó conmigo varias veces; no puede invertir el paso, pero eso no parece tener importancia en un Gran Duque. ¡Bueno, la crisis vino al final de la velada! Seguí sus instrucciones y, tras llegar a casa, le di su carta a Madeleine. Ella dice que la ha quemado. No sé lo que ocurrió después, sospecho que una escena tremenda, pero Victoria Dare me escribe desde Washington que todos hablan del rechazo por parte de M. del Sr. R., y de algo terrible que ocurrió en el mismo umbral entre R. y el barón Jacobi al día siguiente del baile. Ella dice que fue una pelea igualada y que el barón le dio en la cara con su bastón. Ya sabe usted cómo asustaba a Madeleine que pudiera ocurrir algo así en nuestro salón. Me alegra que esperaran hasta estar en la calle, pero ¿no es sorprendente? Dicen que el barón se marcha, ha sido convocado o algo así. Me gusta el viejo caballero, y me alegra que con él haya pasado de moda lo de retarse en duelo, aunque no creo que el señor Silas P. Ratcliffe pudiera acertarle a nada. El barón pasó por aquí hace tres días en su viaje de verano a Europa. Dejó su tarjeta, pero habíamos salido y no le vimos. En julio nos vamos con los Schneidekoupon, y el señor Schneidekoupon ha prometido enviar su yate al Mediterráneo, así que navegaremos por allí después de acabar con el Nilo y ver Jerusalén y Gibraltar y Constantinopla. Creo que será encantador. Odio las ruinas, pero creo que se pueden comprar cosas deliciosas en Constantinopla. Desde luego, después de lo que ha pasado no podremos volver a Washington. Echaré terriblemente de menos nuestros paseos. Leo, como me dijo, «El último paseo juntos», del señor Browning, y creo que casi todo es hermoso y muy fácil. Antes nunca pude entender una palabra, así que ni lo había intentado. ¿Sabe quién se ha prometido? Victoria Dare, con una corona y una turbera, y lord Dunbeg por añadidura. Victoria dice que es más feliz de lo que lo haya sido nunca en ningún otro de sus compromisos, y está segura de que este es el bueno. Dice que con los treinta mil al año que saca de los pobres de América bien puede aliviar a uno de los de Irlanda. Su padre fue un agente de reclamaciones, o algo así, y se dice que logró su fortuna estafando a los clientes con sus reclamaciones. Está loca con lo de ser una duquesa, y quiere hacer del castillo Dunbeg un sitio encantador para que nos divirtamos todos allí. Madeleine dice que no dejará de tener mucho éxito en Londres. Madeleine está muy bien y le envía saludos. Creo que va a añadir un post scríptum. Le he prometido dejarle leer esto, pero no creo que sea

divertido escribir o recibir una carta de carabina. Espero saber pronto de usted,

Sinceramente suya,
SYBIL ROSS

Junto a la carta había una tira de papel con otro mensaje de Sybil, introducida en el último momento, sin que lo supiera la señora Lee:

Si estuviera en su lugar, lo intentaría de nuevo cuando volvamos a casa.

El post scríptum de la señora Lee era muy breve:

La parte más amarga de toda esta horrible historia es que nueve de cada diez compatriotas nuestros dirían que me he equivocado.

Título original de la obra: *Democracy: An American Novel*

Edición en formato digital: 2016

© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2016
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
catedra@catedra.com

ISBN ebook: 978-84-376-3613-9

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.
Conversión a formato digital: REGA

www.catedra.com